

# EL VENDEDOR DE SUEÑOS





AUGUSTO CURY

# EL VENDEDOR DE SUEÑOS

*La invitación*



Zenith / Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© Augusto Cury, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición:

ISBN:

Fotocomposición:

Depósito legal:

Impresión y encuadernación:

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Dedico esta novela a los queridos lectores de todos los países donde se han publicado mis libros. En especial a los que de alguna manera venden sueños por medio de su inteligencia, capacidad crítica, sensibilidad, generosidad y amabilidad. Los vendedores de sueños suelen ser marginales en la sociedad. Son anormales.*

*Porque lo normal es revolcarse en el lodo del individualismo, el egocentrismo y el personalismo.*

*Su legado será inolvidable*



## PREFACIO

Ésta es mi cuarta obra de ficción y mi vigésimo segundo libro. El objetivo de mis novelas, como *O futuro da humanidade* y *A ditadura da beleza*, no es solamente crear tramas entretenidas, divertidas o emocionantes. Todas ellas tienen la intención de provocar el debate, viajar por el mundo de las ideas y superar las fronteras del prejuicio.

Escribo desde hace más de veinticinco años y hace poco más de ocho que publico. Tengo más de tres mil páginas todavía inéditas. Muchos no entienden por qué mis libros se venden tanto, ya que no me atrae la propaganda, y, dentro de lo posible, mantengo una vida social limitada. El éxito tal vez se deba a los viajes por el insondable mundo de la mente humana, pero la verdad es que no lo merezco. Soy un autor decidido, aunque no escribo con la agilidad que desearía. A veces bromeo y digo que soy un gran cabeza dura. Trato de ser un artesano de las palabras. Escribo y reescribo cada párrafo, día y noche, como si fuera un escultor compulsivo. En esta novela vas a ver distintos pensamientos esculpidos después de haber sido reescritos, forjados en mi psique unas diez o veinte veces.

Hay libros que salen del núcleo del intelecto; otros surgen de las entrañas de la emoción. *El vendedor de sueños* salió de lo más profundo de ambos. Lo estuve elaborando durante muchos años, hasta que llegó el momento de escribirlo. Mientras lo hacía, me bombardearon innumerables dudas, sonreí mu-

cho y, al mismo tiempo, repensé nuestras locuras, por lo menos las mías. Esta novela pasea por los valles del drama y de la sátira, por la tragedia de los que perdieron y por la ingenuidad de quienes hicieron de la existencia el escenario de un circo.

El personaje principal, el vendedor de sueños, está dotado de un gran atrevimiento. Esconde muchos secretos. Nada ni nadie, a no ser su propia conciencia, controla sus gestos y palabras. Grita a los cuatro vientos que las sociedades modernas se han convertido en un gran manicomio global, donde lo normal es estar ansioso y estresado, y lo anormal es ser saludable, tranquilo y sereno. Él estimula la mente de todos los que pasan por su vida, ya sea en las calles, en las empresas, en los centros comerciales o en las escuelas, siempre torpedeando a las personas con innumerables preguntas.

Sueño con que este libro lo lean no sólo los adultos, sino también los jóvenes, pues pienso que muchos de ellos están a punto de convertirse en siervos pasivos del sistema social. No los entusiasman ni los sueños ni las aventuras. A pesar de las excepciones, se han transformado en consumidores de productos y de servicios, no de ideas. Sin embargo, consciente o inconscientemente, todos quieren una vida repleta de emociones burbujeantes, como la de los bebés cuando se arriesgan a salir de la cuna. Pero ¿dónde encontrar emociones en abundancia? ¿En qué espacio de la sociedad se encuentran? Algunos pagan mucho dinero por alcanzarlas, pero viven angustiados. Otros se desesperan en busca de fama y reputación, pero mueren aburridos. Otros incluso escalan empinadas montañas para tener algunas dosis de aventura, pero todo se disipa con el calor del día siguiente. Los personajes de esta novela van a contracorriente de la arrasadora rutina social. Segregan altas dosis de adrenalina a diario. Sin embargo, el «negocio» de vender sueños tiene un alto precio. Por eso los acompañarán riesgos y vendavales.

## EL ENCUENTRO

En el más inspirador de los días, el viernes, a las cinco de la tarde, personas apresuradas —como de costumbre— se aglomeraban en un importante cruce de avenidas de la gran metrópoli. Afligidas, miraban hacia arriba, a la intersección de la calle América con la avenida Europa. El sonido estridente de un coche de bomberos invadía los cerebros y anunciaba peligro. Una ambulancia intentaba abrirse paso en el embotellamiento para aproximarse al lugar.

Los bomberos llegaron con rapidez y aislaron el área, impidiendo que los espectadores pudieran acercarse al imponente edificio San Pablo. El bloque pertenecía al grupo Alfa, uno de los mayores grupos empresariales del mundo. Los ciudadanos se miraban de reojo, y los que llegaban llevaban una pregunta en el semblante. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué movimiento era aquél? Las personas señalaban hacia arriba. En el piso veinte, en el alero del hermoso edificio recubierto de espejo, se inclinaba un suicida.

Otro ser humano que quería abreviar la de por sí brevísima existencia. Otra persona que planeaba dejar de vivir. Eran tiempos tristes. Morían más personas por la decisión de acabar con su vida que a causa de las guerras o los homicidios. Las cifras dejaban atónitos a quienes reflexionaban sobre el asunto. La experiencia del placer se había vuelto extensa como un océano,

pero tan rasa como un espejo de agua. Muchos de los privilegiados financiera e intelectualmente vivían vacíos, aburridos, aislados en su mundo. El sistema social asolaba no sólo a los miserables, sino también a los adinerados.

El suicida de San Pablo era un hombre de unos cuarenta años, de rasgos bien dibujados, cejas gruesas, piel con pocas arrugas y cabello gris semilargo y bien cortado. Su erudición, fruto de muchos años de instrucción, ahora se reducía a polvo. De las cinco lenguas que hablaba, ninguna le era útil para dialogar consigo mismo; ninguna le servía para comprender el idioma de sus fantasmas interiores. Una crisis depresiva lo asfixiaba. Vivía sin sentido, nada despertaba en él ninguna emoción.

En aquel momento, sólo el último instante parecía atraerlo. Ese fenómeno monstruoso que se suele llamar «muerte» le parecía tan aterrador... Pero era, también, una solución mágica para aliviar los trastornos humanos. Nada parecía poder quitarle a ese hombre la idea de acabar con su vida. Miró hacia arriba, como si buscara redimirse de su último acto, luego bajó la vista y dio dos pasos rápidos, sin preocuparse por si se caía. Un murmullo recorrió la multitud, segura de que saltaría.

Algunos observadores se mordían las uñas nerviosos. Otros ni parpadeaban, para no perderse detalle de la escena; el ser humano detesta el dolor, pero siente una atracción fortísima por él; rechaza los accidentes, las tragedias y las miserias, pero todos seducen su retina. El final de aquel acto traería angustia e insomnio a los espectadores, pero ellos se resistían a abandonar la terrorífica escena. En contraste con la platea ansiosa, los automovilistas prisioneros en el tráfico se impacientaban y tocaban el claxon sin parar. Algunos sacaban la cabeza por la ventanilla y gritaban: «¡Salta ya y termina con este espectáculo!».

Los bomberos y el jefe de policía subieron a lo más alto del edificio para disuadir al suicida. No tuvieron éxito. Ante el fra-

caso, llamaron a un renombrado psiquiatra a toda prisa para que se ocupara de ello. El médico intentó ganarse la confianza del hombre, lo invitó a pensar en las consecuencias de su acto..., pero fue inútil. El suicida conocía esas técnicas; con él ya habían fracasado cuatro tratamientos psiquiátricos. Ante la presión, amenazaba: «¡Un paso más y salto!». Tenía una única certeza, que la muerte lo silenciaría todo. Realmente lo creía así. Su decisión estaba tomada, con o sin público. Su mente se detenía en sus frustraciones, removía sus tragedias, alimentaba la fuerza de su angustia.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en las alturas del edificio, un hombre se abrió paso entre la multitud. A primera vista era un transeúnte mal vestido. Llevaba una camisa azul de manga larga desabotonada, con algunas manchas, encima, una chaqueta negra arrugada. No usaba corbata. El pantalón, negro, también estaba arrugado, y el hombre parecía no haber visto el agua desde hacía una semana por lo menos. Llevaba el pelo largo y despeinado e iba sin afeitarse. La piel seca y con arrugas alrededor de los ojos evidenciaba que a veces no dormía nada bien. Tenía entre treinta y cuarenta años, pero aparentaba más. No daba la impresión de ser una autoridad política ni espiritual, ni mucho menos intelectual. Su figura estaba más próxima a la de un marginado social que a la de un icono del sistema.

Su apariencia carente de magnetismo contrastaba con los movimientos delicados de sus gestos. Tocaba suavemente los hombros de las personas, les sonreía y pasaba a su lado. La gente no sabía cómo describir la sensación cuando los tocaba, y terminaban por dejarlo pasar.

El caminante se aproximó al cordón de aislamiento impuesto por los bomberos, fijó la vista en quienes le impedían el paso y dijo categóricamente:

—Tengo que entrar. Él me está esperando.

Los bomberos lo miraron de arriba abajo y negaron con la cabeza. Parecía un necesitado de ayuda, más que una persona útil en una situación tan difícil.

—¿Cómo se llama? —le preguntaron, sin pestañear.

—¡Eso no importa en este momento! —respondió con firmeza el hombre misterioso.

—¿Quién lo ha llamado? —insistieron los bomberos.

—¡Ya lo sabrá cuando llegue el momento! Y si pierden más tiempo interrogándome, tendrán que preparar un funeral —respondió, mirando hacia arriba.

Los bomberos empezaron a sudar. Uno sufría ataques de pánico, el otro insomnio. La última frase del hombre misterioso los perturbó. Con gran osadía, se abrió paso entre ellos. «A fin de cuentas —pensaron— tal vez sea un psiquiatra excéntrico, o un pariente del suicida.»

Cuando estaba llegando a la cima del edificio, lo detuvieron una vez más. El jefe de policía fue inflexible.

—Alto ahí, usted no debería estar aquí.

Le dijo que debía bajar inmediatamente, pero el enigmático hombre fijó su mirada en él y replicó:

—¿Cómo que no puedo pasar, si me han llamado ustedes?

El jefe de policía miró al psiquiatra, quien a su vez miró al jefe de bomberos. Se interrogaban con los ojos el uno al otro para saber cuál de los tres lo había llamado. Esos segundos de distracción bastaron para que el misterioso personaje saliera de la zona de seguridad y se aproximara peligrosamente al hombre que estaba cerca de su último suspiro.

Cuando se dieron cuenta, ya no había tiempo para detenerlo. Cualquier advertencia podría llevar al suicida a ejecutar lo que intentaba hacer. Tensos, prefirieron esperar el desarrollo de los acontecimientos.

El hombre se acercó sin preocuparse por la posibilidad de que el suicida se arrojara del edificio, y se quedó a tres metros de él. Al percibir al intruso, el otro gritó inmediatamente:

—¡Váyase o salto!

La amenaza resultó indiferente al extraño. Con la mayor naturalidad del mundo, se sentó en el alero del edificio, sacó un bocadillo del bolsillo de la chaqueta y empezó a comérselo con deleite. Entre uno y otro mordisco, silbaba una canción, feliz de la vida.

El suicida no supo qué pensar. Lo tomó como una afrenta. Sintió que le faltaba el respeto a sus sentimientos.

—Pare ya de cantar. Me voy a tirar —gritó.

—¿Me podrías hacer el favor de no interrumpir mi cena? —dijo el extraño con vehemencia. Y siguió comiendo, mientras movía las piernas con placer. A continuación miró al suicida, y con un gesto le ofreció un pedazo.

Al verlo al jefe de policía le temblaron los labios, al psiquiatra casi se le salieron los ojos de las órbitas y el jefe de bomberos, perplejo, frunció el cejo.

El suicida no supo cómo reaccionar. Y pensó: «¡Esto no es posible! He encontrado a alguien más loco que yo».

## LA PRESENTACIÓN

Que alguien se pusiera a comer un bocadillo con evidente placer delante de una persona que estaba a punto de matarse era una escena surrealista. Parecía sacada de una película. El suicida entrecerró los ojos, respiró aún más de prisa y contrajo todavía más los músculos de la cara. No sabía si debía tirarse, gritar o pelearse con el extraño. Jadeante, chilló:

—¡Váyase! Me voy a tirar. —Y se balanceó, a punto de caer. Daba la impresión de que esta vez realmente se aplastaría contra el suelo. La multitud susurró, presa del pavor, y el jefe de policía se tapó los ojos con las manos para no ver la desgracia.

Todos esperaban que, para evitar el accidente, el extraño hombre abandonara inmediatamente la escena. Podría haberle dicho, como ya habían hecho el psiquiatra y el policía: «¡No lo haga! Ya me voy», o dar un consejo del tipo: «La vida es bella. Todo tiene solución. Todavía tiene muchos años por delante». Sin embargo, de un salto se colocó rápidamente en pie, y para asombro de todos y en especial del suicida, soltó un poema filosófico en voz alta. Lo declamaba mirando al cielo y señalando con las manos en dirección de aquel que quería acabar con su vida:

*¡Que se anule en el paréntesis del tiempo el día que este hombre nació!  
¡Que se disipe el rocío que en la mañana de ese día humedecía la  
hierba!*

*¡Que se detenga la claridad de la tarde que llevó júbilo a los caminantes!*  
*¡Que la angustia usurpe la noche en que este hombre fue concebido!*  
*¡Que de esa noche se rescate el brillo de las estrellas que titilaban en el cielo!*  
*¡Que se eliminen de su infancia sus sonrisas y sus miedos!*  
*¡Que se anulen sus peripecias y las aventuras de su niñez!*  
*¡Que se borren los sueños y las pesadillas, y la lucidez y las locuras de su madurez!*

Tras recitar el poema a todo pulmón, el extraño se dejó ganar por un aire de tristeza y, bajando el tono de voz, empezó a contar. La multitud, atónita, se preguntaba si aquello no sería una obra teatral al aire libre. El policía tampoco sabía cómo reaccionar. ¿Qué sería mejor, intervenir o seguir de cerca el curso de los acontecimientos? El jefe de bomberos miró al psiquiatra, como pidiendo ayuda.

—No conozco ningún libro que hable de anular la existencia y recoger sonrisas. No sé nada de poesía... ¡Debe de ser otro loco! —contestó éste.

El suicida se quedó pasmado, casi en estado de choque. Las palabras del desconocido resonaban en su mente. Indignado, replicó con violencia:

—¿Quién es usted para querer asesinar mi pasado? ¿Qué derecho tiene a destruir mi infancia? ¿Cómo se atreve? —Pero después de increpar al hombre con esas frases, pensó: «Entonces, ¿no sería yo el autor de ese asesinato?». Pero luchaba por disipar cualquier duda.

Viéndolo pensativo, el extraño se atrevió a provocarlo todavía más.

—¡Cuidado! Pensar es peligroso, especialmente para quien desea morir. Si quieres matarte, no pienses.

El suicida se avergonzó y pensó: «¿Este sujeto me está dando ánimos para que me mate? ¿Estaré delante de un sádico? ¿Quiere ver sangre?». Sacudió la cabeza, como si así pudiese interrumpir sus fantasías, pero los pensamientos siempre traen deseos impulsivos. Al percibir la confusión mental del suicida, el extraño habló con suavidad no exenta de contundencia:

—¡No pienses! Porque si lo haces, te darás cuenta de que quien se mata comete múltiples homicidios. Primero, se mata a sí mismo; y después, a los que se quedan. Si piensas, entenderás que la culpa, los errores, las decepciones y las desgracias son privilegios de una vida consciente. ¡La muerte no tiene esos privilegios!

En seguida, el desconocido abandonó su estado de confianza y pasó al de angustia. Pronunció el número cuatro y negó con la cabeza con indignación.

El suicida se paralizó. Quería rechazar las ideas del extraño, pero eran como un virus que penetraba en todos los circuitos de su mente. ¿Qué palabras eran ésas? Molesto, y deseoso de resistirse a las reflexiones, se enfrentó a él:

—¿Quién eres tú, que en lugar de convencerme, me provoca? ¿Por qué no me tratas como a un desgraciado enfermo mental, digno de lástima? —Y, levantando el tono de voz, continuó—: ¡Déjame solo! No soy más que un hombre totalmente acabado.

En vez de dejarse intimidar, el extraño hombre perdió la paciencia y contraatacó:

—¿Quién dice que eres una persona frágil, o un pobre deprimido al que se le agotó el placer de vivir? ¿O alguien sin ningún privilegio..., o un frustrado? ¿O un moribundo que no puede con el peso de sus pérdidas? Para mí, tú no eres nada de eso. Para mí, sólo eres un hombre orgulloso, prisionero en su cárcel emocional, alienado por desgracias mayores que las tuyas.

El suicida levantó ambas manos y retrocedió, asustado. Rabiioso, con la voz contenida, preguntó:

—¿Quién eres tú para llamarme orgulloso y prisionero en mi cárcel emocional? ¿Quién eres tú para decirme que estoy alienado por sufrimientos mayores que los míos? —Sentía que le habían dado de lleno, y eso lo había dejado atónito. El intruso había acertado. Sus pensamientos penetraron como un rayo hasta los últimos rincones de su mente. En ese momento, pensó en su padre, que destruyó su infancia y le causó tanto dolor. Su padre emocionalmente distante, siempre alienado, enclaustrado en sí mismo. Pero el suicida no hablaba de ese tema con nadie; le era en extremo difícil lidiar con las cicatrices del pasado. Trastornado por esos recuerdos angustiantes, dijo en tono más suave, con lágrimas en los ojos:

—Cállate. No digas nada más. Déjame morir en paz.

Al notar que había tocado una herida profunda, el otro hombre también bajó el tono de voz.

—Yo respeto tu dolor, y no puedo elaborar ninguna tesis sobre él. Tu dolor es único, y eres el único que realmente puede sentirlo. Te pertenece a ti y a nadie más.

Esas palabras iluminaron los pensamientos del suicida y estuvieron a punto de convertirlos en llanto. Entendió que nadie puede juzgar el dolor de los otros. Comprendió que el dolor de su padre había sido único y, por tanto, nadie que no fuera él mismo podía haberlo sentido. Siempre había condenado con vehemencia a su progenitor, pero por primera vez lo vio con otros ojos. En ese instante, para su sorpresa, el intruso dijo unas palabras de las que era difícil decir si eran elogios o críticas.

—Para mí, tú también eres un ser humano valiente, ¡pues proyectas aplastar tu cuerpo a cambio de una larga noche de sueño en el claustro de una tumba! Sin duda, es una bella ilu-

sión. —E interrumpió su discurso, para que el suicida se diera cuenta de las imprevisibles consecuencias de su acto.

Una vez más, el hombre deprimido se preguntó sobre la extraña figura que había surgido de la nada para entorpecer sus planes. ¿Quién era? ¡Qué cosas decía! Una noche de sueño eterno en el claustro de una tumba... Esa idea le parecía repugnante. Sin embargo, empeñado en llevar su proyecto adelante, replicó:

—¡No veo ningún motivo para seguir con esta vida de mierda! —rezongó con vehemencia, y frunció el cejo, atormentado por las ideas que le llegaban sin pedir permiso.

El desconocido contestó con energía:

—¿Vida de mierda? Pero ¡qué ingratitud! En este instante, tu corazón debe de querer salirse del pecho y protestar con lágrimas de sangre por el exterminio de la vida! —Después, con rara elocuencia, cambió el tono de voz en un intento por reproducir la del corazón del suicida—. «¡No, no! ¡Un poco de compasión, por favor! Yo he bombeado sangre incansablemente, millones de veces. He resuelto tus necesidades, he sido tu siervo y nunca te he reclamado nada. ¿Y ahora me quieres acallar, sin siquiera darme el derecho a defenderme? Mira..., yo he sido el más fiel de los esclavos. ¿Y cuál es mi premio? ¿Cuál es mi recompensa? ¡Una muerte estúpida! Quieres interrumpir mis latidos sólo para detener tu sufrimiento. ¡Ah! Pero ¡qué tremendo egoísta eres! ¡Ojalá también pudiera bombearte coraje! ¡Enfréntate a la vida, pedazo de egocéntrico!» —E, instigando al suicida, le pidió que prestara atención a su pecho para poder advertir la angustia de su corazón.

El hombre sintió cómo le palpitaba. No había notado que lo tenía a punto de explotar. De hecho, parecía que le gritase dentro del pecho. El suicida se desanimó. Lo impresionó el impacto que las palabras de aquel extraño tenían en sus pensamientos.

Pero cuando parecía derrotado, mostró un poco de la determinación que todavía le quedaba.

—Ya he decidido mi muerte. No hay esperanza.

El otro, entonces, le dio la puntilla final:

—¿Ya has dictado sentencia? ¿Sabías que el suicidio es la condena más injusta? Porque quien se mata ejecuta contra sí mismo una sentencia fatal sin, por lo menos, darse el derecho a defenderse. ¿Por qué te condenas sin permitirte una defensa? ¿Por qué no te concedes el derecho a discutir con tus fantasmas, hacer frente a los daños y luchar contra tus ideas pesimistas? Es más fácil decir que no vale la pena vivir... ¡Realmente eres injusto contigo mismo!

El extraño demostraba saber que los que acaban con su vida, aun cuando planean su muerte, no son conscientes de las dimensiones del fin de la existencia. Sabía que, si pudieran ver la desesperación de sus íntimos y las consecuencias impredecibles del suicidio, volverían atrás y se defenderían. Sabía que ninguna carta o nota era una prueba para esa defensa. El hombre del edificio San Pablo había dejado un mensaje para su único hijo, en el que intentaba explicar lo inexplicable.

También había comentado sus ideas de suicidio con sus psiquiatras y psicólogos. Lo analizaron, interpretaron y diagnosticaron, oyó muchas hipótesis sobre sus deficiencias metabólicas cerebrales, y hasta lo invitaron a superar sus conflictos y ver sus problemas bajo diversos ángulos. Pero nada conmovía a aquel rígido intelectual. Ninguna de esas intervenciones o explicaciones lo sacaron de su encierro emocional.

El hombre era inaccesible. Pero por primera vez se encontraba aturdido a causa de aquel extraño que lo interpelaba en la cima del edificio. A juzgar por su vestimenta y apariencia humilde, se trataba de un desgraciado que pedía limosna. A pesar de eso, sus ideas y su discurso dejaban entrever a un especialis-

ta en sacudir mentes impenetrables. Sus palabras eran más inquietantes que tranquilizadoras. Parecía saber que sin inquietud no hay cuestionamiento, y que sin éste no se encuentran alternativas, no se abre el abanico de posibilidades. La ansiedad del suicida aumentó tanto que terminó por hacerle una pregunta al desconocido; se resistió mucho a hacerla, pues sospechaba, por los primeros embates, que entraría en un campo minado. Y entró.

—¿Quién eres tú?

Ansiaba una respuesta corta y clara, pero ésta nunca llegó. En su lugar, lo que hubo fue otra ráfaga de preguntas.

—¿Quién soy yo? ¿Cómo te atreves a preguntarlo si no sabes quién eres tú? ¿Quién eres tú, que buscas la muerte para que silencie tu existencia, delante de una platea asombrada?

En un intento por menospreciar al hombre que lo acosaba, el suicida replicó con cierto sarcasmo.

—¿Yo? ¿Quién soy yo? Soy un hombre que en breves instantes dejará de existir. Y ya no sabré quién soy ni lo que fui.

—Pues yo soy diferente a ti. Porque tú dejaste de buscarte a ti mismo. Te volviste un dios. Sin embargo, yo diariamente me pregunto quién soy. —Y, astuto, hizo otra pregunta—: ¿Quieres saber qué respuesta he encontrado?

El suicida, apenado, asintió con la cabeza.

—Te contestaré si tú me respondes primero —continuó el desconocido—. ¿De qué fuente filosófica, religiosa o científica te has alimentado para defender la tesis de que la muerte es el final de la existencia? ¿Somos átomos vivos que se desintegran para nunca más recuperar su estructura? ¿No somos más que un cerebro organizado o tenemos una mente que coexiste con el cerebro y trasciende sus límites? ¿Qué mortal lo sabe? ¿Tú lo sabes? ¿Qué religioso puede defender su pensamiento sin recurrir a la fe? ¿Qué neurólogo puede defender sus argumentos sin es-

peculación? ¿Qué ateo o agnóstico puede defender sus ideas sin un amplio margen de duda, y sin distorsiones?

Al parecer, el extraño conocía el método socrático, y lo había ampliado. Hacía preguntas interminables. El suicida se aturdió con esa explosión de interrogantes. Era ateo, pero entonces descubrió que su ateísmo era una fuente de especulación. Como muchos «normales», disertaba sobre esos fenómenos con una falsa seguridad, sin debatir nunca más allá de las pasiones y las tendencias.

El hombre de ropa desastrada y semblante circunspecto también dirigía su máquina de preguntar hacia sí mismo. Y antes de recibir ninguna respuesta, definitiva o provisional, dio un ultimátum a aquel que escuchaba:

—Somos dos ignorantes. La diferencia entre nosotros es que yo reconozco que lo soy.

## EL TERREMOTO EMOCIONAL

Mientras en la cima del edificio se debatían grandes ideas, unos pocos de la multitud se alejaban sin saber qué ocurriría. No soportaban esperar el desenlace de la desgracia ajena. Pero la mayoría permanecía firme; no se querían perder el desarrollo de los acontecimientos. Entonces, entre la gente, apareció un hombre curtido en el whisky y el vodka llamado Bartolomé. Se trataba de otro ser humano con cicatrices ocultas, aún cuando siempre estuviera de buen humor y, en algunos momentos, resultara petulante. Su pelo negro, rizado y relativamente corto, no veía un peine —ni, probablemente, agua— desde hacía semanas. Su edad superaba los treinta años. Piel clara, cejas pobladas, un rostro hinchado que escondía las cicatrices de su existencia. Estaba tan borracho que trastabillaba al andar. Con la voz pastosa y la lengua suelta, chocaba contra algunas personas y, en lugar de agradecer que le permitieran apoyarse, protestaba.

—Eh, tú, ve con cuidado. ¿No ves que yo voy por mi lado? —les decía a unos—. Permiso, amigo, que tengo prisa —les soltaba a otros.

Bartolomé dio algunos pasos más y tropezó. Para no estrellarse contra el suelo, intentó apoyarse donde fuera, hasta que encontró a una viejecita y se cayó encima de ella. La pobre casi se rompió la columna. Tratando de quitárselo de encima, le dio un bastonazo en la cabeza.

—¡Apártese, loco! —gritó, asustada.

Pero no tenía fuerza para levantarse. Al ver que la mujer gritaba sin parar, Bartolomé se puso a gritar aún más fuerte.

—¡Socorro! ¡Por favor, ayúdenme! Esta señora me está golpeando.

Las personas que estaban más cerca no sabían dónde mirar, pero al darse cuenta de la argucia del borracho, lo sacaron de encima de la viejecita, le dieron unos empujones y le dijeron:

—Vete de aquí, vago.

Pero él, que no quería marcharse, dijo:

—Gracias, por ese empu... empu... —Estaba tan borracho que hasta tres veces intentó pronunciar la palabra «empujoncito». A continuación, trató de sacudirse el polvo del pantalón, y en eso estaba cuando casi se cayó de nuevo.

—Ustedes me han salvado de esa...

La viejecita lo estaba mirando cuando él hizo amago de insultarla. Sin titubear, levantó el bastón y se preparó para golpearlo nuevamente en la cabeza, pero el borracho se corrigió a tiempo.

—... de esa señora tan guapa...

Y abandonó el campo de batalla. Echó a andar. Mientras avanzaba entre la multitud, se preguntaba, intrigado, por qué todo el mundo estaba mirando hacia arriba. Creyó que estarían observando a un extraterrestre. Con dificultad, dirigió la vista a lo más alto del edificio y, agitando el ambiente una vez más, comenzó a gritar:

—¡Lo veo! Veo al extraterrestre... ¡Cuidado! Es amarillo, tiene cuernos... ¡y lleva un arma en las manos!

En realidad, Bartolomé alucinaba. Su mente estaba tan perturbada que fabricaba imágenes irreales. No era un alcohólico común; era un agitador. Además de beber todo lo que se le pusiera delante, era un especialista en llamar la atención. Por eso

su sobrenombre era «Boquita de Miel». Le gustaba beber, y aún más le gustaba hablar. De hecho, sus amigos íntimos decían que tenía el SHC, el síndrome del habla compulsiva.

Se agarraba a todos los que encontraba, instándolos a ver lo que en realidad sólo él veía. Los demás intentaban soltarse de él con gritos e insultos.

—¡Qué gente tan mal educada! —balbuceaba el borracho—. Se mueren de envidia sólo porque yo he visto primero al alienígena.

Mientras tanto, arriba del San Pablo, el hombre que quería morir comenzó a pensar que, en realidad, lo que necesitaba eliminar era su prejuicio, pues estaba repleto de ideas vacías y conceptos superficiales sobre la vida y la muerte. Exaltaba su propia cultura, pero ahora lo que necesitaba exaltar era su ignorancia, un comportamiento improbable (y hasta doloroso) para quien siempre se había creído un intelectual brillante. Según los baremos del mundo académico, tenía grandes conocimientos, que ostentaba con orgullo. Sin embargo, nunca unos pocos minutos habían sido tan largos ni tan explícitos a la hora de demostrar su insensatez.

Sintió que lo inundaba la calma. Y esa calma provenía del hombre lleno de preguntas y sin ningún brillo social. Como si no bastara con todo lo que había argumentado, el extraño amplió su bombardeo y dio un paseo por la historia de un gran pensador.

—¿Por qué Darwin, en los instantes finales de su vida, cuando sufría vómitos y náuseas intolerables, clamaba a «Dios? ¿Era débil al clamar así al Hacedor al ver que se agotaban sus fuerzas? ¿Era un cobarde por doblegarse frente al dolor y, ante la proximidad de la muerte, considerarla un fenómeno antinatural, aun cuando su teoría se fundamentase en procesos naturales de selección de las especies? ¿Por qué tuvo lugar ese grave

conflicto entre su existencia y su teoría? ¿La muerte es un fin o un comienzo? ¿En ella nos perdemos o nos encontramos? Cuando morimos, ¿la historia nos engulle como actores que nunca más salen a escena?

El suicida reaccionó con sorpresa y tragó saliva. Nunca había pensado en esas cuestiones. Jamás había reflexionado sobre la hipótesis de que, de la misma manera en que un bebé mama del pecho de su madre, él, al querer morir, succionaría su vida hasta arrancarla de la historia. Aunque era partidario de la teoría de la evolución, desconocía al Darwin hombre y sus conflictos. ¿De verdad había sido incoherente y frágil? No, no podía ser. Darwin no quiso dejar de vivir. «Él estaba mucho más enamorado de la vida que yo», pensó.

La sensación que tenía era que el hombre de las innumerables preguntas le había quitado el ropaje de la soberbia sin siquiera pedirle permiso. Mientras se calmaba, intentó recuperar el aliento, como si hiciera autoestop en el aire que respiraba para poder viajar por aquellas zonas de su mente que jamás había recorrido.

—No lo sé. Nunca he pensado en esos asuntos —respondió con franqueza.

Y el extraño continuó:

—Trabajamos, compramos, vendemos y construimos relaciones sociales; discutimos sobre política, economía y ciencias, pero en el fondo somos niños que cuentan chistes en el teatro de la existencia sin nunca advertir su complejidad. Escribimos millones de libros y los almacenamos en bibliotecas inmensas, pero no somos más que críos. No sabemos casi nada de lo que realmente somos. Somos millones de niños que, durante décadas y décadas, jugamos en este planeta deslumbrante.

El suicida disminuyó el ritmo de su respiración. Comenzó a recuperar su historia y su identidad. Julio César Lambert —ése

era su nombre— era un hombre de un raciocinio sutil, rápido y privilegiado. En su prometedora carrera académica, cuando defendió sus tesis de licenciatura y doctorado, obtuvo las notas más altas entre grandes elogios. También había participado en otros exámenes, como evaluador de trabajos ajenos. En las licenciaturas y los doctorados resultaba un personaje capaz de inquietar con sus críticas ácidas. Siempre había sido un ególatra, y su expectativa era que los demás orbitaran alrededor de su inteligencia. Ahora, participaba en un examen cuyo evaluador era un tipo andrajoso. Se sentía como un niño indefenso delante de sus propios miedos y, también, de su falta de sabiduría. Pero por primera vez lo llamaron «niño» y él no se retorció de rabia, por primera vez sintió placer al reconocer su pequeñez. Ya no se sentía un hombre ante su final; se veía como un ser humano en plena reconstrucción.

## LAS PÉRDIDAS

Las locuras sólo tienen tratamiento cuando abandonan sus disfraces. Y Julio César se escondía detrás de su elocuencia, cultura y estatus académico. Ahora comenzaba a quitarse sus máscaras. Tenía un largo camino por delante.

El sol se ponía en el horizonte, y el suicidio se disipaba en la cima del San Pablo. En ese momento, el hombre que intentaba salvar a Julio César pronunció el número veinte y se dejó consumir por la aflicción. El otro, intrigado, preguntó:

—¿Por qué cita números mientras conversamos?

El hombre no respondió de inmediato. Miró al horizonte, vio varias luces que se encendían y otras que se apagaban. Respiró lentamente, como si quisiera estar en todos los lugares para poder encenderlas. Se dio la vuelta para encarar a Julio César, lo miró profundamente a los ojos y habló con tensa suavidad:

—¿Por qué cuento? En el breve intervalo que hemos pasado en lo alto de este edificio, veinte personas han cerrado los ojos para siempre. Veinte personas desistieron de seguir viviendo. Veinte seres humanos no se permitieron una defensa para sí mismos, igual que tú no te lo permitías. Personas que un día jugaron, amaron, lloraron, pelearon y se sintieron derrotadas... Ahora dejan un rastro de dolor en la memoria de los que se quedan.

Julio César no entendía la refinadísima sensibilidad de aquel hombre. ¿Quién era? ¿Qué había vivido para ser tan sensible? El

sagaz profesor intentaba definir al extraño, sin éxito. Y, con una rápida mirada, se dio cuenta de que estaba llorando. Era una reacción totalmente incomprensible para alguien tan fuerte. Parecía que penetrara en el indescriptible dolor de los hijos que perdieron a sus padres suicidas y crecieron preguntándose: «¿Por qué no soportó su dolor por mí?». O también podía ser que entrase en la mente de los padres que perdieron a sus hijos y que, a pesar de haber hecho mucho por ellos, se angustiaban por la culpa, alimentada por el pensamiento: «¿Qué podría haber hecho por mi hijo y no hice?». Pero también podía ser que el extraño llorase porque recordaba sus pérdidas desconocidas.

El hecho era que, tanto sus palabras como sus lágrimas, hicieron que Julio César se desarmara por completo. Así, comenzó un viaje por los senderos de su infancia, y no pudo soportarlo. También se permitió el llanto. Como pocas veces en la vida, lloró sin que le importaran las personas que lo observaban. Era un hombre de cicatrices profundas.

—Mi padre jugaba conmigo, me besaba y me llamaba «mi hijo querido». —Y, suspirando profundamente, habló de algo que consideraba prohibido, algo que hasta sus colegas más íntimos desconocían. Un hecho enterrado, pero que continuaba vivo e influía en su manera de interpretar la vida—. Pero me abandonó cuando yo era niño, sin darme explicaciones. —Tras una pausa, agregó—: Yo estaba viendo dibujos animados en el comedor cuando oí un estallido muy fuerte que venía de su cuarto. Cuando llegué, para ver qué había ocurrido, lo vi sangrando, tirado en el suelo. Yo sólo tenía seis años. Grité sin parar, pidiendo ayuda. Mi madre no estaba en casa. Corrí hasta la de los vecinos, pero mi desesperación era tan grande que nadie entendía qué me ocurría. Mi vida empezaba mal, y así perdí mi infancia, mi inocencia. Mi mundo se derrumbó. Pasé a detestar los dibujos animados. No tuve otros hermanos. Mi madre, viu-

da y pobre, tuvo que ponerse a trabajar; luchó con valentía para sustentarme, pero enfermó de cáncer y murió cuando yo tenía doce años. Mis tíos me criaron. Iba de casa en casa, me sentía un extraño en lugares que nunca fueron míos. Fui un adolescente irritable, poco afecto a las fiestas familiares. No pocas veces me trataron como a un sirviente, y me tenía que callar.

Julio César había desarrollado una personalidad agresiva. Era poco sociable, tímido e intolerante. Se sentía feo y creía que nadie lo quería. Para no destruirse, compensaba sus conflictos con el estudio. Entró en la universidad con dificultades y se convirtió en un alumno brillante. Trabajaba durante el día, iba a la facultad por la noche y estudiaba al llegar a casa hasta la madrugada, así como los fines de semana.

—Pero llegué más lejos que todos los que se burlaron de mí —agregó con una rabia nunca superada—. Llegué a ser más culto y brillante que ellos. Fui un universitario ejemplar y me convertí en un profesor respetadísimo. Unos me envidiaron, otros me odiaron. Muchos me admiraban. Me casé y tuve un hijo, Juan Marcos. Pero creo que no fui ni buen amante ni buen padre. El tiempo pasó, y hace un año me enamoré de una alumna quince años más joven. Me desesperé. Intenté seducirla, comprarla, contrae deudas. Gasté todo mi crédito, perdí mi seguridad... y, finalmente, ella me abandonó. El suelo se abrió bajo mis pies. Mi esposa lo descubrió y también me abandonó. Cuando ella se fue, me di cuenta de que todavía la amaba; ¡no podía perderla! Intenté reconquistarla, pero estaba cansada del intelectual pesimista, deprimido y en absoluto cariñoso. Además, yo estaba en la ruina. Me dejó.

En ese momento, comenzó a llorar, algo que nunca había sucedido desde la muerte de su madre. Lagrimeaba y se limpiaba los ojos con la mano derecha. Quien veía al profesor autoritario no conocía sus cicatrices. Y continuó su inquietante relato:

—Juan Marcos, mi hijo, cayó en el mundo de las drogas. Agresivo, me acusó de no haber jugado nunca con él, ni haber sido amable, compañero y amigo. Lo internaron varias veces. Hoy vive en otro Estado y no quiere hablar conmigo. Resumiendo, desde los cinco años colecciono todo tipo de abandonos. Algunos por culpa de los demás, otros por culpa mía —dijo con sinceridad, mientras aprendía a desprenderse de sus disfraces.

En cuanto terminó, una película pasó rápidamente por su cabeza. Recordó las últimas imágenes de su padre, imágenes que tenía bloqueadas. También recordó que, después de haberlo perdido, lo llamó día y noche durante semanas. Creció con rabia contra su padre, preso en su cárcel emocional, alejado de los dolores que él, Julio, sentiría en el futuro.

Ahora repetía su misma trayectoria. El pasado podía más que su notable carrera académica. Su cultura no lo hacía más flexible ni lo ayudaba a relajarse. Era un hombre rígido, impulsivo, tenso. Nunca se abrió a sus psiquiatras y psicólogos. No pocas veces los criticaba abiertamente, por considerar que sus interpretaciones eran infantiles, poco dignas de alguien de su nivel intelectual. Convencerlo de algo era una tarea descomunal.

Después de recuperar su historia y exponerla con crudeza, el intelectual volvió a cerrarse, pues temía que el hombre que tenía a su lado le diera un torrente de consejos, pensamientos de autoayuda, informaciones sin conocimiento de causa y orientaciones sin efectos. Pero el extraño no hizo nada de eso. Bromeó en un momento en que parecía imposible bromear.

—Amigo mío, estás en un lío enorme —dijo suavemente.

Julio César sonrió. No esperaba esa respuesta. Los consejos no llegaron. Aquel hombre demostró que, a pesar de no poder sentir el dolor ajeno, conocía bien el abandono.

—¡Yo sé lo que es perder! ¡Hay momentos en los que el mundo se derrumba sobre nosotros y nadie es capaz de compren-

ernos! —Mientras hablaba, se pasó el dedo índice por el ojo derecho y luego por el izquierdo, y enjugó sus lágrimas. Tal vez sus cicatrices eran tanto o más profundas que aquellas otras, ajenas, que le habían sido expuestas.

—Dime, ¿quién eres? —preguntó Julio César:

La respuesta fue un cálido silencio.

—¿Eres psiquiatra o psicólogo? —insistió, mientras pensaba que se encontraba ante un profesional nada común.

—No —afirmó el extraño con rotundidad.

—¿Y filósofo?

—Me gusta el mundo de las ideas, pero no soy filósofo.

—¿Eres un líder religioso? —dijo, con la sospecha de que podía tratarse de un líder católico, protestante, musulmán o budista.

—¡No, no lo soy! —respondió el hombre con firmeza.

Como no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria, Julio César, intrigado, preguntó con impaciencia:

—¿Estás loco?

—Es probable —contestó el otro con una pequeña sonrisa en el rostro.

Julio César no podía estar más confundido.

—¿Quién eres? Dime.

Lo presionaba, contemplado por una multitud confundida que no podía saber de qué iba aquel diálogo en las alturas del edificio. El psiquiatra, el jefe de bomberos y el de policía se esforzaban para oír la conversación, pero ésta no siempre era audible. Ante la insistencia de Julio César, la reacción del misterioso hombre no pudo ser más inquietante. Abrió los brazos, los levantó y dijo:

—Cuando pienso en lo breve que es la existencia, el ínfimo paréntesis de tiempo que representa, y reflexiono sobre todo lo que está más allá y después de mí, percibo mi pequeñez. Cuan-

do considero que un día terminaré en el silencio de una tumba, engullido por la vastedad de la existencia, comprendo mis extensas limitaciones, y, al toparme con ellas, dejo de ser un dios, y eso me libera para poder ser sólo un ser humano. Abandono la condición de centro del universo para ser sólo un caminante hacia rumbos que desconozco...

Sus palabras no respondieron a las preguntas de Julio César, pero calaron en su interior, y le hicieron preguntarse lo mismo que ya se habían preguntado quienes alguna vez se habían cruzado con el desconocido: ¿este hombre es un loco o un sabio? ¿O las dos cosas? El suicida intentaba comprender los pensamientos que escuchaba, pero era una tarea ardua.

El extraño miró nuevamente hacia arriba y cambió el discurso. Ahora cuestionaba a Dios de una manera que Julio César nunca había oído:

—Dios, ¿quién eres tú? ¿Por qué callas ante las locuras de algunos religiosos y no calmas el mar de dudas de los escépticos? ¿Por qué disfrazas tus movimientos de leyes de física y escondes tu firma en los acontecimientos que ocurren por casualidad? ¡Tu silencio me inquieta!

El intelectual era un especialista en sociología de la religión. Conocía el cristianismo, el islamismo, el budismo y otras religiones, pero eso no lo ayudaba a comprender la mente del extraño hombre. No sabía si era un ateo irreverente o alguien que tenía una intimidad informal con el Autor de la existencia. El notable profesor se preguntó nuevamente: ¿qué clase de hombre es éste? ¿De dónde ha salido? ¿Cuál su su origen?

## LA INVITACIÓN

En la sociedad en que vivía, las personas —incluso los líderes— eran absolutamente previsibles. Sus reacciones no se salían de lo trivial. No tenían comportamientos que provocaran la emoción ajena, ni estimularan la imaginación. Lo que les faltaba a los «normales» le sobraba al misterioso hombre que estaba frente a Julio César. Su curiosidad por conocer su identidad se hizo tan fuerte que volvió a preguntárselo, pero esta vez de manera diferente. Primero miró en su interior y reconoció que sabía muy poco de sí mismo.

—Yo no sé quién soy, necesito encontrarme. Pero por favor, insisto, ¿quién eres tú?

El hombre esbozó una sonrisa; Julio César empezaba a hablar en su idioma. Con gran inspiración, por fin se dio a conocer. De pie, mirando el sol que se ponía en el horizonte, abrió un poco las piernas, levantó los brazos y dijo, con gran seguridad:

—¡Soy un vendedor de sueños!

El intelectual se quedó todavía más a oscuras. Parecía que el extraño abandonase su estado de lucidez y se sumergiese en la locura. Para Julio César, aquella manera de identificarse no significaba nada, salvo sorpresa; para el hombre, en cambio, quería decirlo casi todo.

Allá abajo, Bartolomé no paraba de gritar y de molestar a la gente.

—Miren al jefe de los extraterrestres. Ha abierto los brazos y ha cambiado de color.

Esta vez no alucinaba, sólo cometía un error de interpretación. ¡O no! Era difícil de saber. Después de su declaración, el vendedor de sueños miró a la multitud y tuvo una reacción inesperada: se compadeció de la gente.

Julio César se frotó la cara con las manos. No podía creer lo que había oído.

—¿Vendedor de sueños? ¿Cómo? ¿Qué es eso? —preguntó, completamente perdido en su racionalidad. ¡El extraño parecía tan inteligente! Revelaba madurez intelectual, desmenuzaba sus paradigmas, ayudaba a organizar su confusión mental y, cuando el cielo estaba azul, hacía que se desatara una tempestad. Jamás había oído a alguien definirse de ese modo.

El psiquiatra, a veinticinco metros de distancia, hizo un rápido análisis al oírlo. Sin dudarlo, aseguró a los jefes de bomberos y de policía:

—Lo sabía. Son de la misma calaña.

Como si no bastase la rareza de su título, el desconocido, al identificarse, miró hacia la derecha y vio que una persona lo apuntaba con una arma desde el edificio vecino, a unos ciento cincuenta metros. Tenía puesto el silenciador. Con rápidos reflejos, empujó a Julio César y ambos cayeron al suelo. El primero no entendía qué había sucedido, sólo se sorprendió. Para no asustarlo más, el vendedor de sueños le dijo:

—Si esta caída te ha molestado, imagina lo que habría pasado si hubieras saltado desde este edificio.

La multitud pensó que el hombre había salvado al suicida. Nadie entendía qué pasaba. Ambos se levantaron. El vendedor de sueños miró al horizonte y vio que el francotirador había desaparecido. ¿Estaría alucinando? ¿Quién podía desearle la

muerte a alguien tan simplón? Acto seguido, los dos se pusieron de pie en el alero del edificio. Julio César miró al extraño.

—Sí, soy vendedor de sueños —reafirmó éste, sin duda.

Confundido, Julio César pensó por un instante que el hombre que tenía enfrente era tal vez un vendedor ambulante. Pero con aquellas ideas parecía imposible.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que vendes? —preguntó con curiosidad.

—Trato de vender coraje para los inseguros, osadía para los fóbicos, alegría para los que han perdido la fascinación por vivir, sensatez para los incautos, críticas para los pensadores.

En un arrebató de orgullo, Julio César recordó el tiempo en que se sentía un dios por tener una amplia cultura académica, y se dijo: «No es posible, esto es una pesadilla, debo de haber muerto y no me he dado cuenta. Hace un momento, quería abandonar la vida porque estaba preso en el ovillo de mis conflictos; ahora me siento más extraño todavía, porque quien me ha rescatado dice que vende lo invendible. Lo que todos buscan y no existe en el mercado». Y, para su sorpresa, el extraño añadió:

—Y para los que piensan en poner un punto final a su vida, intento vender una coma, sólo una coma.

—¿Una coma? —preguntó el sociólogo, confundido.

—Sí, una coma. Una pequeña coma, para que puedan escribir su historia.

Julio César empezó a sudar. De repente, en un estado de iluminación interior, comprendió. El hombre acababa de venderle una coma, y él la había comprado sin darse cuenta. No hubo precio, no hubo regateo, no hubo chantaje, no hubo discusiones. La compró para retornar a las raíces de la esencia humana. Se había convertido en alumno del vagabundo. Sintió que lo inundaba una tierna solidaridad. Se cogió la cabeza con las manos para ver si todo lo que le estaba pasando era real.

El ilustre profesor de sociología comenzó a comprender. Miró hacia abajo y vio que la multitud esperaba su reacción. En el fondo, aquellas personas estaban tan perdidas como él. Eran libres de ir y venir, pero se sentían calibradas, controladas. Les faltaba libertad para airear la propia personalidad.

El profesor parecía penetrar en las entrañas de una película cuyas escenas eran surreales y concretas al mismo tiempo. «¿Este hombre es real o todo lo que estoy viendo es una trampa de mi mente?», se preguntó, fascinado e incrédulo. Nunca nadie lo había hechizado como aquel incomprensible peregrino.

De pronto, el misterioso hombre le hizo una invitación que lo emocionó mucho.

—Ven, sígueme, y yo te haré vendedor de sueños.

Sus palabras provocaron el burbujeo de millones de neuronas del intelectual. No podía reaccionar. Su voz se quebró. Estaba físicamente paralizado, aunque pensativo. «¿Qué clase de propuesta es ésta? ¿Cómo podría seguir a un hombre al que he conocido hace menos de una hora?», pensó, trastornado. Pero al mismo tiempo sintió una atracción irresistible por la enigmática invitación.

Estaba cansado de los debates académicos. Él era uno de los intelectuales más elocuentes, pero muchos de sus colegas, él incluido, vivían en el lodo de los celos y de las vanidades interminables. Sentía que a la universidad, el templo del conocimiento, le faltaba tolerancia, estímulo para la rebeldía del pensamiento y una dosis de locura para liberar la creatividad. Algunos templos del conocimiento se habían vuelto tan rígidos como las religiones más inflexibles. Los profesores, los científicos y los pensadores no eran libres. Tenían que seguir las disposiciones de los departamentos académicos.

Ahora, Julio César estaba frente a un hombre mal vestido, con el cabello alborotado y sin ningún glamour, pero provoca-

dor, aventurero, rebelde ante el pensamiento establecido, crítico, arrebatador y libre. Para rematarlo, le hacía la más loca y excitante de las proposiciones: vender sueños. «¿Cómo? ¿A quién? ¿Con qué objetivo? ¿Seré blanco de burlas o de aplausos?», pensaba. Al mismo tiempo que la invitación lo inquietaba, su mente se dejaba ganar por la idea de que todo pensador debe transitar caminos nunca antes recorridos.

Aunque padecía un grave trastorno emocional y tenía un gran orgullo, Julio César siempre había sido elogiado, nunca se lo había avergonzado en público. La primera vez había sido entonces, en el edificio San Pablo. Sabía que había sido protagonista del mayor de los escándalos. No fingía; pensaba realmente en poner fin a su vida. Y como las armas o las pastillas le daban miedo, había subido allí.

La invitación resonaba en su mente como una granada que explotara en mil pedazos, rompiendo todos sus paradigmas. Pasó un largo minuto. En conflicto consigo mismo, pensó: «Intenté vivir bajo el techo del júbilo y sobre los cimientos de la seguridad, pero me hundí. Intenté estimular a mis alumnos a pensar, pero sólo formé repetidores de información. Intenté ser útil a la sociedad, pero era una isla de soberbia. Si consiguiera vender sueños a algunas personas, como hace este hombre, tal vez mi vida tendría más sentido del que ha tenido hasta ahora». Entonces, resolvió seguirlo.

Yo, el narrador de esta historia, soy Julio César, el primero de los discípulos de ese hombre extraordinario e inquietante. Él se convirtió en mi maestro. Fui el primero que se arriesgó a seguir una jornada sin destino, sin agenda, completamente imprevisible. ¿Locura? Tal vez, pero no menor que aquella que ya había vivido.

## EL PRIMER PASO

Cuando íbamos a abandonar el lugar, nos detuvo uno de los que observaba atentamente en lo alto del edificio: el jefe de policía. Era un hombre alto, de un metro noventa, con un poco de sobrepeso, uniforme impecable, cabellos grises, un rostro sin arrugas y el típico aire de quien disfruta con el poder.

Nos detuvimos, y sentí que yo no le importaba especialmente. Estaba acostumbrado a lidiar con suicidas; nos consideraba gente frágil, seres humanos incompletos. Para él, yo era otro dato estadístico en su profesión. Eso no me gustó. Sentí el amargo sabor del prejuicio. A fin de cuentas, yo era mucho más culto que aquel sujeto armado. Mis armas son las ideas, más poderosas y penetrantes. Pero no tenía fuerza para defenderme. Tampoco la necesitaba. A mi lado tenía un torpedo: el hombre que me había salvado.

El verdadero interés del policía era interrogar a ese hombre. Quería saber quién era. Su comportamiento no formaba parte de su estadística. No había podido oír mucho de lo que habíamos hablado, pero lo poco que llegó a escuchar también lo había asombrado. Miró al vendedor de sueños de arriba abajo, observó su apariencia, sin dar crédito a lo que tenía delante. El extraño parecía un completo marginado. Inquieto, empezó a interrogarlo. Presentí que, tal como había ocurrido conmigo, el policía se metería en un avispero. Y se metió.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó, con tono arrogante.

El hombre, a mi lado, lo miró brevemente, cambió de tema y lo provocó con estas palabras:

—¿A usted no le alegra que esta persona haya cambiado de idea? ¿No está feliz por el hecho de que haya salvado la vida? —Y entonces me miró.

El frío policía cayó rodando del pináculo de su poder. No esperaba que en tan pocos segundos su insensibilidad quedara al descubierto.

—Sí, claro que estoy feliz por él —dijo con seriedad.

Todas las personas que respondían al extraño de manera sumisa asumían su insensatez. Los estimulaba para que percibieran su superficialidad y olieran el perfume de sus propias tonterías. Siguió aguijoneándolo.

—Si está feliz, ¿por qué no demuestra esa felicidad? ¿Por qué no le pregunta su nombre y lo felicita? Después de todo, ¿la vida de un hombre no vale más que este edificio?

El jefe de policía quedó al desnudo más rápido que yo. Y me pareció perfecto, salí del estado de vergüenza en que me encontraba y empecé a recuperar mi autoestima. El hombre que lo acorralaba era astuto, un especialista en estimular la inteligencia. Mientras él abochornaba al policía, yo comencé a comprender. Me di cuenta de que no era posible seguir a un líder sin admirarlo. La admiración es más fuerte que el poder. El carisma es más intenso que las presiones. Y yo había empezado a admirar al carismático hombre que me había convencido.

Reflexionaba sobre eso cuando vino a mi mente la relación que tenía con mis alumnos. Yo era un depósito de información, pero no había entendido hasta entonces que el carisma es fundamental para asimilar el conocimiento. Primero está el carisma del maestro, y después, sus conocimientos. Yo padecía el mal de la mayoría de los intelectuales: el aburrimien-

to. Era un sujeto soso, crítico, resentido. Ni yo mismo me soportaba.

Confundido por las sorprendentes ideas que acababa de oír, el jefe de policía me miró y dijo, más apenado todavía, como si fuera un niño al que hubieran dado instrucciones:

—Felicidades, señor. —A continuación, en un tono más suave, le pidió la documentación al vendedor de sueños.

—No tengo documentos —respondió éste con sencillez.

—¿Cómo? Todo el mundo tiene documentos. Sin documentos no tiene identidad.

—Mi identidad es lo que yo soy —replicó.

—Puede ir a la cárcel si no se identifica. Se lo podría considerar un terrorista, alguien que perturba el orden social, un psicópata. ¿Quién es usted? —insistió, retomando su tono agresivo.

En ese momento, arrugué la frente. Presentí que el policía se metería una vez más en un apuro. El personaje que había sacudido mi cerebro le replicó:

—Le responderé si usted lo hace primero. ¿Con qué autoridad quiere penetrar en los espacios más íntimos de mi ser? ¿Qué credenciales tiene para invadir mi mente? —preguntó, muy seguro.

El policía aceptó el reto. Elevó el tono de voz. No sabía que lo iba a traicionar su astucia.

—Soy Pedro Alcántara, jefe de policía de este distrito —respondió, orgulloso y confiado.

Indignado, mi maestro volvió a la carga:

—No le he preguntado por su profesión o estatus social, ni tampoco por sus actividades. Quiero saber cuál es su esencia. ¿Quién es el ser humano que está detrás de ese uniforme?

Víctima de un tic nervioso, el policía se frotó las cejas con la mano derecha. No supo qué responder.

—¿Cuál es su mayor sueño? —insistió el maestro en un tono de voz más bajo.

—¿Mi mayor sueño? Bueno, yo, yo... —tartamudeó el hombre, y tampoco supo responder.

Nunca nadie había acorralado al jefe de policía con tan pocas palabras. Él llevaba un revólver, pero no sabía qué hacer. Pude ver los ojos de aquel que me había salvado y sentí un poco lo que él pensaba. El jefe de policía cuidaba de la seguridad de la «gente normal», pero era inseguro; intentaba proteger a la sociedad, pero no tenía protección emocional.

Al juzgarlo, de repente me empecé a ver reflejado en él. Y lo que vi no me gustó. ¿Cómo podría una persona sin sueños proteger a la sociedad? A no ser que fuera un robot o una máquina de detener personas... ¿Y cómo un profesor sin sueños podría formar ciudadanos que sueñan con ser libres y solidarios?

Acto seguido, el enigmático maestro agregó:

—¡Cuidado! Usted lucha por una sociedad segura, pero el miedo y la soledad son ladrones que roban la emoción, y son tan peligrosos como los delincuentes. Su hijo no necesita un jefe de policía, sino un hombro sobre el que llorar, un ser humano con el que pueda compartir sentimientos secretos y que le enseñe a pensar. ¡Viva ese sueño!

El jefe de policía se quedó pasmado. Había sido entrenado para lidiar con delincuentes y detenerlos, nunca había oído hablar de los ladrones que irrumpen en la mente. No sabía qué hacer sin su arma y su uniforme. Como la mayoría de los «normales», yo incluido, era un profesional, y cuando traspasaba la puerta de su casa no sabía ser padre. No podía dejar de ser un profesional, no sabía separar los papeles. Obtenía condecoraciones, pero moría como ser humano.

Cuando lo oí vapulear la arrogancia del policía, me dieron unas ganas inmensas de preguntarle al maestro si realmente

sabía si tenía un hijo o si lo había adivinado. Pero vi al jefe de policía muy ensimismado; parecía oprimido por él mismo, e intentaba salir de la prisión en la que se había metido hacía ya muchos años.

El psiquiatra intervino. Al ver que el jefe de policía estaba completamente perdido, intentó avergonzar al extraño. Pensaba que sus ideas lo harían trastabillar y revelarían las inseguridades del hombre.

—Quien no revela su identidad, esconde su fragilidad —afirmó con astucia psicológica.

—¿Usted cree que soy frágil? —preguntó el maestro.

—No lo sé —respondió el psiquiatra con titubeos.

—Pues está en lo cierto. Soy frágil. Aprendí que nadie es digno de convertirse en una autoridad, tampoco científica, si no reconoce sus límites y sus fragilidades. ¿Usted se considera frágil? —lo ametralló.

—Bien...

Al ver que dudaba, continuó:

—¿Cuál es la escuela terapéutica que sigue?

El hombre que me tenía cautivado me sorprendió con esa pregunta. No entendí el motivo. Parecía que no tuviese ninguna conexión con el asunto. Pero el psiquiatra, que también era psicoterapeuta, respondió con soberbia:

—Soy freudiano.

—Muy bien. Entonces, respóndame: ¿qué es más complejo una teoría psicológica, sea cual sea, o la mente de un ser humano?

Por un momento, el psiquiatra se quedó sin respuesta. Temía una trampa. Pero luego le contestó, aunque no de manera directa.

—Usamos las teorías para descifrar la mente humana.

—Por favor, déjeme proponerle otra cuestión. Usted puede

desarrollar una teoría y agotar su lectura. Pero ¿puede agotar la comprensión de la mente humana?

—No. Pero no estoy aquí para responder a sus preguntas —dijo con desdén, sin entender adónde quería llegar el extraño—. Soy experto en la mente humana.

Atacando directamente su arrogancia, el otro le dio un golpe fatal.

—Los profesionales en salud mental son poetas de la existencia. Tienen una misión espléndida, pero no pueden colocar a un paciente dentro de un texto teórico; sin embargo, sí pueden insertar un texto teórico dentro de un paciente. No encuadre excesivamente a sus pacientes entre los muros de una teoría, ya que así reducirá sus dimensiones. Cada enfermedad es propia de un enfermo. Cada enfermo tiene una mente. Y cada mente es un universo infinito.

Entendí su mensaje, pues sentí en mi propia piel lo que quería decir. Cuando el psiquiatra me abordó, usó técnicas e interpretaciones. Y yo las rechacé inmediatamente. Trató el acto suicida, pero no al ser humano herido que había en mí. Su teoría podría ser útil en situaciones previsibles, en especial cuando el paciente buscaba ayuda, pero no en aquellas en las que éste se resiste o ha perdido la esperanza. Yo me resistía; primero necesitaba al ser humano y luego al profesional. Al abordarme directamente, yo sentí que me invadía. Y me refugí en mi interior, me encerré en un cofre.

El vendedor de sueños hizo el camino inverso. Empezó por el poste: invadió mi mente con cuestiones profundas, como un nutriente que irrumpe en la corriente sanguínea y estimula las células. Después, trató el acto suicida. Se dio cuenta de que yo era un doctor en resistencia y obstinación. Quebró la espina dorsal de mi autosuficiencia.

El psiquiatra, aun cuando había sido llamado «poeta de la

existencia», se negó a que un desconocido mal vestido y sin currículum se atreviera a cuestionarlo. No expresó su felicidad porque yo me hubiese quitado la idea del suicidio de la cabeza. ¡Malditos celos! Me invadió la rabia al darme cuenta de eso, y me acordé de que muchas veces yo había cometido ese mismo delito en la universidad.

Llegados a ese punto, el maestro tocó el hombro derecho del joven jefe de bomberos con la mano izquierda y le dijo:

—Felicidades, hijo mío, por los riesgos que corre para salvar a personas a las que no conoce. Usted es un vendedor de sueños.

Después de esas palabras, dio unos pasos en dirección a la puerta para tomar el ascensor. Y allí fui yo, detrás del misterioso hombre. Pero las sorpresas no habían terminado aún. El psiquiatra miró al jefe de policía y dijo algo sin que, obviamente, el vendedor de sueños y yo pudiéramos oírlo. Pero para mi asombro, el hombre al que yo acompañaba se volvió hacia ellos y repitió lo dicho por el psiquiatra:

—¡Los locos se entienden!

El psiquiatra se ruborizó ante sus palabras. Como yo, debió de preguntarse: «¿Cómo ha podido oírme».

Todos lo mirábamos con la boca abierta, y todavía tuvo tiempo para darnos la última e inolvidable lección en lo alto del edificio.

—Algunos tienen una locura visible y otros oculta. ¿Qué tipo de locura tiene usted? —le preguntó al psiquiatra.

—Ninguna. ¡Yo soy normal! —contestó el hombre impulsivamente.

—Pues la mía es de las visibles —admitió por su parte el vendedor de sueños. Y acto seguido les dio la espalda y echó a andar con las manos apoyadas en mis hombros. Dio tres pasos, miró hacia el cielo y dijo:

—Dios, ¡líbrame de los «normales»!

## QUITANDO EL YESO DE LA MENTE

Bajamos sin decir palabra en el ascensor. Yo, pensativo; el vendedor de sueños, tranquilo. Silbaba y mantenía la mirada fija, concentrado en sí mismo. Parecía recorrer feliz las avenidas de su mente. Pasamos por el inmenso vestíbulo, ricamente decorado con arañas, muebles antiguos y el enorme mostrador de mármol negro de la recepción. Sólo entonces me daba cuenta de lo bellos que eran los muebles y adornos que antes me habían parecido horribles. Veía el mundo a través de las ventanas de mi emoción.

Fuera, las luces brillaban e iluminaban a la multitud ansiosa de novedades. Novedades que yo no quería dar. Sinceramente, quería esconderme, olvidar aquel escándalo, pasar página, no pensar un segundo más en mi dolor. Consciente de que había llamado la atención con mi intento de suicidio, me sentía avergonzado. Pero no podía teletransportarme, tenía que afrontar la mirada de la platea. Entonces, me enfadé conmigo mismo. «Había otras alternativas para enfrentar mi crisis —pensé—, ¿por qué no las elegí?» Pero el dolor nos ciega y la frustración nos hace torpes.

Cuando salimos del edificio San Pablo y rompimos el cordón policial, yo quería taparme la cara y huir. Pero eso era imposible, la aglomeración era enorme y no había por dónde echar

a correr. La prensa estaba presente y quería información. Pasé mi vía crucis, cabizbajo.

Para no avergonzarme más, el vendedor de sueños evitaba hacer declaraciones. Nadie sabía lo que realmente había ocurrido en el edificio, el rico combate que había mantenido con aquel hombre estaba en mi mente y en ningún otro lugar.

Me fui asustando a medida que escapábamos de los medios de comunicación y comenzábamos a andar entre la multitud. Nos trataban como a celebridades. Me hice famoso por los motivos que menos quería.

Para el hombre al que seguía, el culto a la celebridad era uno de los principales síntomas de que habíamos construido un gran manicomio global. Mientras caminábamos, seguía hablando.

—¿Quién merece más aplausos, un trabajador anónimo o un actor de Hollywood? ¿Quién posee la mente más compleja? ¿Quién tiene la historia más indescifrable? No hay diferencia. Ambos. Pero para los «normales», eso es una herejía.

Al ver que me sentía avergonzado ante la multitud que, excitada, nos bombardeaba a preguntas para saber qué había sucedido allá arriba, aquel hombre inteligente cambió el enfoque del asunto. En vez de intentar salir del aprieto de manera discreta, levantó las manos en medio del griterío y pidió silencio. La gente se calló después de un largo rato.

«Ahora viene otro discurso perturbador», pensé pero el desconocido era más excéntrico de lo que yo creía. Sin dar explicaciones, pidió que abrieran un gran círculo, algo que resultó difícil, porque las personas se apiñaban. Y, para sorpresa de todos, se colocó en el centro y comenzó a bailar una danza irlandesa. Se agachaba, levantaba los pies en el aire y se erguía poco a poco, repitiendo este movimiento una y otra vez. Al mismo tiempo, soltaba gritos de euforia.

Yo no podía dejar de pensar: «Un intelectual no tendría esta reacción, y aunque tuviera ganas, no se atrevería a hacer algo así». Maldito prejuicio. Hacía muy poco, casi me había suicidado, pero mis prejuicios todavía estaban muy vivos. Era un «normal» intimidado.

Nadie entendió muy bien la reacción del vendedor de sueños —y mucho menos yo—, pero algunas personas se unieron a la danza. Estaban boquiabiertos. Acababan de presenciar un espectáculo de terror y ahora estaban en uno de júbilo. La alegría era contagiosa. Les había contagiado su euforia sin pretensiones.

La rueda se ensanchó. Los que conocían la danza y los que se arriesgaban a bailarla sin conocerla unieron sus brazos y bailaron en círculo. Los que no formaban parte de la rueda también se zambulleron en el clima, y batían palmas siguiendo el ritmo de la danza. Pero muchos guardaron cierta distancia, entre éstos, destacaban algunos ejecutivos vestidos con buenos trajes. No querían acercarse a la panda de locos. Preferían ocultar su locura, como yo.

Del círculo de los que bailaban, siempre entraba y salía alguna persona que desistía. Y lo hacía bajo una lluvia de aplausos. Mientras yo estaba fuera, me sentía bien y protegido, pero de repente el vendedor de sueños me tomó de los brazos y, exultante, me colocó en el centro del corro.

No sabía qué cara poner. Me quedé allí de pie. Sabía dar clases teóricas, pero no tenía flexibilidad ni gracia. Recitaba con maestría *El capital*, de Marx, a alumnos y profesores y era un ardiente defensor de la libertad de expresión, pero esa libertad prácticamente no existía en lo más recóndito de mi alma. Las personas bailaban a mi alrededor y me animaban, pero yo estaba paralizado. Pocos minutos antes, había sido foco de la atención de la multitud, y ahora sólo quería que nadie me reconocie-

ra. Deseaba con todas mis fuerzas que ningún profesor o alumno de mi universidad estuviera presente. No me preocupaba morir, pero en cambio me importaba mucho no pasar vergüenza. ¡Qué locura! Descubrí que estaba más enfermo de lo que imaginaba.

Yo era discreto, tranquilo, sereno y hablaba con voz dulce, al menos cuando no me contradecían. No manifestaba alegría en público. No sabía improvisar; estaba infectado con el virus de los intelectuales: la formalidad. Todo muy correcto, todo impecable. La multitud me miraba, esperando que me soltara, pero yo estaba encorsetado por mi timidez. Súbitamente, me llevé otra sorpresa. El borracho que desde la calle me señalaba con el dedo, hizo acto de presencia. Colocó su brazo izquierdo en mi brazo derecho y me empujó para que bailáramos.

Además de tener un aliento imposible de aguantar, el menesteroso bailaba mal y podía caerse en cualquier momento. Tuve que sujetarlo. Al verme tan confundido, dejó de bailar, me miró, me dio un beso en la mejilla izquierda y balbuceó:

—¡Suéltate, amigo! El jefe de los extraterrestres te ha salvado. ¡Esta fiesta es para ti!

Sentí que daba de lleno en el centro de mi orgullo. Pocas veces había visto u oído tanta vivacidad y espontaneidad en unas frases tan cortas. En ese momento comprendí. Vino a mi mente el texto de la parábola de Cristo sobre la oveja perdida. Yo la había leído e interpretado como sociólogo y me parecía un absurdo dejar noventa y nueve ovejas para ir en busca de una. Los socialistas sacrificaron millones de personas por un ideal, pero ese Cristo se preocupaba por un ínfimo ser humano, y se volvió loco de alegría cuando lo encontró.

Yo era de los que criticaban su romanticismo exagerado, pero ahora el vendedor de sueños manifestaba la misma alegría. Sólo después de que el tambaleante alcohólico me besara,

percibí que la fiesta era por mí. El borracho estaba más sobrio que yo, que estaba aturdido, y nunca había pensado que un extraño le pudiera dar tanta importancia a un desconocido. Yo estaba perdido y fui encontrado, estaba «muerto» y me salvaron. ¿Qué más podía querer? ¿No debería celebrarlo? Mandé al carajo mi formalidad y tiré a la basura mi estatus de intelectual.

Yo era «normal» y, como mucha gente normal, mi locura estaba oculta, disfrazada: necesitaba ser espontáneo. Me solté. El maestro me había dicho que el corazón no pide motivos para latir. La mayor razón para continuar vivo es estar vivo, es la existencia insondable. En la universidad había olvidado que los grandes filósofos reflexionaron sobre el sentido de la vida, la política del placer y el arte de lo bello. Creía que esos pensamientos filosóficos eran despreciables frases de autoayuda. Tenía prejuicios. Y en ese momento me di cuenta de que debía quitármelos de encima. Fue la primera vez que bailé sin haber tomado un par de copas. Pocas veces me había sentido tan bien.

Los «normales» estaban tan hambrientos de alegría que, cuando encontraban un loco que les quitaba el yeso de la emoción, se relajaban y se divertían como niños. Los hombres con corbata bailaban, igual que las mujeres de largo o con minifalda. Los niños y los adolescentes también participaron en la fiesta.

En ese momento, apareció una viejecita; danzaba feliz, ayudándose con su bastón. Era la señora a la que Bartolomé se le había echado encima. Su nombre era Jurema. Tenía ochenta años bien llevados. Estaba en mejor forma que yo. Su salud era impecable, excepción hecha de algunos leves síntomas del mal de Parkinson. Danzaba bien como pocos. El vendedor de sueños estaba encantado con ella. Bailaban juntos mientras yo me restregaba los ojos para convencerme de que todo aquello era real.

De repente, ella abandonó los brazos del maestro y quedó frente a Bartolomé en el centro de la rueda. Le dio un bastonazo en la cabeza —esta vez con suavidad— y le dijo:

—¡Tarado!

No me pude aguantar la risa. Ella hizo lo que me hubiera gustado hacer cuando el borracho me dio aquel beso maloliente en el rostro.

El maestro se fijó en la viejecita y, en vez de recriminarle el gesto, le gritó:

—¡Eres hermosa!

Y tomándola por la cintura empezó a girar con ella. La viejecita recibió una descarga de adrenalina que la hizo sentir como si tuviera veinte años.

Durante unos instantes, me pareció que el vendedor de sueños estaba mintiendo. Pero pensé: «¿Quién dice que ella no es maravillosa? ¿Qué es ser bonita?». Meditaba sobre eso cuando el alcohólico, astuto como era, y consciente de que los elogios funcionaban, se acercó a su agresora y gritó:

—¡Guapa! ¡Maravillosa! ¡Encantadora delirante! ¡Admirable!

—¡Pervertido inveterado! ¡Conquistador barato! ¡Perro compulsivo! —contestó ella con aparente rabia.

Bartolomé retrocedió con el rabo entre las piernas. Pero en seguida se dio cuenta de que bromeaba. La mujer estaba encantada. Hacía cincuenta años que no la piropeaban. Animadísima, tomó al borracho de los brazos y salió a bailar con él, feliz y contenta. Me quedé impresionado; conocía el poder de la crítica, pero desconocía el del elogio. ¿Quienes usan ese poder viven más y mejor? Estaba confundido. Nunca había visto tanta locura en un solo día.

Durante nuestro caminar, el hombre al que seguí me enseñó que los pequeños gestos pueden tener tanta o más fuerza que los grandes discursos. En sus improvisadas clases al aire libre

constaté que sus reacciones y su silencio calaban más que las técnicas multimedia. Intuitivamente, sabíamos que él guardaba grandes secretos, pero no osábamos preguntar, pues él nos desnudaba con su método socrático. Se transformó en un especialista en hacer una fiesta de la vida, aun cuando hubiese motivos para retorcerse de rabia o culparse.

—Felices los que se ríen de sus tonterías, pues de ellos será el relax —nos decía continuamente.

Yo detestaba a las personas insulsas, que daban respuestas superficiales; sin embargo, en el fondo, yo también estaba lleno de tonterías e insulseces. Me faltaba mucho para reírme de mí mismo. Tenía mucho que aprender sobre el arte de no compliarme, un arte desconocido en el templo académico.

La universidad que ayudé a desarrollar formaba alumnos que no sabían observarse a sí mismos, detectar su propia estupidez, soltarse, llorar, amar, correr riesgos, salir de la cárcel de la rutina y, mucho menos, soñar. Yo era el más temido de los profesores, una máquina de criticar. Agobiaba a mis alumnos con crítica y más crítica social, pero jamás le enseñé a ninguno de ellos a disfrutar de la vida. ¡Claro! Nadie puede dar lo que no tiene. Mi vida era una basura.

Estaba orgulloso de mi ética y honestidad, pero comenzaba a descubrir que era poco ético y deshonesto conmigo mismo. Por suerte, estaba aprendiendo a expulsar los «demonios» que bloqueaban mi mente y me convertían en una persona al límite de lo soportable.

## INVITANDO A LOS COMPLICADOS

Después de veinte minutos de baile en el vestíbulo del edificio San Pablo, el vendedor de sueños pidió nuevamente silencio a la multitud. Eufórica, la gente se calmó poco a poco. Para sorpresa de todos, recitó un verso, como si estuviera en lo alto de un monte:

*Muchos bailan sobre el suelo,  
pero no en la pista del autoconocimiento.  
Son dioses que no reconocen sus límites.  
¿Cómo podrían encontrarse si nunca se perdieron?  
¿Cómo llegarán a ser humanos si no se acercan a otros?  
¿Quiénes son ustedes? Sí, díganme, ¿quiénes son?*

La gente abrió unos ojos como platos. Habían terminado de bailar en una pista improvisada, pero ahora el promotor de la fiesta hablaba de otra pista y les preguntaba si eran humanos o divinos. Varios hombres vestidos con traje, en especial aquellos que no habían bailado y se mantenían críticos, se quedaron atónitos. Diariamente, se colocaban frente a pantallas en las que seguían la cotización del dólar y los movimientos de la bolsa de valores, y eran expertos en técnicas de liderazgo empresarial, coches y hoteles. Pero jamás habían bailado en la pista del autoconocimiento, jamás habían sido caminantes del territorio mental.

Vivían vacíos, aburridos, ansiosos y atiborrados de tranquilizantes. No se humanizaban. Eran dioses que morían un poco a cada momento, que negaban sus conflictos.

Frente a la multitud silenciosa, el maestro amplió su discurso.

—Sin filosofar sobre la vida, vivieron en la superficie. No advirtieron que la existencia es como los rayos solares, que despuntan solemnemente en la más bella aurora y se despiden fatalmente en el ocaso.

Algunos lo aplaudieron sin entender la dimensión de su raciocinio y sin darse cuenta de que estaban muy cerca del atardecer.

Momentos después, para mi sorpresa, empezó a saludar a todo el mundo. A cada uno le preguntaba:

—¿Quién es usted? ¿Cuál es su mayor sueño?

Inicialmente, muchos se avergonzaban. No sabían cómo contestar a eso. Otros, más desinhibidos y sinceros, decían: «No tengo sueños», y se justificaban: «Mi vida es una mierda». Otros comentaban: «Vivo agobiado por las deudas. ¿Cómo podría soñar?». Y algunos más apuntaban: «Mi trabajo es una fuente de estrés. Tengo dolores en todo el cuerpo. Me he olvidado de mí mismo, sólo sé trabajar». Sus respuestas me impresionaron. Me di cuenta de que el público de mi «suicidio» no estaba muy lejos de mí. La platea y los actores vivían el mismo drama.

El maestro no tenía soluciones mágicas, quería estimular a las personas a que miraran en su interior y pudieran repensarse. Tras ver el desierto psíquico en que se encontraban, proclamó:

—Sin sueños, los monstruos que nos asedian, ya estén en nuestra mente o en el terreno social, nos controlarán. El objetivo fundamental de los sueños no es el éxito, sino librarnos del fantasma del conformismo.

Una joven corpulenta, de ciento treinta kilos y un metro ochenta de altura, se conmovió con esas palabras. Se sentía programada para el rechazo y la infelicidad. El fantasma del conformismo la dominaba. Hacía años que tomaba antidepresivos. Era pesimista y excesivamente crítica consigo misma. Siempre se acobardaba delante de otras mujeres. Apenada, se aproximó al vendedor de sueños y tuvo el coraje de abrirse, en un tono de voz que sólo algunos de nosotros oímos.

—Soy un pozo de tristeza y soledad. ¿Alguien que no es atractivo puede ser amado algún día? ¿Alguien que nunca es cortejado puede tener la oportunidad de encontrar un gran amor?

Ella soñaba con ser besada, abrazada, querida y admirada, pero su reacción indicaba que muy probablemente siempre era ridiculizada, rechazada y hasta llamada por apodos que sólo se darían a los animales. Mataron su autoestima durante la infancia, como la mía.

Bartolomé oyó esas palabras. Jadeante y con olor a alcohol, balbuceó en voz alta:

—¡Deliciosa! ¡Bellísima! ¡Maravillosa! Si estás buscando un príncipe, ya lo has encontrado. ¿Quieres ser mi novia? —Y abrió los brazos.

Para que no se cayera, tuve que sostener al indigente. Ella sonrió, pero el borracho sinvergüenza era el último hombre con el que se relacionaría.

El maestro la miró a los ojos.

—Es posible encontrar un gran amor —le respondió—. Sin embargo, no olvides nunca que puedes tener al mejor compañero a tu lado, pero serás infeliz si no estás enamorada de tu propia vida. —Y prosiguió—: Para alcanzarlo, tendrás que dejar de ser esclava.

—¿Esclava de qué? —preguntó, sorprendida.

—De los patrones de belleza del sistema —afirmó.

Algunas personas que lo oyeron, se animaron con sus palabras. Dijeron que soñaban con superar su timidez, su soledad y sus fobias. Otras tenían como meta hacer amigos o cambiar de trabajo, ya que con el dinero que ganaban, las cuentas no les salían a final de mes. Algunos explicaban que soñaban con hacer un curso superior, aunque no tenían recursos para eso. Esperaban un milagro, pero el vendedor de sueños era un vendedor de ideas, un mercader del conocimiento, y eso era mejor que el oro o la plata, fascinaba más que los diamantes o las perlas. Por esa razón no animaba a buscar el éxito por el éxito. Para él no había caminos sin percances, ni océanos sin tormentas. Con la vista fija en la multitud, habló con gran seguridad:

—Si vuestros sueños son deseos y no proyectos de vida, entonces os llevaréis vuestros conflictos a la sepultura. Sueños sin proyectos producen personas frustradas, siervas del sistema. Y no doy más explicaciones sobre esos pensamientos, pues me gustaría que bailarais sobre la pista de las ideas.

Me quedé pensativo. Vivimos en una sociedad consumista, en una sociedad de deseos, no de proyectos existenciales. Nadie planea tener amigos, ni ser tolerante, superar fobias o tener un gran amor.

—Si nuestro dios es el azar y los accidentes nuestros demonios, seremos infantiles.

Me sorprendí al mirar a mi alrededor y darme cuenta de que el sistema social había hecho un estrago irreparable en casi todos nosotros. No todas las personas eran grandes consumidores, pero de todas maneras parecían autómatas. Vivían sin propósitos ni significado, sin metas, dedicados a obedecer órdenes y no a pensar, lo que hacía que el índice de trastornos psicológicos aumentara sin cesar.

Me cuestioné también a mí mismo como educador: ¿qué había formado en la universidad? ¿Siervos o líderes? ¿Autómatas o

pensadores? Pero antes de responder a todo eso, me inquieté por mi propia situación. Me pregunté: ¿ser crítico me liberó de la servidumbre? ¡No! Yo era siervo de mi pesimismo y de mi seudoindependencia. De seguir así, me iba a llevar mis conflictos a la tumba. El maestro interrumpió mis pensamientos cuando comentó ante la platea, extasiada:

—Las conquistas sin riesgos son sueños sin méritos. Nadie es digno de sus sueños si no utiliza sus derrotas para cultivarlos.

Al haber estudiado la historia de la riqueza de las naciones, entendí el significado sociológico de esta idea. Entendí que muchos de los que recibían herencias o fortunas inesperadas obtenían conquistas sin mérito, no valoraban las batallas de sus padres, despilfarraban sus bienes como si fueran eternos. La herencia se tornaba una excusa para una vida disoluta y superficial. Querían absorber el máximo placer del presente sin prever tempestades futuras.

Mientras criticaba a las personas como víctimas del sistema en vez de responsables de su historia, me observé y me di cuenta de que no era diferente de ellas. No entendía por qué pensamientos tan sencillos eran tan penetrantes. Había estudiado complejas ideas del socialismo, pero ninguna alcanzó las zonas ocultas de mi mente. Había soñado con ser una persona feliz, pero me convertí en un desgraciado. Había soñado con vivir una vida mejor que la que vivió mi padre, pero reproduje lo que más detestaba de él. Había soñado con ser más sociable que mi madre, pero adopté su seriedad y amargura.

No usé mis pérdidas para cultivar mis sueños. No fui digno de ellos. Odiaba los riesgos y quería controlarlo todo, pues no podía comprometer mi brillante reputación académica. Me volví estéril por dentro, no daba a luz nuevas ideas. Olvidé que los grandes pensadores eran gente osada que asumía riesgos. No pocos fueron execrados, tachados de lunáticos o de herejes, con-

siderados una vergüenza social. En resumen, sirvieron de carne fresca para las aves de rapiña. Creo que yo era una de esas aves depredadoras.

Hasta en las tesis de licenciatura y doctorado los riesgos eran mínimos. Algunos de mis colegas luchaban contra esa formalidad, pero yo los detenía. Solamente después de seguir a aquel impredecible vendedor de sueños fui capaz de comprender que los grandes descubrimientos de la ciencia se produjeron en la juventud, al calor de la rebeldía, y no en la madurez. Los formales reciben diplomas y aplausos, los chiflados generan las ideas que aquéllos utilizan.

## EL INUSITADO SUEÑO DE BARTOLOMÉ

Un hombre blanco, de unos treinta y cinco años, vestido con un polo beige, de cabello negro bien cortado y facciones duras, rompió el clima de armonía y, agresivo, le espetó al maestro:

—Mi mayor sueño es estrangular a mi esposa.

No bromeaba. Realmente parecía estar dispuesto a cometer un asesinato. El maestro no respondió, sólo esperó a que el agresor terminara de expulsar su violencia. El hombre continuó:

—¿Qué merece una mujer que traiciona al marido?

En lugar de intentar calmar al agresor, el maestro echó más leña al fuego.

—¿Tú también la has traicionado?

El interpelado no dudó. Le propinó un puñetazo que lo hizo caer al suelo y le partió el labio. Muchos intentaron atacarlo, pero el maestro contuvo la violencia de la multitud.

—No, dejadlo, no le golpeéis.

Se levantó y se dirigió a aquel hombre.

—Podemos no traicionar físicamente, pero traicionamos con el pensamiento, con las intenciones. Si no traicionamos a la persona que amamos, nos traicionamos a nosotros mismos. Traicionamos nuestra salud, nuestros sueños, nuestra calma. ¿Usted nunca ha traicionado a alguien o incluso a sí mismo?

El otro se quedó mudo y asintió levemente con la cabeza, lo que confirmaba que era un traidor. Día tras día, se traicionaba con miles de pensamientos mórbidos. Su agresividad era la punta del iceberg. Cuando bajó la guardia, el maestro lo bombardeó con más intensidad:

—¿Acaso su esposa es de su propiedad? Si no lo es, ¿por qué quiere destruirla, o destruirse por su causa? ¿Quién ha dicho que, por engañarlo, ella ya no es un ser humano con una historia, que ha llorado, amado, se ha enfadado y sentido frustrada? Si no es capaz de perdonarla y reconquistarla, ¿por qué, simplemente, no dice «lo siento mucho, me has perdido»?

El hombre se marchó completamente aturdido. Era difícil saber si reconquistaría a su esposa o se dejaría conquistar por ella, pero seguramente no la asesinaría. Su reacción me impresionó. ¿Había provocado el maestro al agresor para que éste lo golpeará y así abrir una ventana en su mente homicida que le permitiera pensar en otras alternativas? ¡No era posible! Las personas que estaban cerca lo miraban absortas, como si estuvieran frente a una emocionante película de acción.

Como si ese incidente no hubiera bastado, el maestro le preguntó entonces a Bartolomé cuál era su mayor sueño. Para mí, no era ni el momento ni una buena idea hacer esa pregunta. Boquita de Miel sentía una atracción irresistible por la irreverencia. Lo miró y contestó con gran entusiasmo, casi sin poder tenerse en pie.

—¿Mi mayor sueño, jefe? ¡Vodka rusa! Y... y... y... tomar un baño... —Cuando todos asintieron, conformes con ese sueño, añadió—: Tomar un baño... en un tonel de whisky escocés. —Y nada más decirlo se cayó sentado. Vivía sin dinero, y se quedó extasiado pensando en ese baño extraordinario.

No me pude aguantar. Me reí del vagabundo y de la cara del sabio al que había empezado a seguir. Pero mi sarcasmo me

sorprendió. Nunca imaginé que en mi mente cupiera el placer por la desgracia ajena. «Esta vez se ha embarcado en un bote que se está yendo a pique», pensé.

Antes de que respondiera, apareció doña Jurema, la anciana, quien amenazó con asestarle un par de bastonazos a Bartolomé. Ella también había oído su respuesta, y se indignó. Esa vez no lo llamó tarado, pero usó otros adjetivos.

—¡Prepotente! ¡Presuntuoso! ¡Borracho indecente! ¡Escoria social!

Boquita de Miel, que aparentemente no tenía cultura académica, disfrutó con los adjetivos.

—Gracias por los elogios —respondió—. También me podría servir un barril de cachaza brasileña o de tequila mexicano.

El tipo era incorregible. Hacía más de veinte años que bebía sin control. Llevaba diez de bar en bar, de calle en calle, hundido en el alcoholismo puro. Yo estaba convencido de que el vendedor de sueños jamás conseguiría dar una lección a aquel miserable maloliente. Más aún porque ningún pensamiento lúcido entraría en su mente poblada por extraterrestres. Tal vez mi maestro optara por reprenderlo sin grandes pretensiones educativas, sólo para vomitar su rabia, o lo enviara a algún grupo de Alcohólicos Anónimos, para librarse de él rápidamente. Pero para mi sorpresa, elogió su sinceridad:

—¡Muy bien! Te felicito por tu honestidad.

Intenté destaparme los oídos para asegurarme de que oía bien. Era imposible que felicitara al borracho. El alcohol, sumado al estímulo que estaba recibiendo, multiplicó la euforia del desgraciado. Revestido de una autoestima que hacía años no sentía, miró con orgullo a las personas que minutos atrás lo habían empujado, soltó un estridente grito de guerra, y tuvo el atrevimiento de decir:

—Preservo la naturaleza, me muevo gracias al alcohol. —Le-

vantó el dedo pulgar en señal de triunfo y continuó—: Soy así, como este hombre. Él es lo máximo. ¿Puedo dar un paseo en su nave espacial, jefe? —Después de la autoinvitación, tropezó con dos personas y casi se cayó.

Yo, que siempre había sido un intolerante, razoné: «A éste hay que mandarlo a un manicomio». El maestro me miró. Pensé que me había leído el pensamiento e iba a seguir mi recomendación. Pero para mi asombro, dijo algo que casi hizo que me desmayara.

—¡Ven y sígueme! Haré que te emborraches con una bebida que no conoces —propuso con voz firme.

Me quedé atónito. Moví la cabeza para ver si lo había entendido bien. El borracho, que estaba débil tanto por haber bailado como porque hacía años que sólo se alimentaba de alcohol, replicó inmediatamente:

—¿Una bebida que no conozco? ¡Lo dudo! ¿Es un vodka de los buenos?

No supe qué hacer ante su irreverencia. Pero al vendedor de sueños le pareció gracioso, y sonrió. Él era capaz de relajarse en situaciones tensas. Me miró, y parecía querer decirme: «No te preocupes, estoy aquí para tratar con los difíciles».

Mis neuronas entraron en estado de choque. Pensé en dejarlo todo. Seguir a una persona excéntrica, un alienado de la sociedad, pase; pero seguirlo al lado de un borracho irresponsable era demasiado. Correríamos riesgos inimaginables.

## MI CASA ES EL MUNDO

El maestro, Bartolomé y yo decidimos irnos.

Mientras lo hacíamos, la multitud nos aplaudía. Algunas personas tomaban fotos. Yo giraba la cara y procuraba ser discreto, pero el infeliz de Boquita de Miel hacía poses. Como el maestro no reaccionaba, yo lo empujaba para intentar que no llamara la atención. Lo último que quería era ser la niñera de un borracho. Había algunos periodistas presentes, que tomaban nota con detenimiento de lo que sucedía.

Tres calles más adelante empezaron los conflictos. Empecé a pensar: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Adónde vamos?». Yo me hacía estas preguntas, pero el maestro no se hacía ninguna. Parecía feliz de formar parte de la pequeña banda; yo tenía miedo, miraba hacia arriba y trataba de relajarme. Él me miraba con una media sonrisa; parecía escuchar mis dudas.

Estaba seguro de que nos llevaría a sus humildes aposentos. Por su modo de vestir, parecía muy pobre; aunque seguramente tenía una casa o un apartamento alquilados. Quizá su residencia no tuviese demasiadas habitaciones, pero por la vehemencia de su invitación no cabía duda de que sería un buen anfitrión; seguramente tendría un cuarto para mí y otro para Bartolomé. Dormir en la misma habitación que ese borracho sería una afrenta a la sensatez.

Quizá el cuarto en el que me hospedaría sería simple pero

confortable. Tal vez la cama fuera blanda, con un colchón con la densidad suficiente para que no me doliera la espalda. Puede que no tuviera sábanas nuevas, pero al menos estarían limpias. Quizá en la nevera no habría alimentos caros, pero seguramente tendría algo saludable para comer. Estaba hambriento y extenuado.

Todo eran posibilidades, pero no tenía ninguna certeza.

Durante el trayecto, el maestro saludaba a niños y adultos, y ayudaba a algunas personas a llevar bolsas pesadas. Bartolomé se sumó a los saludos. Agitaba las manos en todas direcciones, saludando incluso a árboles y postes. Yo me negaba a hacerlo, y para no quedar como un antipático, contestaba con un gesto muy discreto a quien me decía algo.

La mayor parte de la gente sonreía.

«¿De dónde conocerá a tantas personas el vendedor de sueños?», me preguntaba. Pero lo cierto era que no las conocía. Para él, cualquier extraño era un ser humano y cualquier ser humano era su semejante. Y un semejante nunca es un desconocido. Los saludaba por el placer de saludarlos. Jamás vi a una persona tan animada y sociable y que tuviera tan buen humor. No sólo vendía sueños, también los vivía.

Anduvimos muchas calles, caminamos algunos kilómetros, pero no llegábamos. Al cabo de un rato, cuando yo ya no podía dar un paso más, el vendedor de sueños se paró en un cruce de caminos. Yo respiré. «¡Uf!, espero que hayamos llegado», pensé. Para mi alivio, me confirmó que así era.

Miré hacia la izquierda. Vi un conjunto de casas populares idénticas, pintadas de color blanco y con un porche pequeñísimo. Me rasqué la cabeza y me dije: «Las casas son pequeñas. Es posible que no tengan tres habitaciones».

Pero finalmente, el hombre miró hacia el lado derecho de la calle y levantó levemente la cabeza. Siguiendo su mirada, vi un

enorme edificio detrás de un puente. Tenía unos ocho apartamentos por planta. Parecía un palomar. Daba la impresión de que los pisos eran más pequeños que las casas populares. La gente debía de vivir apiñada.

Me dije: «Va a ser una noche muy difícil». Pero el maestro se adelantó y me dijo:

—No te preocupes, hay mucho espacio.

—¿En qué piso está tu apartamento? —le pregunté amablemente, tratando de disimular mi ansiedad.

—¿Mi apartamento? Mi apartamento es el mundo —respondió con tranquilidad.

—*Very good*, me gusta mucho ese apartamento —intervino Bartolomé, al que le gustaba hacer gala de su pésimo inglés.

—¿Qué quieres decir, maestro? —le pregunté, asustado.

—Los zorros tienen sus madrigueras —explicó—, las aves del cielo tienen sus nidos, pero el vendedor de sueños no tiene residencia fija donde reclinar la cabeza.

No podía creer lo que estaba escuchando. Me quedé paralizado. El maestro había citado la famosa frase de Cristo. ¿Acaso se creía Cristo? ¡No era posible! ¿Y si tenía un brote psicótico? Pero parecía alguien intelectualmente sólido, inteligente. Hablaba de Dios de una forma no religiosa. ¿Quién era aquel hombre? ¿Hacia dónde estaba dirigiendo mi vida? Todas estas preguntas me daban vueltas en la cabeza. Antes de que las dudas me carcomieran, el maestro me arrojó un jarro de agua fría.

—No te preocupes. Yo no soy Él. Sólo trato de entenderlo —me dijo.

—¿No eres quién? —le pregunté, sin comprender lo que decía.

—No soy el Maestro de los maestros. Soy una persona insignificante que trata de entenderlo —me contestó con calma.

Por unos instantes, me sentí aliviado.

—Pero ¿quién eres tú? —le pregunté con ansiedad; quería más explicaciones, pero éstas no llegaban.

—Ya te he dicho quién soy. ¿No me crees? —me interpeló con énfasis.

En ese momento, Bartolomé, que era imposible que se callara, trató de corregirme diciendo:

—¿No crees que él es el jefe de los extraterrestres?

—¡Cállate, boca sucia!

—¡Boca sucia, no! Boquita de Miel. No intentes rebajarme, tú, que no eres más que un intelectual de segunda. —Y adoptó una pose de lucha, imitando a un karateca. Éste fue uno de los primeros roces que surgieron entre los discípulos.

El maestro se dirigió a mí y me reprendió con delicadeza. Él no invadía la privacidad de los otros; sólo exponía nuestra desnudez sin castigarnos. Pero sus actitudes tenían más efecto que un castigo.

—Julio César, eres muy inteligente, y por eso sabes que ningún artista es dueño de su obra. En cambio, el que la interpreta la posee, le da color y sabor. Si Bartolomé cree que soy el jefe de los extraterrestres, ¿por qué te angustias? Quiero generosidad, no obediencia. ¡Sé generoso contigo mismo!

En ese momento, me pareció que la última frase había sido mal formulada. Que en lugar de decir que fuera generoso conmigo mismo tendría que haberme indicado que lo fuera con Bartolomé. Más adelante descubrí que el que no es generoso consigo mismo jamás lo será con los demás. El que se exige demasiado es un verdugo con los otros.

La generosidad era uno de los grandes sueños que el maestro ansiaba difundir en el gran manicomio social. Los «normales» vivían en sus madrigueras, aislados en su mundo, habían perdido el sabor inigualable de entregarse, de abrazar a los demás, de ser capaces de dar una nueva oportunidad a los otros.

El término «generosidad» figuraba en los diccionarios, pero rara vez se encontraba en los corazones. Yo sabía competir, pero no sabía ser generoso. Sabía señalar los errores de mis colegas, pero no sabía cómo protegerlos. La desgracia de los otros me alegraba más que sus éxitos. No era muy distinto de los políticos de la oposición, que deseaban la destrucción del partido gobernante.

Después de la lección, me tranquilicé. Pero ¿dónde estaba el apartamento en el que íbamos a hospedarnos? De repente, el maestro señaló debajo del puente que estaba frente a nosotros y que yo no había visto, y dijo:

—Éste es nuestro hogar.

Sentí vértigo. Extrañé el edificio San Pablo. Debajo del puente había unas colchonetas viejas y rotas. No había sábanas, sólo unos trapos viejos para cubrirnos. Teníamos que beber agua de una botella. Nunca había visto tanta pobreza. «¿Éste es el hombre que me ha salvado del suicidio?», me pregunté. La situación era tan terrible que hasta Bartolomé tuvo reparos. El tipo empezaba a caerme bien. Se rascó la cabeza, después se restregó los ojos para constatar que no estaba teniendo una alucinación y dijo:

—Jefe, ¿está usted seguro de que ésta es su casa?

Bartolomé empezaba a aterrizar en la realidad. Sentía que se había subido al avión equivocado. Él solía dormir en lugares mejores. En las casas de sus amigos, en las trastiendas de los bares y hasta en albergues municipales, pero nunca debajo de un puente.

—Sí, Bartolomé, ésta es mi casa. Y nos espera una larga noche.

Todo lo que el maestro decía tenía un significado: la larga noche no se refería a dormir mal, a molerse la espalda contra la colchoneta, sino al terror que la oscuridad prometía.

Para cenar sólo había un poco de pan seco y unos bizcochos, que estaban caducados, aunque todavía no habían sido invadidos por el moho. Yo detesto las hamburguesas, pero en ese momento pensé que serían un manjar en comparación con la comida que nos esperaba. Después de dar algún mordisco al pan, decidí acostarme. Tal vez me despertara al día siguiente y me diera cuenta de que todo había sido una pesadilla. Me tumbé sobre la colchoneta y me fabriqué una especie de almohada con un cartón.

Aunque mi cuerpo reposaba, mi mente seguía inquieta, como un caldero de ansiedad. Para relajarme, me decía: «Trata de calmarte. Tranquilízate. ¿Acaso no te gusta estudiar los grupos sociales excéntricos? Ahora formas parte de uno de ellos. Será bueno para tu currículum académico. Como mínimo, tendrás una experiencia sociológica interesante. No olvides que los sueños sin riesgos producen conquistas sin méritos».

No sabía dónde me estaba metiendo. Sólo sabía que había abandonado el microcosmos de la universidad para introducirme en el cosmos del submundo social, un ambiente completamente desconocido para mí, que era un sociólogo teórico. Pensando en todas esas cosas, no lograba conciliar el sueño.

Un poco después intenté utilizar otra técnica. Empecé a recordar todas las lecciones que había aprendido, a rememorar cada experiencia. Repasaba mentalmente todo lo que había sucedido horas antes. La experiencia de seguir a ese extraño hombre era tan fuerte que yo pensaba menos en la terraza del edificio San Pablo y más en la casa debajo del puente, casi no recordaba el suicidio y pensaba constantemente en la caminata. Entonces volvió a encenderse una luz. Volví a tener una iluminación. Se me ocurrió que todas las personas deberían salir alguna vez a caminar sin rumbo, al menos durante un día, para encontrar el eslabón perdido en su interior. Pensar de ese

modo me relajó. La inquietud a flor de piel se calmó un poco, lo que me llevó, finalmente, a ralentizar mi agitación cerebral.

Me relajé y el sueño empezó a llegar. Entendí que aquello que determina cuán blanda está nuestra cama es el nivel de ansiedad de nuestra mente. Sólo duerme bien el que primero aprende a reposar en su interior. Estaba empezando a filosofar como el maestro. No sabía lo que estaba por venir. La colchone-  
ta se hizo más blanda que el mejor de los colchones.

## UNA BANDA DE LOCOS

Eran las cuatro de la madrugada. Hacía frío y corría mucho viento. De repente, me despertaron unos gritos desesperados.

—¡Se cae el puente! ¡Se cae el puente! —gritaba Bartolomé. Era presa de gran agitación y estaba aterrorizado.

El corazón me latía fuerte. Nunca lo había sentido con tanta intensidad. Me levanté sobresaltado y traté de alejarme de allí, pero el maestro me tomó del brazo y me pidió que me calmara.

—¿Cómo que me calme? ¡Podemos morir! —repliqué, observando la construcción.

En la oscuridad, las antiguas grietas del puente me parecieron nuevas.

—Bartolomé tiene el síndrome de abstinencia alcohólica —me contestó él con tranquilidad.

A pesar de que hacía algunas horas yo había querido matarme, el instinto de supervivencia estaba latente en mí. Mi compañero, ebrio y arruinado, me había ayudado a hacer uno de los descubrimientos más grandes de mi existencia: aunque planeen su muerte, los suicidas no quieren matarse; lo que buscan es matar su dolor. Respiré hondo y, traté de relajarme, pero seguía con miedo. Miré a Bartolomé, que continuaba inmerso en una atmósfera de terror.

Se encontraba en medio de un episodio de delirium tremens. Debido a su adicción, la falta de alcohol en el torrente

sanguíneo había hecho que su cuerpo entrara en un estado de sufrimiento caracterizado por la falta de aire, el aumento de la frecuencia cardíaca y el sudor excesivo, entre otros síntomas. Lo peor era que su mente, bastante confundida, se vino abajo. Comenzó a tener alucinaciones y visiones irreales que él creía verdaderas.

Después de la caída del puente, tuvo otras alucinaciones. Vio arañas y ratas gigantes, del tamaño de automóviles, que se lo querían comer. Su rostro chorreaba sudor y le temblaban las manos. Tenía el cuerpo caliente, con fiebre. Como decía el maestro, es posible huir de los monstruos externos pero no de los internos. Y es realmente increíble la capacidad que tiene la mente humana para crear monstruos que la asedien. En plena era digital, los sentimientos primitivos siguen vivos.

Bartolomé luchaba contra fieras que querían devorarlo.

—Jefe, ¡ayúdeme! ¡Socorro! —gritaba, angustiado.

El maestro y yo intentamos calmarlo y hacer que se sentara en un cajón de madera que en algún momento había contenido tomates. Pero pronto empezó otra crisis. En un momento dado, salió corriendo calle abajo. Hay cinco millones de alcohólicos en el país. Jamás hubiera imaginado que esa gente sufriera tanto; los borrachos siempre me habían parecido personas muy felices.

Temeroso de que a Bartolomé pudiera atropellarlo un coche, el maestro me sugirió que lo lleváramos a un hospital público que estaba a tres calles del puente. Para preservar su integridad, así lo hicimos.

En ese momento, comencé a dar un poco de mi energía a los demás sin pedir nada a cambio. Obviamente, siempre hay intereses en todo lo que hacemos, pero como decía el maestro, unos buscan la ganancia financiera o el reconocimiento público y otros están ligados al placer de contribuir al bienestar y la salud

de los demás. Se trataba de un sistema de intercambio que ni el capitalismo ni el socialismo habían contemplado. Ése era un mundo que los estamentos académicos desconocían por completo.

Comprendí que los egoístas viven en el calabozo de sus angustias, pero los que hacen algo por el dolor de los otros alivian su propio dolor. No sabía si me arrepentiría de haber tomado ese camino, no sabía qué me esperaba, pero tal vez vender sueños fuera un excelente «negocio» en el mercado de la emoción. La angustia de mi compañero era tan grande que, al menos por unos momentos, disminuyó la percepción negativa que yo tenía de mi propia desgracia y dejé de pensar en las cosas no resueltas de mi vida.

Pensé en el tremendo esfuerzo que el vendedor de sueños había realizado para rescatarme. No me pidió dinero, reconocimiento ni aplausos, pero lo que recibió fue importante: elevadas dosis de placer. Se sintió tan feliz que incluso se puso a bailar en público. ¡Qué «mercado» tan fantástico! Lo único que me pidió fue que hiciera lo mismo que él.

El acto de ayudar a Bartolomé constituía mi primera experiencia de colaboración desinteresada. Era la primera vez que yo contribuía, sin esperar nada a cambio, al bienestar de alguien. Una tarea difícil para un intelectual egocéntrico como yo.

Ingresarlo en el hospital fue una lucha. Tuvimos que vencer al personal de que nuestro amigo corría peligro de muerte. No bastaba el escándalo que hacía. Los hospitales generales no están preparados para afrontar los accidentes de la mente humana. Pueden lidiar con los problemas del cuerpo, pero desconocen, o niegan, el mundo intangible de la mente. Cuando conseguimos que lo ingresaran, Bartolomé estaba menos agitado. Le dieron un calmante y lo llevaron sedado a su habitación.

Fuimos a visitarlo por la tarde. Estaba mucho mejor. Ya no tenía alucinaciones y le dieron el alta. Nos pidió que le contásemos todo lo que había pasado y cómo nos habíamos conocido. La memoria le fallaba. El maestro me encomendó la tarea a mí. Traté de explicar lo inexplicable. Cuando empecé a hablar, el vendedor de sueños abandonó la habitación. No le gustaban los elogios.

Le conté todo sobre él. Cómo lo había conocido, cómo me había ayudado, cómo me había invitado, cómo nos habíamos encontrado con Bartolomé delante del edificio, la danza, la pregunta por el gran sueño, cómo había llamado al maestro, el puente, el terror nocturno, en fin... todo. Bartolomé prestaba muchísima atención y asentía con la cabeza, balbuceando de vez en cuando un «hum». Todo parecía tan irreal que me sentía como un tonto explicando lo que ni yo mismo entendía. Bartolomé tenía el mismo buen humor que el maestro. Para hacerme sentir menos tenso, me dijo:

—¡No sabes cómo se llama ni quién es! Amigo, necesitaría tomar unas cervecitas para entender esta confusión. —Pero cuando se dio cuenta de que ello suponía abandonar el camino, agregó—: Yo siempre quise seguir a alguien que estuviera más chiflado que yo.

Y así es como empecé a caminar con aquellos dos locos. La experiencia sociológica ganaba cuerpo. Solamente esperaba no encontrarme con ningún conocido en la calle. Ojalá los profesores y los alumnos creyeran que me había muerto o me había ido del país. Bartolomé silbaba despreocupadamente. El maestro caminaba a nuestro lado sin poder contener su alegría. De repente, empezó a cantar una bella y persuasiva canción que él mismo había compuesto y cuya letra expresaba su postura en la vida. Esa canción se convirtió poco a poco en la banda sonora de nuestra historia.

*Soy sólo un caminante  
que ha perdido el miedo a perderse.  
Estoy seguro de que soy imperfecto,  
pueden llamarme loco,  
pueden burlarse de mis ideas.  
¡No importa! Lo que importa es que soy un caminante  
que vende sueños a los transeúntes.  
No tengo brújula ni agenda,  
no tengo nada pero lo tengo todo.  
Soy sólo un caminante  
en busca de mí mismo.*

Mientras nos dirigíamos hacia nuestra casa o, mejor dicho, hacia nuestro puente, nos encontramos con un personaje rarísimo. Su nombre era Dimas de Melo, pero lo llamaban «Mano de Ángel». En realidad, su apodo debería haber sido «Mano de Diablo», pero los sobrenombres no siempre retratan fielmente a las personas que los llevan. En este caso, era más bien un antónimo de su comportamiento. El tipo era un rufián. Tenía veintiocho años, cabello rubio con raya en medio, nariz grande y achatada, y rasgos orientales.

A Mano de Ángel lo habían sorprendido robando un DVD portátil en una tienda. No era la primera vez que se llevaba cosas de valor, pero esa vez lo pescaron. Una cámara lo había pillado con las manos en la masa. El bribón había tenido en cuenta todas las cámaras cuando metía el aparato en su bolsa, pero no se había percatado de que había una oculta. Se lo llevaron preso. En la comisaría, pidió hablar con un abogado. Antes de que el comisario iniciara el interrogatorio policial, Mano de Ángel se llevó al abogado aparte y le dijo que no tenía dinero para pagar la futura fianza.

—Sin dinero no hay salida, quedarás preso —afirmó éste.

En situaciones de presión, el truhán no podía articular bien las palabras ya que tenía una leve tartamudez.

—Tenga paciencia, que... que voy a salir de ésta sin pa... pagar nada. Sólo sígame —le dijo al abogado.

El hombre no entendió qué era lo que tenía en mente. Ambos entraron en la sala del impaciente y autoritario comisario.

El policía le preguntó el nombre. Dimas, con aire de bobo, se pasó el dedo índice de la mano derecha por los labios y después se dio tres golpecitos en la frente. El comisario se indignó y volvió a preguntarle su nombre. Mano de Ángel volvió a repetir el gesto.

—¡Estás jugando conmigo, sinvergüenza! Te voy a enviar a la cárcel por desacato a la autoridad.

Después le preguntó la dirección y la profesión, pero Mano de Ángel, con toda la naturalidad del mundo, repitió el mismo gesto, se puso el dedo en los labios y se dio tres golpecitos en la frente.

Quería dar la impresión de ser un psicótico; alguien mentalmente incapacitado que no entendía dónde estaba ni qué estaba pasando. Quería pasar por alguien que no sabía qué había hecho.

Le hicieron diez preguntas, y a ninguna dio respuesta. El comisario lo insultó, golpeó la mesa, lo amenazó, pero nada. El sujeto era un verdadero artista, en el peor sentido de la palabra. El abogado captó la argucia de su cliente.

—¡No es posible! ¡Este tipo está loco! —gritó el policía.

El letrado intervino y le dijo:

—Señor comisario, no le he dicho que mi cliente está mentalmente incapacitado porque usted no me hubiera creído. Como puede ver, este muchacho no tiene conciencia de sus actos.

Para no perder más tiempo, el comisario dejó ir al ladronzuelo. Una vez fuera de la comisaría, el abogado felicitó a Mano de Ángel y elogió su astucia.

—¡Eres terrible! ¡Felicitaciones! ¡Nunca había visto a un mentiroso tan hábil! —Y rápidamente le pidió que le pagara sus honorarios, pues tenía otros compromisos.

Mano de Ángel miró al abogado a los ojos y, con la mayor naturalidad del mundo, se pasó el dedo índice por la boca, silbó, y después se dio tres golpecitos en la frente. El abogado soltó una carcajada, pero dijo que no tenía tiempo para juegos. Dimas volvió a repetir el gesto. Nosotros estábamos al otro lado de la calle, observando la escena.

—¡Deja de hacer el tonto! —gritó el abogado.

Mano de Ángel repitió otra vez el ritual. El abogado se irritó, ante lo cual Dimas volvió a hacer el gesto. Nada podía disuadir a aquel bravucón. El hombre lo amenazó de todas las formas posibles. Incluso con denunciarlo de nuevo. Pero ¿cómo podía hacerlo si él mismo acababa de mentirle al comisario diciéndole que su cliente era un enfermo mental? Fue la primera vez en la historia que un ladronzuelo les tomaba el pelo a un comisario y a un abogado en quince minutos.

El letrado se fue, iracundo, y Mano de Ángel gritó:

—¡Otro tonto!

El maestro seguía con atención los pasos del estafador. Yo no entendía muy bien su interés por él, pero pensé que tal vez quisiese venderle el sueño de la honestidad. Tal vez quisiera reprehenderlo, soltarle un sermón, o recomendarnos que no anduviésemos con un sujeto de esa clase, pues podría arruinar nuestro proyecto. El vendedor de sueños cruzó la calle y se acercó a Mano de Ángel. Nosotros, inquietos, lo seguimos. Temíamos que el ratero fuese armado.

Dimas lo vio y quiso saber quién era y por qué se acercaba a él. Asustados, oímos que el maestro le decía con voz firme:

—Tienes el sueño de hacerte rico y no te importa con qué medios conseguirlo.

Me gustó su frase, me pareció muy osada como presentación. Pero lo que dijo después me resultó inquietante. Bartolomé, que ya tenía la cabeza despejada, tampoco lo comprendió.

—Los que roban son pésimos administradores. Huyen de la miseria, pero ésta siempre los alcanza —le soltó.

El estafador dio un respingo. No sabía cómo utilizar lo que robaba. Vivía en la más extrema pobreza. Detestaba la miseria, rezaba para salir de ella pero, como una compañera fiel, ella insistía en quedarse. A continuación, el maestro dijo algo que hizo que el mundo del ladrón se desmoronara.

—El peor estafador no es el que engaña a los otros, sino el que se engaña a sí mismo.

Dimas dio dos pasos atrás. No era alguien que pensara mucho, pero lo que acababa de oír revolucionó su mente. Empezó a preguntarse: «¿Será que soy el peor estafador? ¿Soy especialista en engañar a los demás o me habré engañado a mí mismo? ¿Quién es este tipo que me roba la paz?».

Pronto, el maestro provocó el verdadero terremoto.

—Ven conmigo y sígueme, que yo te haré descubrir un tesoro llamado conocimiento, mucho más valioso que el oro y la plata. —Sus ideas eran penetrantes, sólidas, seductoras.

Mano de Ángel miró de arriba abajo al hombre que lo había perturbado, analizó su vestimenta, miró sus bolsillos vacíos y aspiró hondo para sentir su olor. Pensó en el tesoro que el maestro había mencionado y no entendió nada. Tartamudeando, le preguntó con desconfianza:

—¿Qué... significa ese te... tesoro? ¿Dónde están esos bi... esos billetes?

Sin dar ninguna explicación, el maestro sólo dijo con firmeza:

—¡Tú sabrás! —Y se fue sin decir nada más.

El rufián nos siguió, impulsado por la curiosidad. Tal vez

pensaba que el vendedor de sueños era un millonario excéntrico. Lo cierto es que éste era un polo de atracción fascinante: atraía, en particular, a las piezas raras de la sociedad, personas que muchas veces tenían intenciones ocultas.

Muchos años atrás, en momentos de prosperidad económica, Bartolomé había seguido algunos tratamientos psicoterapéuticos, pero ninguno había funcionado. O, mejor dicho, habían funcionado al revés: Bartolomé volvió locos a muchos de sus terapeutas, que después de atenderlo tuvieron que empezar a tratarse. El sujeto no tenía remedio, pero era inteligente. Descubrió que el orgullo era mi característica, y en el transcurso de nuestra primera caminata hacia el puente, después de la danza en el edificio San Pablo, me puso de apodo «Superego», pues percibió que tenía un ego enfermizamente hinchado. Sin darse cuenta, había utilizado un término de Freud, pero de un modo totalmente equivocado. Al ver que el maestro llamaba al ratero, Bartolomé se me acercó y me cuchicheó al oído:

—Superego, soportarte a ti ya es difícil, pero a este estafador será imposible.

—Vete a la... —comencé a decir, pero antes de que pudiera completar el insulto, me pareció que tal vez tuviera razón. El nuevo miembro de la familia podría ser un peligro. Jamás había imaginado estar asociado a un criminal, a un embustero.

—Soportar a un alcohólico chiflado como tú es complicado, pero soportar a ese ladrón ya es demasiado. ¡Yo me largo! —le dije en voz baja a Bartolomé.

Por segunda vez, pensé en abandonar la experiencia sociológica. Pero de repente, una película empezó a proyectarse en mi mente. Recordé haber estado perdido y haber sido encontrado. Observé el pacífico rostro del maestro y decidí resistir un poco más. La curiosidad por conocer qué resultaría de aquella experiencia me animaba. Sin duda, podía ser tema de muchas tesis.

El nuevo discípulo tenía la voz tranquila, aunque era un experto en engañar a los otros y sacar provecho de todas las situaciones. Estafaba vendiendo billetes de lotería falsos. Robaba tarjetas de crédito a las mujeres, les quitaba el monedero a las ancianas después de ayudarlas gentilmente a cruzar la calle.

El problema es que todo estafador posee un exceso de autoconfianza. Le parecía que nunca iba a caer en una trampa, hasta que encontró a alguien más listo que él. No sabía que al seguir al vendedor de sueños caería en la emboscada más grande de su vida.

Nos sentamos a descansar en una plaza. El maestro nos pidió a Bartolomé y a mí que le explicásemos el proyecto a Dimas. Tarea difícil. El sujeto parecía muy poco ilustrado. De todas formas, era una excelente oportunidad para dejarlo fuera. Bartolomé daba un tono superlativo a todo lo que contaba.

—Amigo, el jefe es un genio. Nos ha llamado para incendiar la humanidad con sus sueños.

Cuando estaba ebrio, Bartolomé alucinaba con monstruos; sobrio, tenía sueños de grandeza. Lamentablemente, a Dimas le gustó lo que contaba: hablaban el mismo lenguaje. Los sujetos marginales saben comunicarse entre sí. Para mis adentros, pensé: «Estoy fuera de lugar y, además, solo. He llevado una vida peor que la de estos desgraciados».

Sabíamos que la explicación que le diéramos a Dimas no sería suficiente, pues estábamos tan confundidos como él. Pero para aquel que camina por el desierto, la alucinación del oasis es siempre refrescante. Deseé con todas mis fuerzas que el bravucón desistiera, pero por desgracia se animó a seguirnos. Así aumentó la banda de locos.

## LAS PEQUEÑAS Y VALIENTES GOLONDRINAS

Unos momentos después, pasamos por un puesto de revistas y vimos nuestra foto en la portada de un importante diario, con el siguiente epígrafe: «Una pequeña banda de locos agita el centro de la ciudad». Mi maestro aparecía en primer plano; Bartolomé y yo estábamos a su lado.

Compré el diario con las pocas monedas que tenía en el bolsillo. Me sentí inquieto, perplejo. Era consciente de que había provocado un escándalo cuando había querido matarme, pero esperaba que el suceso no saliera a la luz. Quería olvidar el asunto, regresar a mi discreción de profesor universitario. Ahora, aquello estaba en boca de todo el mundo. El artículo narraba mi intento de suicidio y mi sorprendente rescate a manos de un extraño de nombre desconocido.

Dimas y Bartolomé veían a un intelectual descontrolado y desconsolado que leía el diario. Ellos estaban acostumbrados a ser objeto de críticas, yo no; yo me esmeraba en preservar mi buena imagen social. «Mis detractores en la universidad van a reírse de mí», pensé. Había querido morir sin llamar la atención, pero lo había hecho todo mal. Me había transformado en una anticelebridad. Enfadado, tenía ganas de quemar todos los diarios. Quería protestar porque habían publicado mi foto sin mi autorización. Quería denunciar al periodista por ese artículo calumnioso en el que hablaba mal de mí. Decía que yo era un

depresivo en busca de notoriedad. También decía que el psiquiatra que estaba en la terraza del edificio había clasificado al hombre que me había rescatado como un psicótico peligroso, que podía poner en riesgo a la sociedad. No me había rescatado un héroe. Lo mío había sido como una película de Hollywood pero al revés.

El maestro y los demás se sentaron junto a mí en un banco. Demostrando respeto por mi dolor, el vendedor de sueños casi ni me miraba. Esperaba que bajase la temperatura de mi angustia para intervenir. Pero la temperatura no bajaba. Mi mente escapaba a mi control. Imaginé a todos mis colegas, profesores y alumnos, leyendo el artículo. Yo era el jefe de un departamento de sociología y nunca me había rebajado ante ningún profesor o alumno. Parecía imbatible, odiaba a los estúpidos, pero no tenía en cuenta mi propia estupidez. Siempre había sido muy bueno cultivando enemigos, pero muy malo para hacer amigos.

«Y ahora, ¿qué pensarán de mí? —me pregunté—. ¿Qué pensarán de un suicida que después de su rescate se pone a bailar alegremente en medio de una multitud de desconocidos? Sin duda, dirán que me volví completamente loco. Dirán que me posgradué en enfermedad mental.»

Era con lo que Mario Vargas, Antonio Freita y otras personas que me eran hostiles soñaban: con ensuciar mi imagen. Sin darme cuenta, les había vendido el sueño que ellos más deseaban, el de pisotear mi prestigio. Abatido, llegué a la conclusión de que estaba acabado para el mundo académico, la universidad nunca más me aceptaría. Ya nadie me escucharía cuando hiciese una crítica social, ni me respetaría cuando debatiese o le señalara los errores a alguien. El malestar de la civilización penetró en lo más profundo de mi cerebro. Sentí rabia hacia el periodista que había escrito el artículo. En un ataque de cólera, pensé: «¿Por qué los periodistas, durante su formación, no ha-

cen una especie de experimento en el que simularan la execración pública de su nombre? Tal vez así aprendiesen a colocarse en el lugar del otro y se dedicaran a investigar mejor antes de arrojar basura a otros».

Para el que lo había escrito, era un artículo más. Para mí, se trataba de mi historia; todo lo que yo tengo y soy, por más que fuese una historia difícil, complicada, llena de sobresaltos.

Unos pocos minutos pueden cambiar una vida. ¿Con qué ánimo podría retomar mis actividades? Si volvía a la universidad, nunca volvería a ser el mismo para los demás.

Había conocido a un hombre que proponía un proyecto revolucionario sin ninguna base de mínima solvencia intelectual, social ni financiera. Como si eso no bastara, convocaba a personas que, en otras circunstancias, jamás habrían pasado por el filtro de mi inteligencia, personas con las que yo jamás hubiera emprendido nada.

Había pasado muchos años protegido dentro de la universidad. La primera vez que dejaba de esconderme detrás de mis notables títulos, recibía una bofetada. Estaba indignado.

De repente, cuando la angustia había alcanzado un punto culminante, mi mente se iluminó y tuve otra visión.

Miré al maestro de reajo y descubrí que la coma que me había vendido estaba funcionando; no importaba que seguirlo fuese un precio muy alto. Me di cuenta de que las ideas pesimistas provocadas por el artículo traían consigo, también, algo muy positivo. Los vivos sienten frustraciones, los muertos, no. Yo estaba vivo. Había estado al borde de la muerte, pero ahora tenía que celebrar la vida; los conflictos alojados en mi inconsciente eran problemáticos, pero no estaban muertos. Yo quería ser simple, vivir con bondad, dejar de pensar en mi imagen social, pero era un ser humano rígido, controlado por la ansiedad.

Ahora comprendía por qué el padre de un colega, un hombre de setenta años, arrogante y soberbio, no había cambiado de carácter ni siquiera después de permanecer seis meses secuestrado. Todos pensaban que cuando lo liberaran, se volvería un hombre dócil, generoso, altruista. Pero después del rescate se hizo todavía más intolerante.

Mi autoritarismo siempre había estado escondido bajo el manto de mi intelectualidad. Ni siquiera el vendaval que me llevó a la idea del suicidio pudo extirparlo. Angustiado, sentí que la historia de vender sueños no podía cambiar fácilmente a una persona egocéntrica como yo. No es el dolor lo que nos transforma, como pensamos desde hace miles de años, sino el uso inteligente que hacemos de ese dolor a lo largo de la vida. Me di cuenta de que si no lo utilizaba, iba a seguir siendo un ser humano enfermo, un gigante en la cultura y un enano en las emociones.

Mientras reflexionaba sobre todos estos temas, sentí la presencia del maestro a mi lado. Parecía haberse introducido en el torbellino de mis ideas. Su rostro revelaba preocupación. Parecía leer lo invisible. Tratando de apaciguar mis emociones, me dijo:

—No tengas miedo de la difamación externa. Teme a tus propios pensamientos, pues solamente ellos pueden penetrar tu esencia y destruirla.

Me quedé pensativo, y él continuó:

—Alguien puede rasgarte la piel sin que tú lo permitas, pero nadie podrá nunca invadir tu mente sin tu permiso. No permitas que lo hagan. Somos lo que somos. —Después, dijo algo que suponía un reto—: El precio de vender sueños es alto, pero no estás obligado a pagarlo. Eres libre de irte.

Estaba frente a una encrucijada. Tenía la oportunidad de dar la espalda al proyecto y dirigirme hacia cualquier lugar del

mundo. Pero ése no era yo. Yo siempre había sido obstinado, terco, siempre había luchado por lo que quería. En ese momento, mi mente fue invadida por un cuestionamiento nuevo para mí. Recordé el estudio sociológico que había leído sobre las relaciones entre Jesús y sus discípulos. Comencé a entender fenómenos psíquicos y sociales que nunca había analizado.

Pensé en el poder inexplicable de las palabras y los gestos de Jesús para convencer a los jóvenes judíos en la flor de la vida de que lo siguieran. Jóvenes con familias, con negocios, pero deseosos de aventuras. ¡Qué locura! Siguiéron con los ojos cerrados a un hombre sin poder político ni identidad visible. Dejaron barcas, amigos, casas, y lo siguieron. Él no les dio dinero, no les dio comodidades, no les prometió siquiera un reino terrenal. ¡Qué arriesgada experiencia! ¡Qué conflictos! ¡Qué deshonra! ¡Cuántas perturbaciones debieron de experimentar!

Lo perdieron todo, y finalmente perdieron también al hombre que les había enseñado a amar, crucificado en una viga de madera. Murió sin heroísmo, en silencio, apagó su aliento amando, murió perdonando. Después de su muerte, el grupo pudo haberse dispersado, pero los invadió una fuerza inexplicable. Se volvieron más fuertes después del caos. Difundieron por el mundo el mensaje que habían escuchado.

Entregaron sus lágrimas, su salud, su tiempo y todo lo que tenían a la humanidad. Amaron a desconocidos y se entregaron a ellos. Las sociedades europeas, y después muchas otras sociedades en América, África y Asia, fueron levantadas a partir del mensaje difundido por esos jóvenes toscos y sin cultura clásica. Gracias a ese mensaje, se establecieron las bases de los derechos humanos y de los valores sociales.

Pasaron los siglos y todo se normalizó. Las iglesias se transformaron en una fuente excelente de conformismo. En la actualidad, cientos de millones de personas conmemoran cómoda-

mente en sus templos la Navidad, la Pascua y otras fechas, sin tener la más mínima idea de lo que es dormir a la intemperie, de lo que es ser tratado de loco, de lo que es tener una imagen social hecha pedazos.

Estas personas jamás han entendido lo que esos jóvenes vivieron para seguir al enigmático Maestro de los maestros.

Me vinieron a la mente las incómodas camas de paja en las que dormían a cielo abierto. Reflexioné sobre la angustia que seguramente sintieron al intentar explicar lo inexplicable a sus padres y amigos en Galilea. No podían decir que habían aprendido a amar a un hombre porque los hubieran apedreado. No podían decir que estaban involucrados en un gran proyecto, pues era un proyecto invisible. No podían comentar que seguían a un hombre poderoso, el Mesías, pues él quería anonimato. ¡Qué coraje para llamar y qué coraje para ser llamado!

Después de reflexionar sobre estos temas, Bartolomé me hizo volver a la realidad a la velocidad del rayo. Me provocó, no sé si con un elogio o con una ofensa.

—Superego, si fueras miedoso y decidieras irte, te respetaríamos. Pero eres importante para el equipo.

Respiré hondo. Pensé en el hombre que había evitado mi suicidio y me había llevado a dormir debajo de un puente. Él no era Cristo, pero tenía vocación mesiánica. No hacía milagros. No prometía el Reino de los cielos, tampoco nos prometía un reino terrenal ni nos daba ninguna seguridad. No tenía dónde vivir, era pobre, no tenía coche, no tenía seguro médico. Pero tenía un magnetismo impresionante. Vivía el arte de la solidaridad, soñaba con abrir la mente de las personas, con combatir el virus del sistema, con luchar contra el egocentrismo.

¿No sería menos peligroso dejar que la sociedad siguiera siendo una fábrica de locura? ¿No sería mejor dejar que la gente se ensuciara con el individualismo, no sería más cómodo dejar

a las mentes ser obtusas, que no pensarán en los misterios de la existencia sino en los misterios superficiales de los productos de los centros comerciales, de los ordenadores, de la moda? Somos demasiado pequeños para hacer algo contra el poderoso sistema. Podrían encarcelarnos, podrían herirnos y podrían calumniarnos todavía más.

Mientras todo esto bullía en mi mente, el maestro seguía aguardando. La paciencia era su virtud número uno. Al verme afligido, llamó a Boquita de Miel y a Mano de Ángel, y después de un largo minuto en silencio, narró una parábola simple, casi ingenua, pero que llegó al fondo de mis miedos.

—Cierta vez, hubo una inundación en un inmenso bosque. El coro de nubes, que debían anunciar la vida, esta vez anunció la muerte. Los grandes animales, para no ahogarse, huyeron, dejando incluso a sus crías detrás. Arrasaban con todo lo que encontraban a su paso. Los animales más pequeños seguían su rastro. De repente, una pequeña golondrina, completamente empapada, apareció a contracorriente, buscando a quién salvar.

»Las hienas observaron la actitud de la golondrina, que les pareció muy llamativa. Le dijeron: “¡Estás loca! ¿Qué puedes hacer con un cuerpo tan frágil?”. Los buitres graznaron: “¡Sé realista! ¡Date cuenta de tu propia pequeñez!”. Por donde pasaba, la frágil golondrina era ridiculizada. De todos modos, ella seguía buscando insistentemente a alguien a quien rescatar. Sus alas se movían fatigadas cuando vio a un polluelo de pájaro mosca debatiéndose en el agua, a punto de ahogarse. Aunque nunca había aprendido a nadar, la golondrina se arrojó al agua y, con mucho esfuerzo, tomó al pequeño pájaro del ala izquierda. Después, salió volando con él en el pico.

»Cuando alzó vuelo, encontró a otras hienas, que no tardaron en decir: “¡Loca! ¡Quieres ser una heroína!”. Pero ella no se detuvo; estaba muerta de cansancio, pero sólo descansó des-

pués de dejar al pequeño picaflor en un lugar seguro. Horas después, se encontró con las hienas debajo de una sombra. Mirándolas a los ojos, les espetó: "Sólo me siento digna de mis alas si las utilizo para hacer que otros vuelen".

Después de una inspiración profunda y penetrante, el vendedor de sueños nos dijo:

—Hay muchas hienas y buitres en la sociedad. No esperéis mucho de los grandes animales. De ellos esperad, sí, incomprensión, rechazo, calumnias y necesidad enfermiza de poder. No os he llamado para que seáis grandes héroes, para que nuestras acciones queden inscritas en los anales de la historia, sino para que seáis pequeñas golondrinas que sobrevuelan anónimamente la sociedad, para que améis a los desconocidos y hagáis por ellos lo que podáis. Sed dignos de las alas que poseéis. Los grandes objetivos se conquistan en la insignificancia, los grandes actos se realizan en la pequeñez.

Esta historia me animó pero también me inquietó. «Tengo que admitir que, en muchos momentos de mi vida, he actuado como las hienas y los buitres, ahora necesito aprender a actuar como una golondrina insignificante y valiente», pensé.

## LOS ESPACIOS MÁS SOBRIOS DEL MANICOMIO SOCIAL

Los «normales» se levantaban siempre de la misma forma. Se quejaban de la misma manera. Se irritaban del mismo modo. Insultaban con las mismas palabras. Saludaban a sus amigos de forma idéntica. Reaccionaban del mismo modo a los mismos problemas. Tenían el mismo humor en casa y en el trabajo. Tenían las mismas actitudes frente a las mismas circunstancias. En fin, vivían una rutina agotadora y previsible que era una excelente fuente de ansiedad, angustia, vacío y enfado.

El sistema había bloqueado la imaginación de las personas, había corroído su creatividad. La gente ya no se sorprendía. Raramente tenía experiencias inesperadas. Rara vez reaccionaba de modo distinto ante situaciones tensas. Casi nunca liberaba su intelecto para percibir los fenómenos sociales desde otros ángulos.

Estaban prisioneros y no lo sabían.

Los padres «normales», cuando corregían o aconsejaban a sus hijos, eran interrumpidos. Los hijos no soportaban tener que escuchar siempre los mismos argumentos.

No sabían contar sus propias experiencias para estimular las ideas de los demás.

Yo siempre fui previsible al relacionarme con mis alumnos; mi experiencia con el maestro me hizo darme cuenta de ello.

Siempre daba la clase con el mismo tono de voz. Hacía críticas y reproches de la misma manera. Cambiaba los verbos y los sustantivos pero no la forma y el contenido. Los alumnos estaban hartos de un profesor que se parecía más a una momia egipcia que a un ser humano. Ya no querían seguir oyendo que iban a fracasar si no estudiaban. El vendedor de sueños vendía constantemente el del encantamiento. «¿Cómo puede alguien que no posee nada cautivar tanto a los demás? ¿Cómo puede alguien que no expone una teoría pedagógica bombardear así nuestra imaginación?», me preguntaba. Caminar con él era una invitación a innovar. Navegábamos sin destino definido. Él veía las situaciones ordinarias desde ángulos distintos. No conocíamos las respuestas de antemano, pero en el fondo, él sabía muy bien lo que quería y hacia adónde se dirigía. Estaba entrenándonos para encontrar una libertad inimaginable. Cada día era un cúmulo de sorpresas; algunas, muy agradables; otras, difíciles.

La mañana siguiente, después de un período de reflexión silenciosa, el maestro se levantó, aspiró lentamente el aire contaminado del puente y dio gracias a Dios de un modo inusitado:

—Dios, tú que caminas por los recovecos del tiempo, estás infinitamente distante e infinitamente próximo, pero sé que tus ojos me observan. Permíteme captar tus sentimientos. Te doy gracias por ofrecerme otro espectáculo más en esta sorprendente existencia.

Boca de Miel, que era experto en espectáculos, dijo:

—¿Qué espectáculo iremos a ver, jefe? —Y expresó un entusiasmo matutino excepcional en él.

El vendedor de sueños reaccionó, sorprendido:

—¿Espectáculo? Cada día es un espectáculo. Los que no pueden verlo están mortalmente heridos por el tedio. El drama y la comedia están en nuestro cerebro. Sólo hay que despertarlos.

Bartolomé necesitaba el alcohol para liberarse de su angustia, para deshacerse del tedio. Ahora, él, Dimas y yo estábamos descubriendo otro mundo, otro escenario. El maestro se puso en marcha y seguimos sus pasos. Subimos por una calle empinada. Anduvimos tres manzanas, doblamos a la derecha, después seguimos otras cuatro calles a la izquierda. Nos mirábamos entre nosotros, como preguntándonos hacia adónde estaríamos yendo. Después de cuarenta minutos de caminata, Dimas, a quien las palabras del maestro todavía no habían sorprendido lo suficiente, preguntó:

—¿Adónde vamos?

El maestro interrumpió sus pasos y lo miró a los ojos; le contestó:

—Los que venden sueños son como el viento. Puedes oír su voz, pero no sabes de dónde vienen ni hacia dónde van. Lo importante no es el lugar, sino la caminata.

Dimas no lo entendió demasiado, pero se quedó pensativo y comenzó a ejercitar su mente oxidada. Y seguimos caminando.

Quince minutos después, el maestro vio una aglomeración y se dirigió hacia donde estaba la gente. Aminoramos el paso, y él se nos adelantó unos seis metros.

—Ese lugar es una funeraria, yo no voy —dijo Dimas, tembloroso.

—Estoy de acuerdo con Dimas —dije yo—. Me parece que el maestro no sabe dónde se está metiendo.

Era un funeral. El último lugar en el que alguien desearía entrar. Pero el irreverente Boquita de Miel, buscando provocarme, dijo:

—Superego, baja del cielo. Vamos al velatorio.

Sentí ganas de darle una bofetada. No sabía si lisonjeaba al maestro o lo seguía de corazón. Pero como estábamos cerca de un funeral, un lugar que merecía respeto, contuve mi ira. El

ambiente estaba cargado de dolor. Había una multitud velando a un hombre que había fallecido a causa de un cáncer galopante y que había dejado a un hijo de doce años.

El espacio donde se velaba a los muertos era pomposo; había varios espacios revestidos con arabescos en mármol e iluminados por decenas de lámparas. Era un lugar físicamente bello, destinado a contener una enorme tristeza. El miedo a provocar un escándalo en un lugar que se caracterizaba por el silencio hizo que caminásemos todavía más despacio. Nos distanciamos del maestro. Estábamos a doce metros de él. El vendedor de sueños se dio la vuelta y notó nuestra ansiedad. Acercándose a nosotros, preguntó:

—¿Cuál es el espacio más sobrio del gran manicomio social? ¿Serán los congresos? ¿Las redacciones de los diarios? ¿El estrado de los políticos? ¿Las universidades?

Traté de cerrarle la boca a Bartolomé, pero no llegué a tiempo.

—Los bares, jefe. —Pero en seguida se corrigió—: Era una broma.

No supimos qué decir, y él continuó:

—Los velatorios constituyen los espacios más lúcidos de la sociedad. En ellos nos desarmamos, nos despedimos de las vanidades, nos quitamos el maquillaje. En ese espacio, somos lo que somos. De no ser así, significa que estamos más enfermos de lo que imaginamos. Para una minoría compuesta por los seres más cercanos al muerto, el velatorio es una fuente de desesperación. Para una mayoría, compuesta por los más distantes, es una fuente de reflexión. Para todos, la verdad es igualmente cruda: caemos en el silencio de un sepulcro no como doctores, intelectuales, líderes políticos o celebridades, sino como frágiles mortales.

Esas palabras me hicieron darme cuenta de que en los velatorios dejábamos de ser dioses y nos conectábamos con nuestra

humanidad, dejábamos de lado nuestra locura y percibíamos nuestra falta de heroísmo. En los velatorios, nosotros, los «normales», hacíamos intuitivamente una suerte de socioterapia.

Algunos decían: «¡Pobre, ha muerto tan joven!». Eran los que se proyectaban en el muerto y sentían compasión de sí mismos. Como consecuencia, se daban cuenta de que tenían que vivir la vida con más bondad. Otros decían: «La vida está llena de riesgos. Sólo basta con estar vivo para morirse». Eran los que veían la urgencia de relajarse, disminuir el ritmo de trabajo. Otros comentaban: «¡Había luchado tanto, y cuando iba a disfrutar de sus logros, se murió!». Eran los que descubrían que la vida pasa como una sombra, que conquistar fortunas es en vano, porque otros que no las merecían las disfrutarán. Necesitaban cambiar su insano estilo de vida.

Los asistentes al velatorio trataban desesperadamente de comprar sueños, pero el sistema se los robaba en pocas horas o días. Todo regresaba a la «normalidad». No entendían que los sueños sólo pueden ser duraderos y penetrantes si se tejen como un paño fino en los rincones secretos del intelecto. Yo, en particular, siempre había estado atrapado en el barro del continuismo. La desgracia de los otros era para mí una película, una ficción que insistía en echar raíces en mi mente, pero que no podía germinar en un suelo impermeable.

Después de hablar del espacio sobrio de los velatorios, el maestro agregó:

—No esperéis ver flores donde no cayeron las semillas. No os inquietéis, vamos. —Y sonrió.

Para él, estas palabras bastaban. Para nosotros, sólo sirvieron para disminuir unos pocos grados la fiebre de ansiedad que teníamos. La muerte es perturbadora, pero la vida también lo es. La primera extingue el aliento humano, pero la segunda puede asfixiarlo. ¿Qué podría decir el maestro en un ambiente

en el que tanto vivos como muertos silencian su voz? ¿Qué podría argumentar en un terreno en el cual todos los discursos pierden su fuerza? ¿Qué podía decir en un momento en el que las personas no están dispuestas a escuchar, un momento en el que apenas pueden beber del cáliz de la angustia ante la pérdida? ¿Qué palabras podrían aliviarlas? Palabras, por otro lado, que venían de un extraño.

Sabíamos que él no se comportaría como uno más entre la multitud. Ése era el problema. Sabíamos que no se quedaría callado. Y ése era un problema todavía más grande.

## UN SOLEMNE HOMENAJE

Yo había pasado por ese drama cuando perdí a mi madre. Los pésames no me aliviaron, y mucho menos los consejos prefabricados. Las palabras de consuelo que recibí no eran más que rasguños en los barrotos de acero tras los cuales estaba preso. Hubiera preferido el silencio de los abrazos o sólo algunas lágrimas derramadas a mi lado.

El maestro fue abriéndose paso entre la multitud. Nosotros lo seguíamos. A medida que nos acercábamos al féretro, las personas parecían más acongojadas. Hasta que vimos a un hombre joven, de unos cuarenta años, cabello negro y escaso y rostro delgado marcado por el sufrimiento, inerte en el ataúd.

La esposa no paraba de llorar. Los parientes y amigos próximos, tampoco. El hijo estaba desesperado. Yo me vi reflejado en él, sentí su dolor con más intensidad que mis compañeros. Justo empezaba a vivir y ya había sufrido una gran pérdida. Yo, a esa edad, no entendía la vida, y mi padre no me abría las puertas de la suya. Poco después, mi madre cerró los ojos. Yo cenaba con la soledad y me dormía en un mundo cerrado, lleno de dudas que nunca obtuvieron respuesta. Estaba seguro de no importarle en absoluto a Dios. Durante la adolescencia, me sentí muy mal con Él. Finalmente, en la edad adulta, Dios se transformó en una decepción y me hice ateo. Me volví especialista en ideas pesimistas.

Al percibir el vacío en la historia de ese joven, no pude contener las lágrimas.

El maestro, al ver la desesperación del muchachito, le dio un abrazo y le preguntó cómo se llamaban él y su padre. Después, para nuestro espanto, miró a los presentes y, con voz suave, dijo algunas palabras que los golpearon, palabras que podrían haber desencadenado un tumulto.

—¿Por qué se desesperan? El señor Marco Aurelio no está muerto.

Inmediatamente, Dimas, Bartolomé y yo tratamos de alejarnos un poco de él. Era mejor si no nos identificaban como discípulos suyos. La gente tuvo distintas reacciones ante su osada actitud. Algunos dejaron de llorar y se burlaron por lo bajo. Se rieron disimuladamente del loco. Otras sintieron curiosidad. Pensaban que se trataba de un excéntrico líder espiritual invitado a celebrar el funeral. Algunos quisieron echarlo de allí, indignados por la invasión de su privacidad, por la falta de respeto a los sentimientos ajenos. Entre estos últimos, algunos tomaron al maestro rápidamente del brazo intentando sofocar el escándalo. Pero él no se inmutó.

—No les pido que callen su dolor, pero sí que contengan su desesperación —prosiguió con voz firme—. No les pido que dejen de derramar lágrimas, pero sí que disminuyan su angustia. La tristeza no desaparece, pero la desesperación debe ser contenida, pues no honra al que ha partido.

Los que lo habían tomado del brazo lo soltaron al darse cuenta de que el hombre extrañamente vestido podía ser un excéntrico, pero estaba diciendo algo inteligente. El hijo del muerto, Antonio, y su madre, Sofía, lo miraron fijamente.

A continuación, con un aire de serenidad difícil de definir, agregó:

—Marco Aurelio vivió momentos increíbles; lloró, amó, se

enamoró, perdió, conquistó. Ustedes están aquí, tristes por su ausencia, inmersos en un sentimiento de vacío existencial, porque lo están dejando morir en el único lugar donde debe continuar vivo: dentro de ustedes.

Al ver que aquellas personas se quedaban pensativas, el maestro volvió a usar su penetrante método socrático.

—¿Qué cicatrices dejó Marco Aurelio en sus emociones? ¿Qué influencias tuvo sobre el camino que han seguido? ¿Qué reacciones marcaron su manera de ver la vida? ¿Qué palabras y gestos suyos perfumaron su intelecto? Este hombre silencioso sigue gritando en los rincones de sus historias. ¿Dónde?

Después de plantear esta serie de preguntas, el vendedor de sueños arrojó un rayo de lucidez sobre todos los que lo escuchaban, y también sobre nosotros. De nuevo nos sentimos avergonzados por nuestra falta de sabiduría y sensibilidad. El maestro volvió a hacer la pregunta que había sacudido a los presentes hacía un momento.

—¿Este hombre está vivo o muerto dentro de ustedes?

La gente contestó que estaba vivo. Inmediatamente, él hizo un comentario que sacó a los demás de la desesperación y apaciguó los ánimos.

—Poco antes de que Jesús muriera, una mujer de nombre María, que lo amaba, derramó sobre él un aceite carísimo. Era todo lo que tenía. Ungiéndolo con su aceite, quería honrarlo por todo lo que había hecho y vivido. Él se sintió tan emocionado que la elogió por su gesto de generosidad. Los apóstoles, en cambio, la criticaron por haber desperdiciado un perfume valiosísimo que podría haber tenido otras finalidades. Pero el Maestro los censuró y les dijo que los estaba preparando para su muerte; que allí donde su mensaje fuese propagado, el gesto de la mujer perduraría como un memorial eterno.

La gente estaba concentrada en sus palabras. Los que no

podían oírlo bien trataban de apretujarse junto a los que estaban más cerca de él.

—El Maestro de maestros —dijo a continuación— quiso demostrar que el velatorio puede ser un lugar de lágrimas, pero debe ser, por encima de todo, uno cargado de elogios y recuerdos magníficos. El luto debe ser un lugar perfumado, un homenaje para el que ha partido. Un lugar donde se narren sus gestos, se hable de sus reacciones, se comenten sus palabras. De la mayoría de los seres humanos puede decirse algo. ¡Por favor, háblenme de este hombre! Díganme qué significado tuvo en sus vidas. Su silencio debe despertar nuestra voz.

En un primer momento, las personas allí reunidas se miraron unas a otras sin reaccionar. Pero después, fue increíble lo que sucedió. Muchos empezaron a contar situaciones que habían vivido con Marco Aurelio. Hablaron del legado que les había dejado. Unos comentaron su bondad; otros describieron lo afectuoso que era; otros más señalaron su amabilidad y compañerismo. Algunos dieron testimonio de su lealtad. Varios elogiaron su capacidad para lidiar con los fracasos. Otros, más relajados, hablaron sobre sus excentricidades. Alguien dijo que amaba la naturaleza.

—Jamás vi a alguien tan obstinado —comentó un amigo.

La gente se rió en un ambiente en el que normalmente nadie se ríe. Incluso su hijo y su esposa, pues sabían que él había sido enormemente obstinado... Luego, el amigo agregó:

—Pero nos enseñó que nunca debemos desistir de aquello que amamos.

Fueron unos increíbles veinte minutos de homenaje. La gente no podía describir la fascinante experiencia emocional que acababan de tener. Marco Aurelio estaba vivo, por lo menos en el interior de las personas que lo velaban. En ese momento, el maestro nos miró a nosotros, sus discípulos, y nos gastó una broma, o tal vez nos transmitió una verdad, no lo sé.

—Cuando yo muera, no os desesperéis —dijo—. Rendidme homenaje. Hablad de mis sueños, hablad de mis locuras.

Algunas personas se rieron del extraño y divertido personaje que las había sacado del valle de la desesperación y las había llevado hacia la cima de la serenidad. Por increíble que parezca, hasta el joven Antonio sonrió. Después, en ese ambiente lleno del homenaje póstumo, el maestro le vendió el sueño al joven que había perdido a su padre. Fue un fenómeno sociológico que yo jamás había imaginado llegar a presenciar:

—Antonio, tu padre fue un ser humano brillante a pesar de sus defectos. No contengas las lágrimas; llora todo lo que desees, pero no lamentes su pérdida con desesperación. Al contrario, hónralo viviendo con madurez. Hónralo afrontando tus temores. Glorifícalo siendo generoso, creativo, afectuoso, sincero. Vive sabiamente. Creo que si tu padre pudiese utilizar mi voz en este momento para decirte algo, te gritaría para alentarte a vivir: «¡Hijo, sigue adelante! ¡No tengas miedo del camino, ten miedo de no caminar!».

Antonio se sintió profundamente aliviado. Era todo lo que necesitaba oír. Todavía lloraría mucho, la tristeza le golpearía el pecho sin pausa, pero sabría colocar comas en su historia cuando se encontrara con la soledad, cuando se enfrentara a la angustia. Su vida adquiriría nuevos contornos.

El vendedor de sueños se preparó para salir, pero antes dejó a los allí reunidos perplejos con sus consideraciones finales. Las mismas cuestiones que me habían conmovido en la terraza del edificio San Pablo.

—¿Somos átomos vivos que se desintegran para nunca más volver a ser lo que eran? ¿Qué es la existencia y qué la inexistencia? ¿Qué mortal lo sabe? ¿Quién ha podido analizar las entrañas de la muerte para exponer su esencia? ¿La muerte es el fin o el comienzo?

Extasiadas, las personas se me acercaban y me preguntaban:

—¿Quién es este tipo? ¿De dónde ha salido?

¿Y qué podía responder yo? Tampoco lo sabía. Se acercaron a Bartolomé y, desgraciadamente, le hicieron las mismas preguntas. A Boquita le encantaba teorizar sobre lo que no sabía e inflando el pecho, respondió:

—¿Quién es mi jefe? Él es de otro mundo. Y si necesitan alguna cosa, soy su asesor en asuntos internacionales.

Dimas, el más nuevo de la pandilla, que estaba aturdido por todo lo que había oído, contestó con sinceridad:

—No sé quién es. Sólo sé que se viste como un miserable, pero parece ser muy rico, tener mucho dinero.

Sofía, la madre de Antonio, profundamente agradecida, al igual que su hijo, no podía contener su curiosidad. Al ver que el maestro se daba la vuelta para marcharse sin decir nada más, le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué religión profesa? ¿De qué corriente de pensamiento se nutre?

Él la miró con calma y le respondió:

—Yo no soy religioso, ni tampoco teólogo, no soy un filósofo. Soy un caminante que trata de comprender quién es. Soy un caminante que otrora pisoteó a Dios con sus pies, pero después de atravesar un gran desierto descubrió que Él es el artesano de la existencia.

Al escucharlo, me quedé pensativo otra vez. No sabía que el maestro hubiese sido ateo, como yo, y que algo lo hubiese hecho cambiar de idea. Su relación con Dios me perturbaba; no era religiosa ni formal, ni se basaba en el dolor. Estaba, más bien, cargada de una amistad incomprensible. Pero ¿quién era él entonces? ¿Qué desierto había atravesado? ¿Acaso había llorado más que todas las personas de aquel velatorio? ¿Dónde había vivido? ¿Dónde había nacido? Antes de que en mi mente siguieran pre-

cupitándose las preguntas, el maestro se dirigió hacia la puerta de salida. Sofía extendió las dos manos hacia él y le expresó su agradecimiento sin decir nada. Antonio no pudo contenerse y le dio un abrazo prolongado que conmovió a todos.

—¿Dónde puedo encontrarlo nuevamente? —le preguntó—. ¿Dónde vive?

—Mi casa es el mundo —le respondió el maestro—. Podrás encontrarme en cualquier avenida de la existencia.

Y salió, dejando a todos con la boca abierta. Mis amigos y yo nos habíamos quedado sin habla. Sus palabras calmaron, al menos por un tiempo, nuestras inseguridades. Sin tener idea de las tempestades que sobrevendrían, empezábamos a creer que valía la pena seguirlo.

Pasamos lentamente a través de la multitud. La gente quería conocerlo, hablar con él, narrarle algunos capítulos de su vida, pero el maestro pasaba al lado de los presentes sin hacerles caso. No le gustaba el asedio. Nosotros empezábamos a sentirnos importantes. Dimas y Bartolomé, que siempre habían vivido al margen de la sociedad, empezaron a hincharse, contaminados por un virus que yo conocía muy bien.

## UN HACEDOR DE MILAGROS QUE AMABA SU EGO

El día habría resultado perfecto de no ser por la sorpresa con la que nos encontramos. La funeraria era grande. Había varias salas enormes, separadas unas de otras, para que la gente pudiera velar con privacidad a varios muertos al mismo tiempo.

Cuando salimos de la sala del velatorio del señor Marco Aurelio, pasamos por otro de una señora de unos setenta y cinco años.

El maestro, en vez de seguir caminando hacia la salida, miró a un desconocido que pasó junto a él. Era un joven de unos treinta años, de cabello corto y ondulado. Llevaba una chaqueta de color azul marino, un pantalón del mismo color y una camisa blanca. Tenía muy buen aspecto, su imagen era imponente. El vendedor de sueños lo siguió disimuladamente.

El joven se acercó al ataúd de la señora con decisión. Era un predicador. A mí me pareció alguien sencillo, aunque el maestro no lo vio así. El joven se colocó a los pies de la difunta e hizo un gesto de reverencia. Y poco a poco reveló su rostro. Sus verdaderas intenciones nos impresionaron.

Su nombre era Edson, y lo llamaban el «Milagrero». El apodo le venía por su capacidad de obrar milagros. Quería ayudar a otros, pero detrás de sus acciones siempre había una segunda intención: le gustaba promocionarse. Edson no era el líder espiritual encargado de decir las palabras de consuelo en el funeral. Estaba allí por interés propio.

Por increíble que parezca, el Milagrero deseaba resucitar a la viejecita. Quería ofrecer un espectáculo deslumbrante para que las personas se rindieran ante él. Su ambición era rescatar a aquella señora de la muerte para que lo reconocieran como el poseedor de un don sobrenatural. Así como el emperador Calígula utilizaba su poder para que lo reconocieran como un dios, Edson utilizaba los textos bíblicos y el poder que creía tener para ser reconocido como un semidiós, a pesar de que él jamás lo hubiese admitido.

Como sociólogo, yo sabía que no hay ningún poder tan penetrante como el de la religión. Ni los dictadores, ni los políticos, ni los intelectuales, ni los psiquiatras logran acceder a los espacios psíquicos de los otros como algunos líderes espirituales. Por el hecho de representar la divinidad, esos hombres pueden conquistar en el inconsciente colectivo de su comunidad un estatus jamás alcanzado por Napoleón, Hitler, Kennedy, Freud, Karl Marx, Max Weber o Einstein.

A lo largo de nuestras caminatas, el maestro nos decía que los líderes espirituales que representaban a un dios altruista, solidario y generoso contribuían al bien de la humanidad, pero los que representaban a un dios centralizador, dominante, castrador..., en fin, un dios creado a imagen y semejanza de ellos, provocaban desastres, destruían la libertad y controlaban a las personas. El maestro siempre nos alertaba diciéndonos que, debido a la fertilidad de nuestra imaginación, era muy fácil construir un dios manipulador en nuestra mente. Parecía querer vacunarnos, humanizarnos.

Las intenciones del sujeto del velatorio variaban. En determinados momentos quería contribuir al bien de las personas y era sincero y afectuoso. En otros, tenía explosiones de soberbia. Deseaba ser glorificado como un dios.

Nuestro milagrero de turno era ambicioso pero no tonto.

Quería ofrecer un espectáculo pero no provocar un escándalo. Quería resucitar a la viejecita, pero poniendo cuidado de no ofender a nadie. Muchos pensamientos turbaban su mente: «¿Y si la vieja no resucita? ¿Y si le pido que se levante pero no lo hace? ¿Qué pasará con mi reputación?».

El maestro lo observaba detenidamente, como un leopardo que escruta el paisaje. Sabíamos que le gustaba hablar con personas complicadas, pero no entendíamos bien cuáles eran sus verdaderas intenciones en aquel escenario. Poco a poco, fuimos conscientes del espectáculo que el Milagrero quería dar.

Después de un momento de respeto, se acercó a la difunta y dijo con un tono casi inaudible:

—¡Resucita! —Hablabla en voz baja, por si acaso su fe no funcionaba. La viejecita no dio señales de vida. Con insistencia, repitió en voz baja—: ¡Resucita!

Si la mujer hubiera hecho algún movimiento, Edson hubiese elevado la voz para que todo el mundo viera que él había sido el autor del extraordinario hecho. Habría sido su día de gloria. Innumerables personas deseosas de presenciar hechos sobrenaturales lo habrían seguido.

Pero nada. La muerta seguía inmóvil. Bartolomé, Dimas y yo, que no éramos unos incautos, nos sentimos indignados con las artimañas del Milagrero. «¡Qué tipo más petulante!», pensamos.

El sujeto no se daba por vencido. Hinchó el pecho y, con una voz impostada y hablando entre dientes para que nadie entendiera bien lo que decía, continuó:

—¡Resucita, mujer, yo te lo ordeno!

En ese instante aconteció lo impensable. La mujer se movió, pero por otros motivos. Un borracho estaba tocando el féretro. El Milagrero, sólo pendiente de su ego y de los movimientos de la anciana, no percibió que se aproximaba ese hombre, que era un sobrino de la muerta.

Tambaleándose, el borracho se detuvo junto a la cabecera del ataúd, en el lado opuesto al Milagrero. Y, sin controlar sus movimientos, le dio un empujón al féretro, que se sacudió e hizo temblar ostensiblemente el cuerpo de la difunta. Como resultado, sus manos, que tenía colocadas una sobre la otra, cayeron a los lados.

El Milagrero se emocionó sobremanera. Sintió que en efecto aquél sería su gran día. Excitadísimo, dominado por un éxtasis incontrolable, pensó que, finalmente, sus poderes sobrenaturales habían funcionado. Para que todos supiesen que él había sido el autor de la hazaña, de inmediato alzó voz y profirió las siguientes palabras para toda la audiencia:

—¡Resucita, mujer! ¡Yo te lo ordeno!

Esta vez, todos lo oyeron y se asustaron con sus gritos. Edson estaba seguro de que la anciana se incorporaría y los presentes lo alabarían por su tremendo poder. Pero la viejecita no dio nuevas señales de vida.

Edson pensó que le faltaba un poco más de fe para hacer que la mujer volviera a la vida, y le dio una nueva orden al cadáver sin dejar de mirar sugerentemente al público.

—¡Levántate, mujer! —le suplicó al cadáver, que no respondió a su clara apelación.

La difunta seguía inerte, y a Edson empezaron a temblarle las piernas. Le corría un sudor frío por la espalda, se le secó la boca y empezó a tener taquicardia. Aturdido, vio al borracho, que trataba de mantenerse en pie, apoyándose en el ataúd y se dio cuenta de que había hecho el ridículo más grande de su vida. Se sintió como una frágil presa ante cientos de predadores. Pero el tipo era astuto. En un acto sorprendente de malabarismo, hizo algo más impactante que un milagro. Volvió a alzar la voz y dijo con firmeza:

—¡Mujer! Si no quieres levantarte para vivir en este mundo malvado, ¡descansa en paz!

Muchos asistentes dijeron al unísono:

—¡Amén!

Después, el Milagrero tomó un pañuelo, hizo como que lloraba, y dijo:

—¡Pobrecita! ¡Era una mujer tan buena!

## UN DISCÍPULO COMPLICADÍSIMO

Todo parecía indicar que ése era un comportamiento habitual en el Milagrero: utilizaba su supuesta espiritualidad para aprovecharse de la ingenuidad de las personas. La gente normal tenía una fuerte tendencia a aceptar las palabras de los líderes sin cuestionarlas. Al observar las reacciones del Milagrero, miré a Dimas y pensé: «Ni siquiera Mano de Ángel sería tan osado». Por su parte, Dimas, que ya conocía un poco mi naturaleza gracias a Bartolomé, pensó: «Ni siquiera este intelectual arrogante sería capaz de manipular tanto a los demás».

Bartolomé, más honesto que nosotros dos, dijo:

—Sólo con dos botellas de vodka encima logré tener tantas alucinaciones como ese sinvergüenza.

Después de criticar al Milagrero, nos invadió cierta inquietud. Nos miramos entre nosotros y pensamos lo mismo: «¿Por qué nuestro maestro está observando a este sujeto? ¿Tendrá interés en invitarlo a formar parte del equipo?».

—¡Yo abandono! —dijimos al unísono los tres, incómodos ante tal posibilidad.

Estábamos preocupados. Observamos qué hacía el maestro. Deseábamos que ignorara a aquel sujeto, pero, al contrario, se le acercó. El corazón nos latía a gran velocidad. El Milagrero miró al maestro y, para tranquilidad del grupo, éste no dijo nada, solamente movió la cabeza con gesto de desaprobación.

El vendedor de sueños cometía muchos errores, pero nunca el de controlar a nadie. Para él, la conciencia de una persona era inviolable. La libertad de elección no podía ser manipulada de ningún modo. Su mayor crítica contra el sistema social era que éste vendía engañosamente una libertad que no existía, una libertad que estaba en las páginas de la democracia pero no en las de la historia de los seres humanos. Había muchos esclavos encadenados por sus pensamientos perturbadores y sus preocupaciones.

Después de desaprobarlo silenciosamente, el maestro hizo dos afirmaciones bastante severas:

—Los milagros no convencen. Si lo hicieran, Judas no hubiese traicionado a Jesús. Los milagros pueden afectar al cuerpo pero no a la mente. Si lo hiciesen, Pedro no hubiera negado a Jesús.

Edson se quedó mudo. No sabía qué responder pues nunca había pensado en esos temas. Entonces, el vendedor de sueños sacó una conclusión impresionante que me impactó profundamente como profesor.

—El hombre al que tú afirmas seguir jamás utilizó su poder para controlar a las personas —dijo—. El hombre de Nazaret nunca usó su poder para seducir multitudes y conquistar seguidores. Por eso, en una actitud contraria al marketing político, a aquellos a quienes ayudaba les pedía discreción. Sólo quería ser seguido por los que sentían espontáneamente un amor insondable por él. No quería siervos, sino amigos.

Estas palabras hicieron que me sumergiera en una reflexión sobre la historia. Recordé que los europeos, en siglos pasados, habían cometido atrocidades en nombre de Cristo: mataron, torturaron, hicieron guerras, invadieron, discriminaron. Tiraron a la basura la bondad del hombre que no controlaba a nadie, que no admitía siervos. Fueron siglos de luchas infernales y millones de muertes en nombre de alguien inventado por ellos.

Siglos de rencor y enemistad hacia los musulmanes; una animosidad que continúa todavía hoy. Gracias al maestro, yo empezaba a dudar de mi ateísmo. En el fondo, la religiosidad intransigente me producía asco.

El Milagrero se sintió paralizado; nunca nadie lo había corregido sin criticarlo. Después del breve diálogo, el vendedor de sueños se retiró dejando a varias personas intrigadas. Nosotros nos sentimos aliviados. ¿Durante cuánto tiempo más? No lo sabíamos.

El día siguiente apareció publicado un artículo sobre lo que había ocurrido en el velatorio en el diario *Información Urgente*, con el siguiente epígrafe: «Un extraño transformó un velatorio en un jardín». El artículo estaba ilustrado con una foto de nosotros saliendo de la funeraria; había sido sacada sin que nos diéramos cuenta. El reportaje no era difamatorio, más bien contenía informaciones interesantes. Decía que un audaz desconocido quería cambiar la dinámica de los velatorios, quería que dejaran de ser patrimonio histórico de la desesperación y se transformaran en ocasión para el homenaje.

El periodista había entrevistado a algunas personas que habían escuchado al maestro. Algunos le habían dicho que iban a escribir una carta a sus familiares pidiéndoles que en el momento de morir no organizaran un cortejo fúnebre presidido por la desesperación y la pena, sino que simplemente se dedicaran a hablar de lo que habían hecho en su vida. Que recordasen sus actos de amor, sus palabras, sus gestos, sus sueños, sus amistades, y también su estupidez. Querían que, en medio del dolor, un aura de alegría inundase la mente de los que se despedían.

El artículo comentaba que el personaje era el mismo que había causado un alboroto en los alrededores del edificio San Pablo. Y concluía con dos preguntas: «¿Estamos frente a un gran ateo o

ante el portador de una incomprensible espiritualidad? ¿Estamos ante un profeta del mundo moderno o frente a un loco?».

La mañana siguiente, después de despertarnos, vimos al maestro aislado, conversando consigo mismo. Era la segunda vez que lo encontrábamos inmerso en un autodiálogo. Hacía gestos como si estuviese teniendo alucinaciones o como si cuestionase sus propias razones. Diez minutos más tarde, se acercó a nosotros, relajado; parecía haber limpiado su mente de la basura que se acumulaba en el día a día.

El cielo estaba cubierto, densas nubes amenazaban lluvia. Había muchos relámpagos. Dimas no le tenía miedo a la policía, ni a pasar algunos días preso, pero tenía verdadero pánico a los truenos. Íbamos caminando por una larga avenida cuando sus retumbos hicieron estremecer a nuestro sagaz amigo.

Al tratar de calmarlo, le expliqué que, al oírse el estruendo del trueno ya no había peligro, porque significaba que el rayo ya había caído. Sin embargo, la mente está llena de trampas, y él entendía mis palabras, pero sus emociones irracionales no se tranquilizaban. Yo no podía criticarlo, pues no era tan distinto. Siempre había valorado la lógica de la ciencia, pero nunca dejé de sufrir a causa de algo inexistente, especialmente por mi pasado. Mi pasado me perseguía.

La lluvia no tardó en llegar. Rápidamente, buscamos refugio. Entramos en un gran centro comercial. En el vestíbulo de entrada había una tienda enorme. Mientras entrábamos en ella, oímos un gran estruendo. Dimas se metió debajo de la primera mesa que encontró. Parecía un niño que acabara de ver un fantasma. «El maestro tenía razón —pensé—. No existen los héroes. Todo gigante encuentra obstáculos que lo transforman en un niño. Sólo hay que esperar.»

El estruendo fue causado por la caída de un rayo. El pararrayos del centro comercial no soportó la descarga. Había dos pin-

tores trabajando en la tienda. Eran primos. Uno de ellos, que tenía una tartamudez más pronunciada que la de Dimas, estaba pintando las paredes. Cuando estaba nervioso, se bloqueaba y no conseguía articular ni una palabra. El otro estaba en el extremo de una escalera de dos metros, retocando las ventanas de hierro.

El rayo cayó abruptamente, se difundió por las paredes y se concentró en la ventana, alcanzando al que estaba trabajando allí. El ruido fue ensordecedor. El pintor se cayó de la escalera retorciéndose de dolor. Su primo, aterrorizado, fue a socorrerlo. Tratamos de acercarnos al local. Pero antes de que llegáramos, apareció alguien con actitud heroica que también lo quería socorrer. No sé de dónde había salido ese hombre, pero su cara nos resultó familiar: era el Milagrero al que habíamos conocido en el velatorio el día anterior.

Edson vio al pintor caído en el suelo, gimiendo de dolor y con la mano sujetándose el tobillo derecho. Vio que el pie se le estaba hinchando. Inmediatamente concluyó que era a causa de la descarga eléctrica. Sin perder tiempo, le dijo al otro pintor que estaba asistiendo a su compañero:

—Déjelo, yo me ocuparé. Soy especialista en esto. —Se acercó al hombre y trató de enderezarle el pie, pero no pudo. Se le sentó sobre la pierna y empezó a darle órdenes, tratando de ejercitar sus dones sobrenaturales.

—¡Arréglate! ¡Enderézate!

Pero el tobillo no se enderezaba. El pintor, profundamente dolorido, gemía cada vez más. El Milagrero hacía todavía más fuerza. No era posible que no pudiera resolver un caso tan simple. No podía ser que su conexión con Dios fuese tan débil, debió de pensar. El pintor gritaba de dolor. Cada vez más gente se acercaba a observar la escena y eso excitaba al Milagrero «samaritano» y lo estimulaba a demostrar sus poderes. Muchos

pensaban que se trataba de un médico que trataba de aliviar el dolor del pobre pintor. El primo tartamudo emitía gruñidos incomprensibles; parecía querer decirle algo a Edson, pero el Milagrero sentía que su desesperación le estropeaba la concentración. Entonces, perdiendo la paciencia, le dijo al primo del herido:

—¡Cálmese! ¡Voy a arreglarle la pierna a este hombre!

Y, efectivamente, logró hacerlo. Después de dos largos minutos, lo consiguió. Se limpió el sudor de la frente y dijo:

—El tobillo ya está bien otra vez.

El dolor del pintor, sin embargo, se había agudizado.

El hombre se miraba el tobillo y parecía más desesperado que antes. Nos pareció que seguía en estado de choque.

Cuando los presentes empezaban a aplaudir a Edson, la lengua del pintor tartamudo se soltó.

—¡Miserable! ¡Malvado! ¡Carnicero! —gritó, y trató de darle una bofetada al Milagrero.

Nadie entendía nada, ni siquiera el maestro. Pensamos que el tartamudo era un desagradecido, pero pronto se explicó:

—Mi primo es cojo... Tiene un defecto en el tobillo desde hace treinta años, pero nunca se lo ha querido arreglar por miedo a la cirugía. Y ahora viene este desgraciado y se lo corrige... sin anestesia.

Todos los presentes sintieron compasión por el pintor. Hacía pocos segundos estaban dispuestos a aplaudir al Milagrero, pero habían cambiado de idea: tenían ganas de darle una paliza, deseaban ejecutar el deseo del pintor tartamudo, pero el maestro lo impidió. Con una pregunta memorable, los contuvo y rescató al hombre que amaba el poder.

—¡Esperen! ¿Por qué quieren hacerle daño? ¿Qué vale más, el sentido de la reacción o la intención?

La gente se quedó pensativa y se calmó un poco.

—¡Jefe, explique lo que acaba de decir, *please!* —dijo Bartolomé, un poco consternado.

Nuestro alcohólico recientemente «regenerado» y todavía sujeto a recaídas era afecto al esnobismo de soltar algunos términos en inglés.

—Los gestos externos de un ser humano pueden ser conde- nables, sus reacciones pueden ser criticadas, pero lo que debe analizarse son sus deseos verdaderos —le explicó el maestro.

Por primera vez en su vida, Edson casi hizo un milagro, y a punto estuvo de recibir una paliza. Otra vez volvíamos a condenar sus actitudes basándonos en sus reacciones externas. No veíamos ninguna intención altruista en sus intenciones. Queríamos mantenerlo lo más lejos posible de nuestro proyecto. Pero en un abrir y cerrar de ojos, el maestro hizo lo que más temíamos. Miró al Milagrero y, con naturalidad, le dijo:

—Sígueme, yo te mostraré los milagros que desconoces, aquellos que tal vez tengan alguna probabilidad de iluminar un poco este asfixiante sistema social.

Cuando oímos la invitación, mis dos amigos y yo nos abrazamos. Algunas personas pensaron que estábamos emocionados, pero lo que estábamos era decepcionados. ¡Ah, qué fácil es contraer el virus del prejuicio! Habíamos tramado una pequeña conspiración. En el equipo aceptábamos ladrones, borrachos y personas estúpidamente orgullosas, pero discriminábamos a los religiosos, y todavía más a los milagreros. Tuvimos que asimilar la voluntad del maestro con una elevada dosis de paciencia y tolerancia. Nos parecía que el grupo adquiriría un colorido que no deseábamos.

A Edson lo alegró mucho la invitación. No la comprendió exactamente, pero entendió que el hombre que le había hablado, a pesar de ser un extraño personaje, tenía un alto poder de persuasión. Pensó que aprender sus técnicas de oratoria podría

hacerlo llegar lejos. No sabía en lo que se estaba embarcando. No se imaginaba que pasaría por un largo proceso de desintoxicación de su afán de poder. En el fondo, era un adicto, igual que Boquita de Miel con el alcohol, Mano de Ángel con el robo y yo con mi ego. Éramos todos drogadictos.

## UN OBSESIVO EN EL NIDO

No éramos una secta ni un partido político. No formábamos parte de una fundación ni de ninguna organización oficial. No teníamos asistencia social, no sabíamos dónde dormiríamos ni lo que comeríamos. Dependíamos de las dádivas espontáneas de la gente, y cada tanto nos duchábamos en albergues comunitarios. Éramos una banda de soñadores que quería cambiar el mundo, por lo menos nuestro mundo. Todavía no sabíamos si lo lograríamos o si sólo generaríamos más confusión. Pero a mí, la vida empezaba a parecerme adorable. Una experiencia sociológica agradable, a pesar de estar cargada de incógnitas.

Algunas personas empezaban a reconocer al maestro por haberlo visto en los medios. Lo paraban y se acercaban a contarle sus problemas. Él los atendía con placer. Después de escucharlos durante minutos u horas, los alentaba a que tomaran decisiones y entendieran que toda decisión trae frustraciones y no solamente beneficios.

Poco a poco, fue sumando discípulos. Unos más interesantes que otros. Las golondrinas estaban aprendiendo a bailar en un sistema que quería quebrar sus alas.

Pero aprendimos a no hacer grandes planes para el futuro. El futuro no nos pertenecía. La vida era una fiesta, aunque el vino siempre se acabase.

Aprendíamos a besar a los ancianos y a sentir las huellas del

tiempo. Aprendíamos a prestar atención a los niños y a deleitarnos con su ingenuidad. A conversar con los mendigos y recorrer sus mundos increíbles. Padres, monjas, pastores, musulmanes, budistas, suicidas, depresivos, fóbicos... Había tantas personas bellas a nuestro alrededor, pero casi no figuran en las estadísticas sociológicas.

Una sensibilidad extraña a mi personalidad comenzaba a invadirme; de todos modos, mi egoísmo no había muerto del todo y seguía latente. Recordé las películas de acción que había visto. En ellas siempre morían innumerables desconocidos, meros extras, a manos de la policía, sin que nos diéramos cuenta de que cada desconocido anónimo de la vida real posee un mundo indescifrable, con miedos y amores, actos valientes y cobardes.

Para el maestro, en la sociedad no había extras. Él elogiaba a los miserables, los invitaba a que fuesen sus amigos. Los que vivían al margen del sistema eran importantes para él.

Cuando pensaba que mi sensibilidad estaba aumentando, un «extra» pasó por mi vida y me hizo ver que todavía seguía siendo bastante insensible y que necesitaba mucho combustible para cambiar. Estábamos en la avenida Presidente Kennedy y de repente vimos a un joven de poco más de veinte años. Medía un metro ochenta, tenía el cabello ondulado y la piel oscura. Su nombre era Salomón Salles. Hacía gestos extraños, que llamaban la atención hasta de los niños. Movía el cuello aceleradamente, flexionando la base del mismo hacia arriba y hacia la izquierda. Guiñaba el ojo compulsivamente. Antes de traspasar cualquier puerta daba tres saltos, porque pensaba que si no lo hacía alguien de su familia moriría. Sufría un grave trastorno obsesivo compulsivo.

Además de todos los extravagantes rituales que ya he mencionado, lo más gracioso y extraño era que Salomón no podía

ver un hueco o abertura en cualquier pared, muro, mueble o suelo sin desear meter allí el dedo. Cuando lo vimos por primera vez, estaba agachado, tratando de introducir el dedo en algunos pequeños orificios de la acera.

Los transeúntes se burlaban de él. Nosotros tampoco pudimos contener la risa. Nos parecía que habíamos encontrado a alguien más trastornado que todos nosotros. Pero al maestro no le gustó nuestra reacción.

—¿Ese joven es más frágil o más fuerte que nosotros? —nos preguntó—. ¿Cuál es el precio que paga por expresar sus rituales en público? ¿Es un cobarde o se trata de alguien dotado de un coraje destacable? No sé en lo que respecta a vosotros, pero sin duda es más fuerte que yo.

Nos callamos, pero él continuó:

—¿Cuántas veces creéis que este hombre se ha sentido en el centro de un circo sin desearlo, como ahora? ¿Cuántas noches de insomnio ha sufrido pensando en las carcajadas de los transeúntes? ¿Cuántas veces ha sido prisionero de las trampas inhumanas del prejuicio? —Y para hacernos sentir todavía más el olor fétido de nuestra discriminación, concluyó—: La crítica hierre a las personas, el prejuicio, las anula.

Siempre que el maestro analizaba la mente de los otros, nos dejaba desnudos. Descubrí que incluso personas como yo, que siempre había defendido los derechos humanos, eran terriblemente prejuiciosas en algunas áreas, aunque se manifestara de forma sutil, no con una sonrisa disfrazada o una silenciosa indiferencia. Somos peores que los vampiros. Matamos sin chupar la sangre.

—Si queréis aprender a vender el sueño de la solidaridad, tendréis que aprender a percibir las lágrimas nunca derramadas, las angustias nunca verbalizadas, los temores no expresados. Los que no desarrollen estas habilidades tendrán rastros de

psicopatía aunque vivan en ambientes insospechados, como en los templos de las universidades, o en los templos empresariales, políticos o religiosos. Presionarán, herirán, vulnerarán sin sentir el dolor de los otros. ¿Vosotros formáis parte de esa estirpe? —nos preguntó.

Inspiré profundamente, tratando de oxigenar mi cerebro. ¿Tendría yo rastros de psicopatía? Los psicópatas clásicos son fácilmente reconocibles, pero los que tienen rastros sutiles pueden disfrazar su insensibilidad incluso detrás de sus títulos académicos, su ética o su espiritualidad. Yo disimulaba mi psicopatía.

Nunca había hablado con mi hijo sobre sus temores o sus frustraciones. Le impuse reglas, le señalé sus errores, pero nunca le vendí el sueño de que yo era un ser humano que quería conocerlo y ser amado por él. Nunca me acerqué a un alumno que pareciese estar triste, irritable o que demostrara indiferencia. Jamás le presté mi hombro a ningún profesor para que llorara. Para mí, mis colegas eran técnicos y no personas. Cuando pedían una baja médica, yo jamás me preocupaba de cómo estaban. Pero ese inconsistente estilo de vida se volvió contra mí como un bumerán.

Cuando empecé a pensar en renunciar a la vida, mi calvario emocional también se volvió invisible para mis colegas y alumnos. Un intelectual como yo no podía hablar de su dolor. Para ellos, la depresión era una cosa de gente débil. Nadie percibió la angustia en mi semblante. ¿Eran ellos quienes estaban ciegos o era yo quien no sabía demostrar mis sentimientos? No lo sé.

Como el maestro siempre decía, nadie es ciento por ciento villano ni ciento por ciento víctima. Yo era insensible y estaba rodeado de personas con un bajo nivel de sensibilidad. No necesitaba aplausos, admiración académica o condecoraciones, necesitaba solamente un hombro sobre el que llorar o sentir el

calor de alguien a mi lado que me dijese: «Estoy aquí, cuenta conmigo».

Después de ayudarnos a percibir la grandeza y el coraje del joven del trastorno obsesivo compulsivo, el maestro nos lanzó un desafío:

—¿Podéis venderle sueños a ese joven? —dijo, y se calló, a la espera de nuestra reacción. Nos quedamos mudos. Después de unos segundos interminables con un nudo en la garganta, nos sentimos perdidos. Era una reacción extraña para un grupo de personas supuestamente experimentadas. No sabíamos qué decir. No sabíamos lo que el muchacho iba a pensar de nosotros. Hacía unos minutos lo habíamos catalogado de loco; ahora teníamos miedo de ser catalogados de locos por él. ¿No era ésa una reacción insana? Íbamos de un extremo a otro con increíble rapidez.

El maestro siguió callado. Su silencio nos desasosegaba. Sabíamos burlarnos de la desgracia de los otros, pero no aliviarla. Éramos rápidos para excluir pero incapaces de incluir. Si alguien le hubiera pedido al Milagrero que pronunciara una oración larga y rimbombante para el joven, lo habría hecho sin problemas, pero la petición de venderle sueños lo había dejado paralizado. Bartolomé no hubiera tenido problema en hacerse amigo del extraño estando borracho, pero sobrio no era tan fácil. Mano de Ángel podría haberle robado la billetera y después habérsela devuelto para provocar su admiración, pero tratar de cautivarlo con palabras era para él una tarea casi imposible.

Si a mí me hubiesen pedido que le diese una clase para demostrarle mi cultura, no me habría costado nada, pero conquistar a un semejante sin usar el poder de la información me parecía una tarea casi irrealizable. Yo sabía hablar para grandes audiencias, pero no era capaz de seducir a otro ser humano. Me

habían formado para hablar de Kant, Hegel, Auguste Comte, Marx, pero no para hablar sobre mí mismo. El sistema había arrinconado nuestra humanidad. Y yo había alimentado el sistema.

Dado que no existía ningún manual que explicara la mejor forma de venderle sueños a un obsesivo, y ya que el maestro se negó a darnos instrucciones, nos acercamos por nuestra cuenta a Salomón con cierta inhibición. Boquita de Miel, más curtido por la vida, se agachó y trató de meter los dedos en los agujeros de la calzada. Salomón se rió de él. Bartomolé se sintió como un tonto, y el joven continuó con su ritual.

Edson no pudo contenerse, se dio la vuelta y se llevó las manos a la boca, haciendo un esfuerzo tremendo por sofocar las carcajadas.

De repente, el obsesivo se levantó y fijó su atención en la oreja derecha del Milagrero, que por cierto las tenía tan despegadas que llamaban mucho la atención. Llevado por su ímpetu, le metió el dedo en el oído a Edson, que reaccionó de manera inmediata lanzando un grito estridente:

—¡Sal, demonio, este cuerpo no te pertenece!

El grito dejó perplejo a Salomón. Su falta de sensibilidad había sido enorme. El Milagrero se dio cuenta de lo que había hecho y se llevó las manos a la cabeza; era consciente de que había vuelto a tener la misma actitud adictiva de siempre: apoyarse en lo sobrenatural. Esta vez, sin embargo, había ido demasiado lejos. Quería expulsar del cerebro del joven una enfermedad psíquica.

—Me han llamado loco, psicótico, enfermo, demente, insano, chiflado, pirado, pero es la primera vez que me dicen que estoy poseído por el demonio —nos dijo Salomón, consternado.

Edson vio que lo había ofendido enormemente. Se dio cuenta de que, en el fondo, no aceptaba a los que eran diferentes, y

también tomó conciencia de que estaba vendiendo pesadillas en lugar de sueños. Entonces miró a Salomón, y le dijo:

—Discúlpame, por favor, discúlpame. He sido profundamente grosero, injusto, tonto y superficial. En realidad, creo que eres mucho más fuerte que yo. Tú soportas las burlas de la gente mientras que yo sólo espero aplausos.

Las palabras honestas y valientes de Edson nos fascinaron. Había empezado a realizar uno de los milagros más difíciles, el de la humildad. Yo, como él, jamás le pedía disculpas a nadie, fuera quien fuese. Éramos pequeños dioses; yo, en el templo del conocimiento; él, en el de la espiritualidad. Pero estábamos empezando a entender que sólo a través de la debilidad nos hacemos fuertes.

A partir de ese momento, nos soltamos. Nos presentamos al joven y empezamos a introducirnos en la historia de su vida.

Había intentado estudiar psicología, pero tuvo que renunciar, pues los profesores le dijeron que un obsesivo no podía tratar a enfermos mentales. Intentó estudiar derecho, pero tuvo que dejarlo porque sus profesores le dijeron que un obsesivo con rituales tan histriónicos nunca sería tomado en serio por sus clientes, y mucho menos podría debatir en los tribunales.

No duraba más de tres meses en ningún trabajo. Nadie quería dar una oportunidad a alguien que parecía no poder controlar su comportamiento. No lograba establecer ninguna relación amorosa. Nadie se interesaba por un hombre del que todos se burlaban. Su existencia estaba basada en la exclusión. Sin embargo, era un ser humano fortísimo, como el maestro había intuido. A pesar de afrontar todo ese rosario de dificultades, no se deprimía, y mucho menos pensaba en quitarse la vida, como había hecho yo. Tenía grandes conflictos, pero excluyendo los momentos en que se angustiaba por ser rechazado, había aprendido a vivir con alegría; disfrutaba de la vida. Vivía mejor

que nosotros. Éramos nosotros los que necesitábamos comprar sus sueños, y él lo sabía.

Entrar en el mundo de ese joven fue un viaje maravilloso. Descubrimos a un ser humano fantástico detrás de alguien socialmente ridiculizado. Después del descubrimiento del fascinante personaje llamado Salomón, el maestro lo llamó para vender sueños.

A continuación, nos condujo a un lugar abierto. No era una plaza, pero tenía algunos árboles y el aire estaba menos contaminado. En ese lugar nos habló de otro Salomón, el gran rey de Israel. Comentó que éste había sido un joven que había comenzado su vida de la mejor manera. No quería oro, plata ni poder político sino el tesoro más valioso: la sabiduría. Todos los días bebía y respiraba sabiduría, su reino progresó enormemente y se convirtió en uno de los principales imperios de la Antigüedad. Y sus relaciones con las naciones vecinas discurrían en paz.

Pero el tiempo pasó, y el poder lo embriagó. El rey abandonó la sabiduría y empezó a involucrarse en innumerables actividades. Después, comenzó a cansarse de todo lo que veía, nunca estaba satisfecho. Finalmente, cayó en una gran depresión y tuvo la honestidad de decir que todo se había vuelto, para él, una fuente de tedio.

Todo era vanidad; nada, en su deslumbrante existencia, lo animaba.

Después de este relato, el maestro concluyó su lección:

—El gran rey tuvo cientos de mujeres, carruajes, palacios, siervos, ejércitos, ricas ropas, honores y victorias, como muy pocos reyes jamás tuvieron. Pero se olvidó de amar a una mujer y de prestar atención a los pequeños lirios de los campos, que representan la amistad, y también olvidó muchas otras cosas fundamentales.

Quando estaba a punto de terminar, intervino Bartolomé e hizo que todo el mundo se desternillara de risa.

—Jefe, ¿puedo hablar? —dijo.

—Claro —asintió el maestro con dulzura.

—¿Ese rey no se habrá deprimido porque tuvo cientos de suegras?

El maestro se rió de la espontaneidad de Bartolomé, y le respondió de manera incisiva:

—No lo sé, pero sí sé que hay suegras más amables que muchas madres. —Y continuó con la lección—: El éxito es más difícil de asimilar que el fracaso. Como le ocurrió a Salomón, las personas exitosas corren el riesgo de convertirse en máquinas de trabajar, de olvidar el sabor de las pequeñas cosas, y abandonar aquello que sólo los sueños pueden alcanzar. El paisaje de una granja, de un jardín o de un cuadro puede producir más emoción al que lo observa que al que lo posee. Dios democratizó el acceso a los mejores placeres de la existencia. Los ricos son los que buscan ese tesoro; los pobres, los que quieren poseerlo.

Después, apoyó la mano sobre el hombro de Salomón, su más reciente discípulo, y lo elogió:

—Los grandes seres humanos están al margen de la sociedad. Aquí hay alguien que tiene muy poco, pero lo tiene todo. Gracias por vendernos tu sueño.

## PONIENDO UN ASILO PATAS ARRIBA

Al día siguiente, el sol que despuntaba en el horizonte y caía sobre nuestra cama improvisada nos invitó a despertarnos. Otro día más, otra jornada excitante, nuevas cosas por descubrir. Como siempre, Bartolomé era el último en levantarse. Pienso que si hubiera descansado en una cama cómoda, sin duda se habría pasado todo el día durmiendo.

Antes de emprender nuestro paseo social, el maestro nos hizo una invitación inusual, que más adelante se volvió parte de nuestra historia. Nos invitó a realizar una de las tareas más importantes de la mente: no hacer nada, experimentar solamente el arte de observar.

Nos condujo hacia una avenida concurrida bordeada de árboles. Allí, nos dio una hoja de papel en blanco y un lápiz, y nos pidió que anotásemos todos los sonidos y las imágenes del ambiente que nos llamasen la atención. No se podía incluir nada que hubiese sido construido por el hombre. El ruido del tráfico era ensordecedor, el aire estaba contaminado y la agitación era intensa. ¿Qué podía llamarnos la atención fuera del colorido de las tiendas, el diseño de los automóviles y la anatomía de los transeúntes?

¿Y qué tenía que ver todo aquello con la idea de cambiar el pensamiento humano? ¿Qué tenía que ver la observación con los sueños? A mí me parecía un ejercicio banal, sin ningún atractivo intelectual.

Unos momentos después, el maestro nos instigó.

—El que no desarrolla el arte de observar posee una inteligencia superficial y una humanidad traicionera. Alguien así puede transformarse en un depósito de conocimientos, pero nunca construirá grandes ideas.

Recordé cómo el día anterior yo no había percibido al complejo ser humano que había detrás de los rituales obsesivos de Salomón. Mi sentido de la observación era pobre. Sólo veía lo que habría visto cualquier «normal». Edson y Dimas tampoco sabían qué hacer con el papel. Bartolomé canturreaba como buscando inspiración, pero no se le ocurría nada. Los minutos pasaban, pero no observábamos nada interesante. Salomón era el único que sí lo hacía. Su ansiedad obsesiva disminuyó y empezó a escribir sin parar. Estaba entusiasmado.

—¡Ajá! ¡Ajá! ¡Qué especial! ¡Qué fantástico! —repetía de vez en cuando.

Mientras él escribía, yo me sentía bloqueado. El vendedor de sueños me interpeló:

—Sólo desarrollarás el arte de observar si aprendes la tarea más difícil del intelecto humano. —No dije nada. «¿Cuál?», pensé. Unos momentos después, él prosiguió—: El arte de calmar la mente. Mentes que alguna vez fueron brillantes viven una vida mediocre porque nunca calman sus pensamientos. Grandes escritores, notables científicos, artistas magníficos arruinan su inspiración a causa de una mente agitada. Los pensamientos, las imágenes y las fantasías que pueden salir de la creatividad también pueden, si son excesivas, cortarles las alas, terminar con la intuición y el talento.

«Ése es mi problema», pensé. Mi mente era un torbellino. Pensar en cualquier cosa, incluso en tonterías, era mi especialidad. Siempre había sido enemigo del silencio. Pero después de escuchar al maestro, traté de permanecer callado. No fue fácil,

pues mi cabeza estaba inundada de imágenes que la cruzaban a más velocidad que la de los coches de la avenida donde nos encontrábamos. La contaminación intelectual era mi verdugo.

Mis amigos también estaban perdidos. Pero al cabo de poco tiempo fuimos entrando en el infinito mundo del silencio. A partir de ese momento, nuestra capacidad de percepción se agudizó. Pude distinguir el canto de un pájaro que entonaba una bellísima melodía con increíble pasión. Lo anoté. En seguida, otro pájaro le replicó. Después pude escuchar el cortejo amoroso de dos palomas. En total, escuché más de diez cantos de pájaros, todos extraordinarios. Éstos no tenían muchos motivos para alegrarse en aquella fría jungla de cemento, pero, a diferencia de mí, lo celebraban. Observé y anoté la determinación de los troncos carcomidos de los árboles que, a pesar de la sequedad del suelo y la escasez de agua sobrevivían en el inhóspito ambiente, demostrando una valentía que yo nunca había tenido. Más de diez millones de personas habían pasado delante de aquellos árboles desde que habían sido plantados, y quizá sólo diez de ellos se habían detenido a observarlos detenidamente. Me sentí un privilegiado en el desierto social.

Bartolomé, que por lo general no era capaz de ver ni un elefante delante de él, también comenzó a observar muchas cosas. Contempló cinco mariposas multicolores que bailaban casi sin utilizar las alas. Se dio cuenta de que, a diferencia de ellas, él sólo podía bailar cuando estaba ebrio. Edson anotó diversos tipos de sonidos producidos por las hojas al ser movidas por el viento. Éstas aplaudían desinteresadamente a los caminantes, a diferencia de él, que buscaba los aplausos. Dimas observó insectos que trabajaban sin parar y se preparaban para el invierno, cosa que él nunca había hecho. Él robaba y, como todo ladrón, era un pésimo administrador; pensaba que la vida sería una eterna primavera.

Después de este ejercicio placentero, dijimos una de nuestras frases favoritas: «¡Cómo adoro esta vida!». Nunca nos habíamos sentido tan bien con tan poco. No tenía idea de que la naturaleza estuviese tan presente en el centro de la ciudad. ¿Cómo era posible que un estudioso de la sociedad nunca hubiese hecho ese ejercicio? Por primera vez, disfruté del silencio, y en esa atmósfera descubrí que no había tenido infancia.

No recordaba experiencias agradables de niño. Quizá por no haber aprendido a relajarme entonces me había convertido en un adulto rígido. Tal vez tuviese ideas paranoicas porque de pequeño no había conocido la ingenuidad. Tal vez fuese un adulto depresivo crónico y malhumorado porque no había vivido con alegría mis primeros años de vida. Las pérdidas que sufrí hicieron que me volviera adulto muy pronto, un joven que pensaba mucho pero sentía muy poco.

Mientras yo recordaba mi infancia, el maestro parecía observarme. Con voz enérgica, habló sobre el asesinato en la infancia de hoy, una de las cosas que más lo perturbaban.

—Internet, los videojuegos, los ordenadores son útiles, pero han destruido algo inviolable: la infancia. ¿Dónde está el placer del silencio? ¿Dónde está el arte de la observación? ¿Dónde está la inocencia? Me angustia que el sistema esté creando niños insatisfechos y ansiosos. Claros candidatos a ser pacientes psiquiátricos en el futuro y no seres humanos felices y libres.

De repente, tuvo una reacción que yo nunca le había visto.

Varios padres pasaron delante de nosotros con sus hijos de la mano. Iban de compras con niños de siete u ocho años que iban muy bien vestidos, a la última moda, y llevaban teléfonos móviles. Niños que revelaban una terrible insatisfacción. Algunos empezaron a hacerse notar diciendo que querían comprar tal o cual cosa. Los padres, molestos con sus gritos y demandas, cedían y compraban la mercancía deseada.

El vendedor de sueños reaccionó. Parecía estar fuera de sí y se encaró con esos padres:

—¿Qué están haciendo con sus hijos? ¡Llévenlos a pasear al bosque! ¡Quítenles los zapatos, déjenlos caminar descalzos sobre la hierba! Permitan que suban a los árboles, estimulen sus juegos. La especie humana se ha encerrado en una realidad artificial de egoísmo y consumismo. Hagan que se relacionen con los animales, que aprendan a comportarse de otro modo. —Y parafraseó una frase de Jesucristo—: No sólo de centros comerciales vivirán los niños, sino de todas las aventuras de la infancia.

Me impresionó su osadía ante los extraños. Algunos padres se quedaron pensativos. Otros reaccionaron mal.

—¿Este no es el loco que sale en la prensa? —preguntó uno.

Otro, que era intelectual y sin duda parte del equipo de los soberbios, como yo, fue más contundente.

—Soy profesor y doctor en Psicología. No admito esta invasión de mi privacidad. De mis hijos me ocupo yo. —Y después de observar nuestra apariencia, dijo a sus amigos—: Son una pandilla de ignorantes.

Boquita de Miel oyó el insulto y no pudo contener su reacción. Defendió al maestro, esta vez con propiedad.

—*My friend*, yo no soy doctor de ninguna mierda —dijo. Y mirando a los niños, agregó—: Disculpad la palabrota, chicos. —A continuación, dirigiéndose a los padres remató su exposición—: Dejen que sus hijos se relacionen con la naturaleza. Si lo hacen, ninguno de ellos será un loco, un borracho o un sinvergüenza como yo. —Después, un poco más reflexivo, hizo un gesto apaciguador—. Pero estoy mejorando, jefe.

A continuación, volvió a mirar a los niños y les propuso un juego.

—Que levante la mano el que quiera volar como una mariposa.

Tres niños levantaron las manos, pero dos permanecieron indiferentes. Otros tres se escondieron detrás de sus padres y dijeron:

—Tenemos miedo a las mariposas.

Los padres se sintieron ofendidos por la petulancia de los intrusos y llamaron a los guardias de seguridad que estaban en la entrada del centro comercial del grupo Megasoftware, donde se disponían a entrar. Los agentes no tardaron en echarnos de allí.

—¡Fuera de aquí, holgazanes!

Pero antes de salir, el maestro se dio vuelta y se dirigió a los padres:

—Les pido disculpas por mis palabras, y espero que un día no necesiten ustedes pedirles disculpas a sus hijos por las suyas.

Las ideas que había sembrado no fueron estériles en la mente de todos los padres. Algunos, aunque se enojaron, se dieron cuenta de que necesitaban cambios en la relación con sus hijos. Les daban la mejor educación posible, los niños eran especialistas en consumir productos y utilizar ordenadores, pero estaban siempre insatisfechos. No sabían observar, intuir, razonar. Esos padres se dieron cuenta de que la naturaleza no era importante para la supervivencia psíquica de la especie humana, pero sí para su supervivencia emocional. Los estímulos de la naturaleza suponían una pedagogía insustituible, superior a todas las teorías educacionales, para expandir los horizontes de la mente. A partir de entonces, comenzaron a frecuentar bosques, zoológicos, jardines botánicos.

Me emocioné al ver cuánto les importaban los niños al maestro y a Bartolomé. Yo nunca me había preocupado mucho por ellos. Estaba demasiado ocupado en criticar el sistema de las clases sociales en el aula. No entendía que el verdadero material de la educación era el alumno y no las informaciones que yo transmitía. Procuraba que permaneciesen en silencio y pres-

tasen atención durante las clases, pero no consideraba prioritario el hecho de estar formando a seres humanos.

Ese día, por la tarde, nos dirigimos a un barrio residencial. Nos detuvimos frente a una enorme y tétrica construcción. El césped del jardín estaba descuidado. Los inmensos árboles proyectaban una sombra exagerada, impidiendo que creciesen las flores. El viejo edificio, aunque había sido imponente, tenía la pintura desconchada. Las ventanas de madera pintadas de un color verde musgo, estaban mal conservadas. Las paredes blancas estaban muy sucias y con grietas por todas partes. Era un asilo de ancianos, sin duda, un lugar donde no era agradable pasar los últimos años de la vida.

Muchas personas ancianas iban a parar allí, no porque sus familias los hubiesen abandonado, sino porque no tenían parientes cercanos. La mayoría de las familias tenía sólo un hijo, o como máximo, dos. Cuando un hijo único fallecía o se iba a vivir a otra ciudad, o si no estaba en condiciones físicas o financieras para ayudar a sus padres ancianos, éstos eran enviados a esas instituciones para que allí se ocuparan de ellos. Ancianos que huían de las tramas asfixiantes de la soledad. Estas instituciones proliferan en las sociedades actuales.

El maestro se quedó mirando el asilo y nos dijo:

—He aquí un buen ambiente para los sueños. Id y alegrad a los que viven aquí.

Influidos por nuestros «benditos» prejuicios, preguntamos:

—¿Sueños, en un asilo? ¡Las personas que viven en ellos están apáticas, deprimidas! ¿Qué podría alegrarlas?

Veníamos del mundo de los niños y ahora entrábamos en el mundo de los ancianos. ¡Mundos tan distantes pero tan similares!

Esperábamos que el maestro nos orientara un poco, pero sus instrucciones nunca llegaron. Dijo que iría a dar una vuelta,

aunque antes de que se marchara, Dimas, tartamudeando y parpadeando, le preguntó:

—¿Alegrar... a los vie... viejecitos? ¿Cómo, maestro? Esa gente... gente está con un pie en la tumba. —Sabía robarles la billetera a los ancianos, pero nunca había conversado profundamente con alguno de ellos.

—Dimas, el prejuicio envejece más que los años. Tú eres más anciano que muchos de ellos —declaró el vendedor de sueños.

—Si fuera por mí, resuelvo el problema en dos minutos —afirmó, Bartolomé a continuación, insinuando una solución mágica—. Les doy varios litros de vino y la fiesta comienza.

Después, al darse cuenta de que había hablado impulsivamente, pidió disculpas por su afirmación. Edson, por su parte, no sabía realizar el milagro de la alegría. Salomón tampoco tenía esa habilidad. Estábamos perdidos.

El maestro estaba ya a diez metros de nosotros. Se dirigía hacia algún lugar que desconocíamos.

El grupo se reunió, cada cual expuso sus ideas, diseñamos una estrategia, fuimos a buscar materiales y, al cabo de dos horas, nos reencontramos. Boquita traía puesta una peluca, mascaba chicle y llevaba gafas oscuras.

—¡Amigos! —dijo, muy animado—. Finjamos que somos normales. —Soltamos una carcajada y nos dispusimos a entrar en el asilo.

Antes de que yo pudiese decir nada, Bartolomé volvió a tomar la iniciativa. Inventó una historia que nos pareció buena.

—Prestad atención. Somos una banda de músicos profesionales y queremos dar un concierto gratis para la gente del asilo. No queremos dinero, pero pueden hacer algunas donaciones.

A mí lo de las donaciones no me pareció bien y lo dije. Eso no estaba en el guión. Dimas llevaba un sombrero rojo y gafas

oscuras tipo Ray-Ban. Yo me puse una peluca de trenzas negras. Salomón se pintó unas cejas gigantescas que imitaban las de Elvis Presley. Edson llevaba una gorra roja en la cabeza y una camiseta larga sin cuello. Fue difícil, pero conseguimos todo eso cuando dijimos que íbamos a ofrecer un espectáculo de beneficencia y nos comprometimos a devolverlo después.

Los empleados del asilo se alarmaron al ver nuestro aspecto, pero como raramente los jóvenes se preocupaban por la existencia de los ancianos, querían ver qué podíamos hacer nosotros.

Yo me decía: «¿Qué estamos haciendo aquí? ¡Esto no va a resultar!».

Se montó una platea improvisada. Más de cien viejecitos se sentaron educadamente para ver a la «banda» del terror.

Teníamos dos guitarras medio rotas. Una la sostenía el Milagrero, que decía haber aprendido a tocar en el coro de su iglesia pero desafinaba mucho. Salomón tenía la otra, pero tampoco tocaba muy bien. A mí me habían dado el saxofón, y trataba de recordar algunas notas que había aprendido en las pocas clases que me había dado mi abuelo materno. Dimas llevaba un contrabajo, pero no sabía qué hacer con él. Boquita de Miel era el vocalista. Nos había asegurado que lo hacía bien y que había cantado en clubs en los tiempos en que todavía se mantenía más o menos sobrio.

Tocamos el primer tema, una canción de rock romántica. Estábamos cohibidos, agarrotados. La voz de Boquita de Miel era un desastre, no lograba seguir a los instrumentos, habría sido mejor que se hubiera quedado callado. Los viejecitos no reaccionaban. Pensamos que hacía falta tocar algo más animado. Interrumpimos el primer tema y empezamos con algo más movido. ¡Hacíamos un ruido tremendo! Estábamos entusiasmados, movíamos las caderas, saltábamos, pero los ancianos seguían impasibles. Boquita de Miel seguía cantando con

su voz desafinada, pero a los viejecitos no les hacía ninguna gracia.

«Estamos apañados —pensé—. En lugar de servir como antidepresivo, estamos empeorando la depresión de estos ancianos.»

Bartolomé se puso a cantar una samba. Nosotros tratamos de seguirlo.

«Yo bebo, sí, estoy viviendo, hay gente que no bebe y está muriendo. Yo bebo, sí...» —Y repetía el estribillo mientras miraba a los viejecitos y pensaba que sólo con un poco de alcohol lograrían animarse. Pero ninguno sonreía. Ninguno movía el cuerpo. Ninguno batía palmas. Ninguno cantaba. El primer día que intentábamos vender sueños, en realidad estábamos vendiendo desconfianza. Miramos al equipo de enfermeros y asistentes del asilo y les vimos una actitud de indiferencia. Como nosotros, ellos también pensaban que los viejecitos estaban con un pie en la tumba, esperando que llegara la muerte.

Cuando parecía que ésa iba a ser una de las peores tardes que habíamos vivido desde que empezamos a seguirlo, el maestro apareció. Al verlo, varios viejecitos fueron a su encuentro y lo abrazaron con entusiasmo. Entonces descubrimos que él frecuentaba aquel lugar.

De repente, tomó nuestros instrumentos y los repartió entre los ancianos, que casi no podían sostenerlos. Nosotros pensábamos que no sabían lo que era una guitarra, un contrabajo o un saxofón, pero para nuestra sorpresa, el señor Lauro, el señor Michel y el señor Lucio tomaron las guitarras y el contrabajo de manera correcta y se pusieron a afinarlos. Muy pronto consiguieron arrancar a los instrumentos una música maravillosa. No podíamos creer lo que estábamos viendo. Del mismo modo, una señora tomó el saxofón y lo tocó con gran pericia. Me quedé pasmado. «¿Acaso este asilo no era un depósito de ancianos?»

me pregunté. Avergonzado, descubrí junto a mis amigos y a los empleados que no era así. El asilo era un granero de seres humanos hábiles, con gran potencial.

El maestro estaba encantado escuchándolos. Tomó el micrófono de Bartolomé, se acercó a un señor muy anciano que casi no podía caminar y se lo dio. Su voz inigualable nos encantó. Cantaba de un modo tan vibrante como Frank Sinatra.

Momentos después, invitó a los ancianos que podían moverse a la pista y se puso a bailar con ellos. Yo también lo hice. Fue una algarabía. Los propios viejecitos pusieron el asilo patas arriba. Sonrieron al sentirse personas. Al principio les habíamos faltado al respeto, les habíamos dado algo sin calidad. Nos parecía que porque tenían una edad avanzada, una memoria deteriorada y una musculatura flácida, sus oídos iban a tragarse cualquier cosa.

Muchos de ellos habían tenido una infancia maravillosa, mucho mejor que la mía. El niño que tenían dentro despertó del letargo.

Más tarde, el maestro nos confesó que no nos había enviado al asilo con la intención de que vendiésemos sueños, sino para que les compráramos sueños a los ancianos. Nos demostró que no hay personas inútiles, sino personas desvalorizadas, mal utilizadas, poco exploradas. Al oír sus palabras, me di cuenta de que había cometido otro error. Mi abuelo materno, Paulo, era extrovertido y sociable. Murió quince años después que mi madre, pero yo nunca entré en su mundo. Me sentía rechazado por mis tíos y primos, y terminé por rechazarlo a él. Detrás de las víctimas inocentes están las cicatrices de un rehén. Yo admiraba sus habilidades musicales, pero nunca le había preguntado por sus lágrimas y sus miedos. Nunca valoré su buen humor y sus experiencias. Me perdí mucho por dejar de explorar a un ser humano.

Para terminar el día, el maestro expuso algunos sentimientos que permanecieron en mi mente y se volvieron inolvidables:

—El intervalo de tiempo entre la juventud y la vejez es más breve de lo que os imagináis. El que no se deleita entrando en el mundo de los ancianos no es digno de su juventud. No os engaños, el ser humano no muere cuando su corazón deja de latir, sino cuando, por alguna razón, deja de sentirse importante.

»Encontramos muchos “muertos” que estaban vivos. Practicamos una eutanasia psicológica. Sepultamos a admirables seres humanos incluso cuando les damos apoyo para que sobrevivan.

## EL TEMPLO DE LA INFORMÁTICA

Lo que ocurrió en el asilo llegó a la prensa, no porque estuviera presente algún periodista, sino porque un enfermero fotografió el evento y envió las fotos a un diario. Muchos otros «tumultos» y espectáculos tuvieron lugar después del día del asilo, de los cuales sólo mencionaré algunos. A medida que los días pasaban, el grupo se fortalecía cada vez más. Construíamos lazos fraternales a pesar de las diferencias. Organizábamos agradables mesas redondas al aire libre para discutir nuestra historia y la historia de la sociedad. Al menos una vez por semana, el maestro invitaba a nuestra amplia casa a algunos desconocidos; entre los invitados había albañiles, pintores, escultores, empleados de estaciones de servicio, mecánicos, bomberos y basureros. Se sentaban en cajones de fruta y nos narraban algunos capítulos de su vida; la invitación los fascinaba. Nunca disfrutamos tanto al escuchar las dificultades, los sueños, las expectativas, las pesadillas, las pasiones y las desilusiones reales de seres tan distantes y tan próximos. Se trataba de una experiencia sociológica única, un aprendizaje mágico. La fama del maestro iba en aumento. Poco a poco se volvió una figura folclórica de la ciudad. Algunas personas que iban en coche lo señalaban con el dedo y decían: «¿Ése no es el sujeto que detuvo el tránsito cerca del edificio San Pablo? ¿No es ése el que puso patas arriba un asilo y conmocionó un

velatorio?». Teniendo en cuenta la manera en que a la gente normal le gusta el espectáculo, no resultó extraño que en poco tiempo también dijeran que había resucitado a un muerto. Un señor de sesenta años, que parecía angustiado y ensimismado, lo reconoció. Apuró el paso, nos alcanzó e hizo que nos detuviéramos.

—Maestro, durante treinta años trabajé en la misma empresa —le relató—. En los últimos años fui muy creativo como gerente. Cuando comencé a destacarme entre mis colegas, el director empezó a acosarme de manera injusta e implacable. Fueron largos años de humillación hasta que, finalmente, me despidió. A pesar de haber dado la vida por la empresa, se prescindió de mí como de un vaso de plástico que se tira a la basura después de ser usado. Me deprimí, me sentí traicionado y sin coraje para volver a empezar en un nuevo trabajo; además, las empresas prefieren a los jóvenes, que aceptan salarios más bajos. Odio a mi antiguo director con todas mis fuerzas. ¿Qué debo hacer?

Al hombre le temblaban los labios. Parecía buscar un poco de alivio a su agonía. El maestro nos miró a nosotros, luego a él, y dijo:

—La envidia y la venganza son fenómenos exclusivos de los humanos. No se dan en ninguna otra especie. Él te envidió porque tenías algo que él no poseía. Véngate de él.

Sus palabras me confundieron. «¿A quién estoy siguiendo?», pensé. ¿No era él el maestro de la reconciliación? A Bartolomé le gustó su actitud, y haciéndose eco de sus palabras, dijo impetuosamente:

—¡Eso es! Ojo por ojo, diente por diente. Dale una buena bofetada al tipo.

Dimas tuvo una actitud similar. Después de escuchar las palabras del maestro, sacó pecho y dijo:

—Si necesitas ayuda para arreglar la cuestión, aquí me tienes. —Y empezó a hacer gestos y movimientos de *ninja*.

Boquita inspiró y empezó a gritar y a hacer movimientos espásticos que intentaban demostrar que era un experto en artes marciales. Por más increíble que parezca, ambos se pusieron a luchar en broma como si nadie los observara. Sin querer, Dimas golpeó en la cabeza a Boquita, que cayó al suelo como un tronco. Durante unos momentos, permaneció aturdido.

—Estás enfadado conmigo —le dijo Dimas al recuperar la conciencia.

Bartolomé comprendió que el lema «diente por diente» era un asunto peligroso. El antiguo gerente, al ver la escena, no sabía si reír o llorar. De todas formas, le preguntó al vendedor de sueños:

—¿Cómo debo vengarme, maestro?

—Matándolo —respondió éste sin titubear.

Sentí que las piernas se me aflojaban. Nunca imaginé que pudiera decir algo semejante. Sentí ganas de marcharme y el corazón me empezó a latir con fuerza.

Destilando odio, el hombre puso al descubierto sus verdaderas intenciones.

—Eso es exactamente lo que tenía planeado hacer. Ese miserable no merece vivir. —Pero antes de que se fuera, el maestro cuestionó los fundamentos de su odio.

—La mayor venganza que existe contra un enemigo es perdonarlo. Mávalo dentro de ti.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro sorprendido.

—Los débiles matan el cuerpo de sus enemigos, los fuertes los matan dentro de ellos. Los que matan el cuerpo son asesinos, los que matan lo que sus enemigos representan son sabios.

El hombre se sintió muy débil y comenzó a marearse. Tuvi-

mos que sostenerlo y lo recostamos contra la pared más cercana. El maestro volvió a acercarse a él, lo miró fijamente a los ojos y siguió:

—Véngate de él preservando tu tranquilidad y destacándote aún más en tu próximo trabajo. Si no lo haces, él te perseguirá durante el resto de tu vida.

El hombre permaneció paralizado algunos segundos. Después se recompuso y se dio cuenta de que no podía comportarse como una víctima, como alguien infeliz y lleno de ira. Tenía que reaccionar, pero de otro modo. Abrazó al maestro largo rato, como un hijo que abraza a su padre, aunque lo cierto era que tenía muchos más años que él. Después, partió por un camino muy distinto del que seguía cuando nos cruzamos.

De repente, percibí algo debajo de su camisa: era un revólver. Sentí un gran asombro. El hombre realmente estaba a punto de cometer un asesinato. Entonces comprendí la actitud agresiva del maestro. Ningún consejo vacío iba a disuadir a aquel hombre, como nada hizo que yo desistiera de abandonar la vida. El vendedor de sueños no anuló su deseo de venganza; solamente lo redireccionó.

«¿Qué técnica terapéutica será ésta?», me pregunté.

Algunos días después, abrió la feria CSM (Consumer Electronic Show), la exposición de productos de electrónica más grande del mundo, que tenía lugar en la avenida 12 de Julio, en la parte más rica de la gran megalópolis. Participaban más de dos mil quinientas empresas, y se estimaba que asistirían unas ciento cuarenta mil personas de más de ciento treinta países. En un estado de euforia, los visitantes, tanto consumidores finales como propietarios de distribuidoras y de tiendas, daban testimonio de la solidez de una industria que, incluso en momentos de crisis económica, crecía de modo ininterrumpido.

El maestro se encaminó hacia la megaferia; quería estar

presente en el templo de la informática. No comprendíamos su deseo de conocer tamaña cantidad de máquinas, pues nos parecía que nunca había usado un ordenador.

—Vamos a la feria —dijo, sin dar ninguna otra explicación.

Nosotros lo seguimos, desconfiados. El evento era de mucho nivel para gente como nosotros. A fin de cuentas, éramos una banda de tipos despeinados que llevaban camisas rotas y pantalones gastados y remendados. No formábamos parte de ninguna empresa, y no teníamos invitación. Parecíamos teletransportados desde una zona rural de principios del siglo xx hacia el apogeo de nuestro siglo xxi. No estábamos ni siquiera en condiciones de fingir que formábamos parte del personal de limpieza o de mantenimiento.

Bartolomé trató de que nos sintiéramos más relajados y dijo una vez más su famosa frase:

—¡Amigos, actuemos como si fuéramos normales! —Inmediatamente nos enderezamos, hicimos el intento de arreglarnos el cabello y tratamos de caminar con paso más firme.

Cuando estábamos más cerca del local, Dimas colocó su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Salomón y siguió caminando abrazado a él. En seguida empezó a sujetarle un poco el cuello para que se moviese menos. Sacudiéndose, Salomón empezó a bromear.

—Suéltame, sobón. ¡Yo soy muy macho! —Comenzaba a percibirse el clima de camaradería.

—¡Nada de manos! Ni Mano de Ángel ni Mano Santa —afirmó Dimas.

—Más bien del demonio —lo corrigió Bartolomé.

A Dimas no le gustó la broma. Bartolomé miró hacia arriba y, para calmarlo, añadió:

—Eso era antes, Dimas, hace muchas horas. —Y se apartó receloso, con miedo a recibir un tortazo.

El grupo se estaba divirtiendo. Pero nuestro buen humor se echó a perder una vez que pisamos la feria. Al ver que nos sentíamos intimidados ante tanta pompa, el maestro se dirigió a nosotros:

—¿Seguís temiéndole al rechazo? ¿Los ambientes tensos siguen siendo una amenaza? ¿Acaso no habéis aprendido que una persona puede heriros el cuerpo, pero no las emociones, a menos que se lo permitáis?

Sus palabras aceleraron nuestra ansiedad.

Sentimos que el ambiente podía volverse inestable, con probabilidad de tormenta. El vestíbulo de entrada nos intimidó. Se trataba de un patio muy hermoso, con una fuente de aguas multicolores. Decenas de macetas con rosas, hibiscos, margaritas y tulipanes adornaban el lugar.

Una infinidad de paneles luminosos con los nombres de los participantes relucían en la entrada. Una alfombra roja llevaba a los visitantes hasta la gran feria. Para entrar allí, además de mostrar la invitación y su identificación, los visitantes tenían que someterse al escaneo de una máquina de rayos X. Del mismo modo, sus pertenencias debían pasar por un sofisticado y potente detector de metales. Era un mundo inseguro. La palabra valía muy poco en el manicomio global.

De repente, me di cuenta de que yo, el intelectual del grupo, era el más inseguro de todos. Me quedé el último. En realidad, el maestro no quería entrar en la feria, su intención era permanecer en el vestíbulo observando a la gente. Pero Bartolomé, mostrando una osadía inusitada, trató de entrar y lo detuvieron. Luego, se le acercaron dos empleados de seguridad. Uno de ellos le pidió que abriera los brazos y empezó a pasarle un aparato por todo el cuerpo. Cuando le tocó las partes íntimas, Bartolomé reaccionó:

—¡Quieto, amigo! ¡Ahí no!

Nos acercamos a él. El maestro trató de calmarlo y nos pidió que no nos metiéramos. Vinieron otros empleados de seguridad. Nos echaron un vistazo y después nos pidieron las invitaciones. Como no las teníamos, se pusieron a escanearnos con sus aparatos como habían hecho con Bartolomé. Salomón tenía cosquillas y no se dejaba revisar. Los guardias de seguridad se molestaron. Fuimos expulsados de un sitio que supuestamente era público.

Uno de los guardias reconoció a Mano de Ángel de algún otro lugar.

—Sal de aquí, bribón —le dijo, dándole un empujón.

Mientras lo hacía, Mano de Ángel le robó la billetera. Pero pronto se dio cuenta de su error, y se la devolvió. El maestro se mostró contento con esta acción, aunque la desconfianza de los guardias aumentó.

Edson estaba furioso. Pienso que si hubiera tenido poderes sobrenaturales, habría hecho descender el fuego del cielo para consumir a los que nos maltrataban. El maestro transmitía una calma inquietante, como si en realidad toda la situación hubiera sido organizada previamente por él. Además de echarnos, los guardias comenzaron a burlarse de nosotros.

—¿No serán los payasos contratados para animar la feria? —dijo uno de ellos.

Los demás se rieron a carcajadas. Parecíamos estar en una película cómica o de terror. Otro guardia empujó al maestro, que casi se cae.

—¿Por qué me agredes si yo no te he hecho nada? —preguntó cuando recuperó el equilibrio.

—¡Fuera de aquí, banda de estafadores! —gritó uno de ellos, confirmando lo que pensaban de nosotros.

De repente, dije algo que jamás pensé que podría llegar a decir:

—¡Cómo me gustaría ser millonario para pegarles una patada en el culo a estos miserables!

Lo dije sin pensar. Por primera vez, yo, un socialista convencido, expresaba mi amor por el dinero. El poder del dinero me seducía sutilmente, pero nunca lo había confesado, ni siquiera a mí mismo. Me gustaban los automóviles lujosos, los cruceros y las casas de veraneo. Se trataba de un amor secreto. Criticaba a los burgueses que viajaban en primera clase, pero en el fondo los envidiaba. Detestaba la clase turista, donde nos apretujábamos como sardinas.

Como no se nos permitió el acceso, permanecemos en la entrada del vestíbulo. Sin desanimarse, el maestro nos dijo:

—Vamos a hablar con las personas que entran y salen de la feria. A fin de cuentas, nuestro escenario es el mundo.

«¿Hablar con la gente? ¿No habíamos venido para ver ordenadores?», me dije.

—¡Estamos fritos! —exclamó Mano de Ángel en voz baja. Le parecía que el ambiente era inadecuado para vender sueños.

Poco después de su exclamación, vi algo extraño.

Cerca de nosotros pasó un hombre muy bien vestido, con aspecto de ser un importante empresario. Nos miró de arriba abajo y entró. Llevaba puesto un distintivo del grupo Megasoft, una de las empresas de informática más importantes. Miré de reojo y vi que el hombre se detenía y hablaba con un grupo de personas. Más tarde, supimos que eran agentes encubiertos de un grupo antiterrorista. Mientras hablaba con ellos, apuntó con la mano derecha en nuestra dirección.

Los agentes se nos acercaron rápidamente y uno de ellos le pidió al maestro que se identificara. A nosotros no nos pidió nada. El vendedor de sueños no tenía documentos, y los agentes actuaron con celeridad. Uno de ellos lo abofeteó inesperadamente y lo arrojó al suelo. Los demás lo sujetaron al grito de

«¡terrorista!». Sucedió todo tan rápido que nos quedamos durante algunos segundos sin poder reaccionar. Tratamos de proteger al maestro y, como él, fuimos agredidos.

Boquita de Miel adoptó la pose de luchador de artes marciales y recibió un puñetazo que lo hizo caer sin sentido. Nunca había visto tanta violencia. Hablando en términos sociológicos, en el país de los ciegos el tuerto no es el rey, es el blanco de los golpes. Hacía muy poco que un extraño había empezado a abrirme los ojos, pero yo ya me daba cuenta de que en algunos momentos era más seguro ser ciego.

En medio del tumulto, uno de los agentes sacó un arma dispuesto a dispararle al maestro. Si no hubiese sido por tres policías que pasaban en coche y se detuvieron al ver la aglomeración, quizá lo habrían matado. Mirando fijamente al supuesto terrorista, uno de los agentes, con un arma en la mano, les gritó a los otros:

—¡Deténganse! Soy el jefe de policía de este distrito. —Cuando se calmaron, agregó—: Conozco a ese hombre. No es un terrorista.

—No lleva documentos. ¿Quién es? —gritó el jefe de los secretas.

El jefe de policía titubeó y, sin encontrar una respuesta plausible, dijo:

—Bueno, él es..., él es un vendedor. Un vendedor ambulante... —Y luego los amenazó—: Si no lo dejan en paz, tendré que ponerles una denuncia por alteración del orden público.

El policía que había protegido al maestro era el mismo que había estado presente en la terraza del edificio San Pablo. No había podido olvidar al vendedor de sueños. Lo que le había dicho sobre la relación con su hijo lo había tenido pensando durante varias noches. Seguía sus pasos a través de la prensa.

Yo me sentí muy feliz y comencé a creer en la policía.

A pesar de estar sangrando, el maestro trató de quitarle hierro al asunto.

—Estos hombres no son malos, sólo ha habido una confusión.

En ese momento, Bartolomé se levantó.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Al recordar que había sido noqueado y viendo que la situación ya estaba controlada, decidió volver a mostrar su valentía.

—Me estoy poniendo nervioso. Soy cinturón negro de judo, kárate, capoeira y algunos jueguecitos más. Si no me sujetáis, la cosa se va a poner fea.

En lugar de sujetarlo, lo soltamos. Boquita de Miel se levantó de un salto, y viendo que los agentes se volvían hacia él, les dijo:

—Ya me he calmado.

Todos se fueron. Pero antes de partir, el jefe de policía le dio las gracias al maestro por las breves palabras que le había dirigido cuando se conocieron.

—Mi hijo quiere conocerte.

—Algún día. Dile que tenga muchos sueños y que luche por ellos.

Mis amigos me interrogaron en silencio, como preguntándome qué significaba todo aquello. Más tarde, traté de explicarles lo incomprensible.

El ojo derecho del maestro estaba amoratado y del lado izquierdo de los labios le corría un hilo de sangre, pero no se quejaba. Sabíamos que seguirlo significaba sufrir el riesgo de burlas y escarnios, pero acabábamos de tomar conciencia de que también nuestra vida estaba en peligro. Me alarmé al ver cómo la gente podía perder fácilmente la calma y pasar a un estado de brutalidad. Lo que más me impactaba era el hecho de que el fantasma de la agresividad también estuviera en mí. Yo conocía mi soberbia, pero no el potencial de violencia latente en mi ser.

Estaba empezando a contaminarme con el virus de la solidaridad, pero también sentí ganas de agredir a los que atacaban al maestro.

Nunca había pensado que el amor al prójimo y la agresividad pudieran convivir en la misma casa. Nunca había pensado que la paz y la guerra pudieran habitar en el mismo ser humano. Las personas pacíficas también alojan monstruos en los rincones de su mente.

## ABRIENDO LA FÁBRICA DEL ESTRÉS

Lo que ocurrió en la feria de informática fue muy grave. Pensábamos que era necesario llevar al maestro a algún centro médico para que le curaran las heridas. Después, podríamos descansar en algún puente o en alguna plaza. Lo tomamos de los brazos con la intención de sacarlo de allí. Pero él, en vez de seguirnos, se subió a la fuente de aguas multicolores y, con una valentía poco común, invitó a la gente a escuchar las últimas novedades de la gran feria.

No podíamos creer lo que estábamos viendo. Algunas personas se acercaron. Podían reconocer al agitador del que hablaban los periódicos. Con tono polémico, provocó a los participantes y expositores de la feria:

—La mente del niño más desprotegido tiene una complejidad mayor que la de todos los ordenadores conectados entre sí. Pero ¿dónde se investiga más y dónde se invierte más dinero, en los ordenadores o en los niños?

Sin escuchar la segunda parte de la pregunta, un científico interpelló al maestro:

—Usted no sabe nada de inteligencia artificial. En pocos años tendremos máquinas que superarán el cerebro humano. Estarán programadas como nuestra mente pero tendrán una memoria superior. Será el invento más revolucionario. ¡Espere y verá!

—¡No estoy de acuerdo! —replicó el maestro—. Los ordenadores estarán eternamente condenados al sueño de la inconsciencia. Nunca tendrán conflictos. Nunca tendrán el deseo de conocer sus orígenes y su fin. No desarrollarán filosofía ni religión. Siempre serán esclavos de los programas.

«¿De dónde habrá sacado toda esa información? —pensé—. ¿Cómo hace para discutir con tanta seguridad asuntos polémicos?» Por otro lado, los ingenieros informáticos y los programadores que lo escuchaban se sintieron perturbados: ¿acaso el sueño de la inconsciencia jamás será despertado por la inteligencia artificial? ¿Los ordenadores nunca sabrán que existen?

—Nuestros conflictos hablan de nuestra complejidad. Si no logramos ser felices por tener ordenadores, al menos deberíamos admirarlos como fruto de nuestra grandeza intelectual.

Miré a los miembros de nuestra pequeña familia y me di cuenta de que no entendían nada. Bartolomé era el que más perdido estaba. Pero yo me mordía la lengua para no hablar. Después, para mi sorpresa me susurró:

—Superego, yo siempre fui una persona maravillosamente compleja, pero tu impertinencia es insoportable.

Bartolomé siempre me aguijoneaba cuando sabía que yo no podía responderle. Quería replicarle con mi cultura, pero tenía que cultivar esa cualidad que nunca había tenido: la paciencia. Yo, que nunca había sido religioso, me sorprendí pidiéndole a Dios no perder los estribos con aquel complicado personaje.

Mientras tanto, el maestro, después de criticar a los que otorgan demasiada importancia a los ordenadores, dirigió su artillería contra Internet.

—El sistema creó Internet y la telefonía móvil, y con eso revolucionó la comunicación y el acceso a la información de una manera jamás vista en la historia. La gente ha perdido sus inhibiciones delante de los aparatos, pero no frente a las personas.

No dialogar con los demás es un acto tolerable, pero no dialogar con uno mismo es un acto insoportable.

Ahora entendía por qué se aislaba. Muchas veces lo había visto hablando solo. Ese gesto siempre me había parecido un síntoma de locura, pero él invertía el concepto y lo juzgaba como un gesto de salud mental. Por mi parte, yo nunca había hablado conmigo mismo salvo de cosas muy triviales: estaba más enfermo que algunos psicóticos. No fue por casualidad que llegué al punto de abandonarme casi por completo.

Cada vez se acercaba más gente, lo que hacía que el maestro tuviera que elevar la voz. Habían venido a visitar la magnífica feria para conocer las últimas novedades de informática y descubrirían una de las últimas novedades de su «ordenador» cerebral. Bombeando más lucidez en la mente de su audiencia, el maestro hizo una afirmación, fundamentada en números, que yo desconocía.

—Más de cuatro mil millones de asiáticos, europeos y americanos jamás han tenido un encuentro con su propio ser. Apagarán su voz en un pequeño sepulcro siendo extranjeros que nunca encontraron su verdadero hogar.

La gente meditó esas palabras como si fuesen una oración. En ese momento, nuestro amigo Boquita de Miel levantó la mano. El clima filosófico exigía que continuase con la boca cerrada para no estropear el momento. Pero el alcohol podía más que él.

—Jefe, nosotros estamos más confundidos que todos estos tipos —declaró.

—¿Por qué, Bartolomé? —preguntó con paciencia al alumno que se especializaba en interrumpir siempre la clase en su momento más interesante.

—Porque ni siquiera tenemos casa. Vivimos debajo de un puente.

La carcajada fue general. Entonces Bartolomé comprendió que había metido la pata.

El maestro no lo reprendió, sólo sonrió, contento con su espontaneidad. Boquita era como un niño hiperactivo y travieso. Para el vendedor de sueños, la libertad crece en el terreno de la espontaneidad.

Mucha gente ha matado su espontaneidad en la escuela, la iglesia o la empresa. Los visitantes de la feria también: eran robots admirando máquinas. No decían lo que pensaban. En ese instante me concentré y traté de no perderme nada de lo que decía el maestro. Me di cuenta de que, en nombre de la discreción, era formal, cauteloso, recatado. No me conocía ni dejaba que los otros me conocieran. Era un intelectual experto en pretender que todo estaba bien. Me costaba admitir que Boquita era mejor que yo en muchos aspectos.

Con calma, el maestro prosiguió:

—Es cierto, Bartolomé, no tenemos casa, pero estamos buscando la mejor vivienda. Recuerda nuestra canción. —Y una vez más, asombró a los oyentes con su excentricidad.

Dejó de hablar y cantó como un verdadero profesional. Nosotros lo acompañamos. En las primeras frases, yo estaba un poco reprimido. Boquita y Dimas ponían todo su empeño. Salimos de las altas cumbres de la reflexión para tomar un baño relajante en la cascada del placer.

*Soy sólo un caminante  
que ha perdido el miedo a perderse.  
Estoy seguro de que soy imperfecto,  
pueden llamarme loco,  
pueden burlarse de mis ideas.  
¡No importa! Lo que importa es que soy un caminante  
que vende sueños a los transeúntes.*

*No tengo brújula ni agenda.  
No tengo nada pero lo tengo todo.  
Soy sólo un caminante  
en busca de mí mismo.*

Al oírnos cantar esto, algunos oyentes se mostraron completamente desconcertados. «¿Quién es esta gente? —preguntaban—. ¿De dónde han salido? ¿Quién es ése al que llaman maestro? ¿Será el conferenciante de alguna corporación disfrazado?» Otros se soltaron, cogieron el ritmo y nos acompañaron. Perdieron el miedo a perderse, perdieron el miedo a soltarse, descubrieron, durante algunos instantes, que no eran investigadores, ingenieros o empresarios: eran solamente caminantes. Hubo algunos que dijeron: «¡Este tipo está loco de remate!». Pero a pesar de las distintas interpretaciones, era imposible permanecer indiferente ante la irreverencia de aquel hombre mal vestido. Él penetraba en los espacios más ocultos de la soledad.

Miramos alrededor y vimos a algunas personas que estaban realmente conmovidas, sobre todo dos ejecutivas muy bien vestidas. Se sentían profundamente solas, a pesar de estar rodeadas de gente. Tenían éxito profesional, pero eran infelices. Todo el paisaje se mezclaba con mi paisaje interior.

Al ver a la gente ensimismada, el vendedor de sueños habló de otro asunto. Preguntó algo que parecía obvio:

—¿El promedio de vida actual es mayor que el del pasado?

—¡Hoy se vive más, sin duda alguna! —respondió alguien, tomando la iniciativa.

El maestro miró a sus discípulos, a mí especialmente, después al gentío que lo escuchaba, y nos provocó diciendo:

—¡No! ¡Hoy nos morimos antes que en el pasado!

Muchos se burlaron de él. Me pareció que esta vez había metido la pata. Un científico no pudo aguantar más.

—¡Bobadas! Hasta el peor estudiante sabe que la vida se ha prolongado con las nuevas vacunas y medidas sanitarias.

El vendedor de sueños no era tonto, sabía lo que estaba diciendo. Mirando al científico, le replicó:

—En el tiempo de los romanos, el promedio de vida no superaba los cuarenta años. En la Edad Media no pasaba de los cuarenta y cinco. Hoy estamos cerca de los ochenta, pero yo me refiero al promedio de vida psíquica. Psíquicamente, morimos antes. ¿No les parece que se acuestan y se levantan con esa edad, señores? —Y, elevando la voz, afirmó—: El sistema tiene un lado muy bueno. Ha creado vacunas, antibióticos, potabilización del agua, técnicas agrícolas, conservación de alimentos, y ha logrado que la vida física se prolongara. Pero el mismo sistema que nos dio aire nos ha quitado el oxígeno con sus propios excesos. ¿Entienden?

No lo entendimos, al menos no totalmente. Muchas veces economizaba palabras, hablaba casi en código. No sabíamos qué quería decir cuando hablaba de los «excesos» del sistema. Para iluminar nuestra mente, hizo otra vez lo que más le gustaba hacer, contar una historia:

—El bacteriólogo escocés Alexander Fleming estaba analizando una temible bacteria en su laboratorio en 1928. Distraído, como todo buen científico, y agobiado por el exceso de trabajo, olvidó cerrar la puerta al salir. Un hongo invadió las placas de cultivo de las bacterias y produjo moho. Un acontecimiento que parecía un desastre dio lugar a un descubrimiento notable: las bacterias murieron. Y a partir de este descubrimiento se obtuvo el primer antibiótico, la penicilina. Se salvaron millones de vidas. Sin embargo, la penicilina empezó a usarse de forma excesiva e indiscriminada. ¿El resultado, desastroso. El uso excesivo de antibióticos ha producido bacterias resistentes a ellos, y por lo tanto, peligrosísimas. A la penicilina, que fue uno de los mayo-

res obsequios que la medicina hizo a la humanidad, hoy se la acusa de crear supermicrobios capaces de destruirla o inutilizarla. Del mismo modo, el sistema que prolongó la vida física, ahora, debido a sus excesos, nos está matando psíquicamente.

Después de hacer una pausa, terminó su relato:

—Físicamente, vivimos más tiempo que en el pasado, pero la percepción del tiempo es mucho más rápida. Los meses corren, los años vuelan. Algunos están en la cumbre de su juventud psíquica, pero se miran y descubren que tienen setenta u ochenta años. Actualmente, tener ochenta años es como tener veinte. ¿A ustedes, qué excesos los han afectado? —preguntó a los oyentes.

Desconcertados, en un raptó de sinceridad, los oyentes repasaron su vida y expusieron aquello que los asfixiaba.

—Exceso de compromisos —dijeron algunos.

—Exceso de información —afirmaron otros.

—Exceso de presiones sociales, competencia, metas, cobros, necesidad de estar siempre al día —manifestaron unos cuantos.

Éramos la sociedad del exceso; incluido el exceso de locuras. Bartolomé no se quedó atrás y también hizo su aportación.

—Exceso de bebida. —Y como nunca podía dejar a nadie fuera de un asunto, nos miró y dijo—: Exceso de ego, de pereza, de religiosidad.

Le dimos un par de pescozones cariñosos.

La gente empezó a darse cuenta de que los excesos habían invadido nuestra vida. Tenían la necesidad de comprar sueños. El hombre de labios y ojos hinchados quería vendérselos, al menos quería ofrecerles unos pocos.

—¿Qué podemos hacer para cambiar esta extraña vida saturada de tensiones? —preguntó, angustiado, un hombre de unos sesenta años.

—Recorten los excesos, aunque pierdan dinero y rebajen su

estatus —contestó el maestro, lacónico y directo—. Si no quieren llegar a viejos reclamando una juventud que ya pasó, deben tener el coraje de hacer recortes. Y no hay recortes sin dolor.

Me quedé pensando. ¿Acaso él había tenido el coraje de hacer esos recortes en su vida, o sólo era uno de esos teóricos que hablan sobre lo que nunca han experimentado? ¿Puede una persona sin experiencia abrir la mente a otras personas? Él me hizo notar que el tiempo volaba para mí. Yo estaba hundido hasta el cuello en el lodo de los excesos. Exceso de clases, de preocupaciones, de pensamientos, de pesimismo, de exigencias, de dudas. Yo había creado «superbacterias» que infectaban mi psique.

Además de hablar de los recortes en el estilo de vida, el maestro vendió a los oyentes el famoso ejercicio del arte de la observación que hacíamos todas las semanas.

—La vida se extingue rápidamente en el paréntesis del tiempo —dijo para finalizar—. Vivirla de forma lenta y deslumbrante es el gran desafío de los mortales.

Estas palabras me recordaron que en el pasado los días se me pasaban tan rápido que ni me daba cuenta. Ahora, con aquella extraña familia, los días eran duraderos. Vivíamos intensamente. Después de decir esas palabras, el maestro se sintió mareado. El estrés por la paliza recibida y el desgaste de energía durante el discurso lo habían agotado. Lo sostuvimos para que no se cayera. Salomón y Dimas lo tomaron del brazo y lo llevaron fuera. Mientras salía, la gente lo aplaudió calurosamente. Lo llevábamos a descansar bajo el puente de la avenida Europa, a doscientos metros de la feria. Antes de llegar a la salida, alguien se le acercó y le dijo con agresividad:

—¡Nunca había oído tanta locura en un solo día! ¡Usted es un fraude!

Ante nuestra indignación, el maestro nos calmó y le contestó:

—Deseo que mis palabras sean las de un loco y las tuyas las de un sabio. —Y siguió caminando.

Mientras salíamos, todo el mundo observaba al extraño hombre. Murmuraban: «¿Querrá fundar un nuevo tipo de sociedad?». Asombrados, se decían unos a otros: «¿De dónde sacaré la fuerza para hacer los recortes necesarios de mis excesos?». Algunos manifestaron que en el pasado habían tenido la intención de irse a vivir al campo, cultivar orquídeas, criar animales, empezar de nuevo, cambiar de empleo o ser voluntarios en instituciones filantrópicas, como hospitales oncológicos o infantiles, pero los excesos los habían hecho desistir de sus proyectos. Sin embargo, esta vez volvieron a sus casas pensativos. No durmieron bien, comprendieron que tenían que perder el miedo a perderse. Poco a poco, iba descubriendo que el maestro no era sólo un vendedor de sueños; era también un causante de insomnio.

Mientras salíamos del templo de la informática ocurrió algo más. A pesar de ver que el maestro estaba muy débil y debíamos acompañarlo hacia la salida, una mujer bien vestida quiso hablar con él. Le dijimos que no era el momento. Pero él, olvidando su malestar, la escuchó.

—Mi amada hija Joana, de seis años, tiene cáncer —dijo ella, deprimida—. Los médicos me han dicho que sólo le quedan tres meses de vida. Mi mundo se ha venido abajo. Me gustaría poder morir en su lugar. No puedo quedarme en casa. Estoy aquí porque cuando la veo me desespero demasiado, y ella es tan especial que en algunos momentos trata de consolarme.

Sus palabras nos conmovieron y, una vez más, nos dio un poco de vergüenza ser tan sensibles. Emocionado, el maestro contestó:

—¡Hija! No tengo ningún poder sobrenatural para ayudar a la pequeña Joana, pero puedo decirte que tres meses mal vivi-

dos son como segundos, pero tres meses vividos con plenitud son una eternidad. No entierres a tu hija en el sepulcro de tu miedo. Ve a casa; descúbrela y deja que ella te descubra. Vive intensamente con ella, con el máximo de alegría posible, durante el tiempo que le quede.

La mujer partió animada, sedienta de hacer de cada minuto un tiempo único. No sabíamos si la pequeña Joana sobreviviría, pero tuvimos la certeza de que en tres meses ellas podrían escribir una historia de vida más rica y más intensa que la que muchos padres viven con sus hijos durante treinta años. Recor­dé mi historia como padre. Sentí ganas de salir corriendo a buscar a Juan Marcos y pedirle disculpas por haber sido tan superficial y poner siempre lo intelectual por encima de nuestra relación.

## EL VENENO DEL ASEDIO SOCIAL

Mientras llevábamos a nuestro maestro hacia el puente de la avenida Europa, Bartolomé se separó del grupo. Un periodista quería escribir un artículo sobre nosotros, principalmente acerca de la identidad y las intenciones del vendedor de sueños. Al ver que durante su discurso Bartolomé había hecho una pregunta, lo llamó aparte y le propuso entrevistarlo. Él se puso muy contento sin saber que estaba entrando en un terreno peligroso.

El periodista le hizo preguntas muy directas:

—¿Es verdad que el hombre que acabamos de oír les dijo que lo siguieran sin prometerles dinero ni darles ningún tipo de seguridad?

—Sí —respondió Bartolomé sencillamente.

—¿Es verdad que ustedes viven debajo de un puente?

—Debajo de uno, no —respondió—; vivimos debajo de muchos puentes.

—¿Por qué? ¿Quiénes son ustedes? ¿A quién siguen?

Incómodo por no poder dar respuestas precisas, y sin pensar demasiado, Bartolomé dijo:

—¿Nosotros? Nosotros somos un grupo de artistas.

—¿Artistas? ¿Qué clase de artistas? ¿Artistas plásticos, escultores, actores? —preguntó el periodista con curiosidad, pensando que se trataba de un grupo de excéntricos. Pero pronto

descubrió la realidad. Con picardía, el terrible Boquita de Miel respondió:

—No, no, no, nada de eso. Nosotros practicamos el arte de complicar la vida. —Y soltó una de sus famosas carcajadas, que se oyó en cincuenta metros a la redonda.

El periodista se sintió menospreciado. Pero mi amigo fue sincero y espontáneo. En seguida, tratando de explicarse mejor, agregó:

—Durante toda nuestra historia nos complicamos la vida, pero ahora estamos pasando por un complicado proceso de descomplicación. No es fácil, pero lo lograremos. —El entusiasmo de Boquita de Miel era evidente; era la primera vez en su vida que le hacían una entrevista. Se sentía atraído, al menos un poco, por el veneno del asedio social.

—Pero ¿quién es el líder del grupo?, ¿y qué hace? —preguntó el entrevistador, curioso.

—No sé quién es, pero sé que vende sueños —dijo Bartolomé ingenuamente.

—¿Vende sueños? ¿Y cómo es eso? ¿No es una persona peligrosa? ¿No es un loco?

El discípulo miró a su alrededor y dijo:

—No sé si es un loco, pero sí sé que dice que todos estamos en un manicomio global. El jefe quiere cambiar el mundo —dijo, dando una dimensión fantasiosa a las metas del maestro. En realidad, lo que quería era estimular a las personas para que tuvieran hambre y sed de cambios, pues sólo ellas eran las responsables de sus transformaciones.

Perplejo, el entrevistador preguntó:

—¿Qué? ¿Ese hombre desastrado dice que vivimos en un manicomio global? ¿Y quiere cambiar el mundo? ¿Y ustedes le creen?

—No sé si él va a cambiar el mundo, pero está cambiando *mi* mundo —contestó con sinceridad.

—¿Ustedes son anarquistas?

Bartolomé desconocía el anarquismo. No sabía que Pierre-Joseph Proudhon, el inspirador de ese movimiento surgido en el siglo XIX, defendía la tesis de la construcción de una nueva sociedad capaz de expandir la libertad individual y liberar el trabajo de la explotación del capitalismo industrial. En ese nuevo orden social, constituido por la organización de los trabajadores, las personas tratarían con justicia a sus iguales y desarrollarían su potencial. Los anarquistas no reconocían el gobierno vigente, tampoco sus leyes ni sus instituciones. Vivían bajo su propio control. Para ellos, el ser humano necesitaba liberarse de la tutela del Estado para ser libre.

El maestro no estaba de acuerdo con la idea central de los anarquistas. Para él, sin constitución o sin instituciones, el hombre se vería libre de cometer atrocidades, distorsionar el derecho de los otros, asesinar, extorsionar, vivir en función de sí mismo y mostrar un salvajismo sin precedentes. Tampoco quería revivir el movimiento *hippie* surgido al calor de la guerra de Vietnam. Para él, la frustración de la juventud con la guerra había producido una gran desilusión de las instituciones, y eso había creado el embrión de un movimiento de amor y paz que carecía de compromiso social.

Por el contrario, el proyecto del maestro de vender sueños estaba repleto de compromisos con la sociedad, especialmente con los derechos humanos, la libertad y la salud psíquica. Por esa razón, a los que querían seguirlo les recomendaba que no dejaran sus actividades sociales. Sólo algunos, tal vez los más raros, eran llamados para ser formados.

Bartolomé no sabía que no éramos anarquistas. A pesar de no haber entendido el contenido de la pregunta, el estrafalario discípulo se rascó la cabeza y contestó con sencillez filosófica:

—Mira, amigo, no sé si somos anarquistas. Lo que sé es que hasta hace poco yo no sabía quién era.

—¿Y ahora lo sabes? —preguntó el entrevistador con curiosidad.

—¿Ahora? Lo sé menos que antes. No sé quién soy ni tampoco qué soy, porque no soy lo que pensaba que era. Me estoy desintoxicando de lo que era para ser lo que soy. Todavía no comprendo quién soy, pero me estoy buscando. ¿Me entiendes?

—¡No! —respondió el periodista, lleno de dudas.

Bartolomé se mostró aliviado.

—¡Estupendo! Pensé que yo era el único que no lo entendía —dijo—. Mira amigo, sólo sé que yo me caía todos los días, pero ahora hay algunos que me ayudan a levantarme. —Y mirándolo a los ojos, le hizo una afectuosa invitación—. ¿No quieres formar parte del grupo?

—¡Para nada! Ésas son cosas de locos —contestó el entrevistador categóricamente. Al percibir su actitud violenta, Bartolomé dijo, esta vez sin ninguna ingenuidad:

—¡Vaya, amiguito! ¿Y qué sabes tú del tema? ¡Es tan hermoso estar loco! —Luego, se levantó y empezó a caminar con los brazos abiertos mientras cantaba el estribillo de una canción de Raul Seixas que le gustaba—. «¡Me voy a volver loco, muy loco!» —Se fue sin despedirse del periodista mientras gritaba—: ¡Ah! ¡Cómo adoro esta vida! —Movía las caderas y cantaba—: «¡Me voy a volver loco, muy loco, loco loco!!!». —Estaba fuera de sí.

El periodista, antes de entrevistar a Bartolomé ya tenía pensado todo el contenido del artículo. Sólo necesitaba confirmar algunos datos. Se guiaba por los prejuicios.

Haber dado una entrevista por primera vez en su vida puso tan eufórico a Bartolomé que ese día se emborrachó. Decidió celebrarlo. Fue a un bar y bebió sin límite. Era la tercera recaída

desde que había sido invitado, pero las dos primeras habían sido más livianas. Esta vez se quedó tirado en la cuneta.

Al notar su falta, nos preocupamos. El maestro nos dijo que fuéramos a buscarlo. Mis amigos y yo, un poco hartos, nos dijimos:

—¡Otra vez! No hay nada que hacer con ese hombre.

Una hora después lo encontramos casi inconsciente. Lo ayudamos a incorporarse, pero no podía sostenerse en pie. Notamos que no quería caminar y se dejaba caer. Lo tomamos de los dos brazos y lo hicimos avanzar. Dimas lo empujaba desde atrás.

—¡Más lento, amigo! El parachoques es frágil —se quejaba Bartolomé con voz pastosa.

De vez en cuando soltaba ventosidades sonoras y fétidas, peores que las de una vaca vieja. Y encima se burlaba de nosotros:

—Perdón por el escape perforado.

Daban ganas de abofetearlo. «Salí del mundo de las ideas académicas para escuchar las ideas de un borracho —pensaba—. ¡Es increíble!»

Nunca había sentido interés por el prójimo a no ser que me diera algún beneficio. Sin beneficio, no me comprometía. Ahora estaba cuidando a alguien que además de no darme ningún beneficio me daba risa y se burlaba de mí. Cerca del puente, unos treinta metros antes de llegar, tuvimos que cargar con él; realmente no podía seguir caminando. Lo más difícil era soportar las declaraciones de amor que nos hacía en su pésimo inglés.

—*I love you*, amigos. *I love you very much much much* —decía.

Sudados y cansados, le respondíamos a coro:

—¡Cállate la boca, Bartolomé! —Pero no servía de nada. Pedirle que se callara sólo exacerbaba su acostumbrada verborrea. Durante el trayecto, nos dijo unas diez veces que nos amaba.

Quizá estaba siendo sincero, quizá nos quería más de lo que nosotros lo queríamos a él. Cuando llegamos al puente, el holgazán trató de darnos besos de agradecimiento. No lo soportamos. Lo acostamos en el suelo, teniendo cuidado de protegerle la cabeza.

—*My friends*, es un privilegio que me hayáis llevado en brazos —nos dijo.

Disgustados y con voz firme, hablamos con el vendedor de sueños:

—Por favor, maestro, mande a este tipo a Alcohólicos Anónimos. —Aunque lo cierto era que si Bartolomé se iba, al grupo iba a faltarle algo.

—Mándelo a... a... un hospital psi... psi..., un hospital de locos —propuso Dimas.

—Maestro, ¿cuánto más tendremos que soportarlo? —preguntó el Milagrero.

Como respuesta, el maestro usó las mismas palabras de Bartolomé :

—Es un privilegio cargar con él.

Al oír esas palabras, Bartolomé, a pesar de estar embriagado, se sintió importante.

—¡Estoy oyendo lo que dice el jefe! —dijo de un modo bastante incomprensible, pero con la claridad suficiente para elevar la temperatura de nuestras emociones.

—Es mejor cargar que ser cargado. Es mejor soportar que ser soportado —agregó el vendedor de sueños.

Y dijo algo que, nuevamente, chocó frontalmente contra mi ateísmo.

—El dios creado por los hombres, el dios religioso, es implacable, intolerante, elitista, prejuicioso. Pero el Dios que se oculta en las bambalinas del teatro de la existencia es generoso. Su capacidad de perdonar no tiene sentido común, nos alienta

para que carguemos con los que nos han frustrado todas las veces que sean necesarias.

Mientras él hablaba, yo dudaba de sus palabras. Recordaba mi análisis sociológico del Antiguo Testamento, y me venía a la mente un dios rígido, agresivo, intolerante. «¿Dónde está ese Dios generoso, dónde está ese Dios tolerante, si sólo aceptaba al pueblo de Israel?», pregunté para mis adentros.

Como si me hubiera leído el pensamiento, el maestro dijo:

—Ese Dios generoso fue citado en prosa y en verso por el Maestro de los maestros. Se manifestó cuando Jesús llamó «amigo» a Judas en el acto de su traición. Se manifestó cuando Jesús, temblando en la cruz, dijo: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Él protegió a los que lo odiaban, amó a sus enemigos, intercedió amorosamente por sus torturadores.

Sus palabras penetraron por los callejones sin salida de mi personalidad y dejaron al descubierto mi falta de generosidad. Yo nunca había sabido perdonar. Nunca perdoné a mi hijo por tomar drogas. Para mí, él había renegado de la excelente educación que yo le había dado. Nunca perdoné a mi esposa por haberme abandonado. Para mí, ella había dejado a uno de los mejores hombres del mundo. Nunca perdoné a mi padre por haberse matado. Para mí, él había cometido el peor de los crímenes al haberme abandonado siendo un niño. Nunca perdoné a mis colegas, que me traicionaron a pesar de que me habían prometido su apoyo en el departamento. Los consideraba una pandilla de cobardes dominados por la envidia.

Ahora, caminando con el maestro, tenía que perdonar y cargar con un alcohólico feliz, impertinente, irresponsable. ¿Cómo hacer eso sin quejarme? Era difícil, muy difícil para mí. Pero estaba empezando a querer a aquel juerguista. Bartolomé tenía lo que yo siempre había ansiado: autenticidad y una autoestima sólida.

Desde el punto de vista sociológico, los irresponsables son más felices que los responsables. El problema es que los irresponsables dependen de los responsables para que carguen con ellos.

A la mañana siguiente, las consecuencias de la entrevista de Bartolomé salieron a la luz. En la primera página del famoso diario se veía la foto del maestro con el siguiente titular: «Psicótico define el sistema social como un manicomio global».

El periodista comentaba que había un loco que decía que la humanidad caminaba por las avenidas de un gigantesco manicomio global. Pero no se trataba de un lugar lúgubre, frío, fétido y oscuro como los hospitales psiquiátricos del pasado, sino un ámbito apacible, lleno de colores, iluminado y repleto de máquinas sofisticadas. Un lugar perfecto para cultivar nuestras locuras sin perturbarlos.

Este loco daba discursos en lugares públicos, con el objetivo de cambiar las ideas. Nadie conocía sus orígenes, pero para engañar a la gente se hacía llamar «el vendedor de sueños».

El artículo mostraba fotos de personas seducidas por él y decía que el sujeto estaba loco de atar, pero era carismático y persuasivo. Su capacidad de seducción era tan grande que incluso importantes ejecutivos habían caído en su trampa. Una caterva de ingenuos sin cultura lo seguía. Según el artículo, ese embaucador no pretendía hacer milagros ni se creía un mesías, sin embargo, desde los tiempos de Jesús en Galilea no se había visto a ningún demente intentar seguir los pasos de Cristo con tanta osadía.

No se decía nada sobre las misteriosas ideas que el maestro transmitía. El artículo no mencionaba nada sobre la necesidad vital del autodiálogo, el sueño inconsciente al que los ordenadores están eternamente condenados o los excesos del sistema que nos están matando cada vez más pronto en el terreno psíquico. El periodista omitió mencionar la reducción drástica del pro-

medio de vida psicológico. Finalmente, terminaba el texto diciendo que sus seguidores eran una banda de anarquistas que ponían en riesgo la democracia y que podían cometer actos terroristas.

El artículo tergiversaba nuestra historia de un modo terrible. La difamación era contundente, destruía cada detalle de nuestro proyecto. Nos sentimos profundamente tristes, desanimados. «No podremos continuar», pensé. Sería mucho mejor corromperse en la llama del individualismo. Mientras nos hundíamos en el pantano de esa calumnia, el maestro entró otra vez en escena y trató de apaciguar nuestras mentes. Parecía haber sufrido tanto en la vida que cosas como ésa no lo incomodaban.

—Recordad a las golondrinas. Nosotros tenemos vocación para convertirnos en un mito. —Y atacando la raíz de nuestra fragilidad, agregó—: Nunca olvidéis que no es posible servir a dos señores: o vendemos sueños o nos preocupamos por nuestra imagen social; o somos fieles a nuestra conciencia o gravitamos en la órbita de lo que los otros piensan y dicen de nosotros.

Y una vez más nos dio la libertad de partir:

—No os preocupéis por mí. Vosotros ya me habéis dado muchas alegrías, a mí y a muchos otros. He aprendido a amaros y a admiraros por lo que sois. No quiero poner en riesgo vuestras vidas. Es mejor que os vayáis.

Pero ¿adónde iríamos? Nunca lograríamos ser mortales «normales», siervos del sistema anulados por la tediosa rutina, especialistas en quejarnos de la vida mientras esperamos que llegue la muerte. Nos habíamos convertido en una familia especial. El egoísmo del pasado todavía estaba vivo, pero lentamente iba dando lugar al placer de prestar servicio a los demás.

Decidimos quedarnos. A fin de cuentas, si la persona más difamada por el artículo se sentía libre, ¿por qué esas palabras iban a encadenarnos a nosotros? A lo largo de aquel día, nos con-

vencimos de que el tiro les había salido por la culata. El artículo, en vez de terminar con el movimiento, lo fortaleció. La gente ya no soportaba más noticias sobre asesinatos, accidentes, robos y violaciones. En una megalópolis marcada por la monotonía, aburrida por la falta de nuevos acontecimientos, el maestro era una novedad, se convirtió en una celebridad local, precisamente lo que él más temía.

A partir de entonces, empezaron a perseguirlo los *paparazzi*, esos profesionales del acoso en busca de noticias y sensacionalismo.

Al tomar conciencia de que cada vez era más famoso, negaba con la cabeza con gesto de insatisfacción.

—Para crear un dios —decía—, sólo basta una dosis de carisma y de liderazgo en un ambiente de estrés social. Cuidado: el sistema nos da, pero también nos quita, especialmente humanidad.

Yo entendía a qué se refería. El pueblo más culto de la Tierra, el que tenía más premios Nobel a principios del siglo xx, entronizó a Hitler en un período de crisis social. Los tiempos de crisis son tiempos de cambio para bien o para mal. Llamándonos la atención sobre los riesgos del poder, el maestro dijo:

—La mayoría de las personas están desesperadas por obtener poder. El poder despierta fantasmas que están escondidos bajo el manto de la humildad: el fantasma del autoritarismo, del control, de la extorsión, de la necesidad de aplausos. —Y continuó—: El poder, en las manos de un sabio, lo vuelve un aprendiz, pero en las de un tonto, lo hace un dictador. Si algún día tuvierais mucho poder, ¿qué fantasmas saldrían del calabozo de vuestro inconsciente? —nos preguntó.

La pregunta nos incomodó. Cuando fui nombrado director del departamento, algunos fantasmas salieron de mi calabozo psíquico y se materializaron. Me volví duro, inflexible, exigente.

Entendí que no se conoce a un ser humano por la dulzura de su voz, la bondad de sus gestos o la simplicidad de su ropa. Sólo cuando se le da poder y dinero podemos saber realmente quién es.

El maestro discurría sobre estas complejas cuestiones de un modo que me intrigaba. Se vestía como un indigente, pero su manera de hablar indicaba que no era uno de esos profesores que enseñan algo que no han vivido. Él parecía haber tenido mucho poder. Pero ¿qué poder podría haber tenido alguien tan pobre, sin cuenta bancaria, sin casa, sin documentos?

Algunos religiosos empezaron a sentir gran aprecio por sus ideas, pero otros se mostraron preocupados por su ascenso.

Dios era de su propiedad. Ellos eran teólogos, expertos en divinidad. Un menesteroso que vivía al margen de la sociedad y dormía debajo de un puente no tenía estatura moral para hablar sobre Dios. Algunos religiosos radicales se preguntaban: «¿No será un profeta del mal? ¿No será el anticristo que viene siendo anunciado desde hace siglos?». Lo cierto es que el maestro se convirtió en una figura emblemática. Quería pasar inadvertido, pero le era imposible esconderse.

Algunas personas empezaron a pedirle autógrafos en la calle. Pero él los miraba con fijeza y los sorprendía diciéndoles:

—¿Cómo podría darle un autógrafo a alguien tan o más importante que yo? Me harían falta décadas para conocerte al menos un poco, comprender algunos de los pilares de tu inteligencia y desentrañar algunos de los fenómenos que tejen la construcción de tu pensamiento. Soy yo el que se siente honrado de conocerte. Por favor, dame tú un autógrafo a mí.

La gente se marchaba anonadada y reflexiva. Algunos comprobaban el sueño de que no existen las celebridades ni los desconocidos; sólo hay seres humanos complejos con funciones sociales distintas.

## LA SUPERIORIDAD DE LAS MUJERES

En los días que siguieron, todo fue felicidad. Ninguna nube empañó el cielo. Ningún percance. Ningún rechazo. Disfrutábamos del prestigio, el asedio y el reconocimiento social. No estaba nada mal para alguien que desafiaba al poderoso sistema y vivía en lugares inhóspitos. Pero no nos imaginábamos lo que nos esperaba.

Cuando todo transcurría en la más perfecta armonía, el maestro volvió a sorprendernos. Nos invitó a ir al más hermoso de los templos, el templo de la moda, el mundo *fashion*. En el lado sur de la ciudad había un refinado desfile de los diseñadores más renombrados. El poderoso grupo Megasoft estaba nuevamente presente, representado por su cadena global de ropa femenina llamada La Femme, que administraba más de diez marcas internacionales y tenía dos mil tiendas en veinte países.

La invitación del maestro nos pareció extraña. Era un sitio inapropiado para vender sueños. A fin de cuentas, creíamos que, al menos en ese ambiente, la autoestima había encontrado el mejor medio para cultivarse. Pensábamos que la autoimagen, el culto al cuerpo y el placer existencial existían en otros guetos, pero no en las pasarelas.

¿Qué es lo que buscaba el maestro en un ambiente como ése?, nos preguntábamos. ¿Qué reacciones tendría? ¿Qué actitud tomaría? ¿A quién se dirigiría? Ansiábamos que fuese dis-

creto y no causara ningún disturbio, pero sabíamos que eso era casi imposible.

La entrada al evento ya sería un problema. A fin de cuentas, no habíamos logrado entrar en el templo de la informática. ¿Cómo haríamos, entonces, para entrar en el de la moda? Nuestra ropa era pintoresca, estábamos más allá del rigor de la moda. Teníamos el aspecto de un grupo de personas exóticas, anticuadas, que llamaban la atención por su rareza y no por su buen gusto. Sin duda, no nos admitirían. Ese día, el maestro llevaba una chaqueta negra desabotonada y remendada que le habían regalado en un centro de beneficencia, y que le iba grande; unos pantalones negros de corte indefinido, con los bolsillos traseros remendados con tela de color azul, y una arrugada camisa verde musgo con algunas manchas de tinta negra. Yo vestía una camiseta y un pantalón claro que me había regalado un caminante que había reencontrado sus sueños. Todos íbamos desarreglados, pero la ropa de Bartolomé era la más graciosa y, en algún aspecto, también ridícula. El pantalón amarillo que llevaba le quedaba visiblemente corto. Se lo había regalado una viuda que vivía cerca del puente de la avenida Europa. Había sido de su marido. Bartolomé estaba feliz con el pantalón, pues creía en el dicho «A caballo regalado no le mires el diente». El calcetín que llevaba en el pie izquierdo era de color azul eléctrico y el del derecho, azul oscuro. La camiseta blanca mostraba una leyenda elocuente que retrataba fielmente su personalidad: «¡No me sigas! ¡Estoy perdido!».

Cuando entramos en el inmenso vestíbulo del salón donde tenían lugar los desfiles, y observamos a todas aquellas personas bien vestidas, el maestro volvió a desafiar nuestro punto de vista. No criticó el mundo de la moda, sólo dijo con voz segura:

—Estoy pensando en invitar a algunas mujeres para vender sueños, ¿qué os parece?

El avispero masculino se inquietó. Éramos un grupo extravagante, extraño, reconocidamente excéntrico, pero nos las arreglábamos. Había diferencias, pero estábamos empezando a llevarnos bien. Nuestras discusiones fuera de la mirada del maestro eran encarnizadas, pero poco a poco las superábamos. Convoacar a mujeres para integrarse en nuestra cofradía nos parecía una exageración. No tendría buenos resultados.

Inmediatamente expuse mi opinión:

—¿Mujeres, maestro? Me parece una mala decisión.

—¿Por qué? —me cuestionó.

Antes de que yo respondiera, Boquita de Miel salió en mi defensa.

—No soportarán nuestro estilo de vida. ¿Cómo van a dormir debajo de un puente?

—¿Qué baño van a usar? ¿En qué espejo se van a arreglar? —añadió Salomón.

—¿Quién dice que ellas necesitan dejar su hogar para seguirnos? —replicó el maestro—. Lo cierto es que cada ser humano debería vender sueños en el ambiente en el que se encuentra; ya sea a sí mismos o a otros.

Esta vez, sus palabras no supusieron ningún alivio. No admitíamos que una mujer pudiese participar del grupo, ni siquiera en parte. Por más que él siempre nos lo hubiera advertido, las batallas, los rechazos y los enfrentamientos sociales nos habían envenenado con ciertas dosis de heroísmo. Nos sentíamos revolucionarios, protagonistas de una experiencia sociológica fantástica. No queríamos compartir nuestra gloria. Infectados de discriminación, pensábamos que las mujeres disminuirían nuestra audacia.

—Seguirlo a usted, maestro, es cosa de machos..., y machos de los de verdad. Las mujeres hablan mucho y actúan poco —dijo Mano de Ángel con convicción, casi sin tartamu-

dear. Inmediatamente, se dio cuenta de que había sido arrogante y trató de disculparse.

Nos habíamos apropiado del proyecto del vendedor de sueños y queríamos darle un carácter masculino.

A Edson tampoco le gustó la propuesta. Echó mano de sus conocimientos de teología para disuadirlo de sus intenciones.

—Maestro, Buda buscó aprendices, los seguidores de Confucio eran hombres, Jesús llamó a los discípulos. ¿Cómo es posible que usted quiera tener mujeres? ¡Mire la historia! No va a resultar.

Por primera vez, el grupo fue unánime en deshacerse en elogios sobre lo que había dicho el Milagrero. Sentimos que sus contribuciones podían ser interesantes. Pero el vendedor de ideas le preguntó con contundencia a nuestro teólogo:

—Cuando el Maestro de los maestros llamó a sus discípulos, ¿qué lugar les dio?, ¿uno periférico o uno central?

—Claramente, un lugar central —respondió Edson sin titubear.

—¿Y a las mujeres? —preguntó el maestro para probarlo.

Edson pensó, reflexionó, se rascó la cabeza, pues sabía que podía caer en una contradicción. Y después de un prolongado momento de análisis, respondió con agudeza:

—No puedo decir que les haya dado un lugar periférico, porque ellas le daban apoyo material, pero, por otro lado, no estaban en el centro de su trabajo, pues no participaban activamente de su proyecto.

Para mis adentros, pensé: «¡Caramba! Siempre había creído que Edson no era muy lúcido», pero una vez más tuve que morderme la lengua.

El maestro lo miró a él y después al resto de nosotros.

—Error —dijo, y permaneció en silencio. Al haber estudiado los textos considerados sagrados, me parecía que Edson te-

nía razón. Esperaba los argumentos del maestro, dudando que esta vez pudiera convencernos—. Ellas siempre estuvieron en el centro de su proyecto. En primer lugar, según las Escrituras, Dios no eligió a una casta de fariseos, sacerdotes o filósofos griegos para educar al niño Jesús, sino a una mujer, una adolescente aún no contaminada con el sistema masculino vigente en la época.

Sus palabras fueron como una verdadera bomba.

—En segundo lugar, la primera persona en anunciar su llegada a Palestina fue una mujer: la samaritana. Ella había llevado una vida promiscua, había tenido muchos hombres, pero sus palabras saciaron su sed interior. Con determinación, reunió a su pueblo y les habló del hombre que la había conmovido. —Después de decir estas palabras, el maestro se detuvo un momento y continuó con algo que nos dejó sin aliento—: Una prostituta fue más noble que los líderes religiosos de su tiempo.

Bartolomé soltó una frase que quebró el tenso clima que pesaba sobre nosotros. No sé de dónde sacaba ideas tan imaginativas.

—Jefe, siempre me ha parecido que las mujeres son más inteligentes que los hombres, su único problema es que inventaron la tarjeta de crédito... —Y soltó una risotada. Con ironía, insinuaba que él había gastado mucho dinero en sus mujeres. Pero la verdad era que éstas siempre lo habían mantenido.

El maestro, descontento con nuestra masculinidad prejuiciosa, volvió a atacar. E insistió con nuestro teólogo de turno:

—Dime, Edson. En el momento más importante de la vida de Jesús, cuando su cuerpo temblaba en la cruz y su corazón claudicaba, ¿dónde estaban los hombres?, ¿en primer o segundo plano?

El Milagrero, pálido, tardó en responder. Y nosotros nos

ruborizamos. Ante nuestro silencio, el vendedor de sueños continuó:

—Sus discípulos eran héroes cuando él conmovía al mundo, pero se volvieron cobardes cuando el mundo se abatió sobre él: se callaron, huyeron, lo negaron, lo traicionaron. Pero de todas formas, Jesús los amó. Los hombres son más débiles que las mujeres.

En un arranque sociológico, le repliqué:

—Pero ¿no son los hombres los que hacen las guerras, empuñan las armas, llevan adelante revoluciones?

—Los débiles usan las armas; los fuertes, el diálogo —respondió sin titubeos

—¿Dónde estaban las mujeres cuando él agonizaba? —preguntó a continuación.

—Junto a la cruz —respondimos sin mucho entusiasmo.

—Mucho más que eso, estaban en el epicentro de su proyecto. ¿Y sabéis por qué? Porque las mujeres son más fuertes, inteligentes, sensibles, humanas, generosas, altruistas, solidarias, tolerantes, compañeras, fieles y sensatas que los hombres. Basta con mencionar que el noventa por ciento de los crímenes violentos son cometidos por hombres.

La lluvia de adjetivos a su favor nos impresionó. El maestro no parecía feminista, ni parecía estar pronunciando palabras vacías con el único fin de compensar milenios de discriminación contra las mujeres. Daba la impresión de estar convencido de lo que decía. Para él, el sistema que controlaba a la humanidad había sido concebido en las entrañas de la mente masculina, aunque sus creadores nunca imaginaron que un día serían víctimas de su propia creación. Las mujeres tenían que entrar en escena y, con su gracia y su coraje, vender sueños. Muchos sueños.

## EL TEMPLO DE LA MODA, UNA SONRISA EN EL CAOS

Después de demostrarnos que el más culto de los discípulos de Jesús, Judas, lo traicionó; el más fuerte, Pedro, lo negó, y el resto del grupo, con excepción de Juan, huyó... En fin, después de demostrar la fragilidad masculina y la grandeza femenina, nos confesó por qué habíamos ido al templo de la moda. Comenzó exponiendo algunas informaciones conocidas en el medio sociológico, pero desconocidas por algunos de los que lo habían seguido. Dijo que, en el pasado, el sistema masculino había considerado a las mujeres como una clase inferior, las había amordazado, quemado, apedreado. Con el tiempo, ellas se habían liberado y recuperado parcialmente sus derechos. Hizo una pausa en sus ideas y pronunció el número «uno». La cita numérica en medio del diálogo me inquietó. Ya había visto esa película.

El maestro dijo que las mujeres empezaron a votar, a brillar en el mundo académico, a crecer en el mundo corporativo, a ocupar espacios dentro de los más diversos territorios sociales; las mujeres se volvieron cada vez más resueltas. Con eficiencia, empezaron a cambiar algunas cosas en algunas áreas vitales de la sociedad, a introducir tolerancia, solidaridad, compañerismo, afecto y romanticismo.

Pero el sistema no les perdonó su audacia.

Les tendió una trampa ruin y engañosa. En lugar de exaltar su inteligencia y su notoria sensibilidad, se dedicó a exaltar el cuerpo de la mujer como nunca antes en la historia. Lo usó exhaustivamente para vender productos y servicios. Ellas se sintieron afortunadas. Parecía que las sociedades modernas querían compensar milenios de rechazo. Pero era una idea muy ingenua. El maestro hizo una pausa para tomar aliento.

Mirando fijamente el colorido templo de la moda se indignó, y a gritos empezó a invitar a la gente a conversar sobre la última moda. Que alguien vestido como él hablase de moda resultaba muy extraño. Pero como ese mundo es muy versátil, la gente pensó que representábamos a un diseñador rebelde en contra de las convenciones. Nos inhibió el hecho de que personas tan bien vestidas nos rodearan. Algunos identificaron al maestro. Rápidamente, éste empezó a exponer sus polémicas ideas.

—Cuando las mujeres se sentían en el trono del sistema masculino, el mundo de la moda las encerró en el más sutil estereotipo. —Y citó el número «dos», profundamente triste.

No sabía adónde quería llegar.

Sabía que los estereotipos son un problema sociológico. El estereotipo del loco, del drogadicto, del político corrupto, del socialista, del burgués, del judío, del terrorista, del homosexual. Usamos los estereotipos como un patrón torpe para encasillar a las personas en determinados comportamientos. No nos fijamos en cómo son realmente: si tienen determinadas actitudes, inmediatamente las encerramos en las mazmorras del estereotipo, clasificándolas como adictas, corruptas, dementes. Los estereotipos reducen la dimensión humana.

Pero ¿cuál es la relación entre el seductor mundo de la moda y los estereotipos? Las mujeres tenían libertad para vestirse como quisieran, comprar la ropa que más les gustara o tener el cuerpo que deseasen. No entendía por qué la preocupación del

maestro era tan grande. Pero me impresionaba el modo en que exponía sus ideas.

—El estereotipo de lo bello, en el mundo de la moda, está determinado por la excepción genética. ¡Qué desastre! ¡Qué injusticia!

Bartolomé no entendía muy bien de qué hablaba.

—Jefe, ¿ese estereotipo es caro? —preguntó, pensando que el maestro hablaba de una marca de ropa.

—Sus implicaciones son carísimas. —Y le explicó—: Para vender más y atraer a las mujeres, el mundo de la moda empezó a utilizar como prototipo de belleza el cuerpo de jóvenes que se salían por completo del patrón corriente. Una joven entre diez mil, delgadísima y con facciones, caderas, nariz, busto y cuello bien modelados se volvió, con el tiempo, en estereotipo de lo bello. ¡Y eso tuvo consecuencias profundas en el inconsciente colectivo!

Cada vez se acercaba más gente. Después de una breve pausa, el maestro continuó:

—La excepción genética se volvió la regla. Las niñas llevaron sus muñecas Barbies, con sus cuerpos perfectos, al teatro de la vida, y las adolescentes hicieron de las modelos un ideal de belleza inalcanzable. Este proceso hizo que cientos de millones de mujeres buscaran compulsivamente alcanzar ese estereotipo como si fuese una droga. Ellas, que siempre habían sido más generosas y solidarias que los hombres, se transformaron, sin darse cuenta, en sus propios verdugos. Hasta las chinas y las japonesas están mutilando su anatomía para que su belleza se acerque a la de las modelos occidentales. ¿Sabían eso?

Yo no tenía esa información, pero ¿cómo había conseguido él ese dato? ¿Cómo puede alguien tan alejado de la moda estar tan informado sobre ella? De repente, el maestro interrumpió mis pensamientos al nombrar, consternado, el número «tres». Y

siguió diciendo que ese modelo penetraba como una bomba silenciosa en el inconsciente colectivo, haciendo estallar la autoimagen, cometiendo un acto terrorista contra la autoestima, algo nunca visto en la historia. En el pasado, los estereotipos no tenían graves consecuencias colectivas porque todavía no éramos una aldea global. Cuando las mujeres pensaban que estaban volando libremente, el sistema les cortó las alas con el «síndrome de Barbie».

—Lo que usted está diciendo es puro folclore —lo interpelló un diseñador—. Estoy en completo desacuerdo con sus ideas.

—Ojalá fuera folclore. Daría lo que fuera para que mis ideas no fueran más que tonterías. —Y pronunció el número «cuatro».

En ese momento, una joven preguntó, curiosa:

—¿Por qué va diciendo números cuando habla?

El maestro me miró y permaneció en silencio durante unos segundos. Era como si una fuerza lo hubiese arrastrado hasta el interior de muchas familias que estaban perdiendo a sus hijas e hijos. Con los ojos llenos de lágrimas, regresó de ese viaje.

—Lucía, una joven tímida pero vital, creativa, excelente alumna, pesa treinta y cuatro kilos y mide un metro sesenta —dijo—. Se le notan los huesos bajo la piel, lo que crea una imagen repulsiva, pero ella se niega a comer por miedo a engordar. Marcia, una joven sonriente, extrovertida, una chica encantadora, pesa treinta y cinco kilos y mide un metro sesenta. Su rostro cadavérico lleva a sus padres y amigos al límite de la desesperación, pero ella, como Lucía, se niega a alimentarse. Bernadette pesa cuarenta y tres kilos y mide un metro setenta. Le gustaba conversar con todo el mundo, pero se aisló. Dejó de ver a su novio, a sus amigos, y dejó de participar en los *chats* en Internet. Rafaela pesa cuarenta y ocho kilos y mide un metro ochenta y tres. Jugaba a voley, le gustaba ir a la playa y correr sobre la arena, pero ahora se está muriendo de inanición. —Hizo otra pausa, miró

atentamente a la audiencia y continuó—: Durante mi charla, cuatro jóvenes han desarrollado anorexia nerviosa. Algunas superan sus trastornos, otras no. Y si ustedes les preguntan a esas chicas por qué no comen, lo que oirán es: «Porque estamos obesas». Millones de células les suplican que se alimenten, pero ellas no tienen compasión de su cuerpo, que no tiene fuerza para hacer ejercicio físico ni para caminar. La desesperación por alcanzar el estereotipo de belleza las perjudicó profundamente y bloqueó lo que nunca logramos bloquear naturalmente: el hambre.

Y agregó que si esas jóvenes viviesen en tribus donde el estereotipo no fuera tan importante, no habrían enfermado. Pero viven en la sociedad moderna, que no sólo promueve la delgadez extrema, sino que también sobrevalora determinado tipo de ojos, cuello, busto, caderas, nariz... En fin, un mundo que excluye y discrimina a quien está fuera del modelo. Y lo peor es que todo esto se hace de manera sutil.

—No niego que pueda haber causas metabólicas para los trastornos alimentarios —continuó—, pero las causas sociales son negativas e inexcusables. En el mundo hay cincuenta millones de personas con anorexia nerviosa, un número igual a la cantidad de muertos durante la segunda guerra mundial. —De repente, perdió la compostura, dejó de lado el tono comedido y, como si fuese un psicótico, se subió a un sillón que estaba junto a él y gritó a viva voz—: El sistema social es astuto, grita cuando tiene que callarse y se calla cuando tiene que gritar. No tengo nada en contra de los modelos ni de los inteligentes y creativos diseñadores, pero el sistema se ha olvidado de gritar que la belleza no puede ser estandarizada.

Varias personas, entre ellas modelos internacionales y diseñadores famosos que pasaban por allí, fueron atraídas por aquel excéntrico que vociferaba sus ideas. En distintas sociedades había personas luchando contra el tipo de discriminación al

que él se había referido, pero la lucha era débil comparada con la monstruosidad del sistema. El maestro no siempre era dócil y paciente. En algunas situaciones se mostraba irritado e inconformista. Embriagado con el cáliz de la indignación, una vez más usó su particular método socrático.

—¿Dónde están las gorditas en los desfiles? ¿Dónde están las jóvenes con caderas no tan bien torneadas? ¿Dónde están las mujeres con narices prominentes? ¿Por qué en este templo se esconde a las jóvenes con celulitis y estrías? ¿Acaso ellas no son seres humanos? ¿Acaso no son bellas? ¿Por qué el mundo de la moda, que surgió para promover el bienestar, está destruyendo la autoestima de las mujeres? ¿Esa discriminación socialmente aceptada no es un crimen contra la autoestima? ¿No es igual de violenta que la discriminación de los negros?

Al oír su reflexión, empecé a sentir asco por el sistema. Cuando nos encontrábamos en el momento de mayor intensidad, Bartolomé volvió a entrar en escena. Levantó las manos y, con el mayor de los descaros, trató de bromear con el maestro.

—Jefe, estoy de acuerdo con usted. No discrimino a las mujeres. ¡He tenido novias de todos tipos y colores!

La audiencia no pudo contener la risa. Pero a nosotros no nos gustó su descaro; nos sentimos apenados. Miramos al incontrolable discípulo y le dijimos una frase que ya formaba parte de nuestro patrimonio cultural:

—¡Hazte a la idea de que eres normal, Bartolomé!

Las ideas del maestro tuvieron su efecto en la gente. A algunos les encantaron, a otros les parecieron insidiosas. Los *paparazzi* sacaron fotos y más fotos. Estaban ansiosos por anunciar el escándalo del año.

Después de oír las risas de la audiencia ante la frase del discípulo adicto a hacer preguntas y dar opiniones, el maestro, emocionado, bajó el tono de voz e hizo algunas peticiones.

—Ruego a los diseñadores inteligentes que dediquen su atención a todas las mujeres, que piensen en la salud psíquica de todas ellas; no utilicen solamente las excepciones genéticas para expresarse. Tal vez pierdan dinero, pero tendrán ganancias inconmensurables. Vendan el sueño de que toda mujer tiene una belleza única.

Algunas personas lo aplaudieron, incluidas tres modelos internacionales que estaban a mi derecha. Más tarde, nos enteramos de que aquellas modelos sufrían diversos trastornos psicológicos. La posibilidad de tener anorexia era diez veces mayor entre las modelos que entre el resto de la población. El sistema las entronizaba, pero, al mismo tiempo, las encarcelaba. Al cabo de poco tiempo, quedaban apartadas de su profesión.

Tres personas lo abuchearon. Uno le tiró una botella de agua a la cabeza y le abrió el párpado izquierdo, haciéndolo sangrar. Lo cogimos del brazo y le pedimos que dejara de hablar, pero él no se intimidó. Se limpió la sangre con un pañuelo, pidió silencio, y continuó. Para mis adentros pensé: «Hay mucha gente que esconde lo que realmente piensa bajo el manto de su imagen social. Por eso sigo a un hombre que es fiel a sus ideas».

Entonces, el maestro dijo algo que nos puso los pelos de punta.

—El noventa y siete por ciento de las mujeres, en algunas sociedades modernas, no se sienten bellas. Por eso, en cada tienda de ropa y en cada etiqueta, debería haber una leyenda semejante a la advertencia contra el tabaco con frases como ésta: «Toda mujer es bella. La belleza no puede ser estandarizada».

Estas palabras tuvieron una gran repercusión en los medios. En el momento exacto en que el maestro las pronunciaba, un periodista lo fotografió desde un ángulo que encuadraba la mitad superior de su cuerpo contra el logo de la cadena internacional de moda de Megasoftware de fondo.

Al oír esas ideas, yo no podía dejar de hacerme las mismas preguntas de siempre: «¿Quién es este hombre que hace propuestas revolucionarias? ¿De dónde proviene su conocimiento?». Recordaba que en algunas conversaciones él nos había hablado de la esclavitud. Un siglo después de que Abraham Lincoln hubiera liberado a los esclavos, Martin Luther King recorría las calles de las grandes ciudades norteamericanas luchando contra la discriminación. Establecer la discriminación es cuestión de horas, pero se tarda siglos en destruirla.

El maestro hizo hincapié en que los fenómenos fundamentales de la existencia jamás podrán ser estandarizados. El sexo, el sabor de los alimentos, el hambre, el arte ni tampoco la belleza.

—¿Cuál es la frecuencia normal de las relaciones sexuales? ¿Todos los días? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes? Cualquier clasificación generaría graves distorsiones. ¿Qué es lo normal sino aquello que satisface a cada ser humano? ¿Y qué es lo que satisface sino aquello que es suficiente?

Una bellísima modelo internacional llamada Mónica, profundamente conmovida por sus palabras, lo interrumpió.

—Yo sólo sabía desfilas. Mi mundo eran las pasarelas —explicó—. Me fotografiaron los mejores fotógrafos internacionales. Mi cuerpo apareció en las portadas de las principales revistas. Fui llevada hacia la cima por el mundo de la moda, pero ese mismo mundo me expulsó cuando engordé cinco kilos. Hoy tengo bulimia. Ingiero alimentos compulsivamente, luego sufro una descarga de culpa y ansiedad y, finalmente, me provocho el vómito. Mi vida es un infierno. No siento el sabor de la comida. Ya no sé quién soy ni lo que quiero. He intentado suicidarme tres veces.

No había lágrimas en sus ojos, pues ya se le habían acabado.

El maestro, al observar su sufrimiento, inspiró profundamente dos veces. Sintió que era necesario callarse, percibió que

la experiencia de Mónica era más elocuente que lo que él podía llegar a decir. Pero antes quería verla sonreír y salió de su estado de reflexión para entregarse al humor.

—Cuando las mujeres están delante del espejo, pronuncian una famosa frase, incluso sin darse cuenta, ¿cuál es? —preguntó, relajado.

—Espejito, espejito ¿hay alguna más bella que yo? —contestaron las mujeres a coro.

—¡No! —replicó él—. Lo que dicen es: «Espejito, espejito, ¿existe alguien con menos defectos que yo?».

La multitud se rió. Mónica lo hizo estruendosamente; hacía cinco años que no se reía así. Y eso era lo que el maestro deseaba: venderle el sueño de la alegría. Fue un experimento sociológico admirable. Era la primera vez que veía el humor florecer en el caos.

—Jefe, yo no veo ningún defecto en mí cuando me miro al espejo, ¿será que tengo algún problema? —preguntó Bartolomé acercándose a él.

—No, Bartolomé, lo que pasa es que eres bello. Mira a tus amigos. ¿No somos todos maravillosos?

—Jefe, no exagere. En esta familia están todos un poco estropeados —replicó Boquita de Miel, mirando al grupo de discípulos.

Soltamos una carcajada y nos marchamos. Nunca nos habíamos sentido tan hermosos, al menos ante nuestros propios ojos.

## INVITANDO A UNA MODELO Y A UNA REVOLUCIONARIA

Mónica nos acompañó mientras salíamos, y, una vez fuera, nos expresó un profundo agradecimiento. Le dio al maestro un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla. Nos morimos de envidia. El maestro la miró e, inesperadamente, tomó una iniciativa maravillosa.

—Mónica, tú has brillado en las pasarelas de la moda, pero yo te invito a desfilas en otra pasarela; una más difícil de transitar, una en la que cuesta más conservar el equilibrio pero en la que es más interesante vivir. Te invito a vender sueños con nosotros.

Ella se quedó perpleja, sin saber qué responder. Había leído algunos artículos sobre el enigmático hombre que le había hecho la invitación, pero no tenía ninguna seguridad sobre el terreno que estaba pisando. Al oír que el maestro invitaba a la encantadora modelo, nosotros, que habíamos rechazado la entrada de las mujeres en el equipo, nos alegramos. Cambiamos nuestro punto de vista. Inmediatamente estuvimos de acuerdo con él respecto a que las mujeres no sólo son más inteligentes que los hombres, sino también mucho más hermosas.

Al vernos entusiasmados, el maestro se retiró y fue a hablar con una persona que estaba a unos veinte metros del grupo. A nosotros nos tocó explicarle a la recién llegada el fascinante

mundo de los sueños. «Sin duda la convenceremos», pensamos. Estuvimos un largo rato tratando de explicarle de qué iba todo aquello. Parecíamos una banda de perros callejeros en época de celo. Al ver que Mónica no parecía entusiasmada, el Milagrero se retiró para orar. No quería caer en la tentación. Mano de Ángel estaba eufórico, no lograba articular palabra, pero intentó hacer un poema para convencer a la modelo.

—Una vida sin... sue... sueños... es... es... como un invierno sin... nieve, un océano sin... sin olas. —Pensó que la estaba impresionando, pero en realidad la estaba asustando.

Mónica nunca había visto una banda de lunáticos como aquella, sucios, mal vestidos, raros, queriendo seducirla a cualquier precio.

Sus dudas aumentaron. A fin de cuentas, parecíamos un enjambre de zánganos rodeando a una reina. Mientras hablábamos, la chica miraba disimuladamente hacia un lado y observaba al maestro, que estaba escuchando atentamente a la persona con la que conversaba. Después de media hora de charla, la modelo parecía con ganas de irse. Por desgracia, Boquita de Miel entró en acción.

—Mónica, querida, vender sueños es la experiencia más loca que jamás he vivido. Ni siquiera cuando estaba totalmente borracho de vodka deliraba tanto —dijo, provocando el espanto en la muchacha.

Otra vez había vuelto a meter la pata. Temiendo las consecuencias de sus palabras, volvimos a increparlo:

—¡Hazte a la idea de que eres normal, Bartolomé!

Pero él no sabía disimular, era lo que era. Aunque algo inesperado sucedió. Mientras le hablábamos de las maravillas de vender sueños, Mónica no parecía muy interesada, pero cuando Bartolomé le habló de la locura del proyecto, se entusiasmó. Quería algo más excitante que el mundo de las pasarelas. Sin

embargo, no terminaba de decidirse a llevar a cabo la experiencia sociológica. Entonces apareció el maestro.

—Conozco al hombre con el que estaba conversando —le dijo la modelo.

—¡Qué bien! Es una persona fascinante —contestó él con efusividad.

—Es sordomudo y no conoce el lenguaje de señas —dijo ella, dudando de su sabiduría.

Si el sordo no conocía el lenguaje de señas, no era posible que se comunicase. No dijimos nada. Probablemente Mónica decidiera no unirse al grupo.

—Sí, lo sé —respondió el maestro—. Por eso, muy pocas veces alguien le presta atención y rompe la cárcel de su soledad.

Yo oí lo que las palabras no dijeron: «¿Tú has dedicado algún tiempo a tratar de entenderlo?». Ella enmudeció como el sordo. El maestro se retiró dejándola maravillada.

Mónica fue invitada a embarcarse en el viaje, a llevar a cabo la experiencia de seguirlo, pero a petición del maestro, dormiría en su casa. Nada sabía sobre las noches de insomnio que la esperaban.

Al día siguiente, el hombre al que seguíamos apareció en los principales diarios de la ciudad y hasta en los telediarios. Sus ideas causaban un enorme impacto. Algunos periódicos ya lo llamaban como a él le gustaba que lo llamasen: «vendedor de sueños». Decían que había revolucionado el mundo de la moda. Algunos periodistas, preocupados por lo que había descrito, hablaron del síndrome de Barbie y sacaron conclusiones que llevaban al extremo lo que él había afirmado. Dijeron que había gritado a los cuatro vientos que muchas adolescentes parecían haber perdido la cordura por estar siempre insatisfechas con su cuerpo, encontrar algún defecto en su cara o quejarse continuamente de que la ropa no les quedaba bien.

Muchos jóvenes, que por lo general no leían diarios, se sintieron atraídos por el artículo. Algunos lo llevaron a la escuela y pasó de mano en mano. Muchos chicos y chicas se sintieron relajados al leerlo. Estaban tan angustiados con sus «defectos anatómicos» que empezaron a reírse de su paranoia. Sintieron que el artículo abordaba conflictos que nunca se habían tocado en la escuela. A partir de ese momento, empezó a despertar el espíritu revolucionario de algunos de ellos. Comenzaron a criticar el sistema social y desearon conocer de cerca las ideas de aquel misterioso vendedor de sueños.

Aquel día nos vimos con Mónica, y ella nos comentó la repercusión del artículo en su ambiente profesional. Dijo que algunos diseñadores amigos suyos, y también algunas tiendas, habían asimilado las ideas del maestro y habían empezado a decir que la belleza no podía ser estandarizada. Al ver a la modelo más entusiasmada, decidimos contarle las innumerables aventuras que habíamos vivido en los últimos meses. Ella se quedó pasmada. Nunca había visto tanta adrenalina en un grupo tan extraño. Una semana después de esos hechos, el maestro volvió a reunirse con nosotros y nos comunicó su deseo de llamar a una mujer más para el proyecto.

Después de contemplar la maravillosa anatomía de Mónica, nos parecía que podía llamar no sólo a una, sino a dos, tres o diez. «¡Cómo cambiamos de opinión!», pensé. Yo, que siempre criticaba a los políticos que eran enemigos feroces un día y al siguiente se abrazaban como amigos, ahora me daba cuenta de que esa fluctuación era una enfermedad inherente al ser humano, en especial a los varones. Todo dependía de lo que estuviera en juego. En algunos, la fluctuación era visible; en otros, se encontraba oculta.

Después de que el maestro expresara su deseo, miró hacia arriba y hacia los lados, luego se colocó la mano en el mentón y

empezó a alejarse de nosotros. Parecía pensativo. Se hacía preguntas a sí mismo en voz baja, pero de todos modos podíamos oírlo:

—¿A qué mujer tengo que llamar? ¿Con qué características?

El maestro estaba a unos veinte metros de distancia del grupo y caminaba en círculos. Nos encontrábamos en la entrada de un centro comercial. De repente, cuando estábamos más que felices con la propuesta de que entraran más mujeres en el grupo, apareció una anciana que tocó la cabeza de Boquita de Miel con el bastón. Era doña Jurema.

—¿Cómo están, muchachos?

—Muy bien, doña Jurema. ¡Qué alegría verla! —dijimos con educación.

A continuación, los hombres miramos al pensativo maestro y después a la viejecita y tuvimos la misma y terrible ocurrencia: «Será mejor alejarla rápido de aquí, porque podría estar en la línea de fuego para ser invitada».

De repente, el maestro, que miraba hacia la acera de enfrente, volvió a decir algo para sí.

—¿A quién voy a llamar?

Sentimos que un escalofrío nos recorría la espina dorsal y tratamos de esconder a doña Jurema. Era necesario que nos deshiciéramos de ella.

—El sol está... pegando muy fuerte, doña Jurema, podría deshidratarse si sigue sudando así. Váyase a casa —dijo Dimas, el manipulador de corazones, tratando de no tartamudear.

Pero ella insistía en quedarse.

—El tiempo es magnífico, hijo —dijo ella con firmeza.

Temiendo que el vendedor de sueños se acercase, Edson la tomó delicadamente del brazo y la alejó de allí.

—Parece muy cansada. A su edad es imprescindible descansar.

—Me siento muy bien, hijo. Pero gracias por tu preocupación —le agradeció la mujer.

Yo también hice algunos intentos de alejarla. Traté de recordarle algo que pudiera haber olvidado: un compromiso, una visita pendiente, una cuenta por liquidar. Pero no hubo manera. Ella insistió en que no tenía nada pendiente.

Mónica no entendía nuestra preocupación por doña Jurema. Le pareció que éramos demasiado amables, un tanto artificiales quizá. Bartolomé, que siempre había sido el más honesto de todos nosotros, volvió a meter la pata. Al ver que la anciana no tenía ninguna intención de volver a casa, decidió intervenir.

—Querida, linda y maravillosa Juremita. —Doña Jurema se derritió ante la zalamería de Boquita de Miel y aleteó con las pestañas. Bartolomé se dio cuenta de que la había seducido y se entusiasmó—. Siento decirle que está usted roja como un pavo. Me parece que va a tener un infarto. Debería ir urgentemente a un hospital.

Como ya había hecho otras veces, Salomón trató de hacer callar a Bartolomé, pero no pudo. Aunque doña Jurema, sí. Le dio un empujoncito con el bastón y le dijo una frase que también terminó por convertirse en patrimonio cultural del grupo.

—Bartolomé, con la boca cerrada eres insustituible.

Nos dio un ataque de risa. Pero doña Jurema se sentía incómoda, se dio cuenta de que le ocultábamos algo. Para demostrarnos que todavía era fuerte aunque tuviera más de ochenta años y su memoria estuviese levemente afectada por las fases iniciales del mal de Alzheimer, hizo algunas flexiones y nos pidió que la imitásemos, pero no fuimos capaces. Dio algunos saltos de ballet clásico y nos pidió que lo repitiésemos. Hicimos el ridículo: torpes y sin ningún sentido de la danza, casi nos caímos al suelo. Estábamos oxidados. Ella afirmó:

—Sois unos ancianos. ¡Yo, en cambio, estoy jovencísima! ¡Mi salud es perfecta! ¿Dónde está el gurú?

«¿Gurú?», me dije. Al vendedor de sueños no le gustaba que lo llamaran maestro, y mucho menos gurú. Le dijimos que tenía problemas, que tenía un compromiso y que no podía hablar con ella. Tratamos de taponarle la visión para que no lo divisara, pero ella seguía buscándolo. A esas alturas, Mónica ya había descubierto la farsa. Se dio cuenta de que no éramos más que un montón de críos. Nos encontrábamos en un arduo proceso de transformación.

—¿Dónde está el gurú? —gritó todavía más fuerte doña Jurema.

De repente, oímos un grito del maestro que nos advertía de nuestro fracaso.

—¡Es estupendo verla otra vez, señora! —A continuación, dijo lo que más temíamos—: ¡La invito a vender sueños!

Mónica no pudo contener la risa, y a nosotros nos invadió un profundo sentimiento de disgusto. No sabíamos cómo salir de la situación. Nos sentíamos incómodos, presos de nuestros prejuicios. Nos alejamos un poco y empezamos a cuchichear.

—¿Qué va a pensar la sociedad de nosotros, una banda de excéntricos seguidos por una anciana? Va a ser gracioso. Hasta los periódicos se van a burlar.

—¿Cómo será convivir con ella? Debe de andar muy despacio. ¿No será un tormento esperarla?

—¿Y su olor? ¿Usará dentadura?

—Y la flatulencia, ¿quién podrá soportarla? ¿No tenemos ya suficiente con los gases de Bartolomé?

Después de la queda conferencia de la cofradía, llegamos a la conclusión de que la experiencia sociológica decaería significativamente. El maestro observaba con paciencia nuestra locura. Doña Jurema conversaba con Mónica. No había entendido la

invitación y la modelo trataba de explicárselo, pero como no tenía mucha experiencia, no lo hacía con claridad.

—Yo nunca he vendido nada. ¿Qué tipo de producto es ése? —nos preguntó doña Jurema.

El maestro se puso a hablar con Mónica y quedó en nuestras manos explicarle a la anciana el proyecto. Tuvimos, así, una oportunidad de oro para desanimarla. Para mis adentros, me quedé pensando si el maestro no habría visto primero a doña Jurema y había hecho aquello para ponernos a prueba una vez más, buscando desnudar las artimañas y sutilezas de nuestra mente.

Habíamos tenido una experiencia maravillosa en el asilo, habíamos descubierto la grandeza de los ancianos, pero insistíamos en aferrarnos a nuestros prejuicios sobre ellos. Estábamos convencidos de que doña Jurema no podría seguir el ritmo del grupo. Disminuiría su estatus, debilitaría su ímpetu revolucionario. Pensábamos que, con ella, el maestro tendría que ser más blando, suavizar la fuerza de sus ideas.

Fuimos sinceros con la mujer sobre la aventura de los sueños. A fin de cuentas, incluso aunque nuestros intereses fueran en otra dirección, estábamos aprendiendo a ser transparentes. No obstante, para disuadirla hicimos hincapié en los peligros que corríamos, las calumnias, las difamaciones, las heridas, la paliza que había recibido el maestro.

Ella nos escuchó atentamente. Siempre respondía lo mismo: «¡Ajá!». Se arreglaba los cabellos blancos, como queriendo calmar su cerebro inquieto. Estábamos convencidos de que se sentía más insegura que antes. Salomón hacía los rituales más extraños que jamás le hubiera visto. Trazaba la señal de la cruz varias veces y, mirando hacia el cielo, decía:

—Me da escalofríos oír hablar de tantos peligros. —Y le hizo una seña a Bartolomé para que esta vez no dijera nada.

Íbamos por buen camino. Pero Boquita de Miel, sin pensarlo dos veces, dijo:

—Es muy arriesgado seguir a este hombre, Juremita. —Y poniendo una voz temblorosa, como la de las películas de terror, agregó—: ¡Podríamos ir a la cárcel! ¡Hay riesgo hasta de morir! Nos pueden secuestrar, agredir, torturar.

Pensamos que la intervención de Bartolomé había sido adecuada, lo que no nos imaginábamos era que cuanto más tiempo pasase, más cerca estarían esas palabras de ser una profecía. Doña Jurema abrió el ojo derecho y después el izquierdo; parecía asustada. Cuando estábamos convencidos de que desistiría, fue ella la que nos asustó.

—¡Fantástico!

Nos miramos unos a otros sin entender su entusiasmo.

—¿Cómo que fantástico, doña Jurema? —pregunté con mucha curiosidad, pensando que, debido a algún problema cerebral, no había entendido nada de lo que habíamos dicho.

—Todo lo que ustedes acaban de contarme es fantástico —repetió ella—. Acepto ser una caminante, ¡quiero entrar en el grupo! Siempre fui una revolucionaria cuando era alumna, y después también, como profesora universitaria. Pero fui castrada, dominada por el sistema educativo. Tenía que seguir un programa con el que no estaba de acuerdo, un contenido que no formaba pensadores.

Nuestra cofradía se quedó atónita. Se nos cortó la respiración. No bastaba con la misteriosa identidad del maestro, ahora estábamos ante una señora llena de secretos. Algunos de nosotros nos apartamos, perturbados con el personaje. Yo intentaba que no se me notara el sudor. Ella, demostrando una lucidez envidiable, agregó:

—Siempre quise vender sueños, estimular mentes, pero fui silenciada. A diario, siento un gran disgusto cuando comprue-

bo que la sociedad actual posee un rol uniformador que masifica el intelecto de los jóvenes, aborta el pensamiento crítico y los vuelve estériles, meros repetidores de datos. ¿Qué han hecho con nuestros niños? —concluyó indignada.

Le pregunté cuál era su nombre completo.

—Jurema Alcántara de Mello —dijo con naturalidad.

Después de escuchar su nombre, me alejé un poco, más impresionado de lo que ya estaba. Doña Jurema era una antropóloga de renombre y había sido una profesora universitaria de alto nivel. Hasta había hecho un máster en Harvard. Era reconocida internacionalmente. Había escrito cinco libros que habían sido publicados en diversas lenguas.

Me apoyé en un poste que tenía al lado. Recordé haber leído varios artículos escritos por ella, incluso todos sus libros. Aquella mujer había sido muy importante en mi formación. Admiraba su forma de razonar, sintética y osada. Y sólo hacía unos minutos había querido excluirla del grupo. ¡Malditos prejuicios! «¡Lo que daría por librarme de este cáncer intelectual! —pensé—; sueño con ser una persona abierta y generosa, pero mi obstinación no tiene límites.»

Revelando que estaba muy en sintonía con las ideas del maestro, la profesora comentó que las sociedades, con algunas excepciones, se habían vuelto canteras de mentes conformistas, que no se inquietan ante la complejidad de la existencia, sin grandes ideas, mentes que no se preguntan lo que son.

—Necesitamos estimular la inteligencia de las personas —dijo para rematar.

El maestro sonrió, encantado de la vida. Debió de pensar: «He dado en el clavo». Doña Jurema era más revolucionaria que todos nosotros. Con la edad, su espíritu se había intensificado. Sin embargo, poco después de aceptar seguirnos, comenzaron los problemas. Como era anciana y muy valiente, no tenía pelos

en la lengua. Empezó a señalarnos cosas que Mónica no se había atrevido a decirnos. Se puso delante del maestro y, con firmeza, criticó el comportamiento del grupo.

—Ser una banda de excéntricos que vende sueños está bien, pero ser una pandilla de sucios es absurdo.

Sus palabras nos irritaron. Pero la profesora, a pesar de ver el desagrado en nuestro rostro, no se amilanó. Al contrario, presionó todavía más.

—Convocar a un grupo de extravagantes para que aprendan a ser solidarios es loable, pero no fijarse en si ese grupo huele mal o carece de higiene, es algo insensato.

Después de la reprimenda, el maestro no dijo nada, pero Dimas no aguantó quedarse callado.

—Juremita..., ¡no sea dura! —dijo, con una confianza que hasta entonces sólo Bartolomé se había atrevido a demostrar.

Ella no se arredró. Se acercó a él y lo olió varias veces.

—¿Que no sea dura? Hueles a huevo podrido —replicó.

Bartolomé aprovechó la oportunidad para reírse de él.

—¡¿No me diga?! ¡Soy un héroe por aguantar el olor de este tipo! —Y lanzó una fuerte carcajada. Se rió tanto que no pudo contener los gases y soltó una sonora ventosidad.

—Pero ¿acaso no tienes vergüenza? —lo reprendió doña Jurema—. ¡Vete a algún lugar privado para soltar tus flatulencias! Si no tienes tiempo, al menos suéltalas en silencio.

—¿Y cuál es la técnica para silenciar el escape? —le preguntó él, jugando con fuego.

—¡Aguántate, entonces, criatura estrambótica!

Bartolomé se quedó perplejo. No sabía el significado de la palabra «estrambótico».

—*Thank you* por lo de estrambótico —contestó, entusiasmado, e hizo un gesto con las manos pidiendo alguna pista que lo ayudara a descubrir si ella lo había elogiado o insultado.

Estábamos preocupados. Miramos al maestro y nos dimos cuenta de que la nueva integrante de la familia sería literalmente como un cubo de agua fría..., o un baño helado, incluso para él. Por primera vez, lo vimos rascarse la cabeza sin saber muy bien qué hacer. La profesora era revolucionaria, pero equilibrada. Miró al vendedor de sueños e hizo lo que jamás pensamos que se atreviera a hacer. Se enfrentó a él.

—Maestro, no me vengas con la historia de que Jesús tildó de hipócritas a los que limpiaban el exterior del vaso pero se olvidaban de limpiar el interior. Sí, debemos hacer hincapié en la higiene interior, pero sin despreciar la exterior. Sus discípulos se bañaban en las aguas del Jordán y en las casas en las que se hospedaban. Pero ¡mírate! ¡Mira el grupo que te sigue! ¿Cuánto tiempo hace que no toman un baño? Fuera de lo común, sí, pero malolientes, no.

Nos duchábamos de vez en cuando en baños públicos, pero no con la frecuencia y la intensidad recomendables. Me rasqué el oído para ver si estaba oyendo bien. El maestro no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza en señal de acuerdo. Él nos había enseñado muchas lecciones, y la más importante había sido la de tener humildad para aprender. Como si todo lo que ya había hecho no bastase, la profesora se dirigió a Edson y le pidió que abriera la boca. Él lo hizo, no sin cierta incomodidad. Nos pareció que el maestro se había arrepentido de haberla llamado. Tal vez no buscaba una discípula con esas características.

—Dios mío, ¡qué olor! Tienes que lavarte los dientes.

Me reí, pero sin abrir la boca.

—¿Y tú de qué te ríes, debilucho con cara de albóndiga cruda? —me increpó ella.

La profesora no perdonó a nadie, salvo a Mónica, que estaba viviendo sus días más apasionantes. Se sentía en medio de un circo ambulante.

Doña Jurema no dormiría con nosotros, su edad se lo impedía. Ella y Mónica se irían a casa y se reunirían con nosotros por la mañana.

Para terminar el día, la señora nos invitó a bañarnos en su casa y a cenar con ella. El virus del prejuicio, que estaba adormecido, volvió a despertarse en nosotros. Nos miramos y pensamos que, por su edad, por su jubilación de profesora menguada por las medicinas y los médicos, su situación económica seguramente no sería mejor que la nuestra. En su casa no cabríamos todos. Además, seguramente no tendría empleada doméstica. Terminaríamos de cenar cerca de la medianoche.

Después de invitarnos, la profesora dio un silbido.

Le preguntamos por qué había silbado, y ella nos contestó que estaba llamando al chófer.

—Debe de ser el chofer del autobús —dijo Dimas en voz baja.

El hombre no dio señales de vida. Ella silbó otra vez, esta vez más fuerte, pero sin resultado.

—Probablemente su perro se llame *Chófer* —dijo Bartolomé en voz alta, y Jurema lo oyó. Lo miró de reojo y le dio un golpecito con el bastón en la nariz. En lugar de reprenderlo se rió de su ocurrencia.

—Entonces, ¿vamos a tener que subirnos todos en un coche viejo? —protestó Edson, que era el más espiritual pero no perdonaba a nadie.

El grupo era muy gracioso. En pocos meses me había divertido más que durante toda mi vida, incluso cuando lo pasábamos mal. El maestro nos brindaba un clima propicio para la diversión. Mónica también se sentía como en una fiesta. Había sido muy rica, pero había derrochado todo su dinero en lujos excesivos y en acciones de una compañía que había quebrado.

Al caminar con el grupo, estaba obteniendo lo que los mercados de capitales no ofrecían.

De repente, paró frente a nosotros un coche enorme, bellísimo, de color blanco, que casi atropella a Bartolomé.

Un chófer muy bien uniformado se bajó del mismo.

—Discúlpeme, señora —dijo—. Me he retrasado porque he tenido problemas para aparcar.

Nos quedamos boquiabiertos. «¡Qué encantadora discípula!», pensamos.

## LAS MARIPOSAS Y EL CAPULLO

Jurema era la viuda de un millonario, pero no tenía necesidad de exhibir su riqueza. A veces gastaba en coches, chófer, ropa de marca y otros lujos que podía permitirse con su fortuna. Vivía bien. Nosotros, al principio, nos sentimos fascinados. Jamás habíamos viajado en un coche tan lujoso. Estábamos encantados, pero el maestro, un peatón que parecía que nunca había conducido un coche, se mostró indiferente. Le pidió la dirección a la profesora y le dijo que iría a pie; necesitaba meditar. Como siempre, buscaba la compañía de sí mismo.

Llegó dos horas más tarde. La millonaria había pasado por una tienda y había comprado algunas prendas de vestir para el grupo. Ahora parecíamos otra vez gente civilizada. Ya nos habíamos bañado y estábamos comiendo unos quesos y fiambres deliciosos. La comida era tan buena que recordamos que el sistema también tenía cosas maravillosas. Boquita de Miel tenía tanta hambre que, en lugar de usar palillos, cogía los trozos de fiambre con las manos. Salomón no decía palabra, sólo se concentraba en comer. Al observarlo mejor, percibí que sus tics y manías habían disminuido mucho. No sabía si era sólo el hambre o si se trataba de una mejora consistente.

Dimas parecía un ratón con la boca llena de queso. Observaba los objetos caros en las vitrinas y los bellísimos cuadros que colgaban de las paredes. Creo que si el maestro no lo hubiera

atrapado con su proyecto, se habría dedicado a vaciar la casa. Mónica comía discretamente. Era tan feliz de participar del grupo que sólo estaba pendiente de nosotros. Nunca pensé que las personas bellas pudieran vivir pesadillas tan terribles. El maestro fue introducido en el salón principal, que medía ciento cincuenta metros cuadrados. La lujosa mansión no lo sedujo. A la profesora le gustó su reacción, estaba cansada de la gente que la adulaba sin conocerla. Después fue a darse un baño y le entregaron ropa nueva. Cuando todos empezábamos a disfrutar de la sabrosa cena, el vendedor de sueños le hizo una petición a Jurema.

—Háblenos de su fallecido marido.

Ella se sorprendió, pues, por lo general, la gente no hablaba mucho sobre los muertos para no provocar tristeza. Pero a ella le gustaba hablar de él, porque siempre lo había admirado. Nos contó de su juventud, su noviazgo, su boda. Después habló sobre su amabilidad, su audacia e inteligencia.

—¡Qué gran hombre! Él también fue un vendedor de sueños —dijo el maestro.

A continuación, Jurema nos contó que su marido había sido director de una de las compañías del imponente grupo Megasoftware, formado por más de treinta empresas. Pensábamos que el mundo de los negocios no le interesaba al maestro, pero inesperadamente preguntó:

—¿Y cómo se hizo rico?

Para contar la historia financiera del marido, Jurema tuvo que relatar brevemente la historia del presidente del grupo Megasoftware.

Contó que un joven de veinticinco años había heredado una importante fortuna de su padre, que había sido propietario de una empresa. El joven tenía una mente privilegiada y estaba dotado de una notable capacidad para emprender proyectos y

liderarlos. Así, superó ampliamente al padre. Amplió el capital de la empresa que había heredado sacándola a bolsa y con las acciones expandió el negocio. Poco a poco, invirtió en todo tipo de actividades económicas. En petróleo, en cadenas de tiendas de ropa, en medios de comunicación, en la industria informática, en hostelería. En quince años levantó el grupo Megasoft, que se transformó en una de las mayores corporaciones del mundo. En el momento de ampliar el capital, el empresario ofreció a todos los empleados la posibilidad de adquirir acciones. Su marido aceptó la oferta y compró algunas de la compañía que el joven presidía. Con el notable crecimiento del grupo, ganó mucho dinero.

Después de oír lo que había contado doña Jurema, la interrumpí para decir:

—Cuando ha hablado de la actitud emprendedora de ese joven millonario, he recordado que el principal accionista de mi universidad era el grupo Megasoft. Desde que tomaron las riendas del sostenimiento de la universidad, nunca faltaron medios para financiar investigaciones y doctorados.

A continuación, el vendedor de sueños le hizo algunas preguntas a doña Jurema.

—¿Usted conoció al joven que hizo crecer de esa manera el grupo? ¿Era una persona libre o era un prisionero del sistema? ¿Su filosofía era amar más el dinero que la vida o la vida más que el dinero? ¿Cuáles eran sus prioridades? ¿Qué valores lo movían? ¿Tenía conciencia de la brevedad de la existencia o se creía un dios?

La anciana profesora, sorprendida por las preguntas, no supo qué responder, pues había visto muy pocas veces al joven en persona. Siempre estaba muy ocupado, recibía visitas de reyes y presidentes, y ella sólo era una simple profesora. Pero nos contó que su marido lo quería mucho.

—Guiándome por sus comentarios, pienso que era una persona muy buena y educada —nos dijo—. Pero después de la muerte de mi marido, hace siete años, dejé de tener noticias suyas, salvo cuando aconteció una desgracia en su familia. Parece ser que tuvo algunos problemas mentales. Se decía que había muerto, pero que la prensa lo había ocultado. Se dice que si estuviera vivo, hoy ya habría desbancado a antiguos magnates y sería el hombre más rico del planeta.

El maestro nos miró y dijo:

—Estimada Jurema, has sido generosa con ese megaempresario. Yo también he oído hablar sobre su osadía, su historia y su muerte. Pero solemos transformar en ángeles a los que ya no están; exaltamos sus virtudes y escondemos sus defectos. Alguien que lo conoció íntimamente me dijo que era un hombre ambicioso y que no tenía tiempo para nada que no fuera aumentar su riqueza. Dejó de lado las cosas importantes para dedicarse a ganar dinero.

Consternado, demostrando que desaprobaba el camino trazado por ese líder, hizo algunos comentarios memorables.

—No os pido que rechazéis el dinero y los bienes materiales. Hoy tenemos una situación, pero en el futuro tal vez tengamos otra. Hoy dormimos debajo de un puente y tenemos el cielo como abrigo, pero ¿quién sabe cómo pueden ser las cosas mañana? Lo que sí os pido es que entendáis que el dinero en sí mismo no trae la felicidad, aunque la falta de él pueda disminuirla drásticamente. El dinero no enloquece, pero el amor por él destruye la serenidad. La ausencia de dinero nos hace pobres, pero su mal uso nos vuelve miserables.

Nos quedamos pensativos.

—Jefe, no tener un céntimo y ser feliz está bien, pero con dinero es todavía mejor —filosofó Bartolomé mientras tomaba un vaso de agua de coco.

Nosotros bebíamos vinos franceses y chilenos.

El maestro sonrió. Era difícil filosofar para aquellos «filósofos» callejeros.

Al día siguiente caminamos por la calles del centro de la ciudad. La gente quería abrazar al maestro cuando lo veía. Algunos lo besaban. Poco a poco, se estaba volviendo más famoso que los políticos, con lo que se granjeaba una gran dosis de envidia.

Al ver que una gran cantidad de personas se aglomeraba alrededor de él en la entrada de un enorme centro comercial, subió algunos escalones de la escalinata de acceso y comenzó a pronunciar uno de sus fascinantes discursos. Hizo una interpretación filosófica de las palabras más famosas del Maestro de maestros: el Sermón de la Montaña.

Él ya nos había dicho que le gustaba mucho ese texto y que estaba de acuerdo con Mahatma Gandhi en que si desaparecieran todos los libros sagrados del mundo pero sólo quedase el Sermón de la Montaña, la humanidad no se quedaría sin luz.

Alzando la voz lo máximo posible, comenzó:

—Felices los humildes de espíritu, pues de ellos es el reino de la sabiduría. ¿Dónde están los verdaderos humildes, los que se vacían de sí mismos? ¿Dónde se encuentran los que reconocen su insensatez? ¿En qué lugar están los que con valentía admiten su pequeñez y su fragilidad? ¿Dónde, los que combaten a diario su orgullo?

Después de decir estas palabras, clavó la mirada en la multitud; vio rostros temerosos, caras ansiosas. Tomó aliento y prosiguió:

—Felices los pacientes, porque ellos heredarán la tierra. ¿Y qué tierra es ésta? La tierra de la tranquilidad, el terreno del gusto por la vida, el terreno del amor sincero. Pero ¿dónde están los mansos? ¿Dónde están los flexibles? ¿En qué espacios se en-

cuentran los amigos de la tolerancia? ¿Dónde están los que combaten su irritabilidad y su ansiedad? ¿Dónde están los que actúan con benevolencia cuando están contrariados o frustrados? Algunos no son benevolentes ni siquiera consigo mismos. Viven bajo la presión de exigencias y autocastigos.

Cada vez más personas se arremolinaban en torno al maestro. Levantó los ojos al cielo, los bajó lentamente y terminó su interpretación de la segunda bienaventuranza invirtiendo la descripción clásica:

—Hay que tener la necesidad neurótica de cambiar a los demás. Nadie cambia a nadie. El que espera más de los otros que de sí mismo está preparado para trabajar en un banco, pero no para relacionarse con seres humanos. —E inmediatamente agregó—: Felices los que lloran porque serán consolados. Pero ¿por qué vivimos en un mundo en el que las personas esconden las lágrimas? ¿Dónde están los que lloran por el egocentrismo que nos tapa los ojos y nos impide ver lo que sucede en la mente de las personas que aman? ¿Cuántos miedos ocultos nunca fueron revelados? ¿Cuántos conflictos secretos nunca llegaron a ser escuchados? ¿Cuántas heridas causamos que nunca llegamos a admitir?

La gente se mostraba pensativa mientras él hablaba. Revisaban mentalmente sus relaciones personales. Lo que encontraban no siempre les gustaba.

—Felices los pacificadores, pues serán llamados hijos del Autor de la existencia. Pero ¿dónde están los que apaciguan las aguas de la emoción? ¿Dónde están los maestros en resolver conflictos interpersonales? ¿Acaso no somos todos expertos en juzgar a los demás? ¿Dónde están los que protegen, confían, se entregan, se reconcilian y tienen fe en los otros? Toda sociedad implica división, toda división implica una resta. Pacificar no es, por lo tanto, enseñar la matemática de la suma, sino com-

prender la de la sustracción. Quien no comprende esta matemática está preparado para vivir con animales y con máquinas, pero no con seres humanos.

Me quedé pasmado con esta afirmación. Yo tenía una cultura académica admirable, pero muy poca preparación para convivir con seres humanos. Tenía perros y no tenía problemas con ellos, porque no se quejaban, pero convivir con seres humanos era una fuente de conflicto. Yo pedía mucho. Estaba preparado para trabajar en un banco. No comprendía la matemática de la sustracción. Las personas tenían la libertad de pensar lo que quisieran siempre que pensarán como yo. Justo en ese momento empecé a entender que vivir bien tiene más que ver con el arte de saber perder que con el de saber ganar. Esperar mucho de los demás es como estar en un barco que se está hundiendo.

Cada vez se acercaban más personas a escuchar el discurso del maestro. Se detuvo el tránsito, lo que creó un gran alboroto. Debido al tumulto, el vendedor de sueños tuvo que concluir su explicación.

Ese día, eligió algunos nuevos discípulos. Todos tenían características particulares. Ninguno era un santo. Ninguno tenía la vocación de ser perfecto.

Muchos empezaron a seguir al vendedor de sueños allá donde fuese. La gente se comunicaba por medio de Internet y se enteraban de su recorrido. A pesar de que muchos lo seguían, él sólo entrenaba particularmente a algunos. No porque fuésemos los más calificados, sino quizá porque éramos los más impenetrables, los más obstinados.

## LA JORNADA

Tres días después, el maestro nos convocó a una reunión especial. Aparentemente, nos iba a revelar su sueño más grande. Estaba ensimismado, parecía absorto en sus ideas más apasionadas. Nos condujo hacia un lugar tranquilo donde casi no había ruido ni gente. Nos hizo sentar en semicírculo. Eran las siete de la mañana. La hierba estaba cubierta de rocío, los primeros rayos de sol resplandecían en el horizonte y caían sobre los pétalos de los hibiscos formando un arco de oro. Algunos pájaros celebraban el amanecer del nuevo día. Cada vez con más frecuencia, distintas personas se unían al grupo en algunos momentos especiales. A diferencia de nosotros, el grupo más cercano al maestro, estas personas tenían su vida como cualquier integrante de la sociedad. Trabajaban, tenían familia, tiempo de ocio, actividades sociales. No estaban en el proyecto de forma permanente. Aquel día éramos treinta personas.

Había obreros, gerentes, médicos, psicólogos, asistentes sociales. Como el proyecto no era religioso ni el maestro defendía ninguna religión en particular, había cristianos, budistas, musulmanes y personas de otros credos.

Para nuestra sorpresa, al comenzar la reunión, el maestro empezó a hablar por primera vez sobre su misterioso pasado.

—Hubo un tiempo en que tuve mucho poder, un poder impensable que se extendía por más de cien países. Pero en un

momento de mi existencia el tiempo se detuvo. Perdí la serenidad. Lloré mucho, lloré sin consuelo. Luego me recliné en una isla del océano Atlántico y permanecí allí durante más de tres años. La comida era buena, pero yo no tenía hambre. Mi única hambre era la del conocimiento. Devoraba libros. Tuve acceso a una de las bibliotecas más espectaculares del mundo. Leí día y noche, como un asmático en busca de aire. Leí doce libros al mes y casi ciento cincuenta al año. Libros de filosofía, neurociencia, teología, historia, sociología, psicología. Leía mientras comía, mientras caminaba, mientras corría; leía sentado y de pie. Mi mente parecía una máquina que fotografiaba páginas y más páginas de conocimiento. Todo ese conocimiento me ayudó a reorganizar mi pasado, a reconstruir mis caminos destruidos. De esta manera, me transformé en el ser humano que estáis viendo, un pequeño e imperfecto vendedor de sueños.

El maestro no dijo nada más. Sus palabras me dieron alas para viajar largo tiempo en el cielo de mi mente. Mientras relataba algunos momentos de su pasado, observé que mis compañeros se sentían cada vez más confundidos. Para mí, el rompecabezas tampoco terminaba de encajar. «¿Por qué afirma que su poder era grandioso? ¿A qué clase de poder se refiere? ¿Financiero, político, intelectual, espiritual? Parece tan frágil, tan dulce, tan pobre... Come con los pobres. A veces está tenso, pero sabe controlar su tensión. No pide nada. Duerme en cualquier parte. Soporta las agresiones. Protege a los que se enfrentan a él. ¿Cómo es posible que alguien que tuvo tanto esté viviendo por debajo del umbral de la pobreza? ¿Se habrá imaginado todo ese poder del que habla?»

Pronto, mis ideas fueron interrumpidas por algunos consejos del maestro.

—El proyecto de vender sueños no se opone a vuestra religión, vuestra cultura o vuestras convicciones. Si así fuera, respe-

tad vuestra creencia, valorad su cultura y apreciad el pasado de vuestra nación, exaltad la tradición de vuestro pueblo, pero sólo os pido que cambiéis una cosa. —Hizo una larga pausa, como si se dirigiese lentamente hacia su meta fundamental—. Os pido que ampliéis los horizontes de vuestra mente para respetar, valorar y exaltar por encima de todo vuestra condición de seres humanos. Mi mayor sueño es que podamos formar una red de personas sin fronteras en todas las naciones, en todos los pueblos, en todas las religiones, en todos los medios científicos. Una red de gente que rescate la naturaleza humana, el instinto de especie que hemos perdido. La humanidad vive en un caldero de tensiones por la locura de la competencia predatoria, por la falta de respeto a las reglas internacionales del comercio, por los conflictos sociales, por la devastación del medio ambiente, por la dificultad de conectarnos con nuestro interior y retornar a nuestros orígenes. La Revolución francesa ocurrió hace más de dos siglos. Hablamos de ella como si hubiese ocurrido ayer, pero cuando miramos el futuro, no tenemos ninguna garantía de que nuestra especie pueda sobrevivir uno o dos siglos más.

A continuación, habló de su modelo. Dijo que Jesús había dicho más de sesenta veces que era el hijo del hombre, pero pocos habían entendido lo que él quería decir. Jesús reveló paulatinamente que su mensaje era para toda la humanidad y no solamente para los judíos. Al insistir en que era hijo del hombre, lo que estaba diciendo en clave era que se consideraba hijo de la humanidad, que era el primer ser humano completamente sin fronteras. Su cultura, raza y nacionalidad eran importantes, pero su condición de ser humano lo era mucho más. Él amó a la humanidad con una fuerza que la teología no comprende. Solamente alguien sin límites podía decir que las prostitutas estaban antes que los ilustres teólogos fariseos. Su amor fue un escándalo en sus días y lo sigue siendo en la actualidad.

—Tengo millones de defectos —agregó con seriedad—, he cometido más errores de los que imaginan, pero la psicología y la filosofía del Maestro de maestros es mi modelo. —Después propuso fundar la sociedad de los seres humanos sin fronteras sobre la base de cuatro principios: *a)* Más allá de la raza, la cultura y la nacionalidad; es decir, más allá de ser chinos, americanos, europeos, palestinos, judíos, negros, blancos o amarillos, debemos pensarnos como seres humanos sin fronteras que tienen el compromiso vital de proteger la especie humana y el medio ambiente; *b)* Debemos luchar contra toda forma de discriminación y apoyar toda forma de inclusión; *c)* Debemos respetar a los que son diferentes; *d)* Debemos promover la interacción entre pueblos de diferentes culturas y creencias.

El maestro sabía muy bien que algunas de sus propuestas estaban en los principios de la Revolución francesa, la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas y en la Carta Magna de muchas naciones. Pero la diferencia consistía en que él soñaba con tomar esas páginas de esas cartas e imprimirlas en las páginas psíquicas de un ser humano sin fronteras.

—Es demasiado utópico —dije en voz baja. Pero el maestro me leyó los labios.

—Tienes razón. No hay nada más utópico, imaginario, virtual y romántico. Pero sin utopías, nos transformamos en máquinas; sin esperanza, somos esclavos; sin sueños, somos autómatas. Si los líderes empresariales y políticos pensasen como especie, dos tercios de los problemas de la humanidad se solucionarían en un mes. Y eso no es una utopía, no es un sueño virtual.

Asentí con la cabeza sin miedo de reconocer que él tenía razón. Recordé que no pocas veces me había sentido como una máquina de enseñar a alumnos que se veían a sí mismos como máquinas de aprender.

El maestro daba la impresión de estar muy concentrado. Su voz se oía más pausada de lo normal. Se trataba de un día muy especial para él. Parecía que todavía le quedaba algo importante que decir. A continuación, nos expuso la parábola del capullo.

—Dos orugas tejieron su capullo. En ese ambiente protegido, se fueron transformando en mariposa. Cuando estaban listas para salir y volar libremente, empezaron las dudas. Una de las mariposas, que se sentía frágil, pensó: «La vida allá afuera tiene muchos peligros. Un pájaro podría despedazarme o comerme. O podría pasarlo mal con las tempestades. O podría alcanzarme un rayo. La lluvia podría romper mis alas y hacerme caer al suelo. Además, la primavera está terminando, ¿y si faltara el néctar? ¿Quién me ayudará?». Los riesgos eran muchos y la pequeña mariposa tenía sus razones. Asustada, decidió no partir. Se quedó protegida por su capullo, pero como no tenía medios de subsistencia, murió de un modo muy triste, desnutrida, deshidratada y, lo que es peor, encarcelada por el mundo que ella misma había tejido. —Después de estas palabras, el maestro continuó—: La otra mariposa también tenía dudas. Tenía miedo del mundo exterior, sabía que muchas mariposas no duraban más de un día fuera del capullo, pero deseó la libertad en primer lugar. Y así, partió. Voló hacia los peligros. Prefirió ser una caminante en busca de lo único que determinaba su esencia.

Después de decir esto, nos expuso sus intenciones. Hizo una breve pausa para oír el bellísimo canto de un pájaro que parecía homenajearlo y lanzó una serie de peticiones simples y profundas. Eran tantas que me costaba escribirlas.

—Os he convocado muy temprano porque quiero que durante dos días viváis los principios que fundamentan la experiencia social de convertirnos en «un ser humano sin fronteras». Voy a enviaros en grupos de dos al terreno social. No llevéis billetera, dinero, cheques, tarjetas de crédito, alimentos, ni nada

que os ayude a sobrevivir; sólo podéis llevar medicinas y productos de higiene personal. Comed lo que os den. Dormid en la cama que os ofrezcan. No discriminéis a nadie. Si alguien os rechaza, no os resistáis, tratadlo con benevolencia. Actuad como socioterapeutas. Dad y recibid. No os impongáis a la gente, no defendáis vuestras creencias, no impongáis vuestras ideas, exhalad humanidad. Si os encontráis con alguien en vuestro camino, preguntadle si podéis serle de utilidad. Hablad con la gente, conoced sus pensamientos secretos, descubrid a seres humanos deslumbrantes entre los desconocidos. No los miréis con vuestros ojos sino con los de ellos. No invadáis su privacidad, no la controléis, id hasta donde ellos os permitan. Escuchadlos humildemente, escuchad incluso a aquellos que piensan desistir de la vida, y estimuladlos para que se escuchen a sí mismos. Si consiguen hacerlo, oirán más de lo que podríais oír vosotros. Recordad que el reino de la sabiduría pertenece a los humildes.

Después de darnos todas estas recomendaciones, mostró un cierto aire de preocupación y nos alertó:

—Vivimos en el tercer milenio. Vender el sueño de convertirse en un ser humano sin fronteras en esta sociedad que ha alcanzado el apogeo del individualismo parece el absurdo de los absurdos. Ser solidario, generoso y solícito cuando los otros nos lo piden, ya es algo extraordinario. Imaginad si lo sois cuando nadie os lo pide: os tildarán de fanáticos, enfermos mentales, locos, proselitistas. Pero si me aceptasteis a mí, también os aceptarán a vosotros.

Aparte de estas indicaciones, no dio ninguna regla sobre cómo abordar a la gente y a quiénes buscar. No nos dijo si debíamos buscar a personas ricas o pobres, cultas, iletradas, habitantes del centro o de las afueras de la ciudad. Tampoco nos dio un mapa. El viento le alborotaba el cabello y a nosotros nos corría el sudor por la cara. Su propuesta nos daba miedo. Pensé:

«Esto no va a resultar. Nos malinterpretarán, nos rechazarán. ¿Y si me cruzo con alguno de mis antiguos colegas? ¿Qué pensará de mí?».

—Hay muchas formas de contribuir al bien de la humanidad —agregó el maestro—, pero ninguna de ellas es un paseo tranquilo, ninguna se lleva a cabo bajo una lluvia de aplausos. La forma que yo os propongo puede generar desconfianza. Os puede pasar que seáis famosos por la mañana pero por la noche nadie os recuerde. Tal vez os valoren en un momento y en otro os traten como escoria social. Las consecuencias son imprevisibles. Pero os garantizo que si superáis los obstáculos, seréis mucho más humanos, mucho más fuertes, y al final entenderéis lo que los libros no enseñan. Entenderéis en cierta medida lo que millones de judíos vivieron en manos de los nazis, los cristianos en las arenas del Coliseo, los musulmanes en Palestina... Comprenderéis lo que los religiosos, las prostitutas, los homosexuales, los negros y las mujeres han sufrido a lo largo de la historia.

«Soltar a Bartolomé y a Dimas para representar al maestro sin vigilarlos puede ser un verdadero desastre —pensé—. No será muy diferente a dejar que un estudiante de medicina lleve a cabo una operación sin nadie que lo supervise.»

Lo que el maestro nos pedía era que hiciéramos un experimento social diferente a todo lo que yo había aprendido trabajando en sociología. No quería que fuéramos a África con algún apoyo financiero para hacer caridad, ni que ejerciéramos la filantropía en alguna institución, ni que expusiéramos las bases de ninguna religión o partido político. Se trataba de un regreso puro a nuestros orígenes. No podíamos llevar nada con nosotros, ni siquiera nuestro prestigio.

Sólo debíamos ser seres humanos que se conectaban con otros seres humanos.

Frunciendo el entrecejo, nos dijo que teníamos la capacidad de elegir.

—Os aliento a salir del capullo al menos esta vez, pero nadie está obligado a hacerlo. Los riesgos son muchos y las consecuencias son imprevisibles. Vosotros elegís, solamente vosotros.

A pesar del miedo, nadie renunció. Ni siquiera dos jóvenes de dieciocho años que estaban presentes. Como jóvenes, ávidos de aventuras, querían experimentar esa adrenalina.

## ENVIANDO A LOS DISCÍPULOS

Después de la reunión, el vendedor de sueños nos alentó a partir y nos indicó el horario de regreso. Cada uno tomó como compañero a quien estaba a su lado. Dio libertad a las mujeres para que durmieran en casa, pero ellas no lo aceptaron. No estuvieron de acuerdo en tener un trato especial.

—Queremos realizar el experimento social completo. Queremos salir del capullo los dos días completos —dijo Jurema en representación de las mujeres.

Otras cuatro personas se disculparon y desistieron, pero dijeron que regresarían el día señalado por el maestro.

El resultado no pudo ser más complejo. Nos confundieron con ladrones y secuestradores. Nos rechazaron, nos ridiculizaron, nos amenazaron. Varias parejas tuvieron que dar explicaciones a la policía. Pero, a pesar de todo, tuvimos experiencias espectaculares.

Nos divertimos intensamente y aprendimos muchas cosas. Parecía que no estuviésemos recorriendo la misma sociedad, que estuviésemos entrando en un mundo completamente distinto, el mundo del otro. Todos dijeron lo mismo: que se habían sentido muy inseguros por no llevar dinero o tarjeta de crédito. Algunas veces nos sentimos como los judíos durante la segunda guerra mundial o como los palestinos en Oriente Medio, sin hogar, sin patria, sin protección..., sin la seguridad

de poder sobrevivir. Éramos solamente seres humanos, nada más que seres humanos. La experiencia sociológica demostró que estamos perdiendo nuestra humanidad. Que, de hecho, la escondemos detrás de nuestra ética, nuestra moral, nuestros títulos, nuestro estatus, nuestro poder.

Boquita de Miel fue a vender sueños a los lugares que mejor conocía: los bares y las discotecas. Tuvo que enfrentarse a innumerables obstáculos. Algunos le arrojaron vodka a la cara, otros lo humillaron, lo insultaron y lo echaron diciéndole: «¡Vete de aquí, borracho!». En cinco ocasiones perdió la paciencia y amenazó a dos borrachos con abofetearlos. Se dio cuenta de que el trabajo que él había dado a los demás no había sido fácil. Dimas era su compañero. A pesar de las contrariedades, ayudó a levantar a hombres alcoholizados, escuchó conversaciones incoherentes, consoló, apoyó, soportó al prójimo. Muchos le dijeron que bebían para no pensar en pérdidas, traiciones, crisis financieras, muertes en la familia. No tenía una solución mágica para ellos, pero los escuchó. Hacia el final del primer día, se acercó a un hombre de mediana edad que estaba sentado solo a una mesa.

—Estimado señor, no quiero incomodarlo. Sólo me gustaría saber en qué podría serle útil —le dijo con mucha educación.

—Págame otro whisky —fue la rápida respuesta.

Dimas le dijo que no tenía dinero. El borracho le dio un empujón y lo increpó.

—Entonces, lárgate de aquí, si no, llamaré a la policía.

Bartolomé era un hombre robusto. Tomó al alcohólico del cuello de la camisa y, cuando iba a darle un puñetazo, recordó las recomendaciones del maestro.

—¡Ah, si fuesen otros tiempos! —dijo, enfurecido.

Dimas también estaba indignado.

El alcohólico se llevó las manos a la cabeza e intentó recupe-

rar la compostura. Aunque no estaba sobrio, se dio cuenta de que había sido grosero. Les pidió disculpas y los invitó a sentarse. Después estuvo llorando durante veinte segundos sin decir ni una palabra. Los borrachos lloran con facilidad.

A continuación, se presentó. Dijo que se llamaba Lucas y que era un cirujano fracasado. Había cometido un error médico que no había llegado a comprometer la vida del paciente, aunque el abogado de ese paciente lo transformó en un delito. Lo llevó a juicio y, como no tenía seguro, perdió todo lo que había conseguido en veinte años de carrera. Tenía deudas y no podía pagar la hipoteca de su casa, razón por la cual iban a desahuciarlo. Tampoco había podido pagar las cuotas del crédito con el que había comprado su coche, y estaban a punto de quitárselo.

—No llores, amigo, puedes vivir debajo de un puente —dijo Bartolomé, aún más angustiado que el hombre que tenía enfrente.

Dimas entró en acción. Tratando de consolar al médico, contó parte de su historia, una historia que Bartolomé desconocía hasta ese momento. Contó que su padre había estado preso durante veinticinco años por un asalto a mano armada. Poco después de que lo detuvieran, su madre había conocido a otro hombre y lo había abandonado a él, de cinco años, y a su hermana, de dos. Los enviaron a orfanatos distintos. A ella la adoptaron y nunca más la vio. Dimas no tuvo tanta suerte; nadie quería a un niño de cinco años, de piel oscura. Creció carente de todo; sin padre, sin madre, sin hermana, sin afecto, sin estudios, sin amigos.

Bartolomé se conmovió con su historia e intentó consolarlo.

—*My friend*, siempre pensé que eras un holgazán, un canalla, un embustero sin causa. No te conocía. ¡Tú eres el más normal de los locos del grupo!

El doctor Lucas también se emocionó con la historia de Di-

mas. Los efectos del alcohol se le pasaron rápidamente a causa de su interés por la conversación. Se hicieron amigos. Conversaron durante tres horas. Salieron abrazados y cantando «Lucas es un buen compañero, Lucas es un buen compañero...». Sintieron el placer de una amistad desinteresada. Se dieron cuenta de que vivir fuera del capullo tiene sus riesgos innegables, pero también sus irrefutables encantos.

Aquella noche durmieron en un cuarto en el fondo de la casa del médico. Su esposa, que había oído hablar del movimiento social de los «sueños», les preparó unos succulentos espaguetis con salsa de tomate. Al día siguiente, les dio las gracias. Hacía seis meses que no veía a su marido con ganas de afrontar desafíos.

Dimas y Bartolomé continuaron con la jornada. Hacia el final de la tarde del segundo día, encontraron a otro alcohólico en una situación penosa. Estaba derrumbado sobre la barra. A Bartolomé le parecía conocerlo. Cuando volvió el rostro, lo confirmó. Era Bernabé, su mejor amigo de la época de bares y juergas. Medía un metro setenta y cinco de altura y pesaba ciento diez kilos. Era casi imposible no verlo borracho y comiendo algo al mismo tiempo. El alcohol todavía no había conseguido quitarle el apetito. Lo llamaban «el Alcalde» porque le encantaba pronunciar discursos, discutir de política y dar soluciones mágicas a los problemas sociales. Él y Bartolomé competían por llevarse el título de la «lengua más incontrolable».

—Boquita, ¿qué estás haciendo aquí? —gritó Bernabé sin conseguir articular bien las palabras.

—Alcalde, ¡me alegro de verte! —dijo Boquita, y lo abrazó.

Dimas y Bartolomé lo llevaron a una plaza a cincuenta metros del local. Estuvieron juntos varias horas, hasta que el efecto del alcohol en el cerebro de Bernabé disminuyó. Cuando estuvo un poco más lúcido, le dijo a Bartolomé:

—Te he visto en los periódicos. Ahora eres famoso. Estás traficando con bebidas. No, no, disculpa, estás haciendo de Papá Noel, distribuyendo regalos gratis. Genial —articuló de forma poco clara. Y agregó—: Hoy estás del lado de los buenos. Has abandonado el equipo de los bohemios.

Bartolomé dijo que seguía siendo el mismo, que sólo había cambiado un poco en la forma de afrontar los hechos. Y aprovechó que estaba entre amigos para contar un poco de su historia, al igual que había hecho el doctor Lucas.

Como Dimas, Bartolomé también había pasado su infancia en un orfanato, pero por razones distintas.

—Mi padre murió cuando yo tenía siete años, y el cáncer se llevó a mi madre dos años después. Me llevaron al Liceo, un orfanato en las afueras de la ciudad. Estuve allí hasta los dieciséis años, y después me escapé.

Dimas miró a Bartolomé, sorprendido, y dijo:

—No me digas que tú eres «Pie de Oro». —Así llamaban a Bartolomé en el orfanato, porque jugaba muy bien al fútbol. Bartolomé, impresionado, miró a Dimas y también lo reconoció. Ambos habían tenido la impresión de conocerse de antes, pero no habían tenido tiempo suficiente para confirmar su intuición. Justo ahora, después de veinte años, se habían reencontrado.

—¡Genial! La familia vuelve a reunirse. Soy solamente yo el que no tiene a nadie —se lamentó Bernabé. Estaba mareado y apoyó la barbilla sobre la mesa.

Bartolomé se compadeció de su amigo. Miró el reloj y vio que llegaban tarde para la reunión con el maestro. Le pidió a Dimas que se adelantara. Quería conversar un poco con Bernabé sobre su nueva familia.

La profesora Jurema y yo habíamos ido a hablar con algunos alumnos de una universidad que quedaba frente a la mía. Yo traté de desafiar sus pensamientos. Los estimulé a desarrollar

el método socrático, a construir proyectos existenciales y a expandir el mundo de las ideas.

Jurema levantó un poco la voz y les pidió que se acercaran. Todos quedaron impresionados con la elocuencia de la viejecita. Tenía más vigor y más ímpetu que ellos, que estaban cansados, abatidos, desanimados.

De repente, cuando menos lo esperaba, vi que se acercaban algunos profesores conocidos. Me ruboricé. Eran colegas de mi universidad que estaban dando un curso, justamente en la facultad en la que nos encontrábamos. Se aproximaron riéndose. Pude leer en sus labios cómo comentaban que el autoritario coordinador del curso había perdido el juicio.

—Enfréntate a ellos. Es la forma de salir del capullo —me dijo doña Jurema.

Era el precio que tenía que pagar por haber sido poco tolerante. Un profesor que no se ponía al día, que no era bueno dando clase, y que siempre se había sentido presionado por mí no dudó en decirme:

—¿Y qué tal la vida de loco?

Preferí dar media vuelta y tomar otro rumbo. Pero Jurema me cogió del brazo para que me calmara. Me controlé, lo miré fijamente a los ojos y le respondí:

—Estoy tratando de entender mi locura. Cuando me escondía detrás del intelectual, creía estar muy saludable, pero como ahora soy un caminante en busca de mí mismo, sé que estoy más enfermo de lo que imaginaba.

Mis colegas se quedaron atónitos. Se dieron cuenta de que seguía razonando con rapidez, pero nunca me habían visto reconocer un error ni tener gestos de humildad. Comenzaron a serenarse.

Aproveché para exponer mis razonamientos, aunque no esperaba que me entendieran.

—¿Quiénes sois vosotros esencialmente? ¿En qué estado se encuentra vuestro nivel de placer? ¿Habéis tenido tiempo últimamente para relajarnos? ¿Habéis invertido energías en vuestros proyectos personales o más bien los habéis enterrado? ¿Os habéis comportado como gigantes intelectuales, aislados en vuestra brillante formación, o habéis sido seres humanos sin fronteras que saben separar sus dolores? ¿Conocéis la matemática de la sustracción en las relaciones sociales? ¿Habéis sido máquinas de enseñar o habéis formado pensadores?

Los profesores sintieron que el loco que había querido suicidarse estaba mejor que cuando discutía con ellos en la universidad. Uno de ellos, Marco Antonio, profesor de lógica del conocimiento aplicada a la sociología, que era el más culto del departamento pero cuyo sistema de enseñanza yo siempre había criticado, se dirigió a mí:

—He seguido tus pasos, Julio, a través de los periódicos y a través de los alumnos. Estoy de verdad impresionado con tu coraje para hacer un alto en tu vida y reorganizarla. Antes o después, todo el mundo debería realizar un corte de esa índole en sus actividades para encontrarse a sí mismo y repensar su historia.

Hablé sobre el proyecto de los sueños. Dije que no era un proyecto de motivación, crecimiento personal o autoayuda, sino de formación de pensadores humanistas. Era el proyecto para formar «un ser humano sin fronteras».

Admirado, el profesor Marco Antonio relató que estaba cansado del conformismo social y asustado con la paradoja del aislamiento psíquico frente a la masificación del consumo. Le pedí que explicara mejor esa paradoja porque no comprendía todas las dimensiones de su idea.

—Los seres humanos están viviendo como islas cuando deberían ser continentes —dijo—, y como continentes cuando

deberían ser islas. O sea, deberían tener participación mutua en áreas como el diálogo, el intercambio de experiencias, la superación de frustraciones, y ser islas en áreas como el paladar, el estilo de vida, el arte y la cultura. Pero la comunicación televisiva, la comida rápida y la industria de la moda han masificado nuestros gustos y estilos. Hemos perdido la individualidad y fortalecido el individualismo.

«Este hombre tiene un pensamiento muy cercano al del maestro», pensé para mis adentros. A continuación, dijo que desde que Marx había publicado *El capital* no había habido movimientos sociales nuevos, idealistas, utópicos, con propuestas interesantes. Y nos preguntó cómo podría participar de la experiencia sociológica de ser una persona sin fronteras. Me sentí feliz de poder contárselo.

Todas las parejas volvieron entusiasmadas. Tuvieron algunos inconvenientes pero vivieron hechos notables. Hechos que no hacían crecer nuestra cuenta bancaria ni nuestro estatus social, pero rescataban nuestros orígenes.

Algunas de ellas trajeron amigos y amigas que habían hecho en el camino. Mónica vino con cinco modelos amigas. Estaban eufóricas por desfilar en pasarelas que desconocían. Y Jurema y yo llevamos a dos profesores y a dos alumnos. Dimas trajo al doctor Lucas y a su esposa. Salomón a un amigo que era psiquiatra y especialista en trastornos de ansiedad, pero que vivía constantemente deprimido. La alegría de su paciente lo había contagiado. Quería tomar algunas dosis de aquel antidepresivo social.

Todo el mundo hablaba a la vez. Todos contaban experiencias sinceras. Relataban con euforia el placer de haber penetrado en la mente de los desconocidos. Habían descubierto el placer indescriptible de contribuir a la historia de los otros. Relataban el júbilo que les había causado la solidaridad anónima.

En total había treinta y ocho «extraños» en el grupo. Entre ellos, dos judíos ortodoxos y dos musulmanes. De repente, nos dimos cuenta de que faltaba Bartolomé. Dimas nos dijo que estaba con su amigo y que pronto llegaría.

La atmósfera era tan buena que decidimos improvisar la primera de las muchas fiestas que íbamos a organizar. En ella, ricos y pobres, intelectuales e iletrados, cristianos, musulmanes, judíos y budistas comieron, bailaron y mezclaron sus universos sin prejuicios. La regla era entregarle a cada uno un pedazo del propio ser.

Ni siquiera en sus delirios filosóficos Robespierre imaginó que los tres pilares de la Revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, serían vividos de manera tan efervescente por personas tan distintas. El maestro, al ver nuestra alegría, nos dijo:

—Jamás seremos iguales en nuestra esencia, en el tejido intrínseco de nuestra personalidad, en nuestro pensamiento, en nuestro modo de actuar y de ver e interpretar la vida. El sueño de la igualdad sólo crece en el terreno del respeto por las diferencias.

Pero no todas las parejas tuvieron éxito. Mi amigo Edson tuvo que enfrentarse a una situación complicada. Se presentó con los ojos morados. Daba la impresión de haber recibido dos puñetazos. Teníamos curiosidad por saber qué le había pasado.

Nos contó que, después de haber contagiado a la gente con su altruismo y su generosidad, alguien lo ofendió de forma inimaginable.

—Un hombre de unos cincuenta años me preguntó si yo conocía el Sermón de la Montaña —nos dijo— y le contesté que sí.

—Edson se calló. Estaba un poco avergonzado.

—¿Y eso no es bueno? —le pregunté, tratando de animarlo.

—Sí, pero el problema es que él me pidió que recitara algunas

palabras de ese sermón, lo que hice con entusiasmo, pues conozco el texto de memoria. —Edson hizo otra pausa y se ruborizó.

—Pero eso es excelente —dijo Dimas al ver que no continuaba hablando.

—Sí, pero cuando llegué a la parte en que dice que debemos poner la otra mejilla, él me preguntó si yo creía en eso. Obviamente, le dije que sí sin pestañear. —E hizo la tercera pausa. Daba la impresión de estar incómodo.

El maestro lo escuchaba atento.

—¿Y eso no es maravilloso, Edson? —le preguntó Mónica.

—Sí, quiero decir, no. —Bajó un poco la voz—. En ese momento, el hombre abrió la mano y me dio una bofetada en la mejilla izquierda. Nunca había sentido tanta rabia. Mis labios temblaban y sólo tenía ganas de golpear al sujeto. Pero no reaccioné.

El maestro desconfiaba de su heroísmo.

—¡Felicidades! —intervino doña Jurema—. Eso es un verdadero milagro. Eso es un milagro de la naturalidad.

Pero nuestro amigo tenía la ropa rota y la cara arañada.

—¿Por qué tienes también morado el ojo derecho? —preguntó Salomón.

—Después de golpearme, me pidió que pusiera la mejilla derecha —nos explicó Edson—. Yo no quería, pero antes de que me diera cuenta ya me había abofeteado. Quise agarrar al tipo por el pescuezo, pero recordé todo lo que habíamos vivido juntos vosotros y yo, amigos. Recordé al dócil Maestro de Nazaret y el proyecto del vendedor de sueños. Me contuve. No sé cómo, pero lo hice. Mientras, él se seguía burlando de mí. Había oído hablar de nuestro proyecto y me llamaba «vendedor de tonterías».

La gente aplaudió la actitud de Edson. Pero él pidió a la audiencia que le dejara terminar la historia. Y dijo que había fallado.

—Después, volvió a pedirme que pusiera la mejilla izquierda. Sentí mucha rabia. Sabía que Jesús había pedido que pusiéramos la otra mejilla, pero no que pusiéramos la misma dos veces. Entonces, miré al cielo, pedí disculpas y me lié a tortas. Pero él era más fuerte que yo, y me dio con ganas.

No era el momento de reírse, pero no pudimos contenernos. El maestro, aunque no aprobaba la violencia, también se rió. Después nos dio una lección inolvidable.

—Convertirse en un ser humano sin fronteras no es ser un ingenuo ni poner la propia vida en peligro sin necesidad. Recordad que no os llamé para que fuerais héroes. No debéis provocar, y mucho menos plantar cara, a los ofensores. Poner la otra mejilla no es sinónimo de fragilidad sino de fuerza. No quiere decir ser estúpido sino lúcido. —En ese momento, hizo una pausa para que asimilásemos sus ideas. Después continuó—: Poner la otra mejilla es símbolo de madurez y fuerza interior. No se refiere a la fuerza física sino a la psíquica. Poner la otra mejilla quiere decir hacer el bien a quien nos decepciona, y tener la elegancia de elogiar a quien nos difama, y altruismo para ser amables con quien nos aborrece. Y salir en silencio y sin estridencia de la mira de nuestros agresores. Poner la otra mejilla evita homicidios, traumas, cicatrices imborrables. Los débiles se vengan, los fuertes se protegen.

Edson absorbió esas palabras como si fuesen gotas de lluvia sobre la tierra seca. A partir de este episodio dio un salto emocional, perfeccionó su sabiduría, expandió las fronteras de su mente. Hizo una gran contribución a nuestro movimiento.

Las palabras del maestro penetraron como un rayo de luz en todos nosotros. Fueron tan impactantes que hicieron que los judíos ortodoxos abrazaran a los musulmanes que estaban presentes. Miré a mi amigo, el profesor Marco Antonio. Recordé que en algunas ocasiones me había liado a puñetazos con mis

enemigos de la universidad. No sabía que los que ponen la otra mejilla se sienten mucho más felices y tranquilos y pueden dormir mucho mejor.

—Di clases durante treinta años —me cuchicheó Jurema al oído—, pero tengo que admitir que formé muchos alumnos agresivos, irritables, vengativos, faltos de solidaridad y sin ninguna amabilidad.

«Yo también», pensé. A veces, en los medios menos pensados, como la universidad, formamos dictadores. Sólo les falta el poder.

Mientras reflexionaba sobre estos asuntos, se armó cierto revuelo. Apareció Bartolomé con Bernabé. Los dos estaban completamente ebrios. Bartolomé se había sentido tan eufórico por el reencuentro con su amigo que había bajado la guardia. Decidió tomar un trago para celebrarlo y volvió a pasarse con el vodka.

Los dos venían abrazados. Se les doblaban las piernas al caminar y, para no caerse, se apoyaban el uno en el otro. Llegaron cantando una canción de Nelson Gonçalves.

—«Bohemia, aquí me tienes de regreso, y suplicando te pido que me inscribas otra vez. Volví para ver a los amigos que un día dejé, para llorar de alegría.»

Como si la borrachera no bastaste, Bartolomé miró al grupo y dijo, animado, la frase que más le gustaba pronunciar:

—¡Ah! ¡Cómo adoro esta vida!

Todos reaccionamos a coro:

—¡Cierra la boca, Bartolomé! —Y nos echamos a reír.

Pero él no se calló. Cuando ya estaba cayéndose, tuvo el atrevimiento de enfrentarse al maestro. Miraba a los invitados y se envalentonó. Dijo que ya sabía de qué iba este asunto.

—Escúcheme, jefe. Este asunto de ser humanos sin fronteras es antiguo. Muy antiguo, ¿sabía? —Trataba de chasquear los

dedos para confirmar esa antigüedad. Y siguió—: Los alcohólicos conocen esta idea desde hace mucho tiempo. Ningún alcohólico es más importante que otro. Todos se besan, se abrazan, cantan juntos. No tenemos bandera. ¿Entiende?

Observé al vendedor de sueños. Él había dedicado mucho tiempo a formarnos. Había tenido una paciencia digna de Job, y ahora, cuando su sueño estaba en su punto culminante, tenía que soportar una frustración como aquélla. Pero el maestro avanzó hacia los dos borrachos y los abrazó.

—Algunas personas pueden vivir fuera del capullo para siempre, y otras, de vez en cuando, necesitan volver a casa —les dijo en tono de broma.

Además de no estar decepcionado, aprobaba la idea de Boquita de Miel. ¡Increíble!

—De hecho, los alcohólicos son seres humanos sin fronteras. Sobre todo los que no son agresivos. ¿Por qué? Porque, en determinados casos, el efecto del alcohol en el cerebro bloquea los archivos de la memoria que contienen los prejuicios, las barreras nacionales, culturales y sociales. Pero es mejor y más seguro realizar esta conquista desde la sobriedad. Por medio del difícil arte de pensar y elegir —dijo. Y sin mostrar ningún tipo de reparo, se puso a bailar en medio de los reunidos.

El maestro estaba muy animado. Sabía que nadie cambia a nadie salvo a sí mismo. Sabía mejor que todos nosotros que fuera del capullo hay muchos obstáculos imprevistos.

Su actitud fraternal ante los «alumnos» cuyo comportamiento se salía completamente del patrón de lo «aceptable» me convenció de que la grandeza de un maestro está en enseñar a los rebeldes y a los que tienen dificultades, y no a los buenos alumnos de la clase.

¡Cuántas equivocaciones! Nunca había abrazado a un alumno rebelde, ni apostado por un mal estudiante.

—Sepulté a mis alumnos en el sótano del sistema educativo  
—le dije a la profesora Jurema.

Ésta, recordando su propia historia, tuvo la valentía de confesar:

—Por desgracia, yo también. En lugar de incentivar la rebeldía creativa, la intuición, el razonamiento sintético en las respuestas, exigía precisión en las informaciones. Formamos jóvenes estresados, tensos, con instinto depredador, ansiosos por ser los primeros, en lugar de formar jóvenes pacificadores, tolerantes, que se sientan dignos a pesar de no ocupar el primer puesto.

Después de aquella fiesta, tuvimos la impresión de salir de una infancia y entrar en otra: la infancia sociológica. La fiesta duró hasta la madrugada. Estábamos ebrios de alegría. Bernabé fue invitado a entrar en el equipo de los sueños. Bartolomé y Bernabé se transformaron en la pareja más excéntrica, desastrosa y peligrosa de la banda. No sabíamos si se regenerarían o si nos volverían más locos de lo que estábamos. Pero no importaba, porque yo también estaba aprendiendo a adorar aquella vida.

## EL VENDEDOR DE SUEÑOS EN EL TEMPLO FINANCIERO

La fama del maestro se acrecentaba a diario, y empezaba a colarse también en la élite financiera. Empresarios y ejecutivos habían oído hablar sobre aquel hombre fuera de lo común y, dado que siempre estaban ávidos de nuevos métodos de liderazgo y formas novedosas de creatividad, lo invitaron a dar una conferencia. La invitación me la hicieron a mí para que se la transmitiera al maestro. Querían conocer la mente del hombre que estaba incendiando la sociedad.

Para mí, que era un teórico marxista, esa élite sólo se interesaba por tres cosas: en primer lugar, por su dinero; en segundo lugar, por su cuenta bancaria; y, en tercer lugar, por su capital. Por impulso, casi les contesté que el vendedor de sueños no aceptaría la invitación, pero para no adelantarme a su decisión fui a comunicárselo.

Su respuesta me sorprendió. Meditó durante un momento y luego dijo que hablaría con los empresarios, pero en el auditorio que él eligiera. Y me dio una dirección. Era un lugar del que yo nunca había oído hablar. No conocía el tamaño del anfiteatro ni si disponía de asientos cómodos. Sólo sabía que ese grupo humano exigía siempre el máximo confort posible.

Me dijeron que el público estaría compuesto por unos cien empresarios y ejecutivos, entre los cuales sólo había cinco muje-

res. Había industriales, banqueros, propietarios de grandes constructoras, dueños de cadenas de supermercados, de cadenas de tiendas y de otros comercios. Representaban la mayor parte de la riqueza de la gran megalópolis y también de toda la región. La élite financiera se alegró de que el maestro hubiera aceptado la invitación. Pero como yo siempre había tenido mis reparos con esa gente, quise decirles algo que los inquietara. Les dije que el hombre que iban a escuchar era tan radical que era capaz de lograr que hasta socialistas como Lenin se asustaran. Mi broma causó malestar en los participantes, pero yo doblé la apuesta, e insistí con otro comentario malicioso. Les dije que existía la posibilidad de que el vendedor de sueños les dijera que eran una raza de víboras de la sociedad capitalista, una casta de burgueses explotadores. A ellos no les gustó la idea, les inspiró temor. Pero, a pesar de todo, querían hurgar en las ideas de aquel hombre fascinante.

Los líderes no conocían el lugar donde el maestro los había citado, y a algunos les extrañó no haber oído hablar de él, pues estaban acostumbrados a organizar eventos en los mejores lugares de la ciudad. La noche del encuentro, el vendedor de sueños salió antes que nosotros. Aparentemente, quería meditar. «¿Querrá afinar su artillería? —me pregunté—. ¿Le estará pidiendo a su Dios sabiduría para hacer temblar los cimientos de la clase dominante? Es su oportunidad de oro para quebrar la espina dorsal de la élite financiera», seguí reflexionando. Pero me equivocaba. Lo que iba a pasar sería muy distinto y me dejaría atónito.

Nosotros tampoco conocíamos la dirección y fuimos preguntando a medida que nos dirigíamos allí. Estábamos cerca de la numeración de la calle que el maestro nos había dado, pero no dábamos con el local del evento. Era una calle mal iluminada. Después, nos encontramos a un grupo de personas

que también parecían perdidas. Eran los empresarios. Pensaban que les habían dado una dirección equivocada, pero yo les confirmé que la dirección que tenían era correcta. De todos modos, pensé que tal vez tuvieran razón. Dada su condición social, quizá el maestro no conocía los centros de reunión de la ciudad y nos había dado unas señas equivocadas.

Los empresarios estaban decepcionados. Decidimos seguir caminando juntos y preguntar un poco más adelante. Llegamos a un enorme y lúgubre cementerio. Se trataba del famoso cementerio de la Recoleta. Perturbados, nos dimos cuenta de que el número coincidía con el que nos había dado el maestro. «Si ya tiene fama de loco, esto terminará de confirmar esa fama», pensé.

—Yo puedo enfrentarme a los fantasmas de mi mente —dijo Salomón—, pero odio acercarme a un cementerio, y mucho más de noche. Abandonemos este lugar.

Con ciertas dudas, lo tomé del brazo. Le pedí que se calmara.

Los participantes iban llegando en coches lujosos y se reunían en la entrada. Todos estaban confundidos. Por primera vez tuve que rebajarme ante aquellas personas y pedirles disculpas por haberles dado mal la dirección.

De repente, cuando estábamos a punto de irnos, las puertas del enorme cementerio se abrieron. De inmediato, Boquita de Miel abrazó a Mano de Ángel y empezó a temblar.

—Si no es con varios litros de vodka encima, me niego a entrar en este lugar.

Después de que Bartolomé hiciera esa observación, apareció una figura extraña y terrorífica. Era imposible verle la cara debido a la falta de iluminación de la entrada. El personaje nos hacía señas para que entrásemos. Una vez dentro, vimos que se trataba del maestro. Nos quedamos mudos al comprobar que la dirección era correcta.

Todos, discípulos y empresarios, empezamos a movernos

lentamente y con algo de temor hacia el singular lugar de reunión. Nos mirábamos disimuladamente unos a otros, sin saber muy bien qué estábamos haciendo allí. Era la primera vez que una conferencia sobre liderazgo y creatividad tenía lugar en un cementerio. Era la primera vez que se hablaría del agitado mundo de los vivos en el escenario de los muertos.

Mientras nos acercábamos al lugar de la conferencia, el maestro hablaba con voz grave y saludaba de manera extraña a los participantes.

—Bienvenidos, futuros ricos del cementerio. Sentíos como en casa, por favor.

A los empresarios les temblaron las piernas. Estaban acostumbrados a grandes batallas competitivas y a enfrentarse a riesgos fenomenales, pero nunca habían estado frente a un desafío como aquél. Un desconocido los había noqueado en el primer asalto. Yo no sabía qué decir ni cómo reaccionar, y la gente que había a mi alrededor estaba igual de paralizada. El cementerio de la Recoleta es imponente. Es para gente acomodada. Sus mausoleos son suntuosos, verdaderas obras de arte.

Al vernos ensimismados, el maestro siguió exponiendo sus ideas.

—Aquí yacen los hombres y las mujeres notables de la sociedad. Sueños, pesadillas, sentimientos secretos, emociones visibles, momentos de ansiedad y otros de raro placer constituyeron la vida de cada uno de los humanos que aquí descansan. Sus historias están dormidas. Y, salvo sus seres queridos, rara vez alguien se ocupa de ellas.

No entendíamos adónde quería llegar; tampoco si la conferencia había comenzado o si habría finalmente una conferencia. Sólo sabíamos que sus palabras nos hacían viajar por nuestra propia historia. El pasado de los fallecidos nos revelaba los caminos de nuestro futuro. Su charla, que parecía infundir miedo,

empezó a volverse más tranquilizadora. Después, hizo una petición a todos los participantes.

—Os pido que leáis, durante diez minutos, las dedicatorias que hay en las entradas de los mausoleos.

Yo nunca había realizado esta experiencia sociológica. A pesar de que la luz no era excelente, comenzamos a recorrer las calles del cementerio y a leer los mensajes grabados en metal que celebraban la existencia de las personas ausentes. ¡Cuánta nostalgia! ¡Cuántas cualidades! ¡Cuántas palabras cargadas de nobles significados! Algunos decían: «A mi gentil y buen marido, con nostalgia de su amada esposa. Que Dios lo tenga en paz». «A nuestro querido papá. El tiempo nos robó tu presencia pero jamás robará el amor que sentimos por ti.» «Papá, eres inolvidable. Todos los días te amaré.» «Al amigo irremplazable, gracias por haber existido y participado de nuestra vida.»

No sé qué me pasó cuando leí esas dedicatorias, pero terminé envuelto en una atmósfera de afecto. Empecé a recordar a las personas que había perdido. Nunca mandé escribir una dedicatoria para mi padre. Ni siquiera le agradecí haberme dado la vida. Su suicidio bloqueó mis sentimientos. Tampoco le escribí nunca un mensaje a mi madre, salvo el que llevo silenciosamente en la cabeza: «Gracias por haber soportado mi rebeldía».

Miré a los lados y vi que tanto mis amigos como los empresarios estaban emocionados. Habían viajado en el tiempo. Habían abierto las puertas de su inconsciente y se habían encontrado con la más cruda fragilidad. Eran hombres que dirigían empresas con millares de empleados, pero ahora se sentían simples mortales.

En ese momento, sentí que el maestro había creado ese clima a propósito. Les había quitado toda su seguridad, desactivando sus mecanismos de defensa. Los había despojado de su estatus social para bombardearlos con sus palabras. Entonces les preguntó lo que todo empresario detesta oír:

—¿Dónde están los proletarios de la actualidad?

Pensé: «Esta gente va a marcharse. Aunque estén aturridos por el viaje al pasado, no van a soportar las críticas del vendedor de sueños». Pero nadie dijo nada. La respuesta obvia no era la respuesta correcta. En ese momento, el maestro me dejó completamente boquiabierto.

—¡Vosotros sois los proletarios de la actualidad —dijo, invirtiendo la teoría marxista—, al menos una parte importante de ellos.

«¿Qué está diciendo? —pensé—. ¿No sabe con quién está hablando?» Tuve ganas de salir corriendo, pues me parecía que no tenía idea de lo que estaba diciendo ni a quién se estaba dirigiendo. Pero en seguida hizo que chocara contra mis propios pensamientos cuando comenzó a explicarse.

Habló del filósofo Karl Marx (1818-1883), que había dejado su tierra natal y había viajado a París, donde conoció a Friedrich Engels (1820-1895). Los dos pulieron sus ideas, se hicieron miembros de grupos socialistas e iniciaron una colaboración que duró toda la vida. Para ellos, los factores económicos y tecnológicos, es decir, los modos en que se producen los bienes y se distribuyen las riquezas, son las fuerzas que desarrollan la historia y definen la política, la ley, la moral, la filosofía y toda la cultura. Marx creía que la historia humana estaba gobernada por las leyes de la ciencia y rechazaba todas las interpretaciones religiosas de la naturaleza y la historia. Por medio de esas leyes, las personas, especialmente las de la clase trabajadora, tendrían la libertad de construir su propia historia.

Pero esa libertad tan soñada nunca se materializó. Cuando aquellos socialistas tomaron el poder, se volvieron implacables, destruyeron a sus opositores, silenciaron voces, cercenaron derechos y así destruyeron la libertad que proclamaban. La clase trabajadora no construyó su propia historia, sino aquella que le

impuso la cúpula gobernante. La antigua religión fue sustituida por el culto a la personalidad de los líderes.

—La revolución de esos socialistas fue extrema —dijo. Y agregó—: A diferencia de ellos, mi sueño no es destruir el sistema político vigente para reconstruirlo. No creo en cambios de fuera hacia dentro. Creo en un cambio pacífico desde dentro hacia fuera, un cambio en la capacidad de pensar, de percibir, de criticar, de interpretar los fenómenos sociales y, en especial, en la capacidad de rescatar el placer. Mi sueño está dentro del ser humano.

Después de esta breve explicación, que revelaba que conocía el tema, contó que cuando Marx dio a conocer sus ideas, la clase dominante no repartía la riqueza, y usaba el poder político y financiero para oprimir a la clase trabajadora. Una pequeña minoría vivía opulentamente frente a la miseria de una inmensa mayoría. Hoy la situación era distinta: la diferencia de clases todavía existía, las injusticias sociales aún no habían sido erradicadas; pero en el tercer milenio, el sistema, con la llegada de la globalización, había producido una nueva clase de personas explotadas.

—¡Vosotros! —exclamó el maestro con énfasis.

Al oír esa afirmación, pensé: «Pero ¿acaso no son ellos los privilegiados? ¿No viven en el lujo y la opulencia? ¿Cómo es posible calificarlos de clase explotada, llamarlos los proletarios de este milenio?».

Y para fundamentar sus ideas, echó por tierra un dicho popular que muchos de nosotros conocíamos.

—Durante los siglos pasados, antes de que se desarrollara el sistema, una fortuna tardaba tres generaciones en agotarse. Por eso, el antiguo dicho tenía fundamento: abuelo rico, hijo noble, nieto pobre. Pero en el presente, ese pensamiento tiene escasa validez. Una empresa sólida puede desaparecer en cinco años. Una industria importante puede quedarse fuera del mercado

en muy poco tiempo. En fin, en una generación pueden destruirse tres, cuatro, cinco o más fortunas.

Mi castillo de naipes empezaba a desmoronarse. Después del susto inicial, los empresarios se quedaron pensativos y empezaron a estar de acuerdo con el misterioso provocador que les hablaba.

—Para que nuestras empresas sobrevivan, tenéis que estar todo el tiempo compitiendo. Para que vuestras empresas no sean devoradas por la competencia, tenéis que redescubriros cada año, superaros cada mes y reinventaros cada semana.

E hizo una pregunta básica que todos contestaron de manera incorrecta.

—¿El sistema aplasta las empresas que son ineficientes?

Todos respondieron que sí al unísono. Pero él lo refutó.

—El sistema no aplasta las empresas, aplasta a sus líderes.

Y también los médicos, los abogados, los ingenieros, los periodistas y muchos otros profesionales estaban en el mismo proceso de aplastamiento. Los dueños del dinero empezaron a entender que no eran tan ricos como pensaban. Los propietarios del poder empezaron a percibir que no eran tan fuertes como imaginaban. Durante esa exposición inicial, algunas personas seguían mostrándose escépticas. Al maestro le gustaban los escépticos, pues podía llegar a ellos con la astucia de sus ideas. Para no dejar dudas, hizo el diagnóstico y mostró el resultado.

—Señoras y señores, el tiempo de la esclavitud no ha sido extirpado de las páginas de la historia; sólo ha cambiado de forma. Voy a haceros algunas preguntas y os pido que me respondáis con toda sinceridad y transparencia. El que no es transparente tiene una deuda impagable con su salud psíquica. Respondedme, por favor, ¿quién sufre de dolores de cabeza?

Todos se mostraron un poco incómodos, pero, en seguida,

fueron levantando las manos uno a uno. Vi que casi todos lo habían hecho.

—¿Quién tiene dolores musculares? —Nuevamente, casi todos levantaron la mano; ya estaban más desinhibidos.

El maestro hizo muchas más preguntas: ¿quién se levanta cansado? ¿A quién se le cae el cabello? ¿Quién se siente inquieto? ¿Quién sufre por problemas que todavía no se han presentado? ¿Quién tiene la sensación de estar caminando por la cuerda floja? ¿Quién se irrita por problemas insignificantes? ¿Quién es emocionalmente inestable? ¿Quién le teme al futuro?

La mayoría de los presentes ni siquiera tenían tiempo de bajar la mano. Tenían todos los síntomas. Yo no podía creer lo que estaba viendo. Me restregaba los ojos con las dos manos y me preguntaba: «Pero ¿no representan la élite de la sociedad? ¿Cómo es posible que su calidad de vida sea tan mala? ¿No van a los mejores restaurantes? ¿Por qué, entonces, están tan gravemente estresados?». Estaba pasmado. Mi mente no paraba de reflexionar sobre los fundamentos socialistas: había que corregirlos. Los burgueses viajaban en coches de lujo, pero estaban paralizados por sus preocupaciones; iban a sus casas de la playa, pero sus emociones no surfeaban en las olas del placer. Dormían en colchones blandos, pero les faltaba el confort psíquico; su sueño no era agradable. Se vestían con trajes impecables, pero estaban casi desnudos, sin protección alguna contra sus tensiones y preocupaciones.

«¡Qué locura! —pensé—. ¿Dónde está la felicidad que el sistema prometió a los que alcanzaron la cima del capitalismo? ¿Dónde está la tranquilidad de aquellos que acumularon riquezas? ¿Dónde está el premio por la competitividad? Ellos tienen seguro de hogar, de vida, de jubilación, y hasta seguro contra secuestro, pero ¿por qué tienen esos síntomas que denuncian tan dramática inseguridad?» El sistema aplastaba a sus líderes.

## CUESTIONANDO ALGUNOS PILARES DE LA TEORÍA MARXISTA

El planteamiento del maestro en el cementerio de la Recoleta fue impactante. Yo había atacado a la élite empresarial durante años y años en mis clases, pero necesitaba revisar algunos conceptos. Comencé a entender que el sistema traicionaba a todo el mundo, sobre todo a los que más le daban. Y esto se cumplía incluso para las celebridades, no sólo porque su privacidad fuera invadida o su sensibilidad cercenada, sino, sobre todo, porque su éxito era fugaz. Era muy fácil caer en el olvido.

En nombre de la competitividad, el sistema les chupaba hasta la última gota de energía. Ellos gastaban más de sí mismos que la mayoría de los obreros, vivían fatigados debido al exceso de preocupación. Eran ganadores, pero no se llevaban el premio, al menos no en el terreno psíquico.

El estrés se multiplicaba, sobre todo en la producción industrial, pues había una guerra por bajar los precios, distorsionada por los subsidios gubernamentales que influían en el valor de los productos y podían destruir empresas del otro lado del mundo. A esto se le sumaban las diferencias de impuestos de cada producto y la diferencia de los salarios que reciben los trabajadores en cada país, además del fenómeno del *dumping*, es decir, las empresas que fijan precios por debajo del coste para conquistar mercado. Sobrevivir era un arte infernal.

El estado de los participantes no podía ser peor. El treinta y cinco por ciento de ellos tenía problemas cardíacos o era hipertenso. El quince por ciento tenía cáncer; a algunos les quedaba menos de un año de vida. El treinta por ciento sufría crisis depresivas. El diez por ciento tenía ataques de pánico. El sesenta por ciento, problemas conyugales. El noventa y cinco por ciento tenía tres o más síntomas psíquicos o psicosomáticos, de los cuales el sesenta y cinco por ciento alcanzaba la increíble marca de diez síntomas.

La explotación de la clase proletaria todavía existía en distintas naciones. Pero en las naciones desarrolladas y emergentes, en las que las leyes laborales eran justas y se respetaban los derechos humanos, los grandes explotados eran los que tenían un trabajo intelectual intenso, como los gerentes, los directores, los empresarios, los profesionales liberales, los profesores, los periodistas, etcétera.

La presión era tan terrible que muchos ejecutivos terminaban llevándose los problemas laborales a su casa o a sus vacaciones. Los trabajadores que tenían un salario satisfactorio, aunque no disfrutaran de una posición de liderazgo en las empresas, tenían tiempo para sus amigos, para disfrutar de la comida, para pasarlo bien los fines de semana; podían dormir y despertarse tranquilos, sin sentirse asfixiados por las preocupaciones. Pero para los líderes empresariales, esas experiencias eran lujos fuera de su alcance.

En el buen sentido de la palabra, «los vasallos vivían por primera vez mejor que el señor».

Fue entonces cuando entendí por qué el maestro siempre decía que el éxito es más difícil de asimilar que el fracaso: el riesgo del éxito es el de convertirse en una máquina de actividades. Marx y Engels se removerían en su tumba si supiesen que el desarrollo más reciente del capitalismo había logrado reali-

zar el sueño del socialismo: ser el «caos» de la élite empresarial y el oasis de los trabajadores.

Aunque había excepciones. El problema de la clase trabajadora era el consumismo, la compulsión por comprar a crédito y por gastar más de lo que se gana. Dejando de lado este fenómeno, la cima del capitalismo produciría el reino de los trabajadores y la explotación mental de gran parte de los que ejercían posiciones de liderazgo.

Lo interesante era que ninguna estadística se ocupaba de la nueva casta de explotados. Daban la impresión de ser fuertes, autosuficientes, semidioses, de no necesitar ningún tipo de ayuda y, sobre todo, de no tener necesidad alguna de sueños. No eran seres humanos sin fronteras, eran seres humanos atrincherados. Salvo algunos médicos de vez en cuando, nadie los ayudaba.

Con estas palabras, quedó bien claro que el maestro sabía muy bien lo que estaba diciendo, y a quién se lo estaba diciendo. Pero nosotros ignorábamos cómo podía tener toda esa información. ¿Cómo era posible que un vagabundo supiera todas esas cosas? ¿Quién es este hombre que puede tratar a los mendigos y a los millonarios con la misma desenvoltura? ¿De dónde viene?

Bartolomé, al ver que los participantes de la excepcional conferencia admitían su debilidad, se quedó tranquilo. Levantó la mano derecha e interpeló al maestro:

—Jefe, ¿estos tipos andan cortos de dinero? Vamos a hacer algo para tratar de ayudarlos. —Seguramente pensó que iban tan bien vestidos porque se dirigían a una fiesta de disfraces.

Fue la primera vez en la civilización moderna que un menesteroso llamó pobres a los miembros de la élite financiera. Fue la primera vez que un proletario se sintió más rico que los millonarios de su sociedad. Hablaba con tanta espontaneidad que lo trágico se volvió cómico. Los participantes se miraron unos a otros y se echaron a reír. No estaban faltándoles al respe-

to a los muertos, se reían de su propia miseria. Necesitaban comprar muchos sueños para alcanzar un mínimo de salud psíquica.

Como si las sorpresas de la noche no hubiesen bastado, tuvo lugar otro acontecimiento que nos puso literalmente los pelos de punta. De repente, de un mausoleo que estaba sólo a cuatro metros de los presentes, salió una figura terrorífica con una tela blanca sobre la cabeza, y lanzó un grito horripilante:

—¡Soy la muerte y he venido a buscaros!

La escena no había sido preparada por el maestro, que también se asustó. El alboroto fue tan grande que, por primera vez en mi vida, creí en los fantasmas. Se me salía el corazón por la boca, y es evidente que al resto de los presentes les sucedió lo mismo. ¿Quién había lanzado ese grito?

Abandonamos el terreno de la razón para internarnos en el de la irracionalidad. Algunos empezaron a correr, pero el fantasma soltó algunas carcajadas y nos tranquilizamos.

—¡Calma, amigos, calma! ¿Por qué están tan desesperados? Pronto dormiremos todos en un lugar como éste.

El «fantasma» se quitó la tela de la cabeza. Era el infeliz de Bernabé.

Bartolomé y Bernabé, el dúo incontrolable, tenían que dar su espectáculo, no importaba dónde estuviesen.

Cada vez que alcanzábamos el punto más alto de lucidez, caíamos en los niveles más bajos de locura. Ellos siempre lo fastidiaban todo. Si en el pasado yo hubiera tenido alumnos como aquéllos, los habría expulsado sin dudar.

Por suerte, ellos habían encontrado un maestro que entregaba todo lo que tenía al que menos tuviese. Me era muy difícil entender cómo podía amar a aquellos alborotadores incorregibles.

Al ver que la gente seguía tensa, Bernabé sacó una chocolatina del bolsillo y empezó a comérsela. Mientras lo hacía, deci-

dió contar parte de su historia. Todos quedaron profundamente conmovidos.

—He venido muchas veces ebrio y deprimido a este cementerio para hacer terapia. Los vivos casi nunca querían hablar conmigo, me consideraban un alcohólico, un loco, un irresponsable, y los pocos que me hablaban era sólo para criticarme y darme consejos baratos. Entonces me metía en el cementerio y conversaba con los muertos. Aquí he llorado por mis errores. Aquí he repetido que era un frustrado, alguien que quería empezar de nuevo pero fallaba una y otra vez. En este mismo lugar confesé que me sentía una basura humana. Aquí le pedí disculpas a Dios por las borracheras, por las noches de juerga en las que acaba durmiendo en la calle, por haber abandonado a mi familia. Ningún muerto se quejó nunca de mis tonterías.

Los empresarios se emocionaron con la sinceridad y la facilidad de Bernabé para compartir sus sentimientos, una característica muy poco común en el medio en que vivían. Tenían la necesidad vital de abrirse, pero no podían mostrarse débiles, no les estaba permitido ser humanos.

Después de ver cómo Bernabé confesaba sus defectos, Bartolomé volvió a entrar en escena. Lo abrazó y trató de consolarlo de la peor forma posible.

—No llores, Alcalde. Yo tengo más problemas que tú. Yo soy inmoral.

—No, mis problemas son peores. Yo soy un depravado —afirmó Bernabé más fuerte.

—No, mis errores son incontables. Yo soy un crápula —dijo Bartolomé, alzando todavía más la voz.

—No, tú no me conoces bien. El crápula soy yo.

Para asombro del público, empezaron a pelearse por quién era peor de los dos. Los empresarios nunca habían visto algo igual. Sólo conocían la acérrima disputa por ser el mejor. Noso-

tros queríamos terminar con esa grotesca pelea, pero temíamos complicarla todavía más. Y para demostrar que era el más bajo de los hombres, Bartolomé perdió la paciencia.

—Soy corrupto, deshonesto, mentiroso, no cumplo mis promesas, no pago mis deudas, deseo a la mujer del prójimo —dijo—. Además, en una ocasión te robé dinero cuando estabas ebrio.

Bernabé interrumpió la enorme lista de errores de Bartolomé y, disgustado, respondió.

—¡Espera, espera, espera! Es cierto, eres el peor patán de toda la Tierra.

—¡No exageres, Bernabé! —protestó Bartolomé, disgustado con las palabras de su amigo.

Al ver que empezaba una nueva discusión, yo, que no sé rezar, como no podía hacer nada para que se callaran, miré al cielo y dije en voz baja:

—Dios, ten piedad de estos miserables. ¡Haz que se callen!

Pero los empresarios los encontraban muy divertidos. Les hubiera gustado poseer la autenticidad y la soltura de los dos borrachos. Trabajaban durante años o décadas con sus colegas, pero eran como tumbas, tan cerradas como las del cementerio que pisaban. En el mundo profesional vivían fuera del capullo, en el mundo psíquico eran cajas fuertes, islas intocables. No podían ni tan sólo prestar un hombro para llorar; disfrazaban sus sentimientos. El maestro, en vez de reprenderlos severamente, para nuestra sorpresa, los elogió:

—Os felicito. Me habéis hecho recordar mis imperfecciones.

—Cuente conmigo, jefe —dijo Boquita, echándome una mirada y tratando de provocarme—. ¿Qué te parece?, Superego. Aprende de mí.

Me puse muy nervioso, y aquél no era precisamente el mejor lugar para sentirse así. «¡Ah, qué imperfecto soy yo también!», pensé.

Después, el hombre al que seguíamos contó otra de sus historias. Comentó que muchas especies tenían más ventajas físicas y perceptivas que la humana. Esas especies vivían mejor, oían con increíble agudeza, corrían más, saltaban más alto, percibían olores más sutiles y más distantes, mordían con más fuerza. A pesar de estas ventajas, los humanos tienen un cerebro mucho más sofisticado, con más de cien mil millones de células. Y argumentó que eso debería habernos proporcionado las alas de la independencia.

—¿Por qué nuestro cerebro nos hace seres dependientes, en especial en la infancia? Sería raro que un niño de cuatro años pudiera sobrevivir solo, mientras que a esa edad muchos mamíferos o reptiles ya no tienen ningún contacto con sus padres. Algunos, incluso, se encuentran en plena fase reproductiva, y otros ya son ancianos. ¿Por qué somos menos independientes que las demás especies si amamos la independencia y nos sentimos atraídos por el individualismo? —preguntó el maestro, tratando de inyectar un poco de lucidez en sus discípulos y en la élite empresarial.

Nadie supo qué contestar. No entendían adónde quería llegar, pero sin darse cuenta estaban entrando en el mercado de sus ideas, en el almacén de sus sueños.

Un empresario de edad avanzada, que era uno de los más ricos de la audiencia, me llevó aparte y me dijo en voz baja:

—Yo conozco a este hombre, ¿dónde vive?

—Ni se lo imagina —dije. Y agregué—: Me parece que usted se confunde.

—¡En absoluto! Yo conozco esta extraordinaria mente de algo.

Entonces, otro empresario, que tenía unos cincuenta años y que había quebrado tres veces pero a pesar de todo siempre había invertido en el terreno social, respondió a la pregunta del maestro con una sola palabra:

—Educación.

—Magnífico —lo felicitó él—. ¡La educación es la clave! El cerebro nos llevó a ser completamente dependientes en la infancia debido a la necesidad vital de incorporar experiencias existenciales acumuladas durante generaciones. Estas experiencias deben ser aprendidas y asimiladas por medio de la educación. No son transmitidas genéticamente. La educación es insustituible.

Después, alertó a los presentes acerca de la explotación mental a la que estaban siendo sometidos y que posiblemente estaban transfiriendo a sus vástagos. Explicó que muchos padres presionan a sus hijos para que compitan, estudien excesivamente, hagan cursos, se preparen para sobrevivir en el futuro, sin saber que la presión excesiva aniquila la ingenuidad de la infancia, arruina los valores existenciales, bloquea el aprendizaje, destruye la humanidad que hay en ellos. Después de una pausa, los bombardeó a preguntas, como había hecho conmigo cuando nos conocimos.

—¿Conocen vuestros hijos los inconvenientes que encontraréis en vuestro camino? ¿Saben cómo los superasteis? ¿Conocen sus miedos y sus incoherencias? ¿Alguien les ha hablado de su osadía? ¿Han explorado sus ideas más importantes? ¿Conocen su filosofía de vida, su capacidad de intuir, analizar, reflexionar? ¿Os han visto llorar? Disculpadme, pero si nunca han visto vuestras lágrimas, estáis formando máquinas que serán usadas por el sistema y no seres humanos que lo transformen. Si ellos no os conocen, estáis ignorando los motivos fundamentales por los cuales nuestro cerebro nos hizo dependientes.

Luego, hizo una sugerencia que inquietó a algunos:

—Durante treinta segundos, poneos en el lugar de vuestros hijos y pensad en las palabras que ellos escribirían sobre vuestros mausoleos.

Esta sugerencia causó un torbellino emocional en los oyentes. Personalmente, no me gustaría saber lo que escribiría mi hijo sobre mi tumba. Él no me conoce. Siempre me he ocultado.

«¿Cómo es posible que alguien que vive al margen de la sociedad valore tanto la educación? ¿Qué lo mueve? ¿Qué secretos esconde?», pensé.

En seguida, el maestro retomó su pensamiento y apuntó hacia su blanco más importante.

—El sistema capitalista trajo y sigue trayendo conquistas inimaginables para la sociedad, pero corre un gran riesgo de derrumbarse en menos de un siglo; quizá sólo en algunas décadas. Sin embargo, esto no ocurrirá a causa de la lucha de clases, como pensaba Marx, sino por un problema que está en su raíz: el sistema capitalista produce la libertad de poseer y expresarse, pero no la libertad de ser. El desarrollo del capitalismo depende de la ansiedad de lo deseado y no de la producción de lo necesario. Depende de la insatisfacción crónica para empujar el consumo. Si en un determinado período la humanidad estuviera formada en su mayoría de poetas, filósofos, artistas plásticos, educadores, líderes espirituales, habría un colapso en el PIB (Producto Interior Bruto) mundial, pues, en teoría, esa clase de personas están más satisfechas y sólo consumen lo necesario. Tal vez, el PIB cayera un treinta o un cuarenta por ciento repentinamente. Habría cientos de millones de desempleados en el mundo. Sería la mayor recesión en la historia del mundo, habría guerras y peleas interminables.

Después de escuchar estos argumentos, el público se quedó con la boca abierta. Los hombres de negocios nunca se habían hecho un planteamiento de esa índole. Pero el maestro no quiso entrar en más detalles sobre el triángulo compuesto por la educación, el consumismo y la insatisfacción. Trató de rebajar el tono del discurso. En seguida, la situación tensa se transformó en un ambiente ameno. Les vendió el sueño de la relajación.

—Volviendo a los síntomas de los que hemos hablado antes, voy a haceros otra pregunta, y si me contestáis todos lo mismo, voy a sugeriros que abráis un hospital psiquiátrico.

Sus palabras ayudaron a que el público se distendiera.

—¿Quién se olvida de las cosas? ¿Quién tiene un déficit de memoria?

Fue increíble, pero casi todos levantaron la mano. Olvidaban los compromisos, las informaciones habituales, los números telefónicos, los lugares donde habían dejado los objetos, los nombres de personas.

—Algunos son tan olvidadizos que dejan las llaves del coche dentro de la nevera y después buscan por toda la casa. —La gente se rió y él agregó—: Más divertidos son esos que buscan las gafas sin darse cuenta de que las llevan puestas. Otros llegan a olvidar los nombres de colegas con los que han trabajado durante años. Los más expertos, para no quedar mal, preguntan: «¿Cómo era su nombre completo?». La verdad es que quieren saber el nombre de su interlocutor.

Algunos empresarios usaban esa técnica. Creo que hasta el propio maestro lo hacía.

—Señores, para ese déficit habitual de la memoria, no deben ir al médico. ¿Saben por qué? —preguntó.

—¡Porque también él tiene problemas de memoria! —respondió un hombre vestido con un traje azul y una corbata gris a rayas color crema.

Todos se burlaron de su propia existencia estresante. Comenzaron a comprender que, en la mayor parte de los casos, el déficit de memoria era un intento del cerebro por disminuir la avalancha de preocupaciones. Bartolomé levantó las dos manos, indicando que era muy olvidadizo.

—Jefe, ¿por qué yo siempre me olvido del nombre de mis suegras?

El grupo se enfadó con él por su arrogancia. Bernabé, que lo conocía desde hacía mucho tiempo, esta vez no se contuvo y lo delató.

—¡No es para menos! El Boquita se ha casado tres veces y ha convivido con otras siete mujeres. No tenía tiempo para aprenderse el nombre de las suegras.

Boquita de Miel miró a la audiencia y abrió las manos pidiendo comprensión. Su gesto parecía decir: «¡Yo nunca he dicho que fuera un santo!». Efectivamente, Bartolomé no era trigo limpio. Aunque lo intentara, no lograba ser normal.

—Yo no te elegí por tus errores o aciertos sino por quién eres, por tu corazón —le dijo el maestro bondadosamente—. No el corazón físico, sino el psíquico. —Y para hacerle olvidar su preocupación, volvió a hablarle con ternura—: Yo también soy olvidadizo, Bartolomé. Algunas personas me dicen que tienen problemas de memoria, pero yo les contesto que no se preocupen, que la mía está peor.

Una vez más, sus palabras y las reacciones de la gente me hicieron darme cuenta de algunas cosas. Yo también era olvidadizo, pero jamás había permitido que mis alumnos lo fueran. Era implacable en la corrección de los exámenes. Me acuerdo de Jonatan, un chico brillante para debatir ideas pero con problemas para expresar la información por escrito. Otros profesores y yo nos cansamos de suspenderlo. Para nosotros era un alienado y un irresponsable, pero ahora pienso que quizá fuese un genio incomprendido. El sistema lo expulsó. Nosotros éramos la voz del sistema. Arrojamus a la cloaca a posibles pensadores sin sentir un ápice de culpa. Ahora que había aprendido a comprar los sueños de una mente libre, me daba cuenta de que si hubiese ampliado el abanico para evaluar a mis alumnos, podría haberle puesto una buena nota a alguien que hubiera escrito mal todas las respuestas.

Me sentí desconsolado al darme cuenta de mis errores. Había sido intolerante hasta con mi hijo. Juan Marcos sufría una leve dislexia y a veces se atrasaba en clase. Pero yo le exigía, lo presionaba, quería sacar de él lo que no estaba preparado para dar. Quería que fuese el mejor alumno, pero, en el fondo, lo que para mí realmente importaba era mi imagen de padre y profesor. Sin duda, el mensaje que mi hijo y mis alumnos dejarían en mi tumba no serían palabras de elogio ni de nostalgia.

Jurema parecía entender lo que yo estaba pensando. Me tocó el hombro y me susurró:

—Como dijo Alexander Graham Bell: «Si vamos por los caminos que otros ya han recorrido, llegaremos como máximo a los lugares que ellos alcanzaron». Si no vendemos nuevas ideas para que los alumnos vayan por nuevos caminos, lo máximo que ellos lograrán será construir una historia como la de estos hombres poderosos que han destruido su salud y sus sueños.

Los empresarios abandonaron el cementerio de uno en uno. Mientras salían, observaban con atención los mausoleos por los que pasaban. Algunos recordaron que entre los siglos XVI y XIX, el inhumano sistema social traficaba con seres humanos de piel negra como si fuesen animales y los encerraba en las bodegas de los barcos para llevarlos como esclavos a lugares lejanos. Sus esposas, sus hijos, su libertad quedaban atrás. Los esperaba un futuro terrorífico, el dolor, el trabajo forzado y una nostalgia insuperable.

En la actualidad, el sistema parece haber fabricado nuevos esclavos, pero a diferencia de los del pasado, los contemporáneos reciben salarios altos y una serie de beneficios. Los hijos, las esposas, los amigos y los sueños quedan atrás. En el futuro hay incertidumbre, inseguridad, competencia, miedo y un trabajo mental forzado. Como nos había dicho el vendedor de sueños, la historia es cíclica.

## LA CASA DEL TERROR

Las últimas conferencias dadas por el maestro, en especial la del cementerio de la Recoleta, tuvieron un gran eco en la prensa. La sociedad local quedó impresionada, e incluso los empresarios habían sido seducidos por el enigmático hombre. Las mismas preguntas que inquietaban mi mente inundaban la de los demás.

Algunas personas decían que el maestro era el mayor impostor del que se tenía noticia. A otras les parecía que se trataba de un pensador adelantado a su época. Algunos comentaban que era el mayor destructor de la paz social; otros, al contrario, lo consideraban su mayor promotor. Unas gentes comentaban que era un gran ateo, otras afirmaban que era el portador de una espiritualidad incomprensible. Algunos decían que era de otro mundo; otros que era una de esas raras personas que no habían perdido su esencia humana. Quizá fuese una mezcla de todo eso, o tal vez nada, pensaban algunos. Así, discutir sobre su identidad se volvió una de las actividades más interesantes en los bares, los restaurantes, los comedores de las empresas e incluso en las escuelas. Las discusiones eran encarnizadas.

Mientras su fama se acrecentaba, más grandes eran también sus dificultades. No daba entrevistas ni anunciaba qué recorrido haría el día siguiente, pero incluso así lo encontraban, porque siempre hablaba en público. Cuando nos enfadábamos con

los artículos que distorsionaban sus ideas, él, para calmarnos, afirmaba:

—No existe una sociedad libre sin una prensa libre. La prensa comete errores, pero si se queda sin voz, la sociedad vivirá en una noche sin luz, tendrá una mente sin voz.

Debido al acoso social, no podía caminar por la calle sin que lo fotografiasen. Al maestro no le gustaba ser famoso. Estaba estudiando la posibilidad de irse a otra ciudad u otro país. Soñaba con vender sueños en Oriente Medio, en Asia o en cualquier lugar donde la gente lo viese como un simple mortal.

Ya no era posible hacer debates en lugares pequeños.

El maestro era un polo de atracción social. Centenares de personas se reunían para escucharlo. Tenía que elevar el tono de voz y, así y todo, las personas que estaban más alejadas de él no conseguían entender bien lo que decía. Sus enseñanzas eran orales y debían pasar de boca en boca. No le gustaba dar charlas en auditorios cerrados ni usar recursos multimedia; prefería hablar al aire libre. Una de las razones de esto era dar libertad de irse a los que no les gustasen sus ideas.

Al ver el movimiento en torno al maestro, algunas empresas querían asociar su imagen a la de él. Querían basar sus campañas de marketing en el hecho de ser innovadoras, osadas, inexplicables. Pero él sentía escalofríos ante esta posibilidad. Después de rechazar innumerables regalos y ofertas de dinero por el uso de su imagen, ocurrió algo insólito. Algunas personas muy elegantes del poderoso grupo Megasoft se acercaron a nosotros cuando el maestro no estaba presente para hacernos una propuesta en apariencia muy interesante.

El primer contacto lo establecieron con Salomón, con Dimas y conmigo.

En primer lugar, elogiaron intensamente el trabajo social que estaba realizando el vendedor de sueños. Según ellos, la

sociedad se había vuelto más solidaria, más afectiva y más humana después de su aparición. Y agregaron:

—Sabemos que lo que guía su vida es la humildad, que no le gusta la fama, pero queremos darle una gran sorpresa, un homenaje por todo lo que ha hecho por la sociedad. No queremos obsequiarlo con bienes materiales, pues sabemos que no los aceptará, pero queremos demostrarle nuestro reconocimiento ofreciéndole el estadio más grande de la ciudad, que pertenece al grupo, donde podrá dar una conferencia para cincuenta mil personas. Esa conferencia sería televisada y, después, transmitida como un programa especial en un horario de máxima audiencia para todo el país. Millones de personas lo escucharían.

La oferta nos pareció interesante, pero al mismo tiempo dudamos. Los líderes del grupo empresarial parecían tener buenas intenciones.

—Por favor, no nos priven ni priven a la sociedad de ese privilegio —nos dijeron para convencernos—. Todos quieren y necesitan oír a ese sabio vendedor de sueños. Hay innumerables personas que están deprimidas, angustiadas, pensando en suicidarse, drogándose, viviendo con ansiedad... Las palabras del maestro podrían ayudarlas. Por favor, ayúdenos a hacerle este homenaje y a ofrecerle este regalo a la población. Lo único que les pedimos es que no le digan nada, porque queremos que sea una gran sorpresa.

Como el tema era delicado, decidimos discutirlo con todo el grupo. Después de reflexionar sobre la propuesta y analizar el beneficio que tendría para la sociedad, nos pareció que era una buena iniciativa. A Boquita de Miel y a Bernabé les encantó la idea. Jurema fue la única que no estaba de acuerdo. Precisamente ella, que tenía acciones en el grupo Megasoft. De todos modos, finamente cedió.

Teníamos que organizar un plan para llevar al maestro al estadio. Lo pusimos en marcha, y el día acordado lo condujimos hacia allí. Cuando estábamos llegando, vimos que el tránsito estaba congestionado y que un número enorme de personas entraban por la puerta principal. Cuando nos acercamos a la entrada privada por donde nosotros debíamos ir, al maestro le pareció extraño.

—¿Por qué tenemos que entrar en este lugar? —preguntó, incómodo.

Como no podíamos contarle lo del homenaje, le dijimos que íbamos a un espectáculo. Como seguía preguntando, lo pusimos entre la espada y la pared.

—A lo largo de nuestro periplo nos ha hecho muchísimas peticiones y siempre lo hemos escuchado. ¿No puede aceptar sólo una vez lo que nosotros le pedimos? —Nuestra actitud fue un puro chantaje, pues él muchas veces nos había escuchado y apoyado. Presionado, nos siguió en silencio.

Cuando íbamos a entrar en la sala vip, el maestro preguntó con temor:

—¿Quién ha preparado el espectáculo?

—Algunas personas que lo quieren mucho. Espere y verá —dijimos, sin darle más explicaciones.

Los ejecutivos del grupo Megasoft estaban en una sala especial, preparándolo todo. Donde nosotros nos encontrábamos había una mesa con frutas, fiambres y zumos de frutas. El maestro no comió nada. Estaba ensimismado, reflexivo. Nosotros nos abalanzamos sobre la comida como si estuviésemos muertos de hambre.

Bernabé cogió un gran racimo de uvas sin semillas, y empezó a comérselo masticando varias uvas a la vez.

—¡Qué gente tan distinguida! —dijo de un modo casi incomprensible.

Bartolomé, que devoraba tres rodajas de salchichón y dos de jamón al mismo tiempo, farfulló:

—Estos empresarios me gustan mucho. —Y a continuación se puso a canturrear para disimular lo que había dicho.

Les hicimos una señal para que comieran pausadamente. El maestro percibió algo en el aire. Miraba inquieto hacia un lado y otro, como si quisiera abstraerse del lugar para meditar. Después de unos veinte minutos, llegó el momento de la conferencia. Tres muchachas muy bien vestidas nos acompañaron hasta el escenario. El vendedor de sueños caminaba lentamente, de una forma nada habitual en él, por los pasillos.

Antes de dirigirnos hacia nuestros asientos, los organizadores del evento, vestidos con trajes impecables, se acercaron a nosotros para felicitarnos. Después, felicitaron al maestro. Eran cinco ejecutivos. El último parecía ser el jefe, quizá el director de alguna de las empresas del grupo. Le estrechó la mano y le dijo en tono de broma:

—Bienvenido a este estadio. Gracias por sus delirios. Los grandes hombres tienen grandes sueños.

Al maestro, que siempre estaba de buen humor, no solía molestarle que le dijeran que sus sueños eran delirios, pero en esa ocasión, tal vez incomodado por el ambiente, miró al ejecutivo a los ojos y no dijo nada. El otro se quedó desconcertado. Hasta ese momento, el maestro pensaba que veríamos un espectáculo. Después de las felicitaciones, los organizadores se sentaron frente al escenario y nosotros en el lado izquierdo. Detrás había una enorme pantalla de ocho metros por quince. Alrededor del estadio había otras pantallas más. De repente, apareció el presentador en el escenario. Llevaba un traje negro. No mencionó el nombre de los ejecutivos ni de la empresa que patrocinaba el evento. Todo fue muy sencillo. Con voz vibrante, empezó a presentar al vendedor de sueños. La numerosa audiencia se calló.

—Señoras y señores, tenemos la enorme satisfacción de presentarles a la persona más compleja e innovadora que ha dado esta sociedad en las últimas décadas. Un hombre que sin tarjeta de crédito, sin equipo de marketing, sin dinero, sin revelar su origen ni su cultura académica, y sin títulos sociales, ha contagiado a la sociedad con su sensibilidad y su altruismo. Ha conquistado un prestigio que muchos políticos no tienen. Ha obtenido una fama envidiada por los famosos. ¡Es un fenómeno social!

En ese momento, el público interrumpió la presentación y se puso a aplaudir al homenajeado.

Miramos al maestro y nos percatamos de que aquello no le hacía ninguna gracia. Él, que siempre se había sentido bien en cualquier lugar, que tenía una notable capacidad para adaptarse a los más diversos ambientes, parecía incómodo con los elogios. Pero lo que decía el presentador era cierto: era un fenómeno social. Nosotros lo seguíamos porque era una persona excepcional. La presentación continuó.

—Lo siguen niños y adultos. Personas anónimas e iconos sociales están pendientes de sus palabras. Este hombre ha dejado atónita a la izquierda política y pasmada a la derecha. No conocemos su identidad. Hace meses que estamos perplejos. La prensa, las autoridades y la gente se preguntan: ¿de dónde ha venido? ¿Cuál es su pasado? ¿Cuáles son los momentos más importantes de su vida? ¿Por qué busca sacudir los pilares de la sociedad? ¿Cuál es su objetivo? No lo sabemos. Él dice que sólo es un vendedor de sueños, un mercader de ideas en una sociedad que ha dejado de soñar.

Después de intentar definir al indefinible hombre al que seguíamos, el presentador llamó al maestro al escenario con una broma que desató la risa entre el público.

—Con ustedes, ¡el vendedor de pesadillas!

Cohibido, él se dirigió al centro del escenario. Sólo entonces empezó a entender lo que sucedía. Fue conmovedor ver cómo la gente lo aplaudía sin pausa. Nosotros, sus discípulos, en sintonía con la audiencia, también aplaudíamos emocionados.

Por su parte, mientras caminaba, el maestro movía los labios, diciéndose a sí mismo: «No lo merezco, no lo merezco». Rápidamente le colocaron un micrófono en la solapa mientras todavía sonaban los aplausos.

Parecía increíble que un hombre vestido con una chaqueta remendada, una camisa amarilla sin planchar, que llevaba el pelo largo e iba sin afeitarse, un hombre que daba charlas en público pero que deseaba el anonimato, fuese tan querido. Después de los aplausos, el público se dispuso a escucharlo.

El maestro miró a los organizadores sin expresar gratitud por el acontecimiento. Dio algunos pasos y, clavando la mirada en la multitud, inició su discurso con las siguientes palabras:

—Muchos se arrodillan ante los reyes debido a su poder. Otros ante los millonarios a causa de su dinero. Hay quienes adoran a las celebridades por su fama; yo me inclino ante vosotros con mucha humildad. No merezco este homenaje.

La muchedumbre que ocupaba el estadio enloqueció. Se pusieron en pie y empezaron a aplaudir. Nunca habían visto que un homenajeado homenajeara al público. En silencio, el maestro esperó a que la audiencia dejara de aplaudir para continuar su discurso. Cuando iba a empezar a hablar de nuevo, el presentador lo interrumpió. No entendimos el motivo de esta interrupción, pues parecía que la introducción ya había terminado, pero el hombre nos sorprendió cuando dijo:

—Señoras y señores, antes de que este misterioso e inteligente personaje nos ofrezca sus magníficas palabras, nos gustaría hacerle un homenaje por todo lo que ha hecho por el sistema social.

Luego miró al maestro y le pidió gentilmente que se quedase en el centro del escenario para mirar la extraña película que comenzaba a proyectarse en la enorme pantalla.

En ese momento le desconectaron el micrófono.

En la película esperábamos ver campos, flores, valles y montañas para homenajearlo. Pero en ella no se mostraba la primavera sino el rigor del invierno; y no se trataba de un invierno climático sino de un dramático invierno psíquico. Se veía la entrada principal de un hospital grande y vetusto: un hospital psiquiátrico, uno de los pocos que quedaban en la región. La fachada era de color marrón oscuro y tenía la pintura desconchada y varias grietas. El edificio tenía tres pisos, y su arquitectura era de líneas rectas, lo cual contrastaba con las formas de la mente humana, que no son rectilíneas, previsibles ni lógicas. El hospital no ofrecía ninguna imagen agradable.

A continuación, la cámara se adentró por las salas del mismo y empezó a mostrar a algunos pacientes psicóticos que hablaban solos, y a otros a los cuales los medicamentos hacían que les temblasen las manos. Siguiendo por otros pasillos, la cámara mostró a pacientes sentados en incómodos bancos con la mirada fija en el infinito o con la cabeza entre las piernas.

Ninguna de las imágenes tenía sonido ni fondo musical. Todo nos parecía muy extraño. No era una película de ficción porque no estaba bien filmada. La cámara temblaba como si estuviese en las manos de un aficionado.

De vez en cuando, se interrumpía y la cámara del estadio se posaba sobre la cara del maestro. Él negaba con la mente, parecía estar descontento. Nosotros no teníamos idea de lo que pasaba por su cabeza: si estaba más confundido que nosotros o si entendía el homenaje desde un ángulo que nosotros no lográbamos percibir... Tal vez se sintiese mal por los enfermos que se veían en la pantalla. Quizá, más adelante, la película lo mos-

trase inundando ese lugar con sus sueños, su afecto y su solidaridad.

De repente, como en una película de terror, el sonido empezó a oírse. Todo el estadio se sobresaltó cuando sonó la voz de alguien que gritaba desde el interior de un cuarto.

—¡No! ¡No! ¡Sal de aquí! —decía un paciente desesperado. La cámara se dirigió hacia la puerta, se abrió lentamente. Sentado sobre la cama había un hombre angustiado que se tapaba la cara con las manos.

—¡Déjame en paz! ¡Sal de mi vida! —gritaba sin parar.

Parecía muy afligido, en un estado de ansiedad extrema y trataba de ahuyentar a los monstruos que ensombrecían su mente. Sus manos seguían ocultando su rostro. Se mecía sin parar, haciendo un movimiento parecido al de algunos niños autistas. Llevaba puesta una camisa blanca arrugada con los botones mal abrochados. Estaba despeinado y su aspecto era descuidado, lo cual denotaba un marcado autoabandono.

—¿Qué es lo que te deprime? —le preguntó la persona que lo estaba filmando.

El sonido no era perfecto, pero de todos modos, se entendía:

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡Socorro! ¡Mis hijos van a morir! ¡Ayúdame a sacarlos de ese lugar! —gritaba desesperado, presa de un pánico incontenible.

—Estoy aquí para ayudarte. Cálmate, ¿qué es lo que te angustia? —insistía el que lo filmaba.

—Estoy dentro de una casa que se está viniendo abajo —decía el paciente, agitado—, una casa que lucha consigo misma. —Después, alucinado, empezó a hablar con personajes que solamente él veía y oía—. ¡No, no os caigáis! ¡Me van a enterrar! ¡No, me están dejando sin aire!

La gente del estadio enmudeció. Algunos sintieron que les costaba respirar. Nosotros teníamos un nudo en la garganta. El

paciente dijo que los cimientos de la casa luchaban ferozmente entre sí. Estábamos muy confundidos con la película. Nadie entendía nada. Nunca habíamos oído hablar sobre las partes de una casa combatiendo entre sí. Era la cima de la locura. Tampoco entendíamos por qué el cineasta había filmado el caso de aquel paciente. «¿Acaso después aparecerá el maestro y lo rescatará?», me preguntaba.

—Háblame de tus visiones —solicitó el cámara.

Sin quitarse las manos del rostro el hombre chillaba:

—El techo está gritando: «¡Soy la parte más importante de esta casa! Yo la protejo. Yo, solamente, soporto el sol y las tormentas».

El cineasta, tratando de obtener más datos sobre las alucinaciones del paciente, insistía:

—Sigue hablando, cuanto más me cuentes, mejor te sentirás.

—Las obras de arte me están dejando sordo —gritaba el enfermo, temblando de miedo—. ¡Protestan, protestan sin parar!

—¿Y qué dicen?

—«Somos únicas en esta casa. Somos lo más valioso que hay aquí. Todos los que entran por la puerta principal nos miran. Nosotras somos lo primero que admiran.» —Empapado de sudor, el paciente trató de deshacerse de la voz que lo ensordecía—: ¡Sal de mi mente! ¡Déjame en paz!

En ese momento, me acordé de mí mismo en la terraza del edificio San Pablo. No había perdido la razón, no había sido absorbido por las alucinaciones, no me había sentido como un moribundo encerrado en una cárcel fantasmagórica junto a mis hijos. Si yo había vivido un drama inexplicable, no podía ni imaginar lo que habría sido el dolor de aquel hombre, que había cruzado todas las fronteras de la locura. Su aflicción me ponía la piel de gallina, a mí y a todos los presentes.

Mónica, que también había experimentado las profundida-

des de la miseria emocional, dijo, asustada y de manera casi inaudible:

—¿Cómo es posible que la mente humana se colapse de ese modo, que alcance ese nivel de desesperación?

El sufrimiento reflejado en la pantalla era tan grande y atraía nuestra atención de un modo tan intenso que por un momento olvidamos dónde estábamos y para qué estábamos ahí. El maestro seguía en el centro del escenario, de espaldas a nosotros, y con la vista clavada en la pantalla. Seguramente estaba conmovido por lo que estábamos observando.

Mirando hacia la pared, el paciente psiquiátrico dijo:

—¡Nadie me comprende! ¡Sólo me dan medicinas! —A continuación, dijo que los muebles querían practicar el canibalismo con las otras partes de la casa, que gritaban que ellas eran las únicas partes dignas porque otorgaban comodidad y buen gusto.

De repente, miré a los ejecutivos del grupo Megasoft y vi que estaban sonriendo. Pensé que no era posible reaccionar así ante tanto dolor. «Estos tipos saben que todo terminará bien, que habrá un final feliz», me dije. Sin duda, no eran unos psicópatas. ¿Cómo era posible que alguien sonriera ante la desgracia ajena?

Después, la macabra filmación mostraba al paciente enfrentándose a otra parte de la casa que hablaba con voz imponente y dominante. El cámara, interesado en captar hasta el más mínimo detalle de la dolencia psíquica del hombre, le preguntó una vez más:

—¿Quién te está perturbando?

Él dio la espalda a la cámara, apartó las manos del rostro y las apoyó contra la pared. Sus pulmones buscaban aire desesperadamente. El movimiento de su camisa denotaba que le costaba respirar. El cámara insistió, sin piedad:

—¡Háblame de esos fantasmas! ¡Yo te ofrezco la posibilidad de vomitar tus monstruos!

El paciente volvió a tener la misma reacción que al comienzo.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —gritó—. La caja fuerte amenaza con destruirlo todo. Amenaza con devorar toda la estructura. Grita con voz de trueno: «Yo lo financio todo. Yo os he comprado. Yo he permitido que existierais. Inclinaos ante mi poder. ¡Yo soy el dios de esta casa!».

La respiración del hombre parecía la de un asmático. Jamás había visto a alguien tan debilitado, tan necesitado. Parecía estar a punto de sufrir un infarto. En ese instante, tratando de salir de su prisión, se volvió hacia la cámara y empezó a gritar desesperadamente:

—¡Vamos a morir enterrados! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! ¡Socorro! ¡Todo va a derrumbarse!

El cámara hizo un *zoom* sobre su cara, que se mostraba por primera vez. El rostro aterrorizado ocupó la gigantesca pantalla en toda su extensión.

Cuando lo vimos, no fue su casa la que se desmoronó, sino nuestro mundo. Sentimos que el suelo empezaba a temblar. Nos quedamos sin voz, paralizados. Lo que estábamos viendo era increíble, surrealista. ¡El paciente de la película era el maestro!

No tuve ninguna reacción visible pero, en mi interior, mi mente fue presa de una enorme tempestad. Horrorizado, gritaba para mis adentros: «¡No es posible! ¡Hemos estado siguiendo a un enfermo mental, a un psicótico! ¡No puede ser!».

La experiencia sociológica se hizo añicos. Habíamos sido engañados. El ímpetu revolucionario adquirió un cariz de franca debilidad. Me era difícil discernir si sentía rabia por haber seguido a aquella persona o compasión por su desgracia. No sabía si apenarme o sentirme avergonzado.

La multitud estaba atónita. Como me sucedía a mí, la gente

no podía creer que el personaje que había sobre el escenario fuese la misma persona que aparecía en la película, pues, a pesar de que se parecían mucho, el que nosotros llamábamos maestro llevaba la barba más larga.

Mis amigos se apretaban los brazos unos a otros, como queriendo despertarse de un sueño que jamás hubiesen querido soñar. El presentador hizo un gesto para que le conectaran el micrófono al vendedor de sueños. Y como si estuviese en un tribunal de la Inquisición, preguntó:

—¿Señor, podría confirmarnos si el personaje de la película es efectivamente usted?

El público guardó silencio. Deseábamos con todas nuestras fuerzas que dijese que no. Que era un error, que se trataba de su doble o, quién sabe, de su hermano gemelo. Pero, fiel a su conciencia, miró a la multitud, después clavó la mirada en su grupo de amigos y, tras soltar algunas lágrimas, asintió con firmeza:

—Sí, soy yo. El de la película soy yo.

Inmediatamente cortaron el sonido a su micrófono, aunque no hacía falta, porque él no había hecho intento de defenderse.

El locutor hizo un gesto burlón y movió la cabeza con aire de satisfacción.

—Un enfermo mental —dijo con tono relajado.

Después elevó la voz, miró hacia una cámara que estaba filmando todo lo que ocurría y dijo con arrogancia:

—Señoras y señores, acabamos de descubrir la identidad del hombre que estaba amotinando esta gran metrópolis. Acabamos de conocer el origen del que incendiaba la mente de millones de personas. Sin duda se trata de un gran fenómeno social. —Y, apuntando al maestro con el dedo índice, añadió con sarcasmo—: Aquí tienen al mayor impostor de todos los tiempos. El tramposo más grande de la sociedad. El mayor estafador, el mayor ilusionista, el mayor hereje de este siglo. Para demostrarle

nuestra gratitud, vamos a entregarle el título honorífico al mayor vendedor de locura, pesadillas, basura, falsedad y estupidez que esta sociedad haya producido jamás.

Los periodistas invitados no paraban de sacar fotos. Una bellísima modelo se le acercó y le entregó un diploma. Los organizadores lo habían planeado todo, hasta el mínimo detalle. Por increíble que parezca, el maestro no lo rechazó. Al contrario, recibió el diploma con amabilidad. Los discípulos estábamos perplejos, la platea estaba atónita, no se oía ni un murmullo.

Los músculos de mi cara estaban paralizados, al igual que mi capacidad de razonar. Mi mente era un hervidero de preguntas. ¿Todas las ideas que escuchamos y que nos sedujeron habían salido de la mente de un psicótico? ¿Cómo era posible? ¿Qué había hecho de mi vida? ¿Me había sumergido en un mar de sueños o de pesadillas? ¿Había salido de un suicidio físico y me había metido en un suicidio intelectual?

## ¿PSICÓTICO O SABIO?

Después de revelar que el paciente de la película era el hombre al que seguíamos, los organizadores del evento nos miraron satisfechos. Con la mirada parecían decirnos que éramos el mayor grupo de ingenuos, el mayor grupo de crédulos que esta sociedad hubiera conocido. Daban la impresión de querer vengarse, pero ¿de qué? ¿Qué había detrás de aquella trampa? ¿Por qué destruir así la imagen pública de un hombre? ¿Por qué tanta rabia contra un ser aparentemente inofensivo?

Más tarde nos enteramos de que por «culpa» de uno de los osados discursos del maestro, había caído estrepitosamente el valor de las acciones del gigante internacional de la moda La Femme, empresa que pertenecía al grupo Megasoft. El derrumbe había tenido lugar inmediatamente después de la sugerencia que el maestro hizo en el templo de la moda: que las prendas y las tiendas de ropa debían comunicar de alguna forma que la belleza no puede ser estandarizada, que cada mujer tiene su belleza particular y no debe identificarse con modelos que representan la excepción genética de la raza humana.

El gran problema había sido que el director de esta firma, uno de los organizadores del evento, había escrito un artículo en el periódico diciendo que esa idea era el producto absurdo de la mente de un loco. Como si eso no bastase, había cometido el error de citar en ese artículo una desafortunada frase de un

brillante poeta, una frase que ayudaba a la propagación del síndrome de Barbie. La frase decía: «Que me disculpen las feas, pero la belleza es fundamental». El texto había dado la vuelta al mundo, no sólo a través de la prensa escrita sino también por medio de Internet, y había generado debates acalorados que habían terminado en una reacción en cadena de rechazo a la empresa. Millares de personas habían enviado mensajes a las innumerables tiendas del grupo La Femme en todo el mundo para quejarse de la filosofía del director. Como resultado, las acciones de la empresa habían caído el treinta por ciento en dos meses, generando pérdidas de más de mil quinientos millones de dólares. Fue una verdadera catástrofe económica.

El sentimiento de la venganza, que sólo existe en la especie humana, mostró sus garras. Desenmascarar al hombre que había causado tanto daño a su empresa se volvió una cuestión de honor para los ejecutivos de La Femme; una cuestión de supervivencia. Querían un desenmascaramiento público para así reconquistar la credibilidad perdida.

En el estadio, no sabíamos hacia dónde dirigir la mirada. Habíamos perdido todo el coraje, la energía y el entusiasmo. Yo, que había aprendido a amar a aquel hombre, sentía que mi energía se había agotado.

Ahora entendía el dolor contenido en la frase simple e impactante de John Lennon cuando se disolvieron los Beatles: *The dream is over* (El sueño terminó).

«Nuestro movimiento también se disolverá inevitablemente», pensé, con la seguridad de que el resto del grupo pensaba lo mismo que yo. Sin embargo, la actitud de Mónica y de Jurema me sorprendió. ¿Acaso las mujeres eran más fuertes que los hombres? No lo sé, pero sí sé que ellas mostraron un romanticismo irracional y manifestaron su pensamiento:

—No importa si el maestro fue o es un psicótico. Estuvimos

junto a él en los aplausos, también lo acompañaremos en los abucheos.

Dos de los hombres del grupo también mostraron un afecto irracional.

—Yo estoy más loco que el jefe. ¿Adónde voy a ir? —dijo Bartolomé, completamente perdido.

Bernabé no se quedó atrás.

—No sé si será un enfermo, sólo sé que me hizo volver a sentir como una persona —afirmó—. No voy a abandonarlo. Yo también estoy más loco que él. Pero menos loco que tú, Boquita —agregó, bromeando con Bartolomé.

—*Thank you* —respondió éste, sintiéndose elogiado.

El maestro se preparó para marcharse. Le dio la espalda al público y empezó a caminar hacia la salida. La multitud se mostró alborotada. Pensábamos que querían lincharlo, pero de repente oímos que gritaban:

—¡Hable! ¡Hable! ¡Hable!

El estadio parecía venirse abajo. Los ejecutivos estaban alarmados. Para que no se produjera un gravísimo incidente con tumultos y pisoteos que deteriorara aún más la imagen de la empresa, volvieron a conectarle el micrófono y le hicieron un gesto para que regresara y dijese algo. Sin duda estaban convencidos de que acabaría de arruinar su imagen dando explicaciones superficiales y argumentos sin fundamento. Despreciaban al enfermo mental al que habían difamado. Estaba claro que no lo conocían.

El vendedor de sueños miró a las gradas y luego al grupo que lo seguía. Después, alzando levemente la voz, y sin miedo a la imagen que pudiera dar, examinó minuciosamente su propia vida del mismo modo que un microcirujano examina pequeñas arterias y nervios.

Con tranquilidad, nos contó una historia, la historia más dra-

mática que jamás había escuchado. Sólo que esta vez no era una parábola, sino su historia real, cruda, desnuda. El hombre al que yo seguía estaba mostrando por primera vez las entrañas de su ser. Tomé conciencia de que nunca lo había conocido realmente.

—Sí, fui un enfermo mental, o tal vez lo sigo siendo. Los psiquiatras y los psicólogos, y vosotros también, sois los que debéis juzgarme. Me internaron porque tuve una depresión gravísima con confusiones mentales y alucinaciones. Mi crisis depresiva estuvo acompañada por un enorme sentimiento de culpa. Por los errores incomprensibles que cometí con personas a las que amaba muchísimo.

En ese momento, hizo una pausa. Parecía querer reunir su ser despedazado, organizar su pensamiento para contar lo que seguía. «¿Qué errores había cometido el vendedor de sueños? —pensé—. ¿Acaso no era fuerte y generoso? ¿No vivía en la cima de la solidaridad y la tolerancia?»

—Fui un hombre rico, muy rico, y también muy poderoso —declaró para nuestra sorpresa—. Superé a todos los de mi generación. Jóvenes y ancianos venían para que los aconsejara. Donde yo ponía las manos, mis negocios prosperaban. Me llamaban Midas. Era creativo, osado, visionario, intuitivo, no tenía miedo de caminar por terrenos desconocidos. Mi capacidad para superar obstáculos y reaccionar con más fuerza cuando me derrotaban dejaba a todos pasmados. Pero, muy pronto, el éxito que yo siempre había creído que controlaba pasó a controlarme a mí. Me envenenó, penetró en los espacios íntimos de mi mente. Así, sin darme cuenta, perdí mi humildad y me convertí en un dios, un falso dios.

Sus palabras nos dejaron atónitos. Me pregunté: «¿Será verdad que fue rico? ¿Cuál era su poder? ¿No estará delirando de nuevo? ¿Acaso no lleva la ropa remendada? ¿No dependemos de la caridad de los otros para sobrevivir?».

Al escuchar sus declaraciones, el humor de Bartolomé regresó a la velocidad del rayo:

—Ése es mi jefe. Yo no yerro ningún tiro. Sabía que era millonario. —Después se mostró ensimismado, se rascó la cabeza y preguntó, extrañado—: Pero ¿por qué vivíamos en la extrema pobreza?

No había explicación. «Tal vez había quebrado, como tantos otros empresarios —pensé—. Pero ¿puede una quiebra financiera desencadenar una grave enfermedad psíquica, quebrantar de ese modo la salud, hacer caer a una persona en el terreno de locura?» Mis pensamientos fueron interrumpidos por el maestro, que continuaba su relato.

—Mi objetivo era destacarme, competir, ser el primero, ser el mejor, aunque siempre dentro de los límites de la ética. No quería ser uno más, quería ser único —tuvo la valentía de confesar—. Me convertí en una de las mejores máquinas de trabajar y hacer dinero. El problema no es poseer dinero, incluso mucho dinero, el problema es que el dinero nos posea. Cuando esto sucedió en mi vida, me di cuenta de que el dinero puede empobrecer. Me convertí en el más miserable de los hombres.

Al escucharlo, me quedé atónito. Alguien supuestamente poderoso que se había sacado la máscara y se había vuelto sinceramente crítico de sí mismo. Traté de recordar a los grandes políticos de la historia y no me vino ninguno a la mente que hubiera mostrado un coraje de esas dimensiones. Después nos contó que él, su esposa, sus hijos y otro matrimonio amigo querían realizar una excursión de ecoturismo, un hermoso viaje a una de las grandes selvas del planeta que aún no habían sido tocadas por la mano del hombre.

Nos dijo que el tiempo era un artículo de lujo para él. Por eso tuvo que programar el viaje muchos meses antes en su ocupada agenda.

Todo se desarrolló con normalidad, pero, como siempre, surgió un compromiso de último momento. Había que celebrar, con urgencia, una videoconferencia internacional con ciertos inversores. Estaba en juego una enorme suma de dinero. Su familia y amigos retrasaron el viaje durante un día para esperarlo. Al día siguiente, tuvo que resolver con urgencia otro negocio que requería su intervención. Se trataba de la compra de otra gran empresa. Si no lo hacía, la firma podía quedar en manos de sus competidores. Cientos de millones de dólares estaban en juego. Volvieron a atrasar el viaje. El día en que finalmente debían partir, los directores de su compañía petrolera le manifestaron que había un nuevo problema. Era necesario tomar unas decisiones fundamentales. Después de esta exposición, el maestro comentó, desconsolado:

—Para no posponer el viaje una vez más, pedí mil disculpas a mi familia y les rogué que se adelantaran; yo iría a su encuentro en un vuelo privado en cuanto pudiera. A mi amada esposa no le gustó mi propuesta. Julieta, mi querida hija de siete años, a pesar de estar triste, me dio un beso y me dijo: «Papá, tú eres el mejor padre del mundo». Fernando, mi maravilloso hijo de nueve años, también me besó y me dijo: «Eres el mejor padre del mundo, y el más ocupado también». «Gracias, hijos míos —les contesté—, un día papá tendrá tiempo para los mejores hijos del mundo.» —Y con un gran suspiro, añadió—: Pero nunca tuve tiempo...

Hizo una pausa y empezó a llorar. Con la voz quebrada, dijo a la multitud conmovida:

—Mientras estaba en una reunión de trabajo, unas horas después de que hubieran tomado el avión, mi secretaria me llamó y me dijo que había habido un accidente aéreo. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Seguí con atención las noticias por televisión, y me desesperé. Decían que había caído un avión en

la selva y no se sabía si había supervivientes. Era el avión en el que viajaba mi familia. Empecé a llorar desconsoladamente. Había perdido todo lo que tenía. Ya no tenía aire para respirar, suelo que pisar ni razón para vivir. Entre lágrimas, reuní algunos equipos de rescate que nunca pudieron encontrar sus cuerpos. El avión se había incendiado. Ni siquiera me pude despedir de las personas más importantes de mi vida, mirarlos a los ojos, tocar su piel. Todavía me parece que nunca se han marchado.

De la noche a la mañana, el hombre envidiado se volvió objeto de lástima, imbatible se volvió el más frágil de los seres. Y, sumado a su inmenso dolor, tenía que lidiar diariamente con un sentimiento de culpa que lo torturaba.

—Los psicólogos que me atendían querían eliminar mi sentimiento de culpa. Me dijeron que yo no había tenido ninguna responsabilidad en esa pérdida. Culpa directa no tenía, es cierto, pero sí indirecta. Los psicólogos querían protegerme en lugar de hacerme afrontar el monstruo de la culpa. No lograron aliviar mi autocastigo. Eran buenos profesionales, pero yo era obstinado. Me encerré en mi mundo.

Después de decir esto, siguió penetrando en los capítulos insólitos de su pasado.

—¿Qué había construido? —empezó a cuestionarse—. ¿Por qué no le di prioridad a lo que más amaba? ¿Por qué nunca tuve el coraje de hacer un alto en mi agenda? ¿Cuándo llega el momento de desacelerar? ¿Qué es más impostergable que la propia vida? ¿De qué sirve ganar todo el oro del mundo y perder la vida?

¡Qué dolor insoportable! ¡Qué carga emocional! Al escucharlo, comprendí que todos, por más éxito que tengamos, siempre perdemos algo. El sol no es eterno, nadie navega para siempre en aguas mansas. Algunos pierden más, otros menos, algunos sufren pérdidas evitables, otros inevitables. Unos pierden en el

teatro social, otros en el teatro psíquico. Y si alguien logra salir ileso, siempre hay algo que inevitablemente perderá: la juventud. Yo era un hombre de pérdidas que seguía a un maestro de las pérdidas. De repente, recordando los últimos meses que habíamos pasado juntos, me quedé pasmado. «Este hombre está desarmado ante una inmensa audiencia. Pero ¿cómo hace para bailar? ¿Por qué es el más alegre de los caminantes? ¿Cómo nos contagia su buen humor? ¿Cómo puede ser tolerante si la vida ha sido tan intolerante con él? ¿Cómo puede vivir con levedad si soporta pesos imposibles de llevar?»

Mientras me hacía estas preguntas, miré a los organizadores del encuentro y los vi conmocionados; desconocían quién era la persona a la que habían desenmascarado. No sabían la verdadera identidad del psicótico del que se habían burlado. Miré a la multitud y vi que muchas personas lloraban. Quizá sentían compasión por el maestro, o tal vez habían recordado sus propias pérdidas. En ese momento, doña Jurema me apretó las manos y me dijo algo que me perturbó aún más:

—Yo conozco esta historia. ¡Es él!

—¿Qué dice, profesora? —le pregunté al oído, confundido.

—¡Es él! Los pequeños sargentos preparan una emboscada para su gran general. ¿Cómo es posible? —dijo indignada. Jurema estaba tan enfadada que no lograba hacerse entender.

—No comprendo lo que dice. ¿Quién es el maestro? —pregunté nuevamente.

Ella clavó la mirada en los ejecutivos que habían organizado el evento y dijo algo que me conmocionó:

—Es increíble. Está pisando un escenario que le pertenece. —Después de eso no pudo decir nada más.

Mi mente entró en caída libre, como esas cometas a las que se le rompe la estructura que las sostiene en el aire. «Está pisando un escenario que le pertenece.» Al repetir para mis adentros

la última frase que había dicho la profesora, entendí lo que quería decir. «¡Increíble! ¿Él es el propietario del poderoso grupo Megasoft? ¿Los sargentos le preparan una trampa a su jefe pensando que es un soldado raso? ¿No es absurdo? ¿Al final estaba muerto o solamente desaparecido?», pensé. Pero ¿acaso el maestro no había criticado duramente al líder de ese grupo en casa de doña Jurema? «¡No es posible! ¡Estamos delirando!», me dije. En mi mente empezó a pasar una película. Me vino a la memoria el hecho de que el maestro había estado presente en varios eventos relacionados con el grupo Megasoft. Me había rescatado en el edificio San Pablo, un edificio del grupo. Y, misteriosamente, estuvo a punto de que le dispararan en ese mismo edificio. Lo golpearon en el templo de la informática a instancias de un ejecutivo del mismo grupo y no dijo nada. Fue calumniado por un periodista de un diario perteneciente a Megasoft y no respondió. Ahora acababa de ser humillado por los ejecutivos de la misma corporación y no se había rebelado. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué significaba todo aquello?

Respiré profundamente, tratando de ordenar mis ideas. Me cubrí el rostro con las manos y me dije: «¡Esto no puede ser verdad! ¿O sí? ¡Somos especialistas en inventar hechos cuando estamos estresados!». Tomé a Jurema del brazo y le pregunté:

—¿Cómo es posible que uno de los hombres más poderosos del planeta duerma debajo de un puente? ¿Cómo es posible que un multimillonario coma sobras? ¡Es completamente ilógico!  
—Ella negó con la cabeza, demostrando que estaba tan confundida como yo.

Y antes de que me aventurara a perderme aún más en mi confusión, el hombre al que seguíamos cruzó las avenidas de nuestros pensamientos y nos dijo que, debido a las dramáticas pérdidas que había sufrido, sus crisis se volvieron tan intensas que empezó a perder la razón. Se negaba a alimentarse, su vida

estaba en peligro y fue internado en un hospital psiquiátrico. Allí lo asaltaron las visiones fantasmagóricas que mostraba la película. Sentía que le iba a estallar el cerebro.

Con un tono más seguro, retomó la historia que los organizadores habían utilizado para destruirlo públicamente. Narró la segunda parte, que ellos claramente desconocían.

—Después de escuchar al techo, a la caja fuerte, y a otras estructuras de esa gran casa, que se peleaban para demostrar su supremacía, escuché otra área de la vivienda. Pero esta vez era una voz bondadosa, tierna, sincera, que me susurraba desde debajo de la tierra y no me aterrorizaba. —Y, mirando al público, afirmó—: Era la voz de los cimientos. A diferencia de todos los demás elementos de la casa, los cimientos no querían ser los más importantes o los mejores. Solamente querían ser reconocidos como parte del conjunto.

Yo me esforzaba por entender lo que el misterioso hombre al que seguía quería revelar, pero era difícil. Entonces dijo algo que ayudó a esclarecer mis ideas:

—Al oír la voz de los cimientos, el resto de las partes los condenaron con vehemencia. La caja fuerte fue la primera. Con arrogancia, les dijo: «Vosotros nos avergonzáis, sois la parte más sucia de esta casa». El techo, embriagado de soberbia, los despreció diciéndoles: «Nunca nadie que haya entrado en esta casa ha preguntado por vosotros. No merecéis ningún tipo de atención». Las obras de arte declararon orgullosas: «Es indigno que tratéis de reivindicar vuestro valor, aceptad vuestra posición inferior». Los muebles fueron taxativos: «Sois insignificantes, no hay más que ver dónde estáis localizados». Y, de este modo, los cimientos fueron rechazados por el resto de las partes de esa casa. Humillados, y sin espacio para continuar formando parte de aquella construcción, resolvieron dejarla. ¿Y cuál fue el resultado? —preguntó el vendedor de sueños a la multitud.

Todos contestaron al unísono, incluso los adolescentes que estaban en el estadio.

—¡La casa se derrumbó!

—Sí, la casa se desmoronó. Mi casa, que representa mi personalidad, se desmoronó porque desprecié mis cimientos. Cuando esto sucedió, me peleé con Dios. «¿Quién eres tú, por qué no haces nada para detener este caos? —le grité—. ¿No intervienes porque no existes? ¿O existes y la humanidad no te importa?» Me peleé con los psicólogos y los psiquiatras, con las teorías psicológicas y con los medicamentos. Me peleé con la vida. Me parecía injusta conmigo, la consideraba un pozo de incertidumbre. Me peleé con mis bienes. Me peleé con el tiempo. En fin, con todos. Pero cuando los cimientos se manifestaron, recibí una iluminación, tuve una gran visión, comprendí que estaba profundamente equivocado. Antes que nada, me había enemistado con mis propios cimientos. Había tirado a la basura mis principales valores, mis prioridades.

Después de esta explicación, empezamos a entender un poco algunos de los secretos del fascinante vendedor de sueños. Con firmeza, empezó a interpretar su visión alucinatoria. Dijo que la caja fuerte representaba el poder financiero, que él siempre había valorado muchísimo. El techo era la metáfora de su capacidad intelectual, a la que él había dado una importancia fundamental. Las obras de arte representaban el prestigio social y la fama, cosas que él había priorizado en todo momento. Se había entregado al confort y a los placeres de la vida representados por los muebles.

—Pero traicioné y negué mis cimientos —afirmó—. Puse el amor de mis hijos y de mi esposa por debajo de mis actividades y preocupaciones. Se lo di todo a ellos, pero me olvidé de darles lo más importante, lo que para mí era sólo un detalle pero para ellos era fundamental: yo mismo. Mis amigos quedaron en ter-

cer plano, mis sueños detrás de todo. ¿Cómo es posible ser un buen padre, un buen amante, un buen amigo, si las personas que amamos están fuera de nuestra agenda? Sólo un hipócrita podría creer que es posible. Fui un hipócrita, un notable hipócrita, que muchos admiraban y tenían como ejemplo.

Con sinceridad, dijo que había escondido sus errores, sus fallos, sus actitudes estúpidas... Elementos que representaban la parte sucia de sus cimientos, pero que eran fundamentales para la estructura de su personalidad. En ese momento entendí lo que quería decir cuando manifestó que el que no reconoce su lado malo tiene una deuda impagable consigo mismo y destruye su humanidad. Al oír sus palabras penetrantes, comencé a comprender al hombre que me había extasiado. No podía ser un hombre común. Tenía que ser más que un pensador, más que una mente brillante con una cultura fuera de lo común. Pues alguien con tales características habría despertado mi admiración pero no me habría cautivado, no hubiese allanado mi ego infectado de orgullo. Tenía que ser alguien que hubiera visitado los valles escabrosos del miedo, que se hubiera embarrado en el charco de los conflictos sociales y psicológicos, que hubiera sido desgarrado por los predadores de la mente y se hubiera perdido en los laberintos de la locura. Y después de todo eso, se había reconstruido con una fuerza insólita y había escrito una novela con su propia existencia.

Sí, ése era el hombre al que yo había seguido. Sus ideas eran penetrantes como las de un filósofo y su humor era vibrante como el de un payaso. Sus reacciones eran paradójicas, fluctuaban entre los extremos. Lo buscaban los iconos de la sociedad pero él no hacía diferencia entre una prostituta y un puritano, entre un intelectual y un enfermo mental. Su sensibilidad nos impactaba.

Cuando la policía se llevaba a alguien preso ante las cámaras de televisión, esa persona se tapaba la cara para proteger su imagen. El hombre que estaba frente a mí, en cambio, nunca se escondía. Recuerdo lo que le dijo al psiquiatra en el edificio donde nos conocimos: que había dos tipos de locura, y que la suya pertenecía a la clase de las locuras evidentes. Ahora que, con nuestra ayuda, le habían preparado la más inhumana de las emboscadas, él, sin avergonzarse de su pasado, había vuelto a exponer sus heridas delante de más de cincuenta mil personas. Su sinceridad era cristalina.

Cuando lo oí confesar que había traicionado sus cimientos, mi mente fue invadida por muchas consideraciones sociológicas. ¿Quién no es un traidor? ¿Qué puritano no es en algún momento un crápula consigo mismo? ¿Qué religioso no traicionó alguna vez a Dios con su soberbia y sus segundas intenciones? ¿Qué idealista no traiciona sus ideas políticas en nombre de intereses subterráneos? ¿Qué ser humano no traiciona su salud por algunas horas de trabajo extra? ¿Quién no traicionó su sueño para hacer de su cama un lecho de tensiones? ¿Quién no traicionó a sus hijos en pos de sus ambiciones diciéndoles que trabajaba para ellos? ¿Quién no traicionó el amor del hombre o la mujer de su vida con sus prejuicios o su falta de diálogo y tolerancia?

Traicionamos a la ciencia con nuestras verdades absolutas, traicionamos a nuestros alumnos con nuestra incapacidad de escucharlos, traicionamos a la naturaleza con nuestro desarrollo. Como nos había alertado el maestro, traicionamos a la humanidad cuando levantamos la bandera de que somos judíos, palestinos, americanos, europeos, chinos, blancos, negros, cristianos o musulmanes. Todos somos traidores que necesitan desesperadamente comprar sueños. Todos tenemos a un Judas alojado en nuestro interior. Especialistas en esconder sus ci-

mientos debajo de la alfombra del activismo, la ética, la moral, la justicia social.

El maestro parecía leer mis pensamientos. Al percibir mi estado de introspección, me miró a los ojos; después alzó la vista hacia el público y continuó hablando.

—La interpretación de la visión, que no importa que algunos llamen alucinación, hizo que me diera cuenta de que mi padecimiento psíquico era muy anterior a mis pérdidas. —Luego dijo que era un ser humano que había resurgido de sus cenizas y recuperó su buen humor para bromear con la multitud—: Cuidado, señoras y señores, el que les habla desvaría desde hace años.

La audiencia salió de su estado de conmoción y se rió. Era una escena difícil de describir.

—Después de haber tomado conciencia de que había traicionado mis cimientos, necesitaba encontrar los fundamentos de mi personalidad. Fue entonces cuando dejé el hospital y me aislé durante un largo tiempo para encontrarme a mí mismo. Fue un largo viaje durante el cual me perdí muchas veces. Después de ese tiempo, salí de mi capullo y me transformé en una pequeña golondrina que planea sobre las calles y avenidas alentando a la gente para que busque su propio ser. —Y nuevamente demostró su buen humor al decir—: ¡Cuidado, amigos, esta locura es contagiosa!

La gente volvió a reírse e irrumpió en aplausos, como si efectivamente desearan contagiarse. Así lo habíamos hecho nosotros, Bartolomé, Bernabé, Dimas, Jurema, Mónica, yo y tantos otros. Recuerdo como si fuese ayer el día en que yo quería desistir de todo y él me bombardeó con una poesía cuyos pensamientos me reconciliaron con mis cimientos. Hasta hoy, algunos de esos pensamientos dan vueltas en mi mente:

*¡Que se anule en el paréntesis del tiempo el día que este hombre nació!  
¡Que se disipe el rocío que en la mañana de ese día humedecía la  
hierba!  
¡Que se detenga la claridad de la tarde que llevó júbilo a los cami-  
nantes!  
¡Que la angustia usurpe la noche en que este hombre fue concebido!  
¡Que de esa noche se rescate el brillo de las estrellas que titilaban en  
el cielo!  
¡Que se eliminen de su infancia sus sonrisas y sus miedos!  
¡Que se anulen sus peripecias y las aventuras de su niñez!  
¡Que se borren los sueños y las pesadillas, y la lucidez y las locuras  
de su madurez!*

Fuimos contagiados por un vendedor de sueños que nos enseñó a no negar lo que somos. Antes de ese contagio, éramos todos «normales», estábamos todos enfermos. Queríamos de alguna forma ser dioses, sin saber que ser dios equivale a caminar sobrecargado, tenso, pesado, con el compromiso neurótico de ser perfecto, de preocuparse por la imagen social, de dar una importancia vital a la opinión ajena, de pedir, de castigar, de exigir. Perdemos la levedad del ser. Parecíamos zombis endurecidos por nuestra estrechez de miras. Nos educaron para trabajar, crecer, progresar e, infelizmente, también para ser especialistas en traicionar nuestra esencia en el diminuto paréntesis de tiempo dentro del cual existimos. ¿En qué fábrica de locura vivimos?

## SI PUDIESE VOLVER ATRÁS EN EL TIEMPO

Después de revelar e interpretar la historia de la casa, el maestro, fuertemente inspirado, expuso sus últimas ideas. Una vez más hizo poesía en el desierto, cuando sus labios todavía estaban sedientos. Olvidando que estaba en un gran estadio, gritó:

—Dios, ¿quién eres tú? ¿Por qué escondes tu cara detrás de la capa del tiempo y no prestas atención a mi insensatez? Me falta sabiduría, y tú lo sabes muy bien. Con los pies piso la superficie del suelo, pero con la mente camino por la del conocimiento. Estoy mortalmente invadido por la soberbia si creo que sé algo. Incluso cuando digo que no sé, manifiesto la soberbia de que sé que no sé.

Después de estas palabras, bajó la mirada, observó rápidamente a los líderes que lo odiaban, luego al público, e hizo un discurso filosófico que penetró en lo más recóndito de nuestro ser.

—La vida es muy larga para equivocarse, pero asombrosamente corta para vivirse. La conciencia de la brevedad de la vida perturba la vanidad de mis neuronas y me hace ver que sólo soy un caminante que centellea en las curvas de la existencia y se disipa frente a los primeros rayos del tiempo. En el breve intervalo que hay entre centellear y disiparse estoy en busca de mi ser. Me he buscado en muchos lugares, pero me he encontra-

do en un lugar anónimo, en el único donde los abucheos y los aplausos son la misma cosa, el único lugar en el que nadie puede entrar si no se lo permitimos, ni siquiera nosotros mismos.

»¡Ah!, si yo pudiera volver atrás en el tiempo, buscaría a mis amigos de juventud. ¿Dónde están? ¿Quién sigue vivo? Los buscaría para revivir las experiencias sinceras cultivadas en el jardín de la sencillez, donde no existían las malas hierbas del estatus ni la seducción del poder financiero.

»Si yo pudiese volver atrás en el tiempo, llamaría con más frecuencia a la mujer de mi vida en los intervalos de las reuniones. Trataría de ser un profesional más estúpido y un amante más intenso. Trataría de tener mejor humor y de ser menos pragmático, menos lógico y más romántico. Escribiría tontas poesías de amor. Diría más veces “te amo”. Reconocería sin temor: “Perdóname por cambiarte por las reuniones de trabajo. No me dejes”.

»¡Ah, si pudiese controlar las alas del tiempo! Besaría más a mis hijos, jugaría mucho más con ellos, disfrutaría su infancia como la tierra seca absorbe el agua. Saldría con ellos a mojarme con la lluvia, caminaría descalzo por la hierba, subiría a los árboles. Tendría menos miedo de que se hirieran o se resfriaran y más miedo de que se contaminasen con el sistema social. Trabajaría menos para darles el mundo y me esforzaría más para darles *mi* mundo.

Observó con atención el maravilloso estadio: las columnas, el techo, los asientos. Luego, intensamente conmovido, agregó:

—Si yo pudiese volver atrás en el tiempo, daría todo mi dinero por tener un día más con ellos, y haría de ese día un momento eterno. Pero ellos se han ido; las únicas voces que puedo oír son las que han quedado en los escombros de mi memoria: «Papá, tú eres el mejor padre del mundo, pero también el más ocupado».

Después de decir eso, su rostro se llenó de lágrimas, ratificando que los grandes hombres también lloran. Y finalizó con las siguientes palabras:

—El pasado es mi verdugo, no permite que mi familia regrese, pero el presente levanta generosamente mi semblante vencido y me hace ver que no puedo cambiar lo que fui, pero puedo construir lo que seré. Pueden llamarme loco, psicótico, enfermo..., no importa. Lo que importa es que, como todo mortal, un día terminaré el espectáculo de la existencia en el pequeño escenario de un sepulcro ante una audiencia en lágrimas.

Este último pensamiento llegó a lo más profundo de mi conciencia. Después de inspirar profundamente, finalizó.

—Ese día no quiero que digan: «Ahí, en esa tumba, descansa un hombre rico, famoso y poderoso, cuyos hechos están en los anales de la historia». Tampoco me gustaría que dijeran: «Ese que yace ahí fue un hombre ético y justo». Pues sería una frase de compromiso. Lo que espero que digan es: «En esa tumba reposa un simple caminante que entendió un poco lo que significa convertirse en un ser humano, que aprendió un poco a querer a la humanidad y que pudo vender algunos sueños a otros caminantes...».

En ese momento, dio la espalda al público y salió sin despedirse. La multitud presente en el estadio rompió el silencio, se puso de pie y lo aplaudió sin interrupción. Nosotros, sus discípulos, emocionados, nos echamos a llorar. Estábamos aprendiendo a perder el miedo a mostrar nuestras emociones en público. Sus supuestos enemigos también se levantaron. Dos de ellos lo aplaudieron. El director permaneció inmóvil; no sabía hacia dónde mirar.

De repente, un niño saltó la valla de seguridad, subió al escenario y corrió detrás del maestro. Le dio un largo abrazo lleno de afecto. Era Antonio, el niño de doce años al que vimos deses-

perado en el velatorio de su padre, ese velatorio que el vendedor de sueños transformó en un solemne homenaje.

—He perdido a mi padre, pero usted me enseñó a no perder la fe en la vida. Le estaré siempre agradecido.

El maestro lo miró y, conmovido, le dijo algo sorprendente.

—Yo perdí a mis hijos, pero tú me has enseñado a no perder la fe en la vida. Siempre te lo agradeceré.

—Déjeme seguirlo —le pidió el chico.

—¿Cuánto tiempo hace que la escuela está en ti?

—Estoy en sexto grado.

—No has entendido la pregunta. No te he preguntado en qué año de la escuela estabas, sino cuánto hace que la escuela está en ti.

Yo había sido profesor y había dedicado mi vida al arte de enseñar, pero nunca había oído que se le formulara a alguien una pregunta como ésa; mucho menos a un niño. El chico estaba desorientado.

—No entiendo la pregunta.

Él lo miró, suspiró y le dijo:

—El día que la entiendas, te volverás un vendedor de sueños como yo, y en las horas que te queden libres podrás seguirme.

El chico abandonó el escenario pensativo y confundido. Pero, mientras caminaba, tuvo lugar un acontecimiento. La luz se hizo en su mente. La cámara del estadio lo estaba filmando y captó el cambio de su semblante. Estaba radiante de alegría. En vez de volver a su lugar, vino hacia donde estábamos nosotros. Ninguno entendíamos lo que sucedía.

El maestro siguió caminando hacia la salida. Partió sin dirección, sin propósito, improvisando cada día, sin rumbo, como el viento que sopla y nadie sabe de dónde viene ni hacia adónde va. Esta vez se marchó sin invitarnos a seguirlo. Sentimos una profunda tristeza.

¿Nos separaremos para siempre? ¿Acaso el sueño de vender sueños se ha terminado? ¿Qué haremos? ¿Hacia adónde iremos? ¿Escribiremos otras historias? No lo sabemos. Sólo sabemos que somos niños que juegan en el anfiteatro del tiempo y que entienden muy poco los misterios de la existencia.

¿Quién es realmente el maestro? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su formación académica? ¿Es uno de los hombres más poderosos del mundo o sólo un desgraciado con una inteligencia extraordinaria? Hasta este momento, seguimos sin saberlo. Pero no importa. Lo que importa es que rompimos la cárcel de la rutina, salimos del capullo y nos transformamos en pequeños caminantes.

Bartolomé y Bernabé me tocaron el hombro. No sé si habían entendido todo lo que había sucedido en el estadio o si no habían entendido nada.

—No nos sigas. Estamos perdidos —me dijeron con sinceridad.

Los abracé calurosamente. Aprendí a amar a mis semejantes de un modo que no estaba descrito en los textos de psicología o sociología. A pesar de las incertidumbres con relación a nuestro futuro, nos miramos y dijimos al unísono:

—¡Ah! ¡Cómo adoro esta vida!

Los demás miembros del grupo se unieron al abrazo. Tal vez estuviésemos despidiéndonos para siempre. Cuando sólo le faltaba dar un paso para dejar el escenario, el maestro se dio la vuelta y nos miró. Nuestras miradas se cruzaron con lentitud e intensidad. Inmediatamente, nuestro sueño volvió a cobrar vida. Subimos al escenario y seguimos sus pasos. Sabíamos que nos esperaban aventuras imprevisibles y también vendavales inesperados. Salimos cantando eufóricamente nuestra canción:

*Soy sólo un caminante  
que ha perdido el miedo a perderse.  
Estoy seguro de que soy imperfecto,  
pueden llamarme loco,  
pueden burlarse de mis ideas.  
¡No importa! Lo que importa es que soy un caminante  
que vende sueños a los transeúntes.  
No tengo brújula ni agenda,  
no tengo nada pero lo tengo todo.  
Soy sólo un caminante  
en busca de mí mismo.*

## AGRADECIMIENTOS Y HOMENAJES

He encontrado innumerables vendedores de sueños por el camino. Con su inteligencia y sus gestos generosos, ellos me inspiraron, me enseñaron y me hicieron ver mi pequeñez. Interrumpieron su camino en algunas curvas de la existencia para pensar en los otros y entregarse sin pedir nada a cambio. Hicieron de sus sueños proyectos de vida y no deseos que se diluyen bajo las tormentas.

Le dedico este libro a mi querido Geraldo Pereira, hijo de José Olympio, gran editor. No hace mucho, Geraldo cerró los ojos a la vida. Fue un poeta de la existencia, un excelente vendedor de sueños en el universo de la literatura y también en el teatro social. Fue mi amigo y consejero. Le rindo el más notable de los homenajes.

Le dedico este libro a mi estimada amiga y lectora Maria de Lurdes Abadia, ex gobernadora de Brasilia. Ella vendió muchos sueños en la capital brasileña; entre esos sueños, destaco los que les vendió a los que vivían de la basura y en la basura de la ciudad. Les devolvió algo fundamental para la salud psíquica: la dignidad.

A mi estimado amigo Guilherme Hannud, un empresario dotado de noble sensibilidad y sediento de ayudar a los otros. Por medio de sus proyectos sociales, brindó una oportunidad de trabajo a centenares de ex presidiarios para que tuviesen la

fuerza de salir del lodo del rechazo y conquistar, más allá de las cicatrices del pasado, el estatus inalienable de seres humanos.

Al querido amigo Henrique Prata y al notable equipo de médicos del hospital Pío XII, entre los cuales destaco especialmente a la doctora Silas y al doctor Paulo Prata (in memoriam), y a mi amigo el doctor Edmundo Mauad. Construido por vendedores de sueños compulsivos, ese equipo transformó el pequeño hospital oncológico de Barretos en uno de los más grandes y mejores de América, ofreciendo un tratamiento gratuito de altísimo nivel para pacientes pobres que jamás tendrían los medios para pagarlo. Ellos son la prueba de que los sueños prolongan la vida y alivian el dolor.

A la querida lectora Marina Silva, que en la infancia fue castigada por las adversidades de la existencia, pero cuyos sueños de transformar el mundo nutrieron su valentía y la llevaron a ser senadora y después una extraordinaria ministra de Medio Ambiente. Marina desea fervientemente preservar la naturaleza para las futuras generaciones. Por medio de ella, me gustaría dedicar esta obra a todos los científicos del IPCC (Panel Intergubernamental del Cambio Climático) que luchan a brazo partido tratando de iluminar la mente de los líderes políticos para que tomen decisiones urgentes que mitiguen el desastre del calentamiento global. Por desgracia, muchos de esos líderes se aferran al egocentrismo y se resisten a «comprar» sueños.

A los queridos amigos y líderes católicos, de los cuales menciono, como representantes, a los padres Jonás Abibe, Óscar Clemente y Salvador Renná. En ellos, el amor al prójimo y la tolerancia dejaron de ser teoría y se convirtieron en realidad. Con notable afecto, sembraron los sueños de una sociedad basada en la fraternidad y el altruismo. A los queridos amigos y líderes protestantes, de los cuales cito como representantes a Marcelo Gualberto, Aguiar Valvassora y Márcio Valadão. El

placer de entregarse a los otros encontró en ellos suelo fértil. Por donde pasaron, han dejado el perfume del amor y de la grandeza del alma. A mis innumerables amigos budistas, musulmanes y espiritualistas. Ellos me cautivaron con sus sueños. A mis amigos ateos y agnósticos. Yo formé parte de ese grupo y sé que muchos de ellos son notables seres humanos, dilectos soñadores.

Quiero dedicar esta novela especialmente a los más grandes vendedores de sueños de esta sociedad, los educadores. A pesar de sus magros salarios, ellos luchan con obstinación por vender sus sueños en el microcosmos del aula para que los alumnos expandan las fronteras de su intelecto y se conviertan en agentes modificadores del mundo, al menos de su propio mundo. Tengo innumerables amigos profesores de todas las esferas. Para representarlos cito a Silas Barbosa Dias, al profesor doctor José Fernando Macedo, presidente de la Asociación Médica del Paraná, no sólo un excelente catedrático de cirugía vascular sino también un vendedor de humanismo en la medicina, y al doctor Paulo Francischini. Con el objetivo de formar pensadores, el doctor Paulo ha usado con notables resultados uno de mis programas para manejar los pensamientos y proteger la emoción en los cursos de licenciatura y doctorado.

A Jesús Badenes, Laura Falcó y Francisco Solé, brillantes ejecutivos de una de las más grandes editoriales del mundo, la editorial Planeta. Más que editar libros, ellos venden sueños para inculcar creatividad y el arte de pensar en sus lectores. A los queridos amigos César, Denis, Débora y todos los demás miembros del equipo de Planeta Brasil. Quedaron tan contentos con el libro *El vendedor de sueños* que me alentaron a escribir la continuación de esta obra. Le doy las gracias especialmente a mi editor y amigo, Pascoal Soto, por su inteligencia y serenidad. Sus opiniones fueron muy valiosas para esta obra.

A mi persuasivo padre, Salomão, a quien, desde niño, vi vender sueños cuando llevaba al hospital a personas pobres y enfermas por el simple placer de ayudar. Él siempre fue un excelente narrador de historias y un notable ser humano. A mi culto suegro, Georges Farhate. Entre los muchos sueños que vendió, nos enseñó que vale la pena creer en la vida al presentarse como candidato, con noventa años, a un plebiscito democrático más, mientras que muchos jóvenes de veinte o treinta años se sienten envejecidos y alienados.

A las queridas Dirce y Áurea Cabrera por el cariño con mis obras.

A mi amada esposa Suleima y a mis hijas Camila, Carolina y Cláudia. Ellas me fascinan con su agudeza, su inteligencia y su generosidad. Deseo que nunca sucumban al culto a la celebridad, que vivan el arte de la autenticidad y comprendan que los más bellos sueños nacen en el terreno de la humildad y crecen en el suelo del inconformismo. Deseo que no sólo estén dentro de la escuela, sino que la escuela esté dentro de ellas y se vuelvan vendedoras de sueños hasta el último aliento de vida.

A mis queridos pacientes. No sólo les he enseñado algunas cosas, también he aprendido mucho de ellos. Aprendí mucho más de sus delirios, sus crisis depresivas, sus ataques de pánico y sus trastornos obsesivos que del pequeño universo de los tratados científicos. A todos ellos, mi eterna gratitud. Encontré diamantes en las tierras de los seres humanos que sufren. Quien no puede reconocer sus conflictos jamás será alguien sano, y quien no permite que los conflictos ajenos le enseñen, nunca será un sabio.

una pequeña y bella ciudad que no tiene ninguna librería. En este ambiente inusitado, he desarrollado las ideas psicológicas, sociológicas y filosóficas contenidas en mis libros. No

imaginaba que me leerían millones de personas, sería publicado en muchos países y leído y utilizado en diversas universidades. Mis sueños me han llevado a lugares inimaginables.

*instituto.academia@uol.com.br*

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i> . . . . .	7
El encuentro . . . . .	9
La presentación . . . . .	14
El terremoto emocional . . . . .	22
Las pérdidas . . . . .	27
La invitación . . . . .	33
El primer paso . . . . .	38
Quitando el yeso de la mente . . . . .	45
Invitando a los complicados . . . . .	52
El inusitado sueño de Bartolomé . . . . .	58
Mi casa es el mundo . . . . .	62
Una banda de locos . . . . .	69
Las pequeñas y valientes golondrinas . . . . .	79
Los espacios más sobrios del manicomio social . . . . .	87
Un solemne homenaje . . . . .	93
Un hacedor de milagros que amaba su ego . . . . .	100
Un discípulo complicadísimo . . . . .	105
Un obsesivo en el nido . . . . .	113
Poniendo un asilo patas arriba . . . . .	122
El templo de la informática . . . . .	134
Abriendo la fábrica del estrés . . . . .	145
El veneno del asedio social . . . . .	155

La superioridad de las mujeres . . . . .	166
El templo de la moda, una sonrisa en el caos. . . . .	172
Invitando a una modelo y a una revolucionaria . . . . .	181
Las mariposas y el capullo . . . . .	195
La jornada. . . . .	202
Enviando a los discípulos. . . . .	210
El vendedor de sueños en el templo financiero . . . . .	224
Cuestionando algunos pilares de la teoría marxista. . . . .	233
La casa del terror . . . . .	245
¿Psicótico o sabio? . . . . .	259
Si pudiese volver atrás en el tiempo . . . . .	274
<i>Agradecimientos y homenajes . . . . .</i>	<i>280</i>



